



EL CABALLO BLANCO

CAPITULO PRIMERO

EN LA FRONTERA

Nos hallamos en un pueblecito mejicano, en una simple ranchería, á orillas del río Bravo del Norte. Una iglesia de estilo semimorisco, semiitaliano, con su cúpula de tejas barnizadas, la casa del cura y la del alcalde son los únicos edificios de piedra del lugar, los cuales constituyen tres de los lados de una plaza bastante espaciosa y cuadrada: el último lo forman las tiendas ó viviendas del pueblo bajo, hechas con adobes, algunas de ellas blanqueadas con cal, y otras pintadas de colores vivos como el telón de un teatro, pero la mayor parte revocadas con una pintura parda, uniforme y bastante sucia: todas tienen macizas puertas y ventanas sin vidrieras, ó más bien rejas, que si preservan de los ladrones, no resguardan de la intemperie.

Los cuatro ángulos de la plaza tienen salida al campo por otros tantos callejones estrechos y sin empedrar, formados por casas también de adobes que se extienden hasta cierta distancia; y más lejos, en los límites del pueblo, se ven diseminadas algunas viviendas de menor consistencia, pero de aspecto más pintoresco, construidas con los troncos hendidos de la gigantesca yuca, cuyas ramas sirven de vigas, así como sus hojas flexibles y fibrosas de te-

chumbre. En estos *ranchitos* viven los pobres jornaleros, descendientes de la raza conquistada.

Tanto las casas de piedra como las de barro, tienen azoteas, algunas de ellas muy lisas, con su pretil ó baranda correspondiente.

En las frescas tardes de aquel país, cuando se pone el sol, la azotea es un sitio muy cómodo para recrear la vista, sobre todo si el dueño de la casa tiene afición á las flores, pues entonces la convierte en un jardín aéreo, donde se ostenta la riquísima flora que tan justa celebridad da á Méjico: es el punto más á propósito para fumar un cigarro y tomar un sorbete de *piñolé*, ó, si se prefiere, *catalán*. El aromático humo que se desprende del tabaco y el aire fresco de la tarde añaden un nuevo deleite á la bebida: allí se disfruta de la libertad de un salón, al mismo tiempo que la vista se distrae observando lo que pasa por la calle. El ligero pretil de la azotea garantiza la seguridad del observador é impide á la vez que se le descubra desde abajo: se ve sin ser visto. Los transeúntes se agitan, pasan y vuelven á pasar á donde los llaman sus negocios ó quehaceres, sin cuidarse de mirar hacia arriba.

Yo estoy en una de estas azoteas, precisamente en la que pertenece á la casa del alcalde; y como ésta es la más alta de todas, las domino con mi vista. Mis miradas se extienden aún más allá, distinguiendo los principales

accidentes de la campiña y vagando con deleite por la exuberante vegetación de aquel terreno tropical, cuyas formas características observo, fijándome principalmente en los plantíos de cactus, de yuca y de agave.

El pueblo está rodeado de un terreno descubierto, de campos cultivados, donde el maíz agita sus sedosos penachos á impulso de la brisa, contrastando con las hojas más oscuras de los pimientos y habichuelas. Dicho terreno es de una extensión bastante limitada: un chaparral, con sus espesuras de acacias, mimosas, ingas y robinias, verdadero dedalo de plantas leguminosas, descuella alrededor; y el lindero de tal bosque está tan inmediato que puedo distinguir las diferentes clases de palmeras y bromelias que lo componen, así como las extrañas y encarnadas hojas de la pita que brillan en lontananza como una orla de fuego.

La proximidad del bosque á la aldea explica la indolencia de los habitantes en lo que se refiere á las faenas agrícolas, pues les da lo suficiente para vivir; pero si no son labradores, dedícanse á la cría del ganado, y todos los terrenos descubiertos y los claros del chaparral se ven llenos de numerosos rebaños de raza española, entre los que descuellan los pequeños caballos andaluces y berberiscos. La principal ocupación de los aldeanos consiste, pues, en apacentar sus ganados; no son colonos, y si cultivan algo la tierra, es tan sólo para coger el maíz con que hacen pan, el *chilé* para sazonarlo, y habas negras para completar su comida. Estos tres artículos de alimentación, juntamente con la carne de sus selváticos rebaños, constituyen el comercio y la nutrición de todo Méjico. Respecto á la bebida, el habitante de las altas mesetas saca su licor favorito, el rival del champagne, del corazón del gigantesco áloe, mientras el de las tierras bajas refresca, con el jugo de otro árbol indígena, la palmera acrocemia.

Próximamente á una milla hacia el O. veo el reflejo de la luz en las aguas: es un brazo del río, que brilla al sol poniente y que en aquel sitio forma un recodo. Las blancas paredes de una hacienda coronan la cumbre de una colina casi rodeada por la corriente del gran río, y, aunque esta hacienda no tiene más que un piso, la extensión que abarca y el estilo de su arquitectura le dan la apariencia de una morada: como todas, termina en una azotea, pero su pretil es almenado, realzando la monotonía de su contorno ciertas elegantes torrecillas que flanquean los ángulos, así como su anchuroso zaguán. En la parte posterior descuella una torre más grande: es el campanario de una capilla, porque ninguna hacienda mejicana deja de tener la suya. Los emblemas religiosos abundan en este país.

El brillo de los cristales que relucen detrás de las rejas alegra en cierto modo el lúgubre aspecto de dicho edificio, parecido á una cárcel, como casi todas las casas de campo de Méjico. Contribuye también á modificar esta apariencia el verde follaje que rodea el pretil de la azotea, por encima del cual sobresale la ga-

lana vegetación de los trópicos, y, sobre todo, las graciosas y ondulantes ramas de la palmera, que debe ser aquí una planta exótica. Me hago cargo de esta circunstancia, no por una mera curiosidad de botánico, sino más bien porque la presencia de tal árbol en aquel sitio tiene cierta significación: indica una particularidad en el carácter del que, ó de la que, posee la hacienda. Sin duda, en la azotea hay un hermoso jardín, y tal vez viva una linda dama entre las flores. A mí mente acuden agradables ideas como si fueran un presentimiento; tengo deseos de trepar á la colina, de entrar en esa espléndida morada, y mientras aspiro á realizarlos, continuo mirando.

De pronto, me saca de mi extática contemplación el sonido del clarín: es un toque de llamada para dar el pienso á los caballos; pero ha bastado á disipar las halagüeñas ideas que me preocupaban, y desviando los ojos de aquella morada, paso á fijarlos en la plaza del pueblo, donde observo un espectáculo de muy distinto género.

CAPITULO II

LOS VOLUNTARIOS

El centro de la plaza presenta un punto saliente, un pozo con su enorme garrucha, sus cubos de cuerpo, su pilón de mampostería y su aspecto oriental, pues la verdad es que aquella garrucha es idéntica á las usadas en Persia. No deja de ser raro que se encuentre en este país occidental una construcción como aquella, pero la explicación es muy sencilla. La garrucha de Persia ha pasado de Egipto á las playas meridionales del Mediterráneo; cruzó con los moros el estrecho de Gibraltar, y los españoles la hicieron atravesar el Atlántico.

Mis ojos no se detienen mucho tiempo en este pozo, sino que se vuelven para contemplar la escena llena de vida y actividad que se ofrece alrededor.

Andando con paso silencioso é incierta mirada, anchos calzones que le sacuden los tobillos, brazos y hombros envueltos en el abigarrado poncho, negro sombrero de anchas alas ocultándole casi su sombría faz, acércase el *po-blano*, el habitante de la choza de adobes. Procura no pasar por el centro de la plaza, andando casi pegado á las paredes, pero de vez en cuando fija sus miradas en el pozo con cierta mezcla de arrogancia y de miedo; llega á una puerta que mano silenciosa abre por dentro; entra rápidamente, y parece satisfecho de haber escapado á las miradas indiscretas. Un momento después puedo contemplar á hurtadillas su sombrío rostro á través de los hierros de la reja.

Luego diviso á lo lejos otros pequeños grupos de gente de la misma clase, vestidos como él, con sus calzones, ponchos de colores y sus sombreros de hule: todos tienen el mismo aspecto de tristeza y, contra su costumbre, gesticulan poco y se dirigen la palabra con sobriedad y en voz baja. Deben hallarse bajo la

impresión de circunstancias muy extraordinarias.

La mayor parte de las mujeres están en el interior de las casas: solamente se ve, sentadas en la plaza, unas cuantas de la clase más pobre, las de pura raza india: son revendedoras, y tienen sus artículos de venta extendidos ante ellas en unas esterillas de palma. Para resguardarse del sol están debajo de un pequeño toldo de estera de la misma clase. Sus trajes de lana teñida, sus cabezas desnudas, su cabellera áspera y negra trenzada con cordones

alrededor del pozo. Las mejicanas son tan amables como amables, y de raza les viene el ser indiscutiblemente lindas.

Pero ¿quiénes son los extranjeros? Que no pertenecen al país es indudable; así como que su presencia inspira un receloso temor á los indígenas. Al presente son los amos. Su número, su soberbia arrogancia, su altanero modo de hablar, atestiguan que dominan el país. Pero ¿quiénes son?

He dicho que tienen un aspecto extraño, y es preciso admitir esta frase en su verdadera



Los voluntarios en la plaza

de lana encarnada, les dan cierta semejanza con las gitanas europeas. Al parecer, tienen tan pocos cuidados como éstas, pues ríen, charlan y dejan ver todo el día sus blanquísimos dientes, pidiendo á todo transeunte que les compre sus frutas y verduras, su *piñolé*, su *atolé* y su *agua dulce*. Sus voces, verdaderamente armoniosas, producen un agradable efecto al oído.

De vez en cuando, una joven, con su cántaro en la cabeza, atraviesa la plaza con leve paso en dirección al pozo: acaso sea una *poblana*, una de las bellas del pueblo, con la saya corta de vivos colores, la camisa bordada, pero sin mangas; sus pequeñas zapatillas de raso, su cabeza, pecho y hombros envueltos en el rebozo de un color gris azulado, y sus desnudos y torneados brazos. Muchas jóvenes parecidas á ésta van y vienen por la plaza. Al parecer, no participan de la inquietud de los hombres; y aun á veces una ligera sonrisa entreabre sus labios, respondiendo á las bromas inconvenientes que les dirigen en lengua desconocida algunos extranjeros de extraño aspecto que hay

acepción. Nunca se ha visto en las plazas de Méjico una partida de gente más rara. Vendrán á ser unos ochenta; pero como no fuera porque cada cual lleva una carabina en la mano, un cuchillo en la faja y un revólver en el cinto, nadie podría advertir el menor punto de semejanza entre dos de ellos: sus armas son el único indicio que denota cierta uniformidad, una especie de organización. En cuanto á lo demás, hay de uno á otro toda la diferencia que puede existir entre las variadas hechuras de sus trajes de paño burdo, de gruesa lana ó de algodón, las abigarradas mantas y las pieles de gamo con que van cubiertos. Llevan gorras de piel, sombreros de castor, de fieltro ó de hule de todas las formas imaginables y de grandes alas caídas; enormes espuelas de plata ó de acero, rotas ó enteras, ya atadas unas con una correa, ya metidas otras en el tacón de las botas; algunas muy ligeras, con pequeñas rodajas de diminutos dientes; otras, como el pesado espolón mejicano, de muchas libras de peso y cuyas rodajas miden cinco pulgadas

de diámetro, siendo capaces de despanzurrar un caballo.

Pero no son mejicanos los que en la plaza de que hablo llevan esas botas y esos calzones, esas mangas y esos ponchos: los que se visten con ellos en este momento son de raza muy diferente. La mayor parte han crecido y se han desarrollado en las plantaciones de maíz de Kentucky y del Tennessee, ó en las fértiles llanuras del Ohio, Indiana é Illinois. Son los *squatters* y los cazadores de los bosques, los colonos de las grandes vertientes occidentales de los montes Alleghanis, los barqueros del Misisipi, los pobladores del Arkansas y Misuri, los cazadores de las Praderas, los viajeros de la región de los lagos, los criollos de origen francés de la Luisiana, los colonos y aventureros de Tejas, y alguno que otro alegre ciudadano procedente de las más populosas ciudades del «Gran Oeste.»

Sí: reconozco en ellos el tipo teutónico, la hermosa cabellera y el bigote rubio claro del alemán, el sonrosado color del inglés, el grave escocés y su contraste viviente; el bullicioso irlandés, ambos audaces. Veo al francés, ágil y diestro, con su sempiterna charla é hilaridad; al robusto suizo, de marcial continente, y al desterrado polaco, de poblado mostacho, triste, sombrío y silencioso. ¡Qué asunto de estudio para un etnólogo!

Pero ¿quiénes son?

Juzgo ya al lector deseoso de saberlo, por lo cual le diré que aquellos extranjeros forman un cuerpo de voluntarios, *una guerrilla del ejército americano.*

Y yo ¿quién soy?

Su capitán, su jefe.

Sí: yo soy el que manda esa amalgama de elementos tan heterogéneos, y, á pesar del rudo aspecto de mis voluntarios, afirmo que ni en Europa ni en el resto de América, ni en toda la superficie del globo se encontraría una partida de ochenta hombres tan animosos, tan inteligentes, tan audaces y de tanto empuje como los míos. Muchos de ellos han pasado la mitad de su existencia peleando con los indios ó los mejicanos en las fronteras, en esa escuela tan excelente para formar buenos soldados, y de ellos han tomado lecciones los demás; otros han sido hombres de mundo con quienes se ha mostrado esquivia la fortuna; varios no han podido encontrar un puesto en esta sociedad civilizada; algunos se hallan fuera de la ley, resultando de aquí que, si cuento con malos materiales para *colonizar*, los tengo muy á propósito para *conquistar*.

Con sus enmarañadas barbas, sus cabellos crecidos y despeinados, sus rostros curtidos por el polvo y el sol, sus grandes sombreros, sus extraños adornos, sus cuchillos, pistolas, bolsas y frascos de pólvora en el cinto, presentan un aspecto verdaderamente terrible. Pero no hay que juzgarlos por la apariencia: á muy pocos de ellos puede confundírseles con el bandido, cuyo único objeto es el pillaje. Más de un corazón noble late bajo tan repulsivo exterior, y en su mayor parte no son

ajenos á los sentimientos nobles y humanitarios.

Hay entre ellos corazones que palpitan bajo la influencia del patriotismo; muchos obedecen á un impulso más noble todavía: al deseo de extender el imperio de la libertad, y á otros, he de confesarlo, los guía un espíritu de venganza. Estos últimos son principalmente tejanos que aún derraman lágrimas por un hermano ó un amigo muerto por los mejicanos: no han olvidado el cobarde asesinato de Goliad, y recuerdan aún la sangrienta carnicería del Alamo.

Tal vez sea yo el único que no tenga motivos bien determinados para vivir con semejante compañía; pero si alguno tengo es de poca importancia y no se mezcla con ningún deseo de venganza. La casualidad, la sed de aventuras y de movimiento, acaso una secreta inclinación que me hace anhelar el poder y la gloria, son las únicas excusas á que puedo apelar para explicar mi situación. Soy un pobre aventurero, sin amigos, sin familia, sin patria ni hogar. Porque mi país natal no es ya una nación. No se conmueve mi corazón al menor impulso de patriotismo. No tengo que pedir satisfacción de ninguna ofensa particular, ni ningún interés en la cuestión que me ha hecho empuñar las armas. Debo confesar, sin embargo, que cuando en mis ratos de ocio acuden estas ideas á mi imaginación, no puedo menos de sentir un profundo pesar.

Mis gentes han metido sus caballos en el atrio de la iglesia, sujetándolos á los árboles que hay en él ó á los hierros de las rejas, y, lo mismo que sus jinetes, estos animales forman un grupo heterogéneo de alzadas, pelajes y razas diferentes. El corcel fuerte y lleno de ardor del Kentucky y del Tennessee, el corredor de la Luisiana, el poney, el berberisco y su descendiente el mustang, que pocas semanas antes vagaba libre y salvaje por las praderas, todos figuran en aquel escuadrón. Hállanse también mulas de dos razas distintas: la gran mula enjuta de carnes de la América del Norte y la variedad menos alta y más vivaracha del mismo país.

Mi corcel es negro, de esbelta cabeza y está junto á la fuente, en medio de la plaza. ¡Con cuánta complacencia fijo mis miradas en sus redondas formas! ¡Con qué gracia arquea su gallardo cuello! ¡Con qué cómico furor piafa, sabiendo que le estoy mirando!

Hace ya más de una hora que estamos en el pueblo, donde jamás ha penetrado antes que nosotros ninguna partida de americanos, aunque hace ya bastantes meses que ha estallado la guerra en el curso inferior del río. Nos han enviado en calidad de exploradores, con orden de recorrer el país circunvecino hasta donde sea posible, sin exponernos demasiado.

El objeto de nuestra expedición no consiste tanto en explorar el terreno evitando una sorpresa de los mejicanos, como en combatir á nuestro común enemigo el comanche. Se afirma que estos indios ismaelitas siguen el *rastro*

de la guerra, y han puesto un verdadero ejército en campaña. Añádese que asolan todo el país regado por el curso superior del Río del Norte, y que acaban de apoderarse de un establecimiento, donde han asesinado á los hombres, cautivado á las mujeres y niños y robado todo cuanto podían llevarse.

Hemos venido aquí para someter á los mejicanos; pero debemos protegerlos al mismo tiempo que los conquistamos. ¡Co-as de Méjico!

CAPÍTULO III

PERSECUCIÓN

Estaba reflexionando sobre el singular carácter de aquella guerra *triangular*, cuando interrumpió mis pensamientos el ruido de las pisadas de un caballo. Este ruido procedía de lejos, de las afueras del pueblo: era el paso de un corcel que corría á todo galope.

Pasé rápidamente al extremo opuesto de la azotea y miré por encima del pretil, esperando divisar al presuroso jinete. No me engañé, pues tan luego como me acerqué al borde, ví al caballo y al que lo montaba.

Este parecía un jovencito sin pelo de barba, y cuyas facciones eran de notable hermosura. Tenía la tez curtida; pero, á lo que yo podía ver á doscientos pasos de distancia, su mirada era resuelta y arrogante. Llevaba en los hombros una capa encarnada, que se extendía hasta las ancas de su montura, y en la cabeza un ligero sombrero con galones y bellotas de oro. El caballo era un mustang de poca alzada y buenas proporciones, de piel manchada, como la del jaguar, y, al parecer, de raza andaluza.

Avanzaba el jinete al galope, sin hacer caso de los accidentes del terreno que se extendía ante él. Por casualidad levantó la vista, fijándola en la azotea donde estaba yo de pie, y, sin duda, debió llamarle la atención mi uniforme y el brillo de mi equipo. Rápido como el pensamiento, y cual si obedeciera á un movimiento involuntario, paró de pronto á su mustang, cuya poblada cola barrió el polvo del camino. Entonces pude apreciar mejor el singular aspecto del hombre y el caballo.

Precisamente en aquel momento, el voluntario que estaba de centinela hacia aquel lado salió fuera del sitio donde se mantenía oculto y dió la voz de alto al jinete; pero éste no hizo caso de la intimación. Volviendo bridas, hizo girar al caballo sobre sí mismo como sobre un eje, y casi al mismo tiempo, estimulado el animal por un espolazo, salió á galope en otra dirección, casi en ángulo recto con la que llevaba al venir. Probablemente, habría ido en su seguimiento una bala, deteniendo la carrera del caballo ó del jinete, si yo no hubiera gritado al centinela que no disparase.

Habíasele ocurrido la idea de que aquella caza era demasiado noble, demasiado hermosa para caer de un balazo. Merecía una persecución y una captura.

Mi caballo estaba junto al pilón que servía

de abrevadero. Eché de ver que no lo habían desensillado todavía y que estaba embriado aún. La carrera que dimos por la mañana explorando el terreno lo había acalorado, por lo cual mandé á mi asistente negro que lo pasease lo menos una hora antes de llevarlo al agua.

• Para no entretenerme en bajar por la escalera, salté sobre el pretil de la azotea, y desde él á la plaza. Mi asistente, adivinando mi intención, salióme al encuentro con el caballo.

Cogí las riendas, y de un salto me puse en la silla. Algunos guerrilleros imitaron mi ejemplo, y cuando galopé por la callejuela que iba á dar al campo conocí, por el ruido de las herraduras de los caballos, que me seguían seis ú ocho de aquéllos. Poco me importaba su compañía, porque seguramente era igual la partida entre el adolescente, en cuyo seguimiento iba, y yo. Además, sabía que, por lo pronto, era más importante la velocidad que la fuerza y el número, y que si el mustang manchado tenía tanta resistencia como piernas, su jinete y yo quedaríamos solos para terminar la cuestión entre los dos. No ignoraba tampoco que ninguno de los caballos de mi gente era tan buen corredor como el mío, y que después de la media docena de saltos que había visto dar al mustang podía darme por satisfecho si lograba alcanzarlo en su carrera.

En dos minutos dejé muy atrás las últimas casas y atravesé la campiña en persecución del jinete de la capa encarnada, que, por lo visto, procuraba dar la vuelta al pueblo para seguir el camino tan bruscamente interrumpido por nuestra presencia.

Ambos corríamos por un campo de milpas ó maizales. Mi caballo se hundía profundamente en aquel terreno blando, mientras que el mustang, dotado de mayor ligereza, saltaba como una liebre íbame tomando mucha delantera, y ya empezaba á temer que no podría alcanzarlo, cuando de pronto advertí que entorpecía la rapidez de su carrera un bosquecillo de magueys que encontró al paso. Estas plantas, de exuberante vegetación y de ocho ó diez pies de altura, crecían allí por filas alternadas; de modo que sus grandes hojas se entrelazaban sólidamente, formando una especie de barrera natural.

Parecía imposible á primera vista que la pudieran atravesar hombres ó caballos. Así fué que el mejicano hubo de detenerse. Volvíase ya para seguir por su orilla, cuando advertió que yo le perseguía en sentido diagonal y que no podía menos de cortarle el terreno. Entonces volvió rápidamente las riendas, puso á su corcel enfrente de los magueys, le hincó las espuelas en los ijares y se precipitó en la espesura.

En un momento perdí de vista al caballo y al caballero; pero, al llegar al mismo sitio, espoleé mi montura, y oí crujir el espeso ramaje bajo los cascos del mustang. No era aquella ocasión de reflexionar: debía seguir forzosamente el mismo camino ó desistir de la persecución, y opté por lo primero: estaba interesada

mi honra y mi corcel lleno de ardor; de suerte que sin vacilar un instante nos metimos de cabeza en el bosque de magueys.

Mediante algunos rasguños pudimos llegar al extremo opuesto, y, una vez allí, vi con gran satisfacción que yo había empleado el tiempo mejor que el jinete á quien perseguía.

Pero hubimos de atravesar otro maizal, y perdí otra vez terreno, mientras galopábamos por sitio tan poco favorable para correr.

Cuando nos hallamos casi á lo último de aquel plantío, vi brillar algo delante de nosotros: era el agua de una ancha acequia. Lo mismo que los magueys, aquella zanja nos interceptaba el paso.

—Eso le detendrá, — dije para mí; — tendrá que dirigirse á derecha é izquierda, y entonces...

Pero interrumpió esta reflexión otra manobra. En vez de volver á un lado ó á otro, el mejicano dirigió su caballo á la acequia, y el noble bruto, dando un vigoroso impulso, saltó al otro lado de la zanja.

Sin perder tiempo en admirar esta proeza, me apresuré á imitarla, y, galopando sin cesar, me preparé á dar el mismo salto. Mi bravo corcel no necesitaba que le estimulase con el látigo ó la espuela: había visto á su adversario al otro lado de la acequia y sabía lo que esperaba yo de él. De un admirable salto traspuso la zanja, que tenía muchos pies de anchura, y luego, como si hubiese decidido acabar cuanto antes, arrancó á escape en la misma dirección que el mustang del mejicano.

Ante nosotros se extendía una dilatada llanura, una sabana en cuyo sólido terreno resonaban los cascos de los caballos. La caza quedaba, al parecer, reducida á una competencia en velocidad, y ya contaba yo con alcanzar al mustang antes que hubiese podido llegar al límite de la pradera, cuando se presentó un nuevo obstáculo. Un numeroso rebaño de carneros y caballos estaba diseminado por toda la extensión de la sabana; y, sobresaltados por el ruido estrepitoso de nuestra carrera, aquellos animales se levantaron y se pusieron á correr azorados en todas direcciones.

Más de una vez tuve que tirar de las riendas para no romperme la cabeza ó la del caballo contra la de un toro ó un buey que andaba pesadamente por la yerba, y más de una vez también hube de desviarme de mi camino. En medio de aquella tortuosa carrera, veía con pesar que el mustang me sacaba ventaja, pues, sin duda, estaba acostumbrado á tales ejercicios, y mientras duró me fui quedando más atrás.

Por fin, pasamos más allá del rebaño, pero entonces llegamos al límite de la llanura, y, mirando delante de mí, vi muy cerca el chaparral, con sus corpulentos árboles que crecían entre la maleza; más allá se destacaba una colina coronada de paredes blancas: era la hacienda en otro lugar mencionada, hacia la cual nos dirigíamos en línea recta.

Entonces empezó á causarme cierta ansiedad el resultado de mi persecución, pues si el jinete llegaba á meterse en el chaparral, tenía ya

que renunciar á cogerle. Y, sin embargo, no me atrevía á cejar en mi empeño. ¿Qué diría mi gente si me veía volver sin el mejicano? Yo había impedido que el centinela hiciese fuego, dejando pasar tal vez á un espía ó acaso á un personaje importante: á juzgar por sus esfuerzos desesperados, podía suponerse lo uno ó lo otro, y era indispensable de todo punto cogerle.

Por consecuencia de estas reflexiones, aguijé á mi caballo más enérgicamente que nunca. Moro parecía adivinar mis pensamientos, y corría desesperadamente: ya no nos estorbaban el paso ni ganados ni obstáculo alguno, y la superioridad de su carrera disminuyó en breve la distancia que le separaba del mustang. Con diez minutos más se lograba mi objeto.

Transcurrieron éstos, y llegué á tiro de pistola de mi adversario: entonces empuñé la mía.

—¡Alto, ó tiro!—le grité.

No contestó, y el mustang prosiguió su desenfrenada carrera.

—¡Alto!—grité de nuevo, porque me repugnaba quitar la vida sin necesidad á uno de mis semejantes.—¡Alto, ó eres muerto!

Reinó el mismo silencio.

Apenas estaba á seis varas del mejicano. Corriendo en derechura tras él habría podido dispararle un balazo á la espalda; pero un secreto instinto, una especie de sentimiento de admiración, del que no podía darme cuenta, me contuvo. En aquel momento cruzó por mi imaginación una idea indefinible; tenía el dedo puesto en el gatillo, y, sin embargo, no me atrevía á disparar.

—Es menester que no se me escape, — dije para mí. — ¡Ya llega junto á los árboles! No debo permitir que se meta en la espesura: á lo menos, heriré al caballo.

Busqué un sitio donde apuntarle, porque como el animal me volvía naturalmente la grupa, aunque le hiriese en ella, podía seguir corriendo.

En aquel momento el mustang se separó un tanto de la línea recta, siguiendo otra dirección. Esta maniobra tenía por objeto, sin duda, desviarme de su pista, y así lo consiguió, en efecto, pero, deparándome al propio tiempo la ocasión de apuntar como quería, porque se me presentó de costado, no desperdiicé la oportunidad, y le disparé un pistoletazo cuya bala le penetró en los riñones. El pobre animal dió algunos pasos más, pero en breve cayó, arrastrando al jinete en su caída.

En un abrir y cerrar de ojos, el fugitivo saltó de entre las patas de su corcel, poniéndose en pie. Temeroso yo de que tratara de escaparse todavía metiéndose en la espesura, espolé mi caballo, amartillé mi segunda pistola y le apunté á la cabeza. Pero no hizo la menor demostración de fuga ni de resistencia: lejos de esto, se quedó con los brazos cruzados enfrente del arma asestada contra él, y, mirándome de hito en hito, me dijo con la mayor sangre fría:

—No me mate, amigo. ¡Soy una mujer!

CAPÍTULO IV

ELLA

—No me mate, amigo. ¡Soy una mujer!

Poca sorpresa me causó esta declaración, porque casi la esperaba. Durante nuestra frenética carrera, había advertido dos ó tres cosas que me hicieron sospechar que mi supuesto

tos, se le habían caído á la espalda, y sus dos gruesas trenzas llegaban hasta la grupa del caballo. Un indio joven podría tener una cabellera tan larga, pero sus trenzas serían negras como el ébano y lacias, mientras que los cabellos que yo veía eran suaves, sedosos y castaños.

Ni el modo de montar, ni la capa, ni el sombrero se oponían á la idea de que aquel jinete



..le disparé un pistoletazo...

espía era una mujer. En el momento en que su caballo saltó la acequia, el borde ondulante de su capa se levantó lo suficiente para permitirme ver bajo él un corpiño de terciopelo y una saya corta: esto y las esbeltas formas del jinete me sorprendieron, tratándose de un hombre, por joven y rico que fuese. No le pude ver las piernas, en las cuales llevaba unas polainas de piel de cabra, llamadas en el país *armas de agua*, pero divisé al paso una espuela dorada y el tacón de una botita encarnada, á la que iba sujeta. Además, desprendidos los cabellos del fugitivo por la violencia de los movimien-

fuese una mujer, pues aquél y éstos eran los generalmente adoptados por las *rancheras* mejicanas. Además, en el momento en que el mustang daba su última vuelta, pude ver de cerca el perfil del jinete, y me cercioré de que jamás ha habido hombre ni pastor troyano, ni Adonis, ni Endimión, cuyas facciones fuesen tan finas y delicadas. Seguramente, era una mujer.

Admiróme, sin embargo, el modo cómo me hizo su declaración y el tono de su voz. En vez de expresarse con temeroso acento, había pronunciado aquellas palabras con tanta tranqui-

lidad, como si se hubiese tratado de una broma. En sus palabras no predominaba la súplica, sino cierta tristeza cuya expresión aumentó cuando, arrodillándose, acercó sus labios á la cabeza del caballo, que aún respiraba, y exclamó:

—¡Ay de mí! ¡Pobre yegua! ¡Muerta, muerta!

—¡Una mujer! — exclamé con fingido asombro.

Pero ni me oyó, ni me miró siquiera.

—¡Ay de mí! ¡Pobre yegua! ¡Perla, Perlita! — repitió, como si el corcel fuese el único objeto de sus pensamientos, y como si yo estuviese á cincuenta millas de distancia.

—¡Una mujer! — volví á exclamar, no sabiendo qué decir.

—Sí, señor: ni más ni menos. ¿Qué quiere V.?

Al decir estas palabras, se levantó y quedóseme mirando sin el menor asomo de temor. Tan inesperada era aquella respuesta, que no pude menos de sonreirme.

—Parece que está V. alegre. En cambio, me ha dado un gran disgusto, matando mi yegua favorita.

Difícilmente podré olvidar la mirada que me dirigió al decir esto: el disgusto, la cólera, el desdén, la arrogancia, todos estos distintos sentimientos iban envueltos en ella.

Reprimí la risa, sintiéndome humillado ante aquella altivez.

—Señorita, — repliqué, — siento en el alma la necesidad en que me he visto de proceder como lo he hecho; pero otra cosa peor podía haber sucedido.

—¿Qué? — preguntó interrumpiéndome.

—Hubiera podido apuntar á V. y no á la yegua; mas sospechando que...

—¡Vaya! — exclamó interrumpiéndome de nuevo. — Era lo peor que podía sucederme. Yo quería mucho á este pobre animal, le quería como á mi vida, como á mi mismo padre. ¡Pobre yegua!

Y mientras así expresaba su dolor, inclinóse, rodeó con sus brazos el cuello de su favorita, y le besó de nuevo el hocico. Después le cerró los ojos con minuciosa precaución, se levantó, y, cruzándose de brazos, se quedó contemplando aquellos inanimados restos con expresión de amarga tristeza.

Yo no sabía qué hacer; aquella cautiva me ponía en una verdad ra confusión, y habría dado mi paga de un mes por devolver la vida al mustang; pero como ya no había remedio, reflexionaba en el modo de indemnizar de su pérdida á la joven. Ofrecerle dinero era poco delicado. ¿Qué debía, pues, hacer?

De pronto, se me ocurrió una idea que podía sacarme de apuros. Era cosa notoria en todo el ejército el afán de los mejicanos ricos por proporcionarse nuestros grandes caballos americanos, que pagaban á veces á precios fabulosos sólo por gallardearse en ellos cuando iban de paseo. Teníamos en nuestro escuadrón muchos cruzados de buena raza, y calculé que uno de estos animales no debía ser regalo despreciable, ni aun para una joven que acababa de perder su yegua favorita.

Ofrecíselo, pues, con toda la delicadeza posible; pero lo rechazó con desdén.

—¡Cómo, señor? — exclamó golpeando el suelo con su piecico y haciendo sonar sus espuelas. — ¡Cómo! ¿Me ofrece V. un caballo? ¿A mí? Mire, — añadió, señalando la llanura; — allí hay un millar de caballos: todos son míos. En vista de esto, ya comprenderá V. el valor de su ofrecimiento. ¿Para qué necesito yo un caballo?

—Pero, señorita, — repliqué en tono de disculpa; — esos son caballos del país, y el que ofrezco á V....

—¡Bah! — exclamó interrumpiéndome y señalando el mustang. — No habría cambiado ese caballo del país por todos los frisonos de la compañía de V. No hay ninguno que valga lo que ése valía.

Si sólo se hubiera tratado de mí, no habría puesto la menor objeción á estas palabras; pero aquella especie de desafío produjo su efecto. Herido en mi amor propio, y casi diré en mis más caras afecciones, repliqué con sarcástico acento:

—¿Ni uno solo, señorita?

Y, al decir esto, fijé la vista en mi Moro. La mirada de la joven siguió la dirección de la mía, y se quedó fija algún tiempo en mi cabalgadura. Yo observé la expresión de aquella mirada, y la ví brillar de admiración al notar las arrogantes y graciosas formas de mi noble corcel. Este en aquel momento estaba soberbio, jadeante, con los labios y el pecho llenos de espuma que hacía resaltar el negro brillante de su pelo; sus ijares se levantaban y volvían á bajar por efecto de ondulaciones regulares, á la vez que de sus abiertas y dilatadas narices salía un vapor parecido á una niebla; sus ojos despedían animados destellos, y encorvaba airosamente el cuello como si tuviese conciencia de su reciente triunfo y del interés que entonces excitaba.

La joven le contempló largo rato, y, aunque no decía una palabra, harto conocía yo cuánto admiraba las perfecciones del animal.

—Tiene V. razón, caballero, — exclamó, al fin, con aire pensativo; — ése lo vale.

Al punto me arrepentí de haber llamado de aquel modo la atención de la mejicana hacia mi corcel. Yo no le había ofrecido sino uno de los caballos de mi gente, y no hubiera cambiado mi Moro por toda su manada de mustangs. Con todo, habría sentido que también se negara á aceptarlo, pues empezaba á conocer que no podía rehusar nada á aquella joven, cuya altiva belleza me interesaba ya tanto como Moro.

Encontrábame en una posición delicada. Afortunadamente, me sacó de ella un incidente que dió nueva dirección á mis ideas: llegaban en aquel momento los jinetes que me habían seguido.

La joven se mostró intranquila al verlos, cosa muy natural, por cierto, considerando el atavío salvaje y el feroz aspecto de aquella gente. Diles orden de volver á su alojamiento, y obedecieron, no sin quedarse un rato con-

templando al mustang tendido en tierra con sus ricos arneses manchados de sangre, y luego á la que lo había montado por última vez. De nuevo me quedé solo con mi prisionera.

CAPITULO V

HORIENSIA DE CASTRO

Tan pronto como mis hombres estavieron á alguna distancia, preguntóme la joven:

—¿Son tejanos?

—Sí, pero no todos.

—¿Es V. su jefe?

—Lo soy.

—¿Su capitán, según presumo?

—Esa es mi categoría.

—Y ahora, señor capitán, ¿soy prisionera de V.?

Esta pregunta me cogió tan de improviso, que no supe al pronto qué contestar. La excitación de aquella carrera, aquel encuentro, su curioso desenlace, y, quizá más que todo, la encantadora belleza de mi cautiva, me habían hecho olvidar por completo lo que me proponía al perseguirla, y pasaron algunos minutos sin que pensara en lo que debía responder. Entonces recordé que estaba obligado á desempeñar una misión delicada: la de averiguar si tan donosa joven era un espía; suposición que no tenía nada de improbable, como comprenderá todo el que sea veterano en las guerras.

—Más de una vez,—decía yo entre mí,—se ha dado el caso de que se encargaran lindas muchachas de llevar despachos y noticias al enemigo. Si ésta fuese una de ellas, y la dejara pa-ar libremente, las consecuencias podrían ser muy graves.

Pero, por otro lado, me repugnaba llevármela presa, aunque tal fuese mi deber. Aún no había pasado diez minutos con aquella joven, y ya ejercía en mi corazón tan grande imperio como si hubiera sido dueña de él toda su vida.

Viendo que vacilaba, repitió su pregunta.

—¿Soy prisionera de V.?

—Mucho temo, señorita, que yo lo sea suyo.

Contesté de este modo, en parte por evadirme de una respuesta categórica, y en parte también para dar libre curso á la pasión que empezaba á nacer en mi pecho. Mis palabras no eran la expresión de una pueril galantería, sino formales, aunque inspiradas por un sentimiento espontáneo; y, en su consecuencia, esperé con ansiedad el efecto que habían producido.

La mejicana fijó en mí sus grandes y brillantes ojos, primero con expresión de disgusto, que se cambió gradualmente en otra más significativa y más agradable para mí. Pareció dejar por un momento su anterior indiferencia, me miró con atención, y en la ojeada que me dirigió creí adivinar que estaba satisfecha de lo que acababa de decirle. Sin embargo, la ligera arruga que fruncía su lindo labio tomó cierto aire de triunfo provocativo, y la joven recobró su arrogante aspecto, diciéndome:

—Caballero, ése es un cumplimiento extemporáneo. ¿Estoy libre ó no?

Vacilaba yo entre el deber y la cortesía, cuando se me ocurrió contestarle de este modo, acercándome á ella y mirando sus hermosos ojos con toda la indiferencia que pude:

—Señorita, si me da V. su palabra de que no es un espía, puede irse en libertad: no exijo más que su palabra.

Impuse esta condición con acento de súplica más bien que de mando; y, aunque afecté cierta sequedad, conocí que me vendía mi rostro.

—¡Yo espía! ¡Yo espía!—exclamó riéndose á carcajadas.—Señor capitán, V. se burla.

—Y yo espero, señorita, que V. hablará con sinceridad. ¿No es V. un espía? ¿No lleva ningún despacho para el enemigo?

—Ni por asomo,—contestó sin dejar de reír.

—Entonces, ¿por qué tenía V. tanto empeño en huir de nosotros?

—¡Ah, caballero! ¿No son Vds. tejanos? No se ofenda si le digo que sus paisanos no gozan de muy buena reputación entre nosotros.

—Pero tratar de huir era, cuando menos, una loca imprudencia, en la que exponía V. su vida.

—¡Caramba! Demasiado lo estoy viendo.—Y dirigió una mirada significativa al mustang, á la vez que entreabría sus labios una amarga sonrisa.—Pero no creí que hubiera en la compañía de V. un solo jinete capaz de alcanzarme. Me ha vencido V. á la carrera, y sólo V. podía hacerlo.

Al pronunciar estas palabras, volvió hacia mí sus negros y rasgados ojos, aunque no para mirarme fijamente, sino de un modo algo vago. Examinóme de pies á cabeza, desde la gorra hasta las espuelas, mientras yo espiaba su mirada con interés, pareciéndome que su fisonomía no tenía ya su desdeñosa expresión y que brillaba en aquélla un destello de ternura. Habría dado el mundo entero por adivinar cuáles eran en aquel instante sus pensamientos.

Nuestros ojos se encontraron, desviándose al punto con mutuo embarazo; ella bajó la cabeza y tuvo algún tiempo la vista fija en el suelo como si la preocupara una idea repentina. Guardamos silencio bastante rato, y así habríamos continuado sabe Dios hasta cuándo, si no me hubiese ocurrido que mi proceder era poco galante. La joven seguía siendo mi prisionera, y, por consiguiente, me apresuré á concederle la libertad.

—Señorita,—le dije,—sea V. ó no espía, ya no la detengo más. Puede marcharse cuando guste.

—Gracias, caballero. Y ahora, puesto que se ha portado V. tan cortésmente, quiero tranquilizarle. Lea V.

Y, al decir esto, me enseñó un papel: lo examiné y ví que era un salvoconducto del general en jefe, mandando guardar toda clase de consideraciones á D.^a Hortensia de Castro.

—Ya ve V., capitán, que yo no podía ser su prisionera. ¡Ja, ja, ja!

—¿Será V. tan generosa que me perdone la violencia que he cometido?—le pregunté.

—De buen grado, capitán.

—¿Por qué ha obrado V. tan imprudentemente? Nosotros teníamos la obligación, el deber de perseguirla y apoderarnos de V.; mas con ese salvoconducto no tenía V. necesidad de huir.

—Pues he huído precisamente porque llevaba este papel.

—Confieso que no lo entiendo.

—¿Puedo contar con que será V. prudente, capitán?

—Lo prometo.

—Pues ha de saber que yo no estaba segura de que fuesen Vds. americanos, sino que les tomé por una guerrilla mejicana; y si este papel y otros varios que llevo encima hubieran caído en manos de Canales, ¿qué habría sucedido? Ya ve V., capitán, que tememos más á nuestros amigos que á nuestros enemigos.

Entonces comprendí perfectamente el motivo de su huída.

—Usted habla muy bien el español, capitán.

—continuó la joven.—Si hubiese V. gritado: «¡Alto!» en su idioma natal, yo me habría detenido inmediatamente, y quizás hubiera evitado la muerte de mi favorita. ¡Ay de mí! ¡Pobre yegua! ¡Pobre Perla!

De nuevo prorrumpió en exclamaciones de pena y sentimiento, y, poniéndose de rodillas, abrazó el cuello del pobre mustang, ya yerto y rígido. Ocultó el rostro en la larga y espesa crin del animal, y sorprendí algunas lágrimas en aquellas crines, que movía y besaba.

—¡Pobre Perla!—prosiguió.—Motivos tengo para afligirme. ¡Ah! Con razón te quería, pues más de una vez me habías salvado. ¿Qué haré ahora sin ti? Me asustaré al menor indicio de que se acercan los salvajes; no me atreveré ya á correr por la pradera; tendré que reducirme á no salir de casa. Tú me dabas alas, y ahora me las han cortado.

Dijo estas palabras con entonación de amarga tristeza; y yo, que apreciaba á mi caballo tanto como ella al suyo, comprendiendo su pesar y animado del deseo de consolarla en lo posible, repetí mi ofrecimiento.

—Señorita,—le dije, en mi escuadrón hay bastantes caballos, algunos de ellos muy buenos y...

—No hay ninguno que me guste.

—Cree que no los ha visto V. todos.

—Sí, por cierto: todos, uno por uno, hoy mismo, cuando desfilaban al salir del pueblo.

—¿De veras?

—Sí, capitán. Y le he visto á V. en el momento en que cabalgaba al frente de sus filibusteros.

—Pues yo no la he visto á V.

—No sería por falta de mirar á todas partes. No ha habido balcón ni reja á donde no haya V. echado una ojeada, ni ha dejado de buscar las sonrisas de las damas mientras recorría aquella larga calle. ¡Ja, ja! Temo, señor capitán, que sea V. el D. Juan Tenorio del Norte.

—Aseguro que no es ése mi carácter.

—¡Bah! Usted es tan orgulloso como todos los hombres. Pero basta de bromas y hable-

mos del caballo: no tiene V. ninguno que me guste, excepto uno.

Temblé al oír estas palabras.

—Y, en resumen, es ése —añadió señalando á Moro.

Me quedé como si se me hubiese tragado la tierra, y mi turbación no me permitió responder en algún tiempo. Ella lo notó, pero guardó silencio, esperando mi contestación.

—Señorita,—balbuceé, al fin,—este caballo es mi favorito, un antiguo y leal amigo; pero si V. lo quiere... está á su disposición.

Y, recalcando el condicional *si*, apelé á su generosidad; pero fué en vano.

—Muchas gracias,—contestó con frialdad;—ya lo cuidaré: creo que me servirá. ¿Cómo tiene la boca?

No tuve ánimo para responderle: empezaba ya á causarme enfado.

—Permítame V. que lo pruebe,—repuso.—¡Ah! Tiene bocado de barbada: no vale tanto como el que nosotros usamos. Haga el favor de darme ese lazo.

Y me señaló un lazo blanco de crin de caballo perfectamente trenzado, que estaba enrollado á la silla del mustang.

Púseme maquinalmente á desatarlo, y del mismo modo lo sujeté al pomo de mi silla. Entonces advertí que tenía una argolla de plata. En fin, acorté las correas á la longitud conveniente.

—Ahora, capitán,—exclamó la joven, reuniendo las riendas en su manita enguantada,—voy á ver qué tal se porta.

Y, así diciendo, se puso en la silla de un salto, sin tocar apenas el estribo con su diminuto pie. Se había quitado la capa; su saya de seda le llegaba, formando grandes pliegues, hasta los tobillos, y por debajo de ella se veían asomar sus botinas encarnadas, el reluciente estribo y el bordado de sus blanquísimos pantalones. Un cinturón escarlata rodeaba su cintura, cayendo sobre la silla sus recamadas puntas, y el corpiño, lleno de bordados, modelaba las redondas formas de aquella joven singular, que se mantenía á caballo con la mayor naturalidad y soltura del mundo: sus ojos reflejaban la tranquilidad y valor.

Yo estaba mudo de admiración é involuntariamente pensaba en las Amazonas de la antigüedad y en que con un escuadrón de semejantes guerreros se podría conquistar el mundo.

Un toro de aspecto terrible, movido tal vez por la curiosidad ó por otra causa, se había separado de su manada, acercándose al sitio donde estábamos. No deseaba otra cosa la bella amazona. El caballo, sintiendo la espuela, dió un salto y se puso á galopar en derechura hacia el toro, que volvió grupas y emprendió la fuga; pero su rápido perseguidor llegó en breve á tiro de lazo de él.

El nudo corredizo giró al punto en el aire, y le ví, lanzado vigorosamente, enroscarse al rededor de los cuernos del animal. Entonces se volvió el caballo á su vez, poniéndose á correr en dirección contraria, distendiéndose la cuerda, apretándose de pronto, y el toro cayó violenta-

mente al suelo, donde quedó aturdido. Sin darle tiempo para recobrase, la jinete regresó á galope, después de haber enrollado la cuerda al rededor de su brazo.

—¡Soberbio! ¡Magnífico!— exclamó, saltando al suelo y contemplando el caballo. —¡Es hermoso, muy hermoso! ¡Ah, Perla! ¡Pobre Perla! ¡Sospecho que te olvidaré muy pronto!

Estas últimas palabras iban dirigidas al mustang.

Luego añadió volviéndose á mí:

—Y este caballo ¿es mío?

—Esa única persona será probablemente la señora de sus pensamientos: ¿no es cierto? Pues bien, capitán: si le profesa V. la misma fidelidad y adhesión que á su noble caballo, no tendrá motivo para dudar de ellas. Pero necesito marcharme. Adiós.

—¿Me permitirá V. que la acompañe hasta su casa?

—Gracias: no, señor. Estoy en ella: mire V., —añadió señalando la hacienda;— ésa es la casa de mi padre. Y allí veo uno que cuidará de los restos de mi pobre Perla, — prosiguió,



—¡Oh! ¡Váyase V.! ¡Déjeme sola! ¡Adiós, adiós!

—Sí, señorita, si V. le quiere, —respondí con cierta pena, porque me parecía que iba á separarme de mi mejor amigo.

—Pues no le quiero, —contestó con resolución.

Y, prorrumpiendo en seguida en una carcajada, añadió:

—¡Ah, capitán! Ya sé en qué está V. pensando. ¿O piensa que no comprendo el sacrificio que quería hacer? Guárdese su caballo favorito: basta que uno de los dos tenga que sufrir un pesar. — Y, al decir esto, señalaba el mustang. — Conserve V. ese hermoso corcel. Si fuese mío, por nada del mundo me desprendería de él.

—Y yo tan sólo á una persona se lo cedería.

Al decir esto, esperé con ansiedad la respuesta que debía darme; pero no la quería expresada con palabras, sino con los ojos. En realidad, no frunció el entrecejo: antes, al contrario, pareció advertir en ella una sonrisa, una expresión melancólica de triunfo y de satisfacción; pero aquello fué un pasajero relámpago, y de nuevo se me oprimió el corazón al oír su risa burlona.

llamando por señas á un pastor que se dirigía hacia nosotros. —Tenga presente, capitán, que es V. un enemigo: ni puedo aceptar su galante ofrecimiento, ni brindarle con la hospitalidad en mi casa. ¡Ah! No nos conoce V. ni sabe quién es el tirano Santa Ana. Quizás en este momento están sus espías...

Y, al decir esto, dirigió una mirada recelosa en torno suyo.

—¡Dios mío! —exclamó con sobresalto, viendo un hombre que bajaba de la eminencia de que anteriormente he hablado. — ¡Santísima Virgen! ¡Es Ijurra!

—¿Ijurra?

—Sí: es mi primo. Pero...

Vaciló un momento, y luego, cambiando bruscamente de entonación, me dijo:

—¡Oh! ¡Váyase V.! ¡Por amor de Dios! ¡Déjeme sola! ¡Adiós, adiós!

Por más deseos que tuviese de ver al llamado Ijurra de cerca, cedí á tan afanosa insinuación y me alejé á galope.

Cuando llegué al lindero del bosque, la curiosidad, ó quizás un sentimiento más fuerte,

pudo más que mi cortesía, y, so pretexto de arreglar un estribo, me volví sobre la silla y miré atrás.

Ijurra había llegado al sitio donde yo estaba poco antes.

Era hombre de elevada estatura, vestido con el traje habitual de los ricos de Méjico, consistente en una chaqueta de paño negro, un pantalón militar azul, una faja encarnada y un sombrero hongo de anchas alas. Parecióme que tendría unos treinta años; llevaba bigote y patillas, podía pasar por buen mozo en su clase; pero ni su edad, ni sus ventajas personales, ni siquiera su traje, me llamaban la atención en aquel momento, sino tan sólo lo que iba á hacer.

Púsose frente á frente de su prima, ó, más bien, la dominó, pues parecióme que ella se mostraba encogida y como temerosa ante él. Ijurra llevaba un papel en la mano, y ví que se lo enseñaba mientras le estaba hablando. Su rostro tenía una expresión feroz que le daba cierta semejanza á un buitre, y desde la distancia á que me encontraba podía asegurar por sus destempladas voces que hablaba con ira.

Preciso era que tuviese un extraño imperio sobre la joven para obligarla á escuchar tan dócilmente sus reproches.

Ganas me daban de hincar las espuelas en los ijares de mi corcel y volver al galope al mismo sitio, y tal vez lo hubiese hecho si aquella escena hubiera durado más tiempo; pero ví que la doncella echaba á andar de pronto, dirigiéndose rápidamente hacia la hacienda.

Entonces volví la cabeza á otro lado, y, metiéndome en la espesura del bosque, hallé en breve un sendero que iba á parar al pueblo. Ocupada mi mente con el recuerdo de lo que acababa de ocurrir, seguí cabalgando al azar dejando á mi caballo caminar á su albedrío, hasta que me sacó de mi preocupación el *¡Quién vive!* de uno de mis centinelas, y advertí que había llegado á la entrada del pueblo.

CAPITULO VI

DIPLOMACIA

Mi aventura no terminó con el día, sino que prosiguió durante la noche, reproducida en sueños con sus más minuciosos detalles; pero en esta visión se atravesaba á intervalos como una nube, una figura sombría: la de Ijurra.

Soñaba con ella cuando me desperté en el momento en que resonaba por las calles el toque de diana.

Cuanto más pensaba en el incidente de la víspera, tanto más comprendía el poderoso interés que me había inspirado la joven que fué su protagonista, y no ya el interés, sino la pasión que en el breve espacio de una hora se enseñoreó por completo de mi alma.

Confieso que no era éste mi primer amor, pues tenía ya cerca de treinta años y había amado más de una vez; de suerte que conocía la naturaleza del sentimiento que me dominaba.

No acometeré la empresa de describir el objeto de mi pasión, porque la belleza de Hortensia de Castro excedía á todo encomio. ¿Cómo pintar su ondulante cabellera, abundante y lustrosa; sus rasgados ojos, velados por magníficas pestañas negras; sus dientes blanquísimos como perlas, y el aterciopelado color de sus sonrosadas mejillas? Pero lo que, sobre todo, realizaba su belleza, era el íntimo enlace, la feliz combinación de lo físico con lo moral. Al contemplar la expresión de aquel rostro, el delicado matiz de sus mejillas, su graciosa sonrisa, el fuego de sus ojos y aquella mirada impregnada, ya de ternura, ya de sublime energía; al admirar todo esto, concebíase en el fondo del alma la idea de una perfección divina.

Aquella visión pasó ante mis ojos aun en los momentos en que tomaba mi frugal desayuno. Contemplaba el porvenir con halagüeñas esperanzas, pero no sin cierta inquietud, pues no había olvidado nuestra brusca separación, y ella tampoco me brindó á repetir nuestra entrevista; de modo que no abrigaba ninguna esperanza de volver á verla, á no ser que la veleidosa fortuna se pusiese resueltamente de mi parte.

Pero como no soy fatalista, resolví no confiar únicamente en el destino y ayudarle un poco en sus evoluciones.

Mientras tomaba mi café formé lo menos una docena de planes, encaminados todos al mismo objeto: al de renovar mi conocimiento con Hortensia.

En aquellos tiempos de turbulencias, no era probable que saliese con frecuencia de su casa, y, por otra parte, yo podría recibir dentro de pocos días, ó quizás de horas, la orden de emprender la marcha para no volver jamás á una avanzada tan interesante para mí. Precisaba, pues, aprovechar el tiempo.

Como en el distrito imperaba la ley marcial y yo era allí dictador de hecho, podía arrogarme el derecho de penetrar en cualquier parte que se me autojase; pero no lo hice por aconsejármelo una porción de circunstancias atendibles y que no hacen al caso, aunque sí he de decir que entraba en ellas por mucho un sentimiento de delicadeza.

En resumen, formé una multitud de proyectos, desechándolos todos, hasta que, por casualidad, fijé la vista en el objeto más interesante que había en mi cuarto: la cuerda blanca atada al arzón de mi silla. Aquel lazo fué para mí un áncora de salvación, pues pensé en el acto en devolverlo á su legítima dueña, y devolverse lo en persona. Hé aquí hasta dónde debía yo secundar la acción del destino: lo demás corría de su cuenta.

Encendí un cigarro y subí á la azotea, para redondear mi plan de campaña.

Apenas había dado dos ó tres pasos, cuando llegó un jinete corriendo á la plaza. Llevaba el uniforme de dragón, y en breve conocí que era un ordenanza del general que preguntaba por el comandante de la avanzada. Habiéndole indicado uno de mis hombres dónde podría encontrarme, se dirigió al trote hacia mi casa.

Salí á su encuentro, me dijo que era portador de un pliego del general en jefe, me lo entregó, hizome en seguida el saludo militar, y se marchó al galope, lo mismo que había venido.

Abrí el pliego y leí lo siguiente:

«Cuartel general del ejército de ocupación.

»Julio de 1846.

»Señor: después de tomar un número suficiente de soldados, se dirigirá V. á la hacienda de D. Pedro de Castro, la cual está situada cerca del punto que V. ocupa, y en ella encontrará cinco mil cabezas de ganado mayor, que conducirá al campamento del ejército americano, entregándoselas al comisario general. Allí tendrá V. la gente necesaria para guiar el ganado, y dispondrá que una parte de su destacamento lo escolte. En vista de la adjunta nota, comprenderá V. la naturaleza de esta comisión.

»A. A. Ayudante general.

»Al capitán Sedley.»

—No hay duda, — dije al acabar de leer la orden, — no hay duda: la Providencia acude en mi auxilio. Precisamente en el momento en que me devanaba los sesos para dar con el medio de introducirme en casa de D. Pedro de Castro, me lo presenta perfectamente arreglado.

Ya no me acordaba del lazo. Armado con la natural disculpa del «cumplimiento de mi deber», preparéme á ir cuanto antes á la hacienda, y á traspasar sus umbrales con la confianza de un huésped que tiene derecho á que le reciban bien.

—Pero ¿y ese Ijurra? Ya me había olvidado de él. ¿Estará aún en la hacienda? — pensé.

Y el recuerdo de aquel hombre cayó como una fúnebre sombra sobre las brillantes ilusiones que formaba mi mente.

Como era forzoso dar inmediato cumplimiento á toda orden del cuartel general, y debía dictar por mi parte algunas disposiciones, dí de mano á mis risueños ó contrariados pensamientos, y sin pérdida de tiempo mandé á unos cincuenta soldados que montasen á caballo.

Iba á conceder al atavío de mi persona mayor atención que de costumbre, cuando se me ocurrió que haría mejor en empezar por leer la nota á que se refería el despacho. Abríla, y con gran sorpresa ví que estaba escrita en español; pero como esto no era inconveniente para mí, leí las palabras que siguen:

«Tiene V. ya á su disposición los cinco mil bueyes, conforme al contrato de venta; pero no puedo encargarme de entregarlos. *Es preciso quitármelos con aparente violencia;* y aun añadiré que no estaría fuera de lugar que el comisionado empleara cierta rudeza y grosería. También están mis vaqueros á las órdenes de V.; pero yo no puedo darles las órdenes necesarias.

»Pedro de Castro.»

Esta nota iba dirigida al comisario general del ejército americano. Aun cuando su sentido fuese bastante oscuro para los que no estaban

enterados del asunto, para mí era tan claro como la luz del día. Pero, por más que aquel documento me diera una elevada idea de los talentos administrativos de D. Pedro de Castro, distaba mucho de complacerme, pues tenía que presentarme en su casa como enemigo, aporrear las puertas, distribuir puntapiés á los criados é intimar al amo, con toda la insolencia de un merodeador, que me entregase cinco mil cabezas de ganado.

—¡Ah! — pensé. — ¡Qué papel tan triste voy á hacer á los ojos de Hortensia!

Sin embargo, después de un momento de reflexión me convencí de que ella también debía estar en el secreto.

—Sí, — dije para mí; — comprenderá el motivo de mi conducta; aunque, por otra parte, puedo obrar con toda la amabilidad que me permitan las circunstancias. Dejaré que mi teniente, maltrate á los criados, pero sin apoderarse de la presa brutalmente. Y si la hermosa no está encerrada, la veré á hurtadillas. ¡Ea, pues! ¡A caballo!

La corneta dió la señal; cincuenta voluntarios montaron á caballo á las inmediatas órdenes de los tenientes Perki's y Osborne, y pocos segundos después desfilaban á dos en fondo por la plaza, yendo yo á la cabeza.

En diez minutos llegamos delante de la hacienda, donde hicimos alto.

Su enorme puerta, maciza como la de una cárcel, estaba cerrada con llave y atrancada con barras de hierro, lo mismo que los postigos de las ventanas. No se veía fuera ni un alma; nadie, ni siquiera un mozo asustado. Yo había dado la consigna á mi teniente, que sabía bastante español para llenar mi objeto.

Apeóse, se acercó á la puerta, y se puso á dar porrazos con todas sus fuerzas con la culata de la pistola.

—¡Abrid la puerta! — gritó.

No respondieron.

—¡Abrid! ¡Abrid! — repitió.

El mismo silencio.

—¡Abrid la puerta! — volvió á gritar el teniente, redoblando los golpes.

Cuando cesó el ruido, oyóse dentro un débil:

—¿Quién es?

—¡Yo! — gritó Osborne. — ¡Abrid! ¡Abrid!

—¡Allá va! — contestó la voz con tembloroso acento.

—¡Date prisa! Somos hombres de bien.

Entonces resonó un ruido de barras y cerrojos que duró lo menos dos minutos, al cabo de los cuales abriéronse hacia adentro las dos grandes hojas de la puerta, dejando ver al portero, el enladrillado zaguán y una porción del patio.

Tan pronto como se abrió la puerta, se precipitó Osborne sobre el tembloroso portero, le cogió por la chaqueta, y tirándole de las orejas, le mandó con estentórea voz que llamase al dueño de la casa.

Esta conducta, que, al parecer, debía asombrar á mis soldados, fué, por el contrario, de su agrado, pues les oí reír á mis espaldas. Aun cuando todos eran guerrilleros, no estaban

acostumbrados á propasarse con los habitantes inofensivos del país, por lo mismo que casi nunca veían á sus oficiales apelar á la violencia. Verdad era que en las filas del ejército, y aun entre la oficialidad, se suscitaban quejas al ver á los mejicanos, hasta á los más hostiles, tratados con mayor indulgencia y miramientos que nuestros propios soldados. Así, pues, la conducta de Osborne hirió una cuerda que vibró agradablemente en el corazón de nuestros aventureros, los cuales empezaron á creer que la campaña iba á tomar un aspecto más divertido que hasta entonces.

—Señor.—balbuceó el portero,—mi amo me ha dado la orden de no admitir á nadie.

—No quiere recibirnos, ¿eh? Pues es forzoso,—replicó Osborne.

—Sí, amigo,—añadió con más dulzura, pues empezaba á temer que el mucho miedo que tenía el pobre hombre no le dejara desempeñar su comisión.—Ve á decir á tu amo que un oficial americano tiene que verle sin tardanza.

El portero se fué, empujado algo bruscamente por Osborne, y, naturalmente, dejó la puerta abierta. No esperamos su regreso, pues el patio que veíamos nos convidaba á entrar, y, previniendo á Perkins que esperase fuera con el destacamento, y al teniente tejano que me siguiera, me metí con mi caballo en el anchuroso zaguán.

CAPITULO VII

D. PEDRO DE CASTRO

Al penetrar en la casa, presenciábamos un espectáculo bastante nuevo para nosotros, un cuadro español con algunos toques americanos.

El patio de una casa mejicana tiene su fisonomía particular. Allí no se ven ya puertas ni ventanas como las de una prisión, sino paredes pintadas con vivos colores, galerías con toldos, y vidrieras en todas las puertas. El patio de la casa de D. Pedro estaba embalsamado, y en el centro había una fuente con su pilón de azulejos; junto á ella extendían su follaje varios naranjos, cuyos dorados frutos y blancas flores embalsamaban la atmósfera, que, refrescada por la evaporación constante del surtidor, conservaba una aromática frescura. Por tres de los lados del patio extendíase una galería cuyo pavimento de azulejos apenas se elevaba algunas pulgadas sobre el nivel del suelo. Una hilera de columnas sostenía el techo de esta galería, que tenía sus correspondientes balaustradas y cortinas, todas las cuales estaban corridas, excepto en un solo punto, es decir, en la entrada practicada entre dos columnas, de suerte que el interior de aquella estaba enteramente oculto á las miradas, y, por consiguiente, también las ventanas de la casa que daban á ella.

No vimos, al pronto, ninguna figura humana; pero, al dirigir la vista hacia el corral, divisamos una porción de mozos de tostada piel,

con las piernas desnudas y sandalias en los pies; los vaqueros, con sus trajes de pana llenos de botonaduras y alamares, y de galones de oro y plata, y un gran número de mujeres con sus ba-quíñas de variados colores. Aquel departamento presentaba una escena muy animada; era el corral del ganado, pues la posesión de D. Pedro de Castro era lo que se llama en el país *hacienda de ganados*, denominación que no perjudicaba en lo más mínimo la presunta consideración de su dueño, pues una gran parte de los hidalgos de Méjico son ganaderos en grande escala.

Al entrar en el patio, me contenté con echar una mirada al corral; mis ojos se fijaban, sobre todo, en las cortinas de la galería, y, no encontrando allí lo que buscaba, los levantaba á la azotea, con la esperanza de descubrir el objeto de mis pensamientos. Allí ví una multitud de plantas raras, las mayores de las cuales extendían por encima del pretil sus anchas hojas y sus brillantes corolas; pero faltaba la flor que más deseo tenía yo de ver. No se divisaba ningún rostro; no llegaba ninguna voz hasta nuestros oídos: tan sólo resonaban los gritos de los vaqueros, el canto de los pajarillos metidos en las jaulas del corredor, y el murmullo de la fuente; pero las aves y los vaqueros guardaron silencio al herir los cascos de nuestros caballos las baldosas del patio, siendo la fuente la única que no se sobresaltó, y prosiguió exhalando su queja dulce y monótona.

De nuevo miré las cortinas de la galería, atisbando cuidadosamente por entre las estrechas aberturas dejadas por una mano negligente, y volví á fijar la vista en la azotea y en todo su pretil; pero este examen fué tan infructuoso como el primero.

Osborne y yo continuamos á caballo sin dirigirnos la palabra, esperando el regreso del portero, mientras los mozos, los vaqueros y las muchachas se acercaban á la puerta del corral, contemplándonos con ojos atónitos.

Después de una espera bastante prolongada, oímos ruido de pasos en el corredor, y en breve llegó el mensajero anunciándonos que su amo iba á presentarse en seguida.

Un minuto después, recorrióse una de las cortinas, dando paso á un caballero anciano. Era de elevada estatura, y, aunque ligeramente encorvado bajo el peso de los años, había firmeza en su continente, y todo en él revelaba energía y resolución. Sus ojos eran grandes y brillantes, sombreados por pobladas cejas, que conservaban aún su color negro, mientras los cabellos eran blancos como la nieve. Iba vestido con gran sencillez: no llevaba chaleco, ni corbata, pero sí una camisa blanquísima de batista, pantalón y chaqueta de mahón, una faja azul oscura y un sombrero de paja de Guayaquil. En resumen: el aspecto de D. Pedro, á pesar de toda su gravedad, prevenía en su favor.

Acerqué mi caballo á la galería, y me coloqué frente á frente del dueño de la hacienda.

—¿Es V. D. Pedro de Castro?—le pregunté.

—Sí, señor.—me contestó con acento entre sorprendido y contrariado.

Entonces dije en español y en voz bastante alta para que me oyeran los peones y los vaqueros:

—Soy un oficial del ejército americano, y he recibido el encargo de hacerle á V. proposicio-

que se metió en la casa con los soldados. Entonces todos ellos, desfilando por la puerta del corral, se pusieron á reunir á los azorados vaqueros para obligarles á recoger el ganado.

—¡Protesto de este acto de bandolerismo!—gritó D. Pedro á voz en cuello.—¡Es una infamia! ¡Eso es contravenir á las leyes de la



—No tengo bueyes que vender.—Interrumpió D. Pedro

nes para suministrar bueyes al ejército. Traigo una orden del general en jefe que...

—No tengo bueyes que vender,—interrumpió D. Pedro con indignado acento.—No quiero negocios con el ejército americano.

—En ese caso, caballero,—le repliqué,—me veré en la precisión de apoderarme del ganado sin el consentimiento de V. Se le abonará su valor; pero es indispensable que me lo lleve, pues mis órdenes son terminantes respecto á este punto. Además, tendrán que acompañarme algunos de los vaqueros de V. para conducir el ganado hasta el campamento.

Y, así diciendo, llamé por señas á Perkins,

guerra de los pueblos civilizados! Apelaré á mi gobierno y también al de V. y obtendré justicia.

—Ya le pagarán á V.

—¡Me pagarán... me pagarán! ¿Y quién? ¿Los ladrones, los filibusteros?

—¿Qué significa eso, señor mío?—exclamó Osborne, que no conocía sino á medias el secreto de aquella escena y hablaba formalmente.—Procure V. medir muy bien sus palabras, ó, de lo contrario, será fácil que pierda V. algo que aprecie más que el ganado, y, sobre todo, mire bien con quién habla.

—¡Con tejanos, con ladrones!—vociferó don

Pedro, recalcando estas palabras con tal vehemencia, que Osborne habría sacado su revólver si yo no le hubiera dicho una palabrita al oído.

—¡Vaya al demonio ese viejo truhán!—contestó mi irritado teniente.—Creí que lo decía de veras. ¡Ea!—prosiguió dirigiéndose á don Pedro.—No se apure V. por sus dollars. El tío Sam (1) es un traficante generoso y un buen pagador. Yo quisiera ser el dueño de esos bues y tener la promesa de que me los pagaran. Tome, pues, la cosa con más calma y modere sus expresiones.

D. Pedro puso fin al coloquio corriendo las cortinas con furia, y desapareciendo así de nuestra vista.

Mientras duró la anterior escena, costóme todas las penas del mundo conservar mi impasibilidad, observando al propio tiempo que el mejicano se contenía tan difícilmente como yo. Advertíase en sus picarescos y penetrantes ojos cierta gana de reír que reprimía, sin embargo, merced al imperio que sobre sí mismo tenía; pero más de una vez creí que iba á descubrirnos su misma sangre fría. Por mi parte, no habría podido contenerme si no hubiese tenido mi corazón y mi vista en otro sitio. En cuanto á D. Pedro, desempeñó su papel á las mil maravillas.

Cuando corrió la cortina, el *¡Adiós, capitán!* que pronunció en voz baja y que nadie oyó más que yo, parecióme que tenía un acento lleno de afabilidad, y sentí cierta satisfacción, cuando, irguiéndome en la silla, di la orden de reunir los bues del mejicano.

CAPITULO VIII

LA CARTA

Osborne siguió á la tropa, con la cual había penetrado Perkins en el corral. En breve reunieron cierto número de vaqueros, y entonces se dirigieron á la pradera, donde pastaban los rebaños de D. Pedro; de suerte que me quedé solo, ó, mejor dicho, en compañía de media docena de criadas, deidades de cocina, que, agrupadas en un rincón del patio, me miraban con cierta mezcla de temor y curiosidad.

Las cortinas de la galería seguían herméticamente corridas, y por más que miraba no veía á nadie detrás de ellas.

—Está demasiado bien educada ó tal vez sea indiferente,—pensaba yo; suposición esta última que no halagaba en modo alguno mi amor propio.—Y la verdad es que, no estando aquí los demás, bien podía D. Pedro invitarme á entrar. Pero no: esas mujeres, esas mestizas podrían charlarlo: más vale renunciar á ello é ir á reunirme con mi destacamento.

Lancé una postrera ojeada en torno mío, con el mismo adverso resultado, y, arrimando las espuelas á mi caballo, salí de muy mal humor, por la puerta trasera.

Al llegar á aquel lado de la casa, se ofreció

á mi vista en toda su extensión la gran pradera, que ya conocía; solté la brida y me acomodé bien en la silla para contemplar la animada escena de que aquella era teatro.

Veíase allí toros semisalvajes, que corrían con furor en todas direcciones; vaqueros montados en sus ligeros potros, con sus fajas ondulantes y sus enrollados lazos; voluntarios, jinetes en caballos más pesados, que ayudaban con bastante torpeza á los diestros y ejercitados pastores; muchos de éstos conduciendo, no sin trabajo, numerosos grupos de aquellos animales, reunidos ya y domados, y todo dominado por los fuertes mugidos de los toros, por las voces y las estrepitosas carcajadas de los soldados, á quienes divertía mucho esta caza, y por los gritos más agudos de los vaqueros y de los mozos: un cuadro, en fin, que en cualquiera otra circunstancia habría contemplado yo con verdadero interés. Pero no tenía el ánimo predispuesto á ello, y, por más que mis ojos estaban fijos en la llanura, mis pensamientos distaban mucho de ella.

No podía yo creer que semejante escena pasara al pie de las ventanas de una morada tan aristocrática, sin que su habitante más distinguido se dignase echar una ojeada por el campo, y mucho más cuando Hortensia era el movimiento personificado.

—¡Oh, sí!—decía para mis adentros.—A pesar de esos lienzos envidiosos, hay dos lindos ojuelos que están mirando á hurtadillas, ya desde una ventana, ó ya desde una rendija de la pared: no me cabe duda.

Y, al hacer esta reflexión, me volví de nuevo hacia la casa.

Ocurrióseme, á la sazón, que no había examinado bien la fachada de la hacienda. Cuando llegamos á ella observé que los postigos de las ventanas estaban cerrados; pero desde entonces podían haber entreabierto alguno. Conociendo el interior de las casas mejicanas, sabía que las ventanas de la fachada son las de la sala y de las principales habitaciones, y justamente en estas piezas debían estar los amos de la casa.

—¡Qué tonto he sido en haber estado tanto tiempo en el patio!—pensé.—Si hubiese dado la vuelta... Pero tal vez no sea aún tarde.

Guiado por esta esperanza, atravesé de nuevo el corral y volví al patio, donde estaban todavía las criadas mestizas, tan admiradas y locuaces como antes, y las cortinas invariablemente corridas; y, espoleando mi caballo, pasé al abovedado zaguán, cuya maciza puerta seguía abierta como la habíamos dejado; eché una ojeada al cuarto del portero, y ví que estaba vacío: el pobre hombre se había escondido, temiendo encontrarse otra vez con el teniente.

Traspuse el umbral de la puerta, y en el momento en que tiraba de las riendas á mi caballo para pasar revista á las ventanas, oí la palabra *capitán* pronunciada por una dulcísima voz cuyo acento penetró hasta el fondo de mi alma.

Miré á las ventanas, que continuaban tan

(1) La república norteamericana.

cerradas como antes; y aún no había tenido tiempo de hacer ninguna suposición, cuando oí de nuevo la palabra *capitán* pronunciada en más alto tono: entonces conocí que la voz salía de la azotea.

Alcé hasta ella la vista y no ví á nadie; pero en el mismo instante un brazo que habría podido adaptarse perfectamente al busto de Venus asomó por una abertura del pretil. En la preciosa mano que terminaba aquel brazo, y cuyos dedos resplandecían de joyas, había cierta cosa blanca que no pude distinguir hasta que la dejó caer sobre la yerba, al mismo tiempo que las palabras *un papelito* llegaban á mis oídos.

Apeéme, cogí presuroso el billete y alcé los ojos: entonces no quedó frustrada mi esperanza, pues ví á Hortensia. Divisábase su lindo rostro al través de la abertura, y sus rasgados ojos negros me miraban con esa mezcla de burla y seriedad que tanta pena y alegría me causaban á la vez. Iba á dirigirle la palabra, cuando advertí un brusco cambio en su fisonomía: miró rápidamente detrás de sí, aplicó un dedo á sus labios, y, por último, su hermoso rostro desapareció tras el pretil de la azotea.

Permanecí un momento indeciso entre marcharme ó quedarme, pensando que Hortensia no habría bajado de la azotea, y suponiendo, además, que alguien se había acercado á hablarle, puesto que oía el rumor de una conversación, formando un marcado contraste la suave voz de la joven con el bronco acento de un hombre.

Ya iba á retirarme, cuando pensé que antes sería mejor enterarme del contenido del billete, que tal vez arrojaría alguna luz sobre la situación, y me pondría en disposición de adoptar el partido, tan grato para mí, de prolongar mi estancia en aquella casa. Me había metido la carta en el bolsillo del pecho de mi levita, y busqué un sitio donde pudiera leerla sin testigos.

El zaguán, bastante oscuro en sus ángulos, me pareció muy á propósito, y á él encaminé mi caballo. Poniéndome allí de modo que las cocineras no pudieran ver lo que hacía, saqué el billete, que, aunque escrito con lápiz, y, al parecer, bastante de prisa, pude leer sin dificultad. El corazón me latía con fuerza al recorrer sus líneas. Decía así:

«Capitán: sé que nos perdonará V. nuestra poco generosa hospitalidad. Acuérdesse de lo que le dije ayer: *nuestros amigos son más temibles para nosotros que nuestros enemigos*, y en casa tenemos un huésped á quien mi padre teme más que á V. con todos sus terribles filibusteros. No le guardo rencor por la muerte de mi yegua; pero ha adquirido V. mi lazo á un precio demasiado barato. Capitán: ¿pretenderá V. quedarse con todo lo mío?—Adiós.

»Hortensia.»

Volví á guardarme el billete en el bolsillo, y me puse á reflexionar sobre su contenido.

Una parte de él era bastante clara, pero el resto pecaba de misterioso.

«Tememos á nuestros *amigos* más que á nuestros *enemigos*». Yo estaba en el secreto lo suficiente para comprender que esta frase, escrita con cierta sagacidad, significaba simplemente que D. Pedro de Castro era un *ayankeado*; en otros términos: afecto á la causa americana, ó, como lo hubieran designado los demagogos indígenas, «un traidor á su país». Y, sin embargo, no había en qué fundar que el buen hombre lo fuese. Podía desear el triunfo de las armas americanas, sin dejar por eso de ser un amigo fiel de su país; podía ser un patriota ilustrado que prefiriese ver á Méjico en paz y prosperidad bajo el dominio extranjero, á que se perpetuara la anarquía bajo el despotismo de los nacionales. ¿Qué vale el pomposo título de independencia sin paz ni libertad?

A D. Pedro de Castro le importaba poco que el nombre de Méjico desapareciese del mapa, con tal que se devolviesen la paz y la prosperidad á su patria, aunque ésta tuviese que llamarse de otro modo. En aquella época había en Méjico muchos que pensaban como él, y, sobre todo, en la clase á que pertenecía el Sr. de Castro, entre los ricos ó hacendados. Fácilmente se comprenderá por qué los *ayankeados* eran de esta clase.

Quizás también las simpatías de D. Pedro á la causa americana tuviera motivos menos dignos, y tal vez los cinco mil bueyes entraran por algo en ellos; mas, sea de esto lo que fuese, todas mis reflexiones se encaminaban á adivinar el sentido de la ambigua frase de que se había servido dos veces la linda hija del mejicano: «Tememos á nuestros *amigos* más que á nuestros *enemigos*». Y, tanto en un caso como en otro, la expresión me parecía bastante clara.

En cambio, lo que seguía resultaba bastante confuso: *En casa tenemos un huésped á quien mi padre teme*. Aquí había algún misterio. ¿Quién podía ser ese huésped? ¿Ijorra, quizás?

Pero Ijorra era su primo, según me había dicho. ¿Habría otro huésped en la casa? Muy posible sería, pues la hacienda era bastante espaciosa para que vivieran en ella muchas personas. No obstante, y sin saber por qué, tenía la idea fija en Ijorra: no podía menos de creer que á él era á quien había querido aludir Hortensia, que él era el huésped temido.

Los modales que observé en él, las palabras agrias y las hoscas miradas que dirigiera á la doncella, el miedo que ella le tenía, al parecer, todo esto confirmaba mis presunciones, y acabé por adquirir la íntima convicción de que él era el mal genio á quien D. Pedro temía. ¡Y ella le temía también! ¡Dios quiera que no llegue á amarle!, como dijo el poeta.

Abrumado por estas ideas, pasé á examinar las demás frases contenidas en la carta. También advertía en ellas cierta ambigüedad: el tiempo me daría á conocer si andaba acertado en su interpretación. Acaso mis pensamientos concordaban demasiado con mis deseos; pero ello fué que la frase final me causó una viva

alegría, y salí del zaguán con el corazón henchido de júbilo.

CAPITULO IX

ODIO ANTIGUO

Puse mi caballo al paso, pero le detuve al poco rato. Por más que comprendiese la imposibilidad de tener una entrevista con Hortensia, á lo menos aquel día, no logré resistir al deseo de detenerme todo lo posible cerca de su casa, con la esperanza de verla otra vez en la azotea, aunque sólo fuese un instante, aunque sólo se asomase para hacerme una seña y despedirme con un ademán.

Cuando estuve á corta distancia de la casa, me detuve y me volví para dirigir una mirada al pretil. En el mismo sitio en que tan rápidamente había contemplado el lindo rostro de la joven ví otro; pero ¡qué contraste entre las graciosas facciones de aquélla y las que á la sazón se ofrecían á mi vista! Por más que no faltaran personas, y especialmente mujeres, que aseguraran que aquélla era una cabeza hermosa, ¡qué horrible me parecía! He de confesar, sin embargo, que este severo concepto se aplicaba más bien á la expresión moral que al aspecto físico, y quizás también emanara de mi propio corazón la causa de impresión tan desagradable, pues en otras circunstancias probablemente no habría juzgado con tanta acritud aquella fisonomía, mucho más cuando no todo el mundo opinaba del mismo modo acerca del rostro de Rafael Ijurra, pues él era el que miraba apoyado en el pretil de la azotea.

Cruzáronse nuestras miradas, y el primer golpe de vista bastó para determinar las relaciones que debían existir entre nosotros, esto es, una hostilidad perpetua. Ninguno de ambos profirió una palabra, y, sin embargo, los dos nos dijimos claramente con los ojos: *Soy tu enemigo*.

No trataré de analizar esta impresión de brusca y espontánea antipatía, por más que su naturaleza sea bastante sencilla. En cuanto á mí, podía explicármela fácilmente, y miel tras tenía la vista fija en aquel hombre, sentía en mi interior un odio irresistible.

He dicho que era una declaración de guerra, y, con efecto, cada uno de los dos la expresaba formalmente; cada uno de los dos veía un rival en el otro, un rival que aspiraba á disputarle el corazón de una doncella encantadora, la más linda de Méjico. ¿Era preciso más para que dejáramos de aborrecernos desde luego?

Pues yo leía algo más en el rostro de Ijurra: adivinaba en él la maldad de su corazón y lo brutal de su naturaleza. Sus ojos, grandes y hermosos, á decir verdad, tenían una expresión brutal. No carecían de inteligencia; pero esto mismo era un defecto, porque esa inteligencia respiraba ferocidad y mala fe: su belleza era la del jaguar. Tenía el aire de un hombre corrido, acostumbrado á vencer en las lides amorosas; pero indiferente, falso, sin corazón.

En la mirada de Ijurra comprendía yo que conocía mi secreto, que sabía por qué permanecía allí tanto tiempo: la sonrisa de sus burlescos labios así me lo daba á entender. Veía mis infructuosos esfuerzos por obtener una entrevista, y, prevaleciendo de su posición, consideraba mi mala suerte como un agradable entretenimiento.

Aunque se prolongaba nuestro mutuo examen, ninguno de los dos desviaba los ojos de su adversario, hasta que, siendo ya demasiado provocativa su desdenosa mirada para que me fuera posible soportarla con paciencia, iba yo á estallar, cuando oí ruido de pisadas de un caballo que me hicieron volver la vista hacia el lado opuesto. Un jinete subía por la colina, viniendo en derechura de la pradera: era el teniente Perkins, que al poco rato llegó á donde yo estaba.

—Capitán Sedley,—me dijo,—ya está reunido el ganado. ¿Hay que seguir...?

No acabó su frase; pues, habiendo mirado, por casualidad, á la azotea, vió á Ijurra. Dió materialmente un salto en la silla y abrió desmesuradamente los ojos, lanzando de sus órbitas una feroz llamarada de cólera, mientras que los músculos de su cuello y de sus mandíbulas se agitaban convulsivamente.

Hubo un momento en que el furor pareció cortar la respiración, y durante este corto silencio no supe qué pensar de la expresión de sus ojos. Era un gozo frenético, poco en armonía con su severo rostro, que jamás había visto yo iluminado por una sonrisa. En breve, sin embargo, tuve la explicación de aquella mirada singular: no era la amistad lo que le comunicaba su brillo, sino el placer anticipado de la venganza.

Lanzó de pronto una carcajada salvaje y exclamó con voz estentórea:

—¡Rafael Ijurra! ¡Rayos y centellas!

Esta exclamación, que encerraba una amenaza, produjo un efecto mágico. Ví que Ijurra conoció al que la había pronunciado, pues su morena faz palideció al punto, luego se cubrió de manchas lívidas, al paso que sus ojos dirigían en derredor hoscas miradas, llenas de indecisión y espanto. No respondió sino prorrumpiendo en un —¡Demonio! que pareció brotar de sus labios sin poderse contener.

—¡Traidor! ¡Villano! ¡Asesino!—le gritaba Perkins.—¡Al fin, te encuentro! Ahora ajustaremos cuentas.

Y, al mismo tiempo, apuntó su carabina á la cabeza de Ijurra.

—¡Alto, Perkins, alto!—le dije, hundiéndole la espuela en los ijares de mi corcel y lanzándole hacia el teniente.

Aunque mi bravo Moro dió un salto instantáneo y yo cogí rápidamente por el brazo al encolerizado Perkins, no llegué á tiempo de estorbar su acción; pero, á lo menos, desvié el tiro, y la bala, en vez de atravesar el cráneo de Rafael Ijurra, lo cual habría sucedido á no ser por mi intervención, fué á aplastarse en el pretil, saltando hasta el rostro de aquél una nube de polvo y cascote.

Hasta aquel momento, el mejicano no había hecho ningún movimiento para huir de su antagonista. El terror debía tenerle paralizado; mas el ruido de la detonación y la lluvia de yeso que cayó sobre él le sacaron de su atonía, dándole fuerzas para emprender la fuga.

Entonces me volví á mi compañero y le dije con cierta energía:

—¡Teniente Perkins: le mando á V...!

—Capitán Sedley,—me respondió con tono resuelto;—puede V. mandarme en todo lo que concierne al servicio, seguro de que le obede-

por fin, dos tiros disparados casi simultáneamente.

Resonó entonces un grito penetrante, exhalado por una mujer, seguido de un lamento lanzado por un hombre.

—Uno de los dos ha muerto ó está herido,—pensé.

Al llegar á la azotea, para lo cual me bastaron pocos segundos, reinaba ya allí un profundo silencio: no ví á nadie. Aquel sitio parecía un jardín, con sus plantas, sus arbustos y aun sus árboles, que crecían en macetas gigantes-



Era Perkins, que perseguía sin cesar á Ijurra

ceré. Pero esto es un asunto particular, y, ¡vive Dios!, aunque el mismo general... Mas ¡estoy perdiendo el tiempo, y ese tunante se me va á escapar!

Y, sin darme tiempo para nada. Perkins es poleó su caballo, penetrando á galope en el zaguán.

Seguíle tan rápidamente como pude y llegué al patio casi al mismo tiempo que él; pero demasiado tarde para impedirle que realizase su propósito.

Pude cogerle por un brazo; pero se soltó con todo el vigor que le comunicaba una resolución inquebrantable, apeándose al mismo tiempo con inusitada presteza.

Precipitóse á la escalera y subió á escape por ella, empuñando una pistola y arrastrando su sable, que resonaba en los escalones de piedra. Poco después le perdí de vista tras el pretil de la azotea.

Apeándome á mi vez, le seguí tan presuroso como pude. Al subir por la escalera, oí voces proferidas con irritado acento, luego el estrépito de algunos objetos arrojados al suelo y,

cas. ¿Estarían ocultos entre el follaje los que buscaba? Recorrí el terrado en todas direcciones: ví tientos recién rotos; pero no á Ijurra ni á Perkins. No podían estar en pie; pues, si así fuese, los habría divisado. Quizás estarían ambos tendidos entre las macetas derribadas, pues habían resonado dos detonaciones. Y la mujer que prorrumpió en aquel grito agudo ¿dónde estaba? ¿Era Hortensia?

Sin acertar á comprender lo que pasaba, corrí hacia el extremo opuesto de la azotea y ví una escalerilla que iba á parar al interior de la casa. Por allí debían haber bajado; por allí habría huido la que exhaló aquel grito.

Antes de seguir el mismo camino, vacilé un momento; y ya iba á bajar por la escalerilla, cuando oí otro grito fuera de la casa y en seguida un nuevo pistoletazo. Retrocedí, atravesando velozmente la azotea en la dirección del ruido, y miré por encima del pretil. Dos hombres corrían con todas sus fuerzas por el declive de la colina. El que iba detrás llevaba un sable desenvainado en la mano: era Perkins, que perseguía sin cesar á Ijurra.

Este parecía llevar ventaja á su perseguidor, que no podía correr tanto como él por impedírsele su equipo. El mejicano trataba, sin duda, de llegar al bosque que se extendía al pie de la colina. Y, con efecto, á los pocos minutos se metió entre la arboleda y le perdí de vista. Perkins le siguió, como un lebrele sigue una pista, y desapareció también por el mismo sitio.

Confundiéndome todavía en evitar una desgracia, bajé precipitadamente del terrado, monté de nuevo á caballo y me lancé á galope hacia la llanura. Al llegar al lindero del bosque donde se metieron ambos, seguí algún tiempo su rastro; pero, al fin, lo perdí y hube de detenerme.

Estuve algún tiempo escuchando con atención; mas no oí ruido de voces, ni, lo que más bien esperaba, el estampido de un pistoletazo. Nada percibí sino los gritos de los vaqueros de la otra parte de la colina, los cuales me recordaron mi deber, y, por consiguiente, volví riendas al caballo y emprendí el camino de la hacienda.

El silencio era allí profundo. No se veía á nadie. Los habitantes de la casa se habían encerrado en las habitaciones, atrancando las puertas, temerosos probablemente de que los atacaran y de que se entregara todo á la devastación y al pillaje.

La extraña conducta de Perkins había causado tal confusión en mis ideas, que no sabía qué partido tomar. Indudablemente, debía tratar yo de ver á D. Pedro para explicarle lo ocurrido; pero la verdad era que no sabía cómo darle cuenta del caso, cuando más bien tenía yo necesidad de que me lo explicaran. Así fué que resolví marcharme, con un penoso sentimiento de zozobra.

Dejé media docena de soldados con orden de esperar el regreso de Perkins y acudir en seguida á galope á reunirse con nosotros, en tanto que, poniéndome con Osborne á la cabeza de nuestro inmenso rebaño, emprendí la marcha para el campamento.

CAPITULO X

RAFAEL IJURRA

Iba de muy mal humor. Verdad era que el calor y el polvo del camino contribuían á soliviantar mi ánimo, harto exasperado ya por aquel desagradable incidente. No me tenía tampoco muy satisfecho mi primer teniente, cuya conducta era sobrado misteriosa para mí. Osborne tampoco podía explicármela. Era indudable que debía mediar en el asunto alguna antigua enemistad. Y así lo presumíamos ambos.

Perkins no era un hombre como todos los demás. Al contrario: difería de todo el mundo por su carácter y temperamento. En cambio, Osborne era un camarada jovial y contento siempre. Usaba un traje semimejicano y nadie le ganaba á montar un caballo salvaje y á manejar el lazo como el mejor vaquero. Verdadero tejano por su nacimiento, no era un recluta.

Aunque joven aún, era, para servirme de la expresión vulgar, un *viejo comedor de indios*, un verdadero *guerrillero de Tejas*.

Perkins no era tejano, sino del Tennessee, por más que Tejas fuese su patria adoptiva. Alistado en la desgraciada expedición de Mier, cayó prisionero y lo llevaron cargado de cadenas á Méjico, donde tuvo que trabajar en las zanjias que atraviesan las calles de dicha ciudad, metido en el fango hasta el pecho.

La ruda prueba á que allí se vió sometido explicaba suficientemente la expresión austera que se advertía de ordinario en su fisonomía. Jamás se le había visto reír, hablaba poco y sólo de cuanto tenía relación con el servicio; pero de vez en cuando, al creerse solo, le oía prorumpir en amenazas, acompañándolas con un movimiento violento y convulsivo de las mandíbulas y crispando maquinalmente las manos, como si tuviese delante un enemigo mortal. Más de una vez observé estos frenéticos arrebatos, sin comprender su causa. Harding Perkins (que así se llamaba) era un hombre con quien nadie se habría atrevido á familiarizarse hasta el punto de pedirle la explicación de su conducta. Su valor era notorio entre los tejanos; pues, de otra suerte, no habría alcanzado la graduación que tenía.

Durante la marcha, Osborne y yo hacíamos comentarios sobre el extraño proceder de Perkins, y dedujimos que debería ser la consecuencia de algún rencor antiguo que tendría relación probablemente con la expedición de Mier.

Entonces pronuncié, por casualidad, el nombre del mejicano. Durante los últimos sucesos, el teniente Osborne no había visto á Ijurra por hallarse ocupado reuniendo el ganado, y nadie pronunció dicho nombre bastante cerca de él para que lo oyese.

—¡Ijurra!—exclamó estremeciéndose y contentiéndose al propio tiempo su caballo.

—Sí: Ijurra.

—¿Rafael Ijurra?

—El mismo.

—¿Un joven alto y moreno, con bigote y patillas y no mal parecido?

—Así es. Le cuadran perfectamente esas señas.

—Si es el mismo Rafael Ijurra que suele vivir en San Antonio, conozco más de un tejano que quisiera darle muerte. Sí: no puede ser otro, pues no es fácil que haya dos del mismo nombre.

—Pero, en fin, ¿qué sabe V. de él?

—¿Qué es lo que sé? Que es el mayor bribón que existe en Tejas y en todo Méjico, lo cual no es poco decir. ¡Rafael Ijurra! Vaya: no puede ser otro, y Perkins... ¡Ah! Sí: es él, y Perkins tiene más motivos que otro cualquiera para acordarse de él.

—Pero ¿cómo es eso? Explíquese V.

El tejano hizo una breve pausa, como para reunir sus ideas, y luego se puso á contar detalladamente lo que sabía acerca de Rafael Ijurra.

Hé aquí en sustancia su relato: Rafael Iju-

rra era un tejano de origen mejicano, que poseía una hacienda cerca de San Antonio y otras propiedades considerables, las cuales perdió al juego ó las disipó de otro modo; de suerte que quedó reducido al miserable estado de jugador de oficio. Hasta la época de la expedición de Mier, había pasado por ciudadano de Tejas y demostrado una grande adhesión á la naciente república. Cuando se trató de organizar dicha expedición, Ijurra tuvo bastante influencia para que le nombraran oficial, pues nadie sospechaba de su fidelidad á la causa del país. Fué uno de los que en el alto de Laredo apoyó el parecer imprudente de marchar sobre Mier, y lo que dió más peso á su dictamen fué el conocimiento que se le atribuía de una comarca donde había nacido; pero harto se conoció después que, al dar este consejo, tuvo únicamente en cuenta los intereses del enemigo, con quien mantenía relaciones secretas.

Ijurra desapareció en la noche que precedió á la primera batalla; el reducido ejército quedó hecho prisionero después de una vigorosa defensa en que los tejanos mataron un número de enemigos mayor que el de los soldados que componían su ejército, y los prisioneros fueron escoltados hasta Méjico. Pero ¿cuál no sería el asombro de los tejanos cuando al segundo ó tercer día vieron á Rafael Ijurra con el uniforme de oficial mejicano, formando parte de la fuerza que los custodiaba! Si no hubiesen tenido las manos atadas, le habrían hecho pedazos: ¡tan grande fué la ira que les causó tamaña baja!.

—Yo no me encontré allí,—prosiguió diciendo el teniente.—Por una casualidad providencial, hallábame á la sazón enfermo en las orillas del Brazos, y, gracias á esto, me libré de *sacar mi judía*, como mis pobres compañeros.

Comprendí muy bien lo que significaba la alusión de Osborne á *sacar su judía*. No contentos los mejicanos con la victoria obtenida sobre los tejanos, les trataron de un modo tan inicuo durante su cautiverio, que éstos intentaron escaparse; pero, reducidos de nuevo á prisión, fueron diezmados y fusilados por los vencedores.

El sistema que se adoptó para sortear las víctimas fué meter en una grande olla un número de judías igual al de los prisioneros, pero poniendo una judía negra por cada nueve blancas: el que tenía la desgracia de sacar una de las primeras era fusilado sin remedio.

Durante esta sangrienta lotería, ocurrieron incidentes de heroica abnegación y sangre fría dignos de consignarse en la historia. El relato que de ellos me hizo mi compañero me heló la sangre en las venas.

—En la expedición de Mier,—añadió luego,—Perkins tenía un hermano, que cayó prisionero como él. Era un jovencito, muy delicado, é incapaz de soportar rudas fatigas, y mucho menos el bárbaro tratamiento que hubieron de sufrir los prisioneros en aquella marcha tristemente memorable; de suerte que al poco tiempo parecía un esqueleto y, lo que era peor aún, tenía los pies llagados, siéndole por esta

causa insoportables los dolores que le causaban las púas de las acacias, de los cactus y de la infinita variedad de plantas espinosas de que tan prolífico es el abrasado suelo de Méjico.

Ijurra mandaba á la sazón la escolta, y el hermano de Perkins se acercó á él rogándole que le permitiera montar en una mula. El joven había conocido á Ijurra en San Antonio, y hasta le había prestado algún dinero que no volvió á ver jamás.

—A pie, y adelante,—le contestó Ijurra.

—¡Pero si no puedo dar un paso!

—¿No puedes? Ahora lo veremos. ¡Hola, Pablo!—gritó llamando á uno de los soldados de la escolta.—Aplica un espolazo á este joven que se muestra rehacio.

El miserable se acercó con la bayoneta calada, dispuesto á herir al pobre lisiado, que se levantó haciendo un desesperado esfuerzo, y procuró continuar la marcha; pero le faltaron de nuevo las fuerzas, no pudo soportar aquel suplicio, y, después de dar unos cuantos pasos, cayó contra una peña.

—¡No puedo más!—exclamó con acento dolorido.—¡No puedo seguir adelante! ¡Dejadme morir aquí!

—¡Adelante, ó vas á morir!—gritó Ijurra. Y, al decir esto, sacó una pistola del cinto y la amartilló, resuelto á llevar á cabo su amenaza.—¡Adelante con mil diablos!

—¡No puedo!—replicó débilmente el joven.

—¡Adelante ó tiro!

—¡Tira!—exclamó el prisionero, desabrochándose la camisa y haciendo un postrer esfuerzo para levantarse.

—¡Maldito si vales un balazo!—dijo el infame con tono zumbón.

Y, apuntando la pistola al pecho de su víctima, hizo fuego.

Cuando se disipó el humo del disparo, vióse el cuerpo del joven Perkins tendido al pie de la peña: ¡estaba muerto!

Un grito de horror salió de las filas de los prisioneros: hasta sus guardianes, tan brutales, por lo común, se manifestaron indignados de semejante atrocidad. El hermano del muerto estaba á seis pasos de él, fuertemente atado y presenciando aquella espantosa escena. Figúrese V lo que debió sentir en aquel momento. No me admiro,—continuó el tejano,—no me admiro de que Perkins acometa donde y cuando pueda á Rafael Ijurra, y creo que ni la presencia del general en jefe le impediría satisfacer su sed de venganza. No: no tiene nada de extraño.—

Con la esperanza de que mi compañero me diera algunos datos acerca de la familia de la hacienda, hice recaer la conversación sobre ella.

—¿No es D. Pedro de Castro tío de Ijurra?

—Efectivamente: D. Pedro es tío suyo. Yo debí conocerle esta mañana; pero ese maldito *mezcal* que bebí allá abajo hizo que me olvidara enteramente de él, y eso que he visto muchas veces á ese viejo. Solía ir á San Antonio todos los años, y recuerdo que una vez le acompañaba su hija, linda muchacha, por cierto, que

hizo perder la chabeta á la mitad de los jóvenes de aquella población, en términos de menudear los duelos por causa suya. Tenía la costumbre de montar potros indómitos, y manejaba el lazo lo mismo que un comanche. Pero ¿á qué he de hablar á V. de ella? Ese condenado *mezcal* se me ha subido á la cabeza. Apostaría algo á que fué á ella á quien persiguió V. ¿eh?

—Es probable, — respondí con cierta indiferencia.

Muy lejos estaba mi compañero de saber el interés con que oía sus detalles, y el esfuerzo que debía hacer para ocultar mi emoción al escucharlos. Una cosa, sobre todo, me importaba averiguar: si la joven había dado oído á las palabras de alguno de sus adoradores. Ardía en deseos de interrogarle acerca de este punto; pero el temor á lo que pudiera contestarme paralizaba mi lengua. Guardé, pues, silencio hasta que se presentara una oportunidad.

Poco después interrumpió nuestra conversación el ruido de media docena de caballos que llegaron en breve hasta nosotros, y ví sin sorpresa que se acercaron Perkins y los voluntarios que dejé en la hacienda.

—¡Capitán Sedley! — me dijo el teniente. — No hay duda de que le habrá extrañado á V. mi conducta, por lo cual me creo en el deber de explicársela cuando tengamos tiempo. Es una larga historia, muy penosa para mí, y le ruego que no me exija que se la cuente en este momento. Baste por ahora decir que con motivo muy fundado considero á Rafael Ijurra como mi más mortal enemigo. *He venido á Méjico para matar á ese hombre*, y ¡vive Dios, que si no lo consigo, poco me importa que me maten á mí!

—Pero ¿no ha podido V...?

No terminé mi pregunta, porque leí la respuesta en la mirada de venganza frustrada que brillaba en los ojos del tennesiano. Sin embargo, me contestó:

—No, no: el villano se ha escapado; pero ¡por...!

Y murmuró con voz apenas inteligible un juramento tremendo. El colérico fulgor que despedían sus ojos explicaba sus propósitos mucho mejor de lo que hubieran podido hacerlo sus palabras.

En seguida volvió á ocupar su puesto en el destacamento, y cabalgó silencioso, con la cabeza ligeramente inclinada: tan sólo de vez en cuando iluminaba sus sombrías facciones el fuego de una mirada amenazadora.

CAPITULO XI

EN EL BAILE

Pasé los dos días siguientes lleno de febril inquietud. La conducta de Perkins había desbaratado enteramente mis planes. En virtud de las últimas frases del billete de Hortensia, esperaba una invitación para volver á la hacienda presentándome de un modo algo más pacífico y no como un filibustero; pero después de lo ocurrido no podía de ninguna manera ir allí

valiéndome de cualquier pretexto, pues no era probable que me recibiesen bien, siendo, como era el jefe de un hombre que había atentado contra la vida de un sobrino de la casa. D. Pedro estaba convenido en tratarnos con un poco de desabrimiento en nuestra expedición; mas, aun cuando había hecho un negocio redondo, no podía menos de recibirme con frialdad en el caso de que fuese de nuevo á llamar á la puerta de su casa.

Buscaba, pues, excusas y pretextos, pero no se me ocurría ninguno, y así pasé dos mortales días sin ver ni oír nada referente á la que de tal suerte ocupaba mi imaginación.

Así las cosas, se recibieron grandes noticias del cuartel general: en la ciudad iba á darse un gran baile. Lo supe sin darle importancia ni hacer caso de ello, porque maldita la gana que tenía de danzar, y mucho menos en un baile de etiqueta. Verdad era que me había gustado en mi juventud; pero ya había perdido la afición.

Habríame olvidado enteramente de esta circunstancia, si no hubiese recibido al propio tiempo algunos detalles que dieron á aquel baile mayor atractivo para mí.

Dijéronme que lo daban las autoridades con un fin político, es decir, con el objeto de establecer una amistosa intimidad entre vencedores y vencidos: aspiración laudable, por cierto. Debían hacerse todos los esfuerzos posibles para que salieran de sus casas las personas de la *sociedad local*, y demostrarles que los oficiales *yankees* no eran tan *barbaros* como creían. Según me aseguró el que me daba estos informes, sabíase que asistirían á aquella fiesta muchas de las familias de los ayankeados; y, con objeto de hacerla más agradable á los que temiesen una proscripción, habíase resuelto que el baile fuera de máscaras.

—¡Ah! — pensé. — Los ayankeados asistirán, y tal vez ella...

Mi corazón latió animado por aquella nueva esperanza, y resolví ir, pero no disfrazado. Tenía yo en mi reducido cofre un traje de paisano muy decente, y no necesitaba más.

Debía celebrarse el baile á la noche siguiente; de suerte que no tenía que esperar mucho tiempo. Sin embargo, parecióme interminable hasta que llegó la hora, y partí para la ciudad.

Al entrar en el salón, ví que estaban allí ya la mayor parte de los convidados, y los bailarines formando grupos. El deseo de las autoridades americanas se había realizado: había allí cuatrocientas ó quinientas personas, la mitad de ellas señoras. Muchas de éstas llevaban trajes vistosos, ostentando elegantes disfraces de aldeanas tirolesas, majas andaluzas, vendedoras bávaras, boyardas válicas, sultanas turcas y bayaderas indias. También había un gran número con dominós de varios colores. La mayor parte de dichas damas llevaban el rostro cubierto con un antifaz; otras se limitaban á ocultárselo con el airoso rebocillo español, mientras que otras ofrecían á la vista las perfecciones de su linda faz; pero, á medida que pasaban las horas, fueron desapareciendo las caretas.

En cuanto á los hombres, también iban muchos disfrazados; otros en traje de sociedad, pero predominaban los uniformes, que daban al baile un aspecto puramente militar. Lo más particular era el considerable número de oficiales mejicanos mezclados entre la multitud: eran prisioneros bajo su palabra, cuyos brillantes uniformes, parecidos á los franceses, formaban un notable contraste con las modestas levitas azules de sus vencedores. La presencia de dichos prisioneros, con sus flamantes uniformes, no era, á la verdad, del mejor gusto; pero también era cierto que no habían podido escoger otro traje.

Poco tiempo me entretuve en observar estos detalles, porque sólo una cosa me preocupaba: el afán de encontrar á Hortensia: tarea nada fácil entre aquella muchedumbre de máscaras.

Si se hallaba en el baile, debía ir disfrazada. Así, pues, me puse á observar todas las damas que lo estaban, confiado en que si yo no la conocía, á ella le sería fácil conocerme, puesto que yo no llevaba la cara tapada.

Media hora transcurrió sin que mi mirada de lince pudiera dar con la que buscaba. Iba ya perdiendo la esperanza, y, por extrañío que parezca, empezaba á desear que ella no hubiese asistido al baile.

—Si estuviese aquí,—decía para mí,—ya debería haberme visto: habría advertido ya...

Esta reflexión me causó una ligera angustia.

Sentéme en un sillón, procurando afectar un aire indiferente, y me puse á contemplar con curiosidad las lindas mascaritas que junto á mí pasaban. Por fin, al fijarme en una de ellas que llevaba un dominó amarillo, sentí que mi corazón aceleraba sus latidos: no pude menos de creer que era Hortensia de Castro. Valsaba con un joven oficial de dragones, y cuando pasaron por delante de mí me acerqué al círculo del baile para no perderlos de vista.

Al pasar de nuevo, parecióme ver que la dama me miraba al través de su máscara, y hasta se me figuró que se había estremecido. ¡Estaba casi seguro de que era Hortensia! Entonces sentí algo parecido á celos. El oficial era uno de nuestros más elegantes militares: una especie de Tenorio, que, á pesar de su cabeza ligera, ó tal vez por esto mismo, tenía mucho partido entre las mujeres. La desconocida pareció asirse más íntimamente á él, y, al dar la vuelta al salón, apoyó lánguidamente la cabeza en el hombro de aquel fatuo. En una palabra: parecía sumamente satisfecha de su pareja. Tuve que hacer increíbles esfuerzos para contenerme, sin poder casi respirar hasta que calló la música y terminó el vals.

Seguí con la vista al oficial de dragones y á su dama, á la cual acompañó á su sitio sentándose junto á ella, y en seguida ambos entablaron una animada conversación.

Yo estaba celoso como un tigre: acerquéme hasta colocarme detrás de ellos para oír lo que se decían; mas como hablaban en voz baja, me fué imposible percibir la mayor parte de sus frases: lo único que comprendí fué que él

instaba á su pareja á que se quitase el antifaz. No me cabía duda: la voz que replicó era la de Hortensia.

Tal fué mi irritación, que en muy poco estuvo que yo mismo me propasase á arrancar la máscara que cubría aquel rostro adorado. Por fortuna, no tuve necesidad de cometer semejante indiscreción, porque las súplicas del oficial consiguieron ablandar á la dama del amarillo dominó, y ella misma se quitó la careta.

¡Era una negra! Sí, una negra con sus gruesos labios, sus abultados pómulos salientes y una hilera de pequeños tirabuzones ganchudos que caían sobre el arco pronunciado de la bruñida frente.

Mi asombro, que, á la verdad, no tenía nada de desagradable, no fué menor que el del teniente de dragones, quien, dicho sea de paso, era un *colono del Sur*, es decir, intratable con respecto á los negros. Al ver la cara de su pareja, dió un salto como si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica, y, murmurando algunas disculpas, se levantó con el aspecto más corrido del mundo, y huyó presuroso de allí, yendo á ocultarse detrás de la multitud.

La *dama de color*, sumamente enojada, á lo menos así lo presumía yo, volvió á ponerse el antifaz, y, levantándose de su asiento, alejóse del teatro de su humillación sin decir una palabra. Seguía con la vista, con cierta curiosidad mezclada de lástima, y observé que transponía las puertas del salón, sin duda con el propósito de marcharse á su casa. Así me lo figuré, porque ya no volví a ver su dominó amarillo entre los demás disfraces.

CAPITULO XII

DE SORPRESA EN SORPRESA

Después de semejante desengaño, renuncié á la esperanza de encontrar á Hortensia. Para disipar mi mal humor, no hallé mejor medio que hacer frecuentes visitas al ambigú, donde el vino circulaba á discreción. Una ó dos copas bastaron para distraer mi imaginación de su idea fija y para ponerme más comunicativo, más dispuesto á divertirme como todos los demás. Aún no había bailado; pero como el vino me produjo su efecto en las piernas lo mismo que en la cabeza, resolví sacar á bailar á la primera pareja que se me presentase. No tardé en encontrar lo que buscaba: salióme al paso un dominó azul, tan á tiempo como si el destino hubiese decidido que bailáramos juntos. La *dama no estaba comprometida*, y, según me dijo, tendría *mucho gusto* en ser mi pareja.

Añadí de paso que me habló en francés, lo cual no habría dejado de llamarme la atención si no hubiese sabido que en todas las grandes ciudades de Méjico hay muchos franceses, por lo común bisuterios, dentistas y modistas, que hacen muy buen negocio con los mejicanos, tan aficionados al lujo. Así, pues, habiendo francesas en el país, era seguro que no faltarian en el baile, y, con efecto, figuraban allí.

en gran número danzando y saltando con esa alegría despreocupada que les es característica. Por esta razón, digo, no me chocó que la dama del azul dominó me dirigiese la palabra en francés.

—¡Será una modista francesa!—pensé.

Fuese ó no modista, poco me importaba, pues la cuestión era tener alguien con quien

me lucí tanto como en aquella ocasión, en términos de que mi pareja y yo llamamos la atención de los concurrentes, y fuimos los héroes de la fiesta. Pero como semejantes triunfos me hacen poca gracia, conduje á mi pareja á tomar asiento, dándole gracias por su amabilidad. Dicho asiento estaba en el retirado alféizar de una ventana, donde podían hablar dos



Salióme al paso un dominó azul...

bailar; y, después de dirigirnos tres ó cuatro frases en francés, nos lanzamos en el torbellino del vals.

Apenas hube dado una vuelta por el salón, dos impresiones distintas agitaban mi ánimo: la primera, que tenía por pareja una mujer *que sabía valsar*, lo cual no se encuentra todos los días; y la segunda, que ceñía con mi brazo la cintura más esbelta del mundo. Ocurrióseme entonces que si el rostro de mi modista correspondía á la esbeltez y gracia de sus formas, no tenía necesidad de haber venido desde tan lejos para hacer fortuna.

Con tal compañera, no podía menos de valsar á las mil maravillas, y, con efecto, jamás

personas sin temor de que las molestaran los importunos. Yo no tenía ganas de separarme tan pronto de una mujer que bailaba tan bien, aun cuando fuese modista; y como en el banco había sitio para dos, pedí á mi compañera permiso para sentarme á su lado.

—Con mucho gusto,—me contestó francamente.

—Y ¿me permitirá V. que le haga compañía hasta que vuelva á empezar la música?

—Si V. quiere...

—¿Bailará V. otra vez conmigo?

—¿Por qué no? Pero quizás haya otra persona que le espere á V.

—Nadie: puede V. creerlo. Es V. la única

con quien tengo sumo gusto de bailar esta noche.

Y, al decir estas palabras, creí advertir en ella un ligero movimiento, indicando cierta emoción.

—Mi cumplido ha agradado á la modista,—dije para mí.

—Pláceme mucho, caballero,—me contestó,—que prefiera V. mi compañía á la de tantas y tan hermosas damas, aunque esta preferencia me halagaría mucho más si supiera V. quién soy.

Pronunció estas últimas palabras con suma gravedad y exhalando un suspiro.

—¡Pobre muchacha!—pensé.—Cree que la tomo por una gran señora, y que si conociera su verdadera posición, su humilde oficio, no querría ya bailar con ella, en lo cual se engaña. Yo no hago distinción entre una modista y una marquesa, y mucho menos en el baile. Aquí se llevan la palma, la gracia y la belleza.

Hechas estas reflexiones, repliqué:

—Siento, en verdad, señorita, no tener el gusto de saber quién es V., y no es posible que lo sepa si no tiene la bondad de quitarse la careta.

—¡Ah, caballero! Lo que me pide V. es imposible.

—¡Imposible! Y ¿por qué?

—Porque si llegase V. á ver mi rostro, no estaría mucho tiempo á mi lado, y, hablando con franqueza, yo no podría menos de sentirlo, porque valsa V. admirablemente.

—¡Bravo! Una negativa y un cumplimiento á la vez. No, señorita: nunca perderá V. una pareja por enseñar su rostro. Vamos: déjeme quitarle ese odioso antifaz, hablemos con franqueza frente á frente: ya ve V. que yo tengo la cara descubierta.

—Verdad es, caballero, que V. no tiene motivo para ocultar sus facciones; pero no podría decirse otro tanto de muchos de los que hay en este salón.

—Mil gracias, amable mascarita,—repliqué.—Es V. demasiado generosa, demasiado amable...

—No merece las gracias lo que he dicho; pero observo que se animan sus mejillas de V., lo cual le favorece. ¡Ja, ja, ja!

—¡Demonio!—exclamé á media voz.—Esta dama de bulevar se está burlando de mí.

—Pero ¿qué es V.?—continuó cambiando de tono bruscamente.—¿Es V. mejicano ó no? ¿Militar ó paisano?

—¿Qué le parece á V. que soy?

—Un poeta al ver su rostro pálido, y mucho más al oír su modo de suspirar.

—Pero ¡si no he suspirado desde que estamos juntos!

—Ahora no, pero antes sí.

—¿Cuándo valsábamos?

—No: antes.

—¡Ah! ¿Me ha observado V. antes?

—Sí: la sencillez del traje que lleva V. le hace más visible entre tantos uniformes; y, además, sus modales...

—¿Cómo? ¿Mis modales?—pregunté, no sin

cierta confusión, temiendo ya haber cometido alguna estúpida inconveniencia mientras iba buscando á Hortensia.

—Sí: su abstracción. Y, aparte de esto, su inclinación por cierto dominó amarillo...

—¿Un dominó amarillo?—repetí llevándome la mano á la frente, como si me costara mucho trabajo recordar esta circunstancia.—¿Un dominó amarillo, dice V.?

—Sí, sí: un dominó amarillo,—contestó mi pareja con burlona expresión.—Un dominó amarillo que valsaba con un oficialito, bastante guapo, por cierto.

—¡Ah! Sí. Paréceme recordar...

—Sin duda, creo que lo debe V. recordar,—repuso mi desapiadada compañera,—puesto que tantas fatigas ha pasado para observarlo.

—¡Ah! Es que... Sí...—murmuré.

—Creí que componía V. versos para ella; y que, no teniendo la dicha de *ver su rostro*, se los dedicaba á los pies.

—¡Ja, ja! ¡Qué ocurrencia!

—Pero, al fin, ella no se ha mostrado muy cruel, puesto que le ha dejado á V. ver su cara.

—¡Un demonio!—exclamé estremeciéndome.—¿Ha presenciado V. el desenlace?

—¡Ja, ja, ja! Ha tenido gracia: ¿no es cierto?

—Mucha, muchísima,—repliqué, aunque no me hacía á mí ninguna la hilaridad de mi compañera

—¿Qué corrido se quedó el oficial!

—Es verdad. ¡Ja, ja, ja!

—Y ¿qué aire tenía V. tan...!

—¿Qué?

—Tan desanimado, tan contrariado.

—¿Yo? No lo crea V. ¡Maldito lo que me importaba aquello!

—¡Ah!

—Lo único que sentí fué compasión hacia la pobre muchacha.

—¿De veras se compadecía V. de ella?

Hizome esta pregunta con una entonación tan seria, que tenía algo de extraño en aquel momento.

—Sí, por cierto,—contesté.—La joven parecía tan mortificada...

—¿Tal cree V.?

—Naturalmente: se marchó en seguida, y aún no ha vuelto á presentarse: sin duda, se habrá ido á su casa. ¡Pobre chica!

—¡Pobre chica! ¿A eso se limita la compasión de V.?

—La verdad es que la decepción era disculpable: jamás he visto una mujer que bailara tan bien, excepción hecha de la pareja que tengo en este momento. Pero...

—Pero ¿qué?

—Era una negrilla.

—Sospecho que Vds. los americanos no son muy galantes con las damas de color. En Méjico, en este país que califican Vds. de despótico, no sucede así.

Hube de reconocer lo justo de esta reconvencción.

—Pero, variando de asunto,—prosiguió,—¿no es V. poeta?

—Es un nombre que no merezco, aun cuando no puedo negar que he hecho versos.

—Me lo figuraba. ¡Oh! ¡Si pudiera conseguir que me dedicara V. algunos!...

—¿Cómo? ¡Sin saber cómo se llama V., sin haber visto su rostro! Es preciso, á lo menos, que conozca las facciones que debo encomiar.

—No sabe V., seguramente, lo que pide. Si llegara á quitarme la careta, tendría muy pocas probabilidades de obtener versos en mi obsequio: se desvanecerían como el humo sus poéticas inspiraciones.

—¡Voto á bríos!—pensé yo entonces.—Ésta no es una mujer que maneja la aguja, aunque combate con armas no menos agudas. Me he engañado como un tonto. No, no es una modista: es una mujer de talento, una gran señora.

Con esto, mi curiosidad iba en aumento. Su conversación me tenía admirado: la que de tal modo hablaba no podía ser fea. Una inteligencia tan encantadora no podía ocultarse tras vulgares facciones. Además, sus agraciadas formas, su pequeña mano, su diminuto pie y aquel tobillo tan delicado que le había visto mientras bailábamos; aquella voz llena de musical armonía, el fulgor que despedían sus hermosos ojos, que veía al través de la máscara; todo aquel conjunto no me dejaba ya duda alguna: era hermosa.

—Señora,—exclamé con más formalidad que nunca,—suplico á V. que se descubra. Si no estuviésemos en el baile, le pediría este favor de rodillas.

—Y si se lo concediera á V. se apresuraría á levantarse para despedirse fríamente de mí. ¡Ah, caballero! ¡Acuérdese V. del dominó amarillo!

—Parece que se complace V. en mortificarme. ¿Me cree capaz de semejante veleidad? Supongamos por un instante que no es V. lo que el mundo llama una belleza: aun así y todo, al quitarse el antifaz, no podría perder el encanto de su conversación, de esa voz que penetra hasta el fondo de mi corazón, de ese donaire que realza cada uno de sus movimientos. ¿Cómo puede parecer fea una mujer teniendo tales atractivos? Aunque el rostro de V. fuese tan negro como el de la joven del dominó amarillo, creo que yo no lo advertiría.

—¡Ja, ja, ja! ¡Cuidado con lo que dice V., caballero! Presumo que no será más indulgente que los demás hombres; y como conozco á los de su sexo, sé que para ellos la fealdad es el mayor delito de una mujer.

—Yo no soy como los demás, y juro á V...

—No jure V. en vano. Repito que, á pesar de todas las ventajosas cualidades de que me cree dotada, soy una especie de espectro que miraría V. con horror.

—¡Imposible! Esas formas, esa gracia, esa voz... ¡Oh! Descúbrase V.: acepto todas las consecuencias del favor que solicito.

—Sea como V. quiere; pero reciba de sus propias manos el castigo de la curiosidad.

—¡Ah! ¿Me permite V...? ¡Gracias, señorita, gracias!

Y con temblorosos dedos desaté el nudo y

retiré aquel pedazo de tafetán. ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que ví?

Cayóseme la máscara de la mano como si hubiese sido un hierro hecho ascua, y escapóseme un grito de asombro, ó, más bien, de horror. sí, de horror, al ver la cara de la del amarillo dominó. Sí: era la misma negra, con sus labios abultados, sus pómulos salientes, y sus ensortijados cabellos cayéndole sobre las sienes.

No supe qué decir ni qué hacer. Olvidé mi galantería, y, al sentarme de nuevo, guardé un profundo silencio. Si en aquel momento me hubiese mirado á un espejo, estoy seguro que me habría parecido ver la cara de un idiota.

Mi compañera, que, sin duda, esperaba este resultado, lejos de darse por ofendida, se echó á reír, exclamando al propio tiempo con tono zumbón:

—¿Qué tal? ¿Le inspira á V. ahora mi rostro, señor poeta? ¿Cuándo tendré sus versos? ¡Ah, señor mío! ¡Creo que no será mucho más galante con nosotras, pobres damas de color, de lo que lo fué hace poco su compatriota el oficial de dragones! ¡Ja, ja, ja!

Estaba demasiado abochornado por mi conducta y mucho más por sus reconvenciones para que me fuese posible contestarle. Por fortuna, siguió riéndose á carcajadas, lo que me dió ocasión para murmurar algunas frases incoherentes, acompañadas de torpes ademanes, y para batirme en retirada. Jamás me he despedido de nadie tan groseramente.

Me dirigí, ó, mejor dicho, me deslicé furtivamente hacia la puerta de salida, decidido á marcharme á galope. Pero, al llegar al umbral, mi curiosidad pudo más que mi confusión, y volví la cabeza para mirar por última vez á aquella rara etíope. Fijé la vista primero en un dominó azul, luego en el alféizar de la ventana, y, al levantarla hasta el rostro de mi pareja, ví (¡gran Dios!), ví las facciones de Hortensia.

Me detuve como petrificado. Mis ojos permanecían fijos en aquel rostro encantador, sin poder desviarlos de él. Ella me miraba también; pero ¡con qué expresión! Jamás podré olvidarla. No se reía, y sus labios desdeñosos parecían crispados, con una sonrisa llena de sarcasmo y quizás de escarnio.

Quise acercarme otra vez á ella para disculparme; pero ya era tarde. Hubiera podido caer de hinojos á sus plantas, implorar mi perdón. Ya no era tiempo... No habría logrado nada sino ponerme más en ridículo.

Tal vez produjo en ella más efecto que mis palabras el arrepentimiento que pudo leer en mi fisonomía, porque cambió la expresión de su mirada, que adquirió cierta ternura y quizás...

Pero en aquel momento se acercó á ella un hombre, que se sentó á su lado sin ceremonias. ¡Era Ijurra! Pusiéronse á hablar. ¿De qué? ¡Oh! Si se hubiese atrevido á reírse á mi costa, pronto me habría descargado del peso que abrumaba mi corazón. Pero no se rió. Sin duda, ella no le dijo nada de la aventura, é hizo bien por

la seguridad de aquel hombre. La prudencia debió sellar sus labios, conociendo probablemente lo que podría resultar.

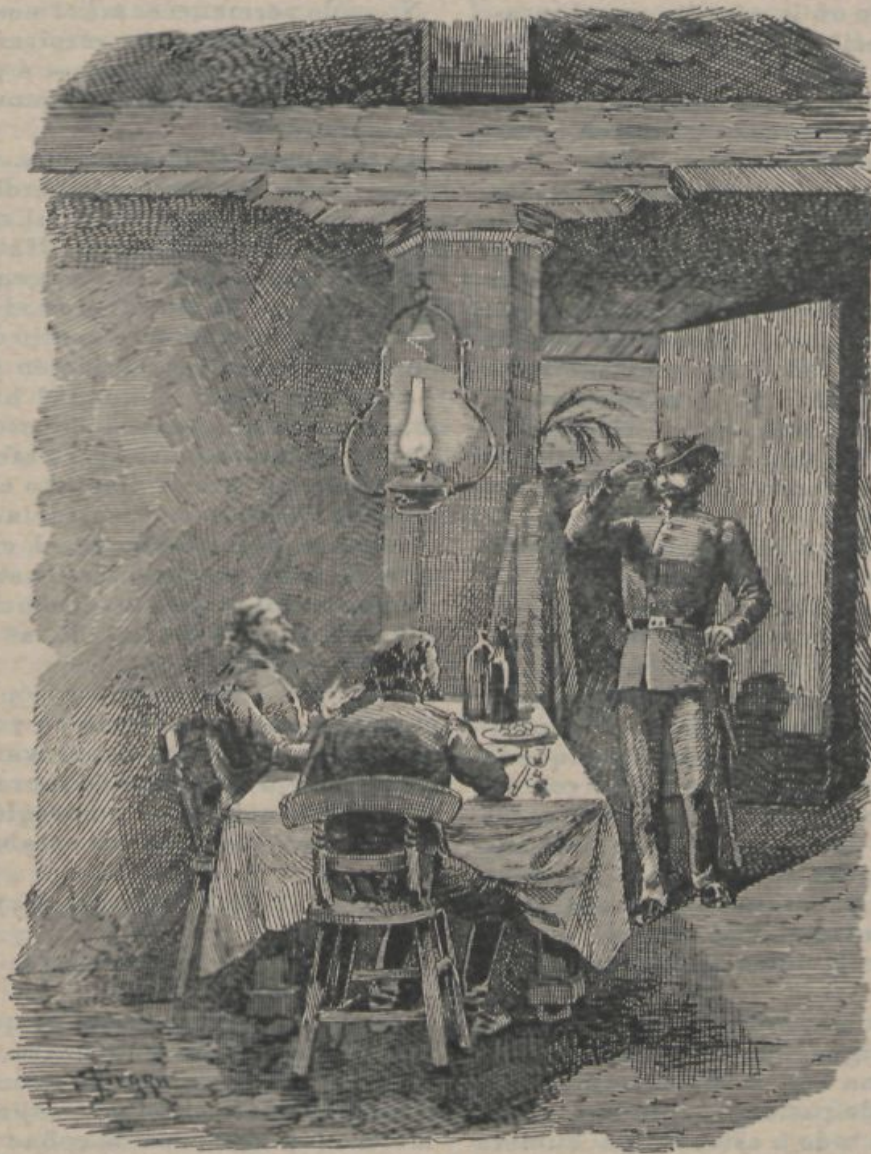
Al poco rato se levantaron. Ella se puso la careta; Ijorra le dió el brazo, y desaparecieron entre el confuso tropel de las máscaras.

tosa conversación me devolvió por algún tiempo mi habitual buen humor.

CAPITULO XIII

PREOCUPACIONES

No hay sufrimientos más horribles que los



Al llegar á la ranchería, encontré á mis tenientes cenando

—¡Mozo! ¡Trae vino!—exclamé volviendo á entrar en el ambigú.

Hice copiosas libaciones, para distraer mi acalorada imaginación, y poco después salí del baile y salté sobre mi caballo. Galopé con el corazón lleno de congoja y la cabeza de ardor; pero el aire fresco de la noche, el movimiento del caballo y la comunicación establecida entre su animosa naturaleza y la mía me aliviaron poco á poco, y en breve me sentí más sosegado.

Al llegar á la ranchería, encontré á mis tenientes cenando. No eran muy delicados los manjares; pero como había recobrado el apetito, me puse á cenar con aquéllos, y su amis-

de los celos, los de la vanidad herida, los de la pasión burlada en sus más caras esperanzas. He pasado sucesivamente por las amarguras de la vergüenza, por los males que acarrea un repentino revés de fortuna, por el temor de la muerte; pero ninguno de estos contratiempos me ha destrozado tan horriblemente el corazón como el tormento de un amor no correspondido. Los demás sinsabores no pasan de ser pruebas pasajeras; mientras que los celos, á la manera que los dientes de una serpiente venenosa, inoculan su ponzoña con su mordedura y causan una herida de dolorosa é interminable cicatrización.

Según he dicho, para ahogar mi confusión,

bebí copiosamente antes de salir del baile, y, ya de vuelta en la ranchería, continué mis libaciones. De este modo me procuré un poco de alivio y de sueño; mas este sueño fué de corta duración.

Mucho antes de amanecer estaba ya despierto para sentir el doble tormento de los celos y la vergüenza, para sufrir moral y físicamente á la vez, porque los vapores del detestable licor que había bebido en la cantina me abrassaban el cerebro, pareciendo que se me partía la cabeza. Una onza de opio no habría bastado para hacerme conciliar nuevamente el sueño; de suerte que daba continuas vueltas en la cama como un enfermo presa del delirio.

Naturalmente acudían á mi imaginación los incidentes de la pasada noche, y en vano me esforzaba en cambiar el curso de mis ideas y fijarlas en cualquier otro objeto: siempre iban á parar al mismo círculo, en cuyo centro aparecía Hortensia de Castro. Pensaba en todo lo que había pasado, en todo lo que me había dicho; recordaba sus palabras una por una, y con cuánta amargura veía aquella risa desdeñosa, aquella sonrisa sarcástica que brilló en sus labios cuando se quitó la segunda máscara!

Aun el recuerdo de su belleza me atormentaba. Hasta entonces había concebido yo alguna esperanza; me había complacido en formar planes para lo porvenir; pero la aventura del baile de máscaras los dispó fatalmente: sólo me quedaba la vergüenza, el escarnio.

Esta convicción produjo un cambio momentáneo en mis ideas: había momentos en que la odiaba, en que agitaban mi corazón irresistibles impulsos de venganza. Pero eran fugaces relámpagos, y en breve aparecían ante mis ojos las encantadoras formas de la joven, su levantado ánimo, y de nuevo se quedaba absorbida mi alma en un delicioso éxtasis, dejándose arrebatar por la violencia de un amor sin esperanza.

Procuré analizar mi pasión hacia Hortensia, con objeto de averiguar por qué la amaba. Estaba dotada de una belleza física notable por demás, elemento de pasión, sin duda alguna; pero no se reducía todo á esto. Si yo hubiera visto sencillamente su belleza en circunstancias ordinarias, es decir, sin encontrarme en contacto con el espíritu que la animaba, lo mismo podría haberla amado que serme indiferente. Lo que me había subyugado era su ingenio, su galana imaginación, por más que tampoco fuese esto exclusivamente. La misma piedra preciosa, engarzada de un modo menos brillante, habría podido no llamar mi atención. Obedecía, pues, al doble atractivo del espíritu y la hermosura.

¡Misterio de la humana naturaleza! ¡Mi pasión era pura! Había amado sin motivo, y ahora amaba sin esperanza; había esperado antes de aquella noche fatal. La mirada que me dirigió desde la azotea de la hacienda, su billete, una palabra, una mirada en otros momentos, todo esto me pareció motivo justificado para concebir una dulce esperanza, por dé-

bil que fuese. Pero el incidente del baile lo había destruído todo.

La sombría faz de Ijurra se inclinaba amenazadora sobre mí; hasta en mis mismas visiones la veía sin cesar al lado de Hortensia. ¿Qué había entre los dos? ¿Simplemente relaciones de parentesco? ¿Serían prometidos? ¿Estarían casados?

Este pensamiento me volvía loco.

No pude permanecer más tiempo en el lecho: me levanté, deseoso de respirar el aire libre; subí á la azotea, y me puse á pasear; asaltábanme ideas feroces, y mis movimientos eran descompuestos.

Para aumentar la amargura de mis reflexiones, eché de ver que había perdido una cosa, y no de mi propiedad, lo cual me causaba un disgusto cien veces mayor. Habíaseme extraviado la orden del cuartel general y la carta de D. Ramón: se me cayeron el día en que las recibí, según creo, en el patio de la hacienda, donde debieron recogerlas en seguida. Si era el mismo D. Pedro el que las había encontrado, menos mal; pero si cayeron en manos de alguno de los vaqueros poco afectos á éste, podía tener un grave disgusto el anciano, y yo también. Cuando más, cerrarían los ojos sobre semejante negligencia en el cuartel general; pero, de todas maneras, tenía sombríos presentimientos sobre las consecuencias de este accidente. Aquella fué una de las horas más tristes de mi vida.

Pero por esta misma razón habría debido presumir que no tardaría en volver el tiempo venturoso, en virtud del proverbio que no es menos cierto en el mundo moral que en el físico. Yo me hallaba sumergido en la mayor obscuridad: luego, la luz estaba próxima.

CAPITULO XIV

OTRA CARTA

Apenas probé el desayuno que me sirvieron y que consistía en una jícara de chocolate y un vaso de agua con un azucarillo, según la costumbre del verdadero mejicano. Más falta me hacían una copa de coñac y un tabaco habano para ayudarme á restablecer el equilibrio de mis nervios sobreexcitados. Afortunadamente, no tenía nada que hacer aquella mañana; pues, de lo contrario, no sé cómo hubiera desempeñado mi servicio.

Quedéme en la azotea, y la tempestad que rugía en mi corazón me impidió observar lo que pasaba en torno mío. No veía nada de cuanto se agitaba en la plaza, ni los voluntarios con sus caballos, ni los vaqueros con sus ponchos rayados, ni las indias acurrucadas en sus petates, ni las lindas campesinas. En una palabra: no veía á nadie.

De vez en cuando dirigía la mirada á las paredes de la hacienda, que, aunque distante, no lo estaba tanto que no pudiera divisarse á cualquier persona que subiese á la azotea. Pero á nadie ví, y veinte, cincuenta veces desvié mis ojos con desaliento.

Serían las nueve, cuando el sargento de guardia vino á decirme que un mejicano deseaba hablarme. Maquinalmente dí orden de que le hiciera subir, y hasta que le ví en mi presencia no supe lo que hacía: entonces salí de mi desagradable abstracción, y conocí que era un vaquero de D. Pedro de Castro, el mismo que ví en la llanura durante mi primera entrevista con Hortensia.

Por sus ademanes sospeché que traía algo, y, con efecto, en seguida sacó del bolsillo de su chaquetón una carta que me enseñó, después de echar una mirada en torno suyo para ver si le observaban.

Tomé el billete, que no tenía sobrescrito. Mis manos temblaban al romper el sello. En el momento en que se fijaron mis ojos en la letra, la conocí y empezó á latirme con violencia el corazón. Dije algunas palabras incoherentes al mensajero, y, para ocultarle mi emoción, le volví la espalda, y me retiré al rincón más apartado de la azotea antes de leer el billete. Luego, cambiando de pensamiento, llamé al vaquero para decirle que se retirase y esperase abajo la respuesta, después de lo cual leí lo siguiente:

«Julio de 18...

«Galante capitán: permítame que le dé los buenos días, pues presumo que, después del cansancio de la noche pasada, todavía no serán tardes para V. ¿Sueña aún en su hermosa de bronceada tez? ¡Pobre chica! ¡Qué galante capitán!

«Galante capitán: yo tenía una yegua predilecta. Podrá V. figurarse el gran cariño que profesaba á aquel pobre animal, comparándolo con el afecto que siente V. hacia su noble Moro. En una hora funesta, la terrible puntería de V. me ha privado de mi favorita; pero me ofreció indemnizarme, desprendiéndose de su negro corcel, cuando sé perfectamente que lo que más ama V. en el mundo es lo negro. A la verdad, capitán, si yo fuese la señora de sus pensamientos, no me agradaría mucho que dividiera de ese modo su cariño. Comprendiendo, pues, el inmenso sacrificio que quería V. hacer, me negué á aceptarlo; pero sé que su más ardiente deseo es pagar esta deuda, y voy á darle el medio de satisfacerla cuando guste. Hé aquí cómo:

«En esta comarca existe un caballo famoso, conocido con el nombre del *caballo blanco de los llanos*. Es un caballo salvaje, blanco como la nieve, de magníficas formas y tan ligero como una golondrina. Pero ¿qué necesidad tengo de describir el caballo blanco de los llanos? Siendo V. tejano, debe haber oído hablar de él. Pues bien, mi capitán: hace mucho tiempo que tengo deseos (pero deseos frenéticos) de poseer ese caballo. Con tal fin he ofrecido recompensas á los cazadores y á nuestros propios vaqueros, porque algunas veces llega hasta estas llanuras; pero no he conseguido nada: ninguno ha podido cogerle. Dicen muchos que es imposible apoderarse de él, porque su rapidez es tanta que se le pierde de vista en un abrir y cerrar de ojos, y esto en la llanura abierta.

Hay gentes que aseguran que es un fantasma, un demonio. Pero yo digo que un animal tan hermoso no puede ser el diablo: ¿no es verdad? Además, siempre he oído decir (y, si mal no recuerdo, anoche me lo repitieron) que el demonio es negro.

«Vamos al caso, capitán. Hay incrédulos que sostienen que el caballo blanco de los llanos es un mito, negando en absoluto su existencia. Mas yo sé que existe y, lo que es mejor para mi objeto, que apenas hace dos horas estaba, lo más á una milla del sitio en que escribo esta carta. Uno de nuestros vaqueros lo ha visto á orillas de un ameno riachuelo, donde tiene su residencia favorita. Por razones que me callo, el vaquero no le ha perseguido ni molestado; pero se ha apresurado á traerme la noticia.

«Ahora bien, galante y noble capitán: no conozco más que un hombre capaz de coger ese ca'allo famoso, y ese hombre es V. ¡Ah, capitán! ¡Usted ha cautivado lo que hasta ahora era libre é indómito! Sí: V. únicamente puede realzar esta proeza; V. y Moro.

«Traígame el caballo blanco de los llanos, y entonces cesaré de lamentar la pérdida de la pobre Perla. Se lo perdonaré á V. todo, hasta su rudeza hacia mi doble máscara. ¡Traígame el caballo blanco! ¡El caballo blanco!

»Hortensia»

Cuando acabé de leer esta carta, experimenté una sensación de júbilo.

Yo había oído hablar del caballo blanco de los llanos; porque ¿á quién no le ha ocurrido otro tanto en toda la extensión de las fronteras, sea cazador de oficio ó aficionado, mercader ó viajero? Más de una vez escuché junto al fuego del vivac el relato de algún episodio novelesco, cuyo protagonista era el caballo blanco, que hacía más de un siglo figuraba en las leyendas de los colonos, ó *marinos de las Praderas*, como se les suele llamar, al cual se suponía dotado del don de la ubicuidad, y encontrándose hoy en las llanuras del Plata para correr mañana por las de Tejas á millares de millas de distancia.

Por mi parte, no ponía duda en que existiese un caballo blanco de magníficas proporciones y asombrosa rapidez, ni que hubiera veinte, ciento si se quiere, entre las innumerables manadas de caballos salvajes que vagan por las grandes llanuras; pero el que se designaba con el nombre de *caballo blanco de los llanos* tenía una señal particular que le distinguía de todos sus semejantes: sus orejas eran negras, pero sólo las orejas, porque el resto del cuerpo, incluso la cola y las crines, era blanco como la nieve: tal era el misterioso y singular animal á que se refería la carta. Se me daba el encargo de coger un caballo blanco de orejas negras.

Una frase del billete me daba, sobre todo, en qué pensar.

Usted ha cautivado lo que hasta ahora era libre é indómito. No me atrevía á dar crédito á la interpretación que salía de mi pecho como un alegre eco.

Había, además, una postdata, en la cual se hablaba solamente de *negocios*. En ella se me daban detalles más precisos de cómo, cuándo y dónde se había visto al caballo blanco, y se me añadía que el dador, es decir, el vaquero que había tenido la ocasión de ver aquella maravilla, me serviría de guía.

No pasé mucho tiempo reflexionando sobre tan extraña petición. Si lograba satisfacerla, el resultado me haría probablemente recobrar la posición que un momento antes creía ya per-

en el mismo sitio, fácilmente se podía seguir su pista á causa de su gran número. Sin esta perspectiva, nuestra caza al caballo salvaje podría parecerse á la de la oca silvestre. á la que no se atrapa nunca; pues, de ser cierto todo lo que se contaba de aquél, podríamos verle hoy á orillas de un arroyo y á la mañana siguiente á cien millas de distancia; pero la presencia de la yeguada me daba cierta seguridad de hallarlo todavía cerca del sitio donde el vaquero lo había visto. Una vez descubier-



Vadeando el río, nos metimos en el chaparral

dida para siempre. Me decidí, pues, á acometer la empresa sobre la marcha.

—¡Sí, hermosa Hortensia!—exclamé.—¡Si es cosa que pueden hacer un hombre y un caballo, antes de ponerse el sol poseerás el caballo blanco de los llanos!

CAPITULO XV

LA YEGUADA

Media hora después salí tranquilamente de la ranchería, llevando por guía al vaquero. Una docena de voluntarios nos seguían, y, vadeando el río por enfrente del pueblo, nos metimos en el chaparral.

Los hombres que escogí para acompañarme eran en su mayoría antiguos cazadores, que sabían seguir una pista con incomparable destreza. Confiaba en su habilidad, y, ayudado por ellos, tenía fundada esperanza de ponerme sobre el rastro del animal.

Sin embargo, no hubieran sido tan vivas mis esperanzas á no mediar otra circunstancia. Hízome saber mi guía que cuando vió al caballo blanco iba éste acompañado de una multitud de yeguas. No era probable que se separara de ellas, y, aun suponiendo que ya no estuviesen

to, contaba con la velocidad de mi caballo y con mi propia destreza en manejar el lazo.

Por el camino, puse en conocimiento de mis voluntarios el objeto de la expedición. Todos ellos conocían de oídas al caballo blanco, y hasta hubo uno ó dos que me aseguraron haberle visto en sus correrías por los llanos. Regocijábanse con la idea de aquella cacería y demostraban tanto entusiasmo como si los hubiera llevado á escaramucear con los guerrilleros mejicanos.

El camino que atravesábamos era al principio un espeso chaparral, compuesto de arbustos y plantas espinosas, por las cuales es tan conocida aquella parte de Méjico; pero á medida que avanzábamos iba cambiando el aspecto del terreno. La superficie del suelo empezaba á verse libre de esa especie de selva; encontramos una serie de cañadas y tallares, lo que se llama una *pradera de mezquita*, ó algarrobilla silvestre; luego los espacios despejados iban siendo más extensos, al paso que los poblados de árboles disminuían y de vez en cuando las cañadas se sucedían sin interrupción.

Habíamos andado unas diez millas sin parar, cuando el guía dió con la pista de la yeguada. Muchos de los viejos cazadores afirmaron, sin necesidad de apearse, que allí había huellas de

yeguas salvajes, huellas que sabían distinguir perfectamente de las de los machos, y su opinión quedó justificada, porque al seguir la pista hasta cierta distancia vimos de pronto un rebaño que el vaquero nos indicó, asegurándonos que era la yeguada en cuya busca íbamos.

El éxito correspondía á nuestras esperanzas hasta entonces; pero ver una *caballada* y coger el más rápido corcel de los que forman parte de ella son dos cosas, una de las cuales es algo más difícil que la otra. Así me lo reveló la agitación de mi corazón. No es fácil demostrar la mezcla de sentimientos, la afanosa duda y la alegre esperanza que sentí á la vez cuando divisé en lontananza aquel rebaño salvaje, que aún no había advertido nuestra proximidad.

La pradera donde pacían las yeguas tenía más de una milla de extensión, y, como las que habíamos atravesado, estaba rodeada de un bosque ó chaparral, que tenía alamedas ó calles, las cuales comunicaban con otros terrenos despejados del mismo género.

Muchas yeguas pastaban tranquilamente la yerba, en tanto que otras saltaban y triscaban, ora enderezándose sobre sus patas traseras como si fuesen á luchar, ora corriendo á galope, con sus largas colas y crines ondulantes. Desde el sitio en que estábamos podíamos apreciar sus redondas formas y divisar su sedoso pelaje, que brillaba al sol, denotando su excelente clase.

Veíanse allí caballos de varios colores, descollando sobre todos los de raza española. Los había bayos, blancos y negros, abundando más estos últimos; también grises y de color perla, con la cola y crines blancas; algunos castaños, y un gran número de la especie conocida en Méjico con el nombre de *caballos pintados*.

Nuestras miradas se fijaban tan pronto á un lado como á otro de la yeguada; y, aunque veíamos numerosos caballos blancos, no podíamos dar con el famoso corcel que allí nos llevaba.

Tanto mis compañeros como yo estábamos ya desalentados; pero una idea, un sentimiento más amargo aún se iba apoderando de mí á medida que consideraba aquel hermoso grupo privado de su jefe. Aun suponiendo que me fuera posible llevarme cautivo todo aquel rebaño de yeguas, este presente no me haría acreedor á una sonrisa de Hortensia, pues el corcel deseado no estaba entre ellas.

El vaquero opinaba que no estaría lejos, y yo daba crédito á aquel buen hombre, que, habiendo pasado su vida observando caballos salvajes é indómitos, conocía perfectamente sus costumbres. Esto reanimaba mi esperanza. El corcel se hallaría allí cerca, quizás guareciéndose del ardor de sol en el tallar inmediato, ó tal vez en uno de los rasos próximos, con una parte de su harem ó con alguna yegua predilecta. En este caso, nuestro guía nos aseguraba que no tardaríamos en divisarle, y que nos lo traería en breve espantando á las yeguas, cuyos relinchos de alarma resonarían á lo lejos.

El plan parecía de fácil ejecución; mas primero convenía circunvalar á las yeguas, para

que no pudieran huir á galope en dirección opuesta, antes de podernos acercar á ellas.

Sin detenernos á más, empezamos á formar un círculo en torno suyo. El chaparral nos favoreció ocultando nuestra maniobra, y al cabo de media hora estábamos desplegados al rededor de la pradera.

La yeguada seguía paciéndose ó retozando: los pobres animales no habían advertido que se formaba en torno suyo un cordón de cazadores; pues, de lo contrario, habrían tenido tiempo de huir.

El más arisco de todos los animales salvajes es el caballo: no parece sino que el mustang olfatea la suerte que le aguarda en cautividad. Cualquiera creería que los fugitivos de nuestras cuadras, que á veces se encuentran entre ellos, les han hecho el relato de los malos tratos y prolongados sufrimientos que los hombres les han obligado á soportar.

A fin de observar cuándo quedaría cerrado el círculo, habíame dirigido al extremo opuesto de la pradera, llevando un clarín para hacerlo resonar dos ó tres veces y espantar así á las yeguas.

Apostado en un grupo de árboles, iba ya á llevar el clarín á mis labios, cuando oí á mis espaldas un grito agudo que paralizó mi movimiento. Volví presuroso la cabeza, sin saber lo que podía haber producido un grito tan singular; pero de pronto resonó otra vez, y entonces conocí que era el relincho del caballo de los llanos.

En la espesura, y cerca de mí, había una especie de alameda que iba á parar á otro claro. Allí escuché el ruido de los cascos de un caballo que iba al galope.

Corrí tan de prisa como me lo permitió la frondosidad del tallar, y llegué al límite del terreno despejado; mas como me daba en los ojos el sol, que á la sazón iba declinando, no pude ver nada distintamente.

El ruido de los cascos y aquel relincho penetrante seguían resonando en mis oídos.

Poco después, la luz del sol poniente cesó de deslumbrarme; y, poniéndome una mano sobre los ojos, á guisa de pantalla, pude ver el magnífico caballo que bajaba por la alameda á escape, en dirección de la manada. Era el *caballo blanco de los llanos*.

No cabía duda que fuese él: tenía el cuerpo blanco como la nieve, las orejas negras como el azabache, los belfos azulados, las ventanas de la nariz muy encarnadas, el cuarto trasero ancho y redondo, las piernas harmónicamente simétricas; en una palabra: todas las perfecciones de un corcel incomparable.

Pasó como una flecha en línea recta hacia la yeguada. Las yeguas habían respondido á su primera llamada, y todas ellas, agitando vivamente la cabeza, se pusieron en seguida en movimiento; pero á los pocos segundos se pararon, alineándose tan exactamente como hubiera podido hacerlo un escuadrón de caballería, y poniéndose de frente á su jefe, que llegaba á todo escape. Al verlas en aquella posición, con la cabeza enguida, podría creerse que

iban montados en ellas soldados formados en orden de batalla, no siendo, por lo tanto, extraño que más de una vez se hayan engañado los viajeros al encontrar los caballos salvajes.

De nada servía ya ocultarse ó apelar á alguna estratagema. Empezaba la caza. En adelante, la rapidez y el lazo debían decidir el resultado; y, con tal convicción, clavé espuelas á mi Moro, y de un salto me lancé al campo raso.

El relincho del famoso corcel había servido de aviso á mis compañeros, casi todos los cuales se precipitaron al mismo tiempo fuera del bosque, y corrieron hacia la yeguada, espoléando á sus caballos y lanzando estruendosos gritos.

Yo no miraba más que al caballo blanco, en cuya persecución me lancé. Al acercarse á la línea de batalla de las yeguas, se detuvo, se encabritó dos veces, como para reconocer el terreno, y, lanzando en seguida un grito agudo, saltó en derechura hacia el límite de la pradera: parecía que su instinto le guiaba hacia una anchurosa calle de árboles que se veía en aquella dirección.

La yeguada le siguió galopando, primero en línea; mas poco á poco ésta se rompió á medida que las más ágiles se adelantaban á las otras, y en breve toda la caballería se extendió en fila por el llano.

Abrióse entonces la caza. Los jinetes, espoléando frenéticos á sus monturas, y los pobres animales, perseguidos, huyeron á todo escape.

CAPITULO XVI

EN POS DEL CABALLO BLANCO

Mi valiente caballo me dio en breve una prueba de sus cualidades superiores. Adelantóse á todos mis compañeros uno tras otro; y cuando, después de pasar la avenida, entramos en una segunda pradera, me encontré mezclado con la retaguardia de las yeguas salvajes. La mayor parte de ellas eran hermosos animales, y en cualquiera otra ocasión habría lanzado el lazo á alguna, lo cual no me hubiera sido muy difícil; pero entonces no me cuidaba sino de desviarlas de mi camino, porque me impedían galopar libremente hacia adelante.

Todavía no habíamos atravesado toda la segunda pradera, cuando ya estaba yo á la cabeza del rebaño; de suerte que, viéndose adelantadas por mí, las yeguas se dispersaron en varias direcciones.

Toda la yeguada quedó entonces rezagada, toda menos el caballo blanco. Sólo él huía en línea recta, lanzando á intervalos su agudo relincho, como para burlarse de mí. Aún me llevaba mucha ventaja, y al correr de aquel modo parecía estar á sus anchas.

Mi corcel no necesitaba espuelas ni riendas; veía ante sí el objeto de nuestra persecución, y adivinaba la voluntad de su dueño. Sus piernas apenas dejaban huella en el suelo, y á cada nuevo impulso saltaba, mientras sus ijares

se dilataban, por decirlo así, con la conciencia de su poderoso vigor.

Antes de llegar al límite de la nueva pradera, ya había sacado una considerable ventaja sobre el caballo blanco; pero tuve el disgusto de ver que éste penetraba otra vez en la espesura de un tallar. Encontré, sin embargo, un paso y seguí adelante, sirviéndome de guía el ruido de las ramas, que crujían al romperlas el corcel en su impetuosa carrera. De vez en cuando divisaba su cuerpo blanco, que resplandecía al través de las hojas verdes.

Temiendo no poder alcanzarle, corría tras él sin cuidarme de otra cosa, ya metiéndome de cabeza en lo más espeso de la arboleda, ya siguiendo las caprichosas revueltas de aquel verdadero laberinto. No hacía caso de las espigas de las mimosas, ni mi caballo tampoco; pero á lo mejor tropezaba con enormes falsas acacias (*robinia*) que me interceptaban el paso con sus ramas horizontales. Entonces tenía que echarme sobre la silla para pasar por debajo de ellas, perdiendo parte de la ventaja alcanzada sobre el caballo blanco.

Como deseaba salir á la pradera, causóme una verdadera satisfacción verla de nuevo, aunque no despejada, sino salpicada de grupos de bosquecillos. El corcel fugitivo se metía entre ellos, después de haber ganado terreno durante la travesía del chaparral. Sin embargo, procuraba llegar á la llanura abierta que se extendía más allá de dichos bosquecillos, lo cual era una prueba de la costumbre que tenía de confiar en sus pies. Acaso, tratándose de un perseguidor como yo, habría hecho mejor en quedarse en el chaparral.

En diez minutos traspusimos los bosquecillos, y ya desde allí dilatábase ante nosotros, hasta perderse de vista, la inmensa é ilimitada pradera.

La caza prosigue sin cesar, hasta que los árboles desaparecen detrás de nosotros, y la vista no percibe más que la inmensurable sabana y la azulada bóveda del cielo que la cubre en el centro de ese círculo inmenso, cuya circunferencia es el horizonte entero.

Perdidos en el laberinto del chaparral, mis soldados habían renunciado á la caza hacía tiempo, y los mustangs habían desaparecido en varias direcciones; de suerte que en toda la extensión de la pradera solamente se veían dos objetos: la forma blanca del corcel, que parecía tener alas, y la sombra del jinete que le perseguía.

Era aquél un terrible galope para mi pobre Moro. Habíamos cruzado más de diez millas de praderas, y hasta entonces no hice uso del látigo ni de la espuela. El ardoroso animal tenía también su interés en aquella caza: la ambición de no ser vencido á la carrera. Yo, por mi parte, sólo pensaba en la sonrisa de una mujer; pero ¿acaso no ha habido hombres que por motivos análogos han perdido una corona ó renunciado á la conquista de un mundo? ¡Adelante, Moro, adelante! ¡Hay que alcanzarle ó morir!

Ya no debíamos tropezar con más obstáculos.

os, ya no podía ocultarse á nuestros ojos. La llanura, con su verde alfombra, era tan lisa como el mar dormido. Nada distraía las miradas. No podía desaparecer por ninguna parte. Todavía quedaba una hora de día. No le sería posible escapársenos á favor de la oscuridad, y antes de hacerse de noche debía ser nuestro. ¡Adelante, Moro, adelante!

Y seguíamos corriendo en silencio.

Nuestro adversario no lanza ya sus relinchos; ha perdido la confianza en su rapidez; corre con miedo, pues nunca, como ahora, le

Volvíme á un lado, luego á otro, examiné la pradera en todas direcciones, por más que hubiera bastado una simple ojeada. La llanura, tal cual la he descrito, era lisa como una tabla: únicamente el horizonte limitaba la vista: allí no había peñas, ni árboles, ni malezas, ni zarzas, ni siquiera yerbas altas; la alfombra de musgo apenas se elevaba dos pulgadas del suelo; apenas hubiera podido ocultarse en él una culebra, cuanto menos un caballo. ¡Dios de Dios! ¿Qué había sido del famoso corcel?

Sin que pudiera evitarlo, recorrió todo mi



Preparado ya con el lazo, poco me faltaba ya para dar alcance al caballo blanco...

habían acosado tan de cerca. Galopa sin hacer ruido, lo mismo que los que le persiguen, y no se oye más rumor que el eco de nuestra desenfrenada carrera.

Ya no dista de nosotros más que doscientas yardas. ¡Estoy seguro de la victoria! Un espulazo bastará para hacer que Moro se ponga al alcance conveniente: ya es tiempo de terminar esta carrera desesperada. ¡Vamos, valiente Moro, un esfuerzo más, y podrás descansar!

Mi lazo está colgado del arzón de la silla, con una punta perfectamente atada á una anilla, y la hebilla fuertemente sujeta al pomo; el nudo corredizo libre y suelto; la cuerda bien enrollada: todo se halla en buena disposición.

Lo cojo y me lo coloco en el brazo con que sujeto la brida; con la mano derecha tomo el nudo: ya estoy preparado... Pero ¡gran Dios! ¿Qué ha sido del caballo blanco?

Mientras arreglaba el lazo, aparté la vista del corcel perseguido, un momento no más, y, al buscarle de nuevo con la mirada, ¡el caballo había desaparecido!

Maquinalmente tiré de las riendas con tal vivacidad, que por poco hago que mi corcel se doble del cuarto trasero. Verdad es que el pobre animal casi se había detenido espontáneamente, expresando, al parecer, su terror con un gemido sordo.

cuerpo una indefinible sensación de espanto; temblaba, y, lo que es más, advertía que temblaba también mi corcel, el cual estaba cubierto de espumoso sudor, y yo, poco más ó menos, en el mismo estado; pero este sudor se trocó en breve en la helada angustia del miedo. ¡Había en todo aquello un misterio incomprensible, aterrador!

CAPITULO XVII

EXPLICACIÓN

Durante mi vida me he visto expuesto á bastantes peligros; pero eran peligros ordinarios, de los que siempre he podido darme cuenta: por ejemplo, me he visto con una pierna rota y la otra atravesada de un balazo; he corrido los riesgos de un naufragio y he caído en el campo de batalla; he visto cien fusiles apuntados á mi pecho á menos de treinta pasos de distancia, considerando ya mi muerte inevitable; me hicieron fuego, recibí la descarga, y, sin embargo, vivo aún.

Hay que convenir conmigo en que éstos eran peligros evidentes. Sin embargo, no los menciono aquí para asegurar que los he arrostrado voluntariamente, ó que me ví expuesto á ellos desafiándolos con más ó menos valor,

pues confieso que algunos me han asustado; pero si los diferentes sentimientos de temor que me han inspirado pudieran amalgamarse en una sola emoción de espanto, no igualaría ésta en intensidad á la que sentí cuando detuve de pronto á mi caballo en la pradera.

Jamás he sido supersticioso; pero en aquel momento no pude menos de creer en los sucesos sobrenaturales: allí no había causa natural; no se me ocurría ninguna que bastase á explicar la incomprensible desaparición del caballo. Muchas veces me he reído de los crédulos marineros cuando hablaban del barco-fantasma, y, sin embargo, ¿presenciaría yo un fenómeno análogo y verdadero, el de un caballo-fantasma?

Los cazadores han atribuído este carácter al caballo blanco. Al escuchar todas sus anécdotas históricas, solía sonreírme, burlándome de la necia credulidad de los narradores, y á la sazón estaba dispuesto á darles crédito.

Había momentos en que me figuraba estar soñando; pero en breve volvía á tener la conciencia de mis acciones. Me veía en la silla, y veía á mi caballo jadeante y cubierto de espuma. Aquello era real, era positivo. Recordaba, además, todos los incidentes de la caza; recordaba que el caballo blanco estaba ante mí momentos antes, y que, sin embargo, había desaparecido. De suerte que los cazadores habían dicho la verdad: aquel caballo era un fantasma.

Abrumado por esta idea, convertida ya en íntima persuasión, permanecía quieto en la silla, encorvado y silencioso, con los ojos fijos en el suelo, con la mirada extraviada. Habíase caído el lazo de la mano, y las riendas pendían sueltas del cuello de mi cabalgadura.

Con todo, mi creencia en un caso sobrenatural fué de corta duración, aunque no pueda decir cuánto tiempo predominó en mi mente, porque mientras subsistió en ella, permanecí en tal estado de estupor, que no supe lo que era de mí.

Por último, me repuse. Acababa de fijar los ojos en una huella reciente del extraño cuadrúpedo, que, llamando mi atención, dió un nuevo giro á mis ideas.

—Si el caballo hubiera sido un fantasma,—pensé,—no habría dejado huellas.

En su consecuencia, resolví seguir la pista hasta el punto en que el corcel debió remontarse á los aires ó evaporarse, hasta la escena de su apoteosis.

Adoptada esta resolución, recogí otra vez las riendas y conduje á mi caballo sobre la pista, sin separar mis ojos de las huellas. Estas iban en línea recta, y ya había andado unos doscientos pasos, cuando mi Moro se detuvo bruscamente: miré hacia delante para averiguar la causa de aquella parada imprevista, y entonces se disiparon mis ideas supersticiosas.

A unos treinta pasos de distancia, cruzaba la pradera una línea oscura en dirección transversal á la que yo seguía. Parecía una angosta hendidura; pero, al acercarme más, ví que era una grieta de anchura considerable, una de

esas formaciones geológicas conocidas en la América española con el nombre de *barrancas*. El suelo estaba abierto, como si lo hubiese hendido un terremoto: esta hendidura era casi tan ancha en el fondo como en la superficie de la pradera, y su lecho estaba lleno de fragmentos de rocas. Sus paredes eran perfectamente verticales, y sus estratos, ó sean los niveles de las diferentes capas de terrenos, se correspondían exactamente á uno y otro lado hasta la superficie del suelo. Aquel abismo era invisible á muy poca distancia de sus bordes. A la derecha parecía disminuir su profundidad, terminando, sin duda, por este lado no lejos del sitio donde yo me encontraba, en tanto que á la izquierda era cada vez más profundo y más ancho. En el punto á donde yo había llegado, el fondo estaba casi á veinte pies de la superficie de la pradera.

Desde entonces la desaparición del corcel blanco no fué ya para mí un misterio: ¡había dado un salto espantoso, de unos veinte pies de altura. A la orilla de la barranca veíase el suelo desmoronado por sus cascadas, así como las piedras desprendidas en el sitio á donde había saltado: el violento roce de sus patas había dejado visibles huellas en la roca.

Miré al fondo de aquella hendidura, pero no ví nada. La barranca formaba un recodo á poca distancia; mi fugitivo lo había doblado ya, y era en vano que yo lo buscara con la vista. Indudablemente se me escapaba, y, convencido de mi impotencia, renuncié á la idea de perseguirle.

Después de dar rienda suelta á mi rabia y desaliento, empecé á ocuparme de la situación en que me había metido. Ya no me quedaban ni asomos del terror que se apoderó de mí momentos antes; pero mi posición distaba mucho de ser agradable. Hallábame, lo menos, á treinta millas de la ranchería, ignorando qué camino seguir para volver á ella. Lo evidente era que no podía ya regresar hasta la mañana siguiente, pues tan sólo quedaba media hora de sol, y de noche no había que pensar en seguir mi propia pista: no me quedaba más remedio que permanecer hasta la aurora en el mismo sitio en que estaba.

Sentía hambre, y, lo que era peor, sed. Tan prolongada carrera á caballo durante las horas de calor me había causado una sed terrible, y mi pobre caballo se encontraba en el mismo caso; pero como yo sabía que no había agua por allí cerca, esta idea aumentaba mi tormento, haciendo que me fuese más insoportable que á mí corcel aquella necesidad física.

Examiné minuciosamente el fondo de la barranca hasta donde alcanzaba mi vista: no había ni una gota de agua. Los fragmentos de roca descansaban en un lecho de arena y guijarros, y, aunque en alguna época debió correr un torrente á lo largo de aquel canal natural, no se presentaba, á la sazón, el menor indicio del ansiado líquido.

Tras de reflexionar un momento, ocurrióme que si exploraba desde la pradera todo el fondo de la barranca, tendría la suerte de encon-

trar agua. Eché, pues, á andar, conduciendo á mi caballo por el mismo borde del precipicio. La profundidad de éste aumentaba á medida que iba yo avanzando.

Habíase ocultado el sol. El crepúsculo sería corto, probablemente. Yo no me atrevía á cruzar la pradera en medio de la obscuridad, te-

ningún consuelo. Semejante perspectiva era capaz de sobresaltar al hombre de ánimo más resuelto.

No obstante, seguí andando, guiando maquinalmente mi caballo, cuando de pronto reparé en una cosa reluciente que me hizo dar un salto en la silla y lanzar al propio tiempo una ex-



Ví que la barranca surcaba de nuevo el suelo abierto á nuestras plantas

miendo precipitarme con mi caballo en el abismo, aparte de que no era éste el único, pues advertí que por allí había otros, aunque no tan grandes, los cuales formaban con el primero ramificaciones oblicuas ó en ángulo recto, variando en profundidad y en anchura.

La noche cerró completamente. Sin ánimo para andar más por aquellos sitios peligrosos, tuve que detenerme sin encontrar agua; de suerte que iba á pasar interminables horas sin

clamación de alegría. Era el brillo del agua: la veía precisamente en la dirección que yo llevaba.

Resultó ser una laguna, ó, más bien, un pantano, sin árboles ni juncos alrededor. En sus orillas no había ninguna clase de vegetación, siendo su superficie, al parecer, la misma de la llanura. Corrí hacia allá regocijándome de antemano, aunque no sin cierta zozobra: recelaba que fuese un efecto de espejismo, pues más

de una vez me habían dado chascos amargos semejantes apariencias. Pero no: no veía allí esa especie de velo que flota sobre el espejismo. Los contornos de aquel pantano estaban perfectamente marcados por el suelo de la pradera, y su superficie reflejaba los últimos rayos del sol, que se alejaba con penosa lentitud. ¡Sí; era agua!

Firmemente persuadido de ello, aguijé á mi caballo, que aceleró su marcha.

Ya había llegado á unos doscientos pasos de aquel anhelado sitio, sin desviar la mirada de la brillante superficie líquida, cuando mi caballo dió de pronto un respingo y retrocedió. Miré adelante para averiguar la causa, y, aunque no había luz, pude distinguir todavía en la obscuridad creciente la superficie de la pradera, y que la barranca surcaba de nuevo el suelo abierto á nuestras plantas, cruzando al través de nuestro camino. ¡Júzguese cuál sería mi desesperación al advertir que el abismo formaba allí cerca un brusco recodo, y que la laguna estaba en la orilla opuesta!

CAPITULO XVIII

EN LA PRADERA

Supuesta la obscuridad de la noche, no era prudente tratar de cruzar la barranca, y mucho más siendo allí mayor su profundidad, hasta el punto de que apenas divisaba los guijarros y pedruscos de que estaba sembrado su lecho. Tal vez al hacerse de día me sería posible encontrar un sitio por donde atravesarla: suposición dudosa que no me sirvió de gran consuelo.

Eché pie á tierra, llevé mi caballo á cierta distancia del precipicio, le quité la silla y la brida y le dejé pacer por allí cerca. En cuanto á mí, pocos preparativos tenía que hacer, toda vez que carecía de cena; pero esta cuestión era secundaria en la situación en que me encontraba: hubiera preferido un vaso de agua á cuanto hay en el mundo.

Todos los utensilios de que podía disponer en aquel campamento improvisado se reducían á mi carabina, mi cuchillo de caza, mi frasco de pólvora, mi morral y mi calabaza, exhausta hacía ya mucho tiempo. Por fortuna, llevaba mi manta atada á la grupa de Moro; la cogí, me embocé en ella, y, apoyando mi cabeza en la silla, me coloqué lo mejor que pude con la esperanza de dormir.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera disfrutar este consuelo. Daba vueltas á un lado y á otro contemplando la luna con la vista azorada. El astro de la noche no aparecía sino á intervalos, ocultándose tras las densas nubes que recorrían la bóveda celeste; pero cuando se libraba de ellas, su luz hacía brillar la laguna como una placa de plata. Aquella resplandeciente agua parecía mofarse de mí: entonces comprendí el suplicio de Tántalo, y pensé que los dioses no habían podido inventar una tortura más cruel que la impuesta al pobre rey de Lidia.

Al cabo de algún tiempo, la sed me fué causando menos tormento. Quizás consistiera en el aire húmedo y fresco de la noche; pero lo más verosímil era que el cansancio y el malestar hubiesen embotado mis sentidos. Sea cual fuere la causa, padecía menos y me sentía dispuesto á ceder al sueño. Ningún ruido debía despertarme. En torno mío reinaba completa calma, y ni siquiera llegaba á mis oídos el aullido habitual del lobo de las praderas, pues el sitio en que me encontraba parecía demasiado solitario para ese merodeador nocturno, que, según se dice, está dotado del don de ubicuidad. La única señal de vida que me indicaba que no me hallaba enteramente solo, era el ruido de los cascos de mi caballo al piafar de vez en cuando, y el que hacían sus mandíbulas al triturar la yerba.

Al fin, me dormí, pero no con un sueño placido y ligero, sino al contrario: agitado por continuas pesadillas. Creo que en cierto modo el papel que desempeñamos en nuestros ensueños fatiga el cuerpo tanto como si hiciéramos en realidad lo que soñamos. Muchas veces me he despertado, después de tener visiones fantásticas, jadeante y dolorido. Durante aquella noche pasada en la pradera, se reprodujo en mi dormida imaginación todo cuanto ocurrió durante el día, pero notablemente exagerado: era la sombra de la realidad con algunas modificaciones; y otra realidad, mucho más agradable, me despertó. Al abrir los ojos, me sentí mojado, no por el torrente, sino por un copioso aguacero.

En otras circunstancias, la lluvia no me habría causado la misma satisfacción; pero entonces la recibí con un grito de júbilo. Los estampidos del trueno eran continuos, el relámpago brillaba casi sin interrupción, y poco después percibí el ruido de un verdadero torrente que pasaba por el fondo de la barranca.

Mi primera idea fué apagar la sed. Con este objeto extendí las manos, ahuecando las palmas; levanté la cabeza y abrí la boca cuanto pude, bebiendo así de las mismas fuentes del cielo. Pero, aunque caían gruesas y compactas gotas, aquel modo de beber no me satisfacía, y apelé á otro recurso. Como mi manta era impermeable, la extendí completamente, introduciendo su parte central en un hoyo del terreno: á los cinco minutos ya no sabía lo que era la sed, y me causaba asombro haber padecido tanto por tan poca cosa.

Moro bebió en el mismo *abrevadero*, y en seguida volvió á pacer.

Estando enjuto el otro lado de mi manta, así como la parte del suelo donde la había extendido, me tendí en aquella superficie seca, me tapé y volví á dormirme, después de escuchar algún tiempo el retumbante bramido del trueno.

CAPITULO XIX

¡PERDIDO!

Aquella vez pude disfrutar un tranquilo reposo. Ya no soñé, ó si acaso tuve uno de esos

ensueños que se olvidan tan luego como uno tiene conciencia de sí mismo.

Cuando me desperté, el sol brillaba ya en un cielo azul y sin nubes. Dedicué mi primer pensamiento al desfallecimiento que sentía, pues no había tomado nada desde mi frugal desayuno del día anterior, y es sabido que los rigores del hambre son más insoportables en el segundo y tercer día que se pasan sin alimento que en el primero ó en los posteriores.

Recorrí la pradera con la vista, pero ningún objeto vivo ó muerto se ofreció á mis miradas; ni un cuadrúpedo, ni un ave: solamente ví á mi caballo, que pacía tranquilamente la yerba. No pude menos de tenerle envidia, pensando en la bondad del Creador, que de tal modo atiende al sustento de los seres menos inteligentes, dándoles la facultad de vivir donde el hombre se moriría de hambre. ¿Quién no reconoce en eso la mano de la Providencia?

Acerquéme al borde de la barranca y miré abajo: era un abismo horrible, aun cuando en aquel punto no resultaban tan escarpadas sus paredes. Las rocas desprendidas de lo alto formaban en éstas un reborde á modo de talud, por el cual habría podido bajar un hombre al fondo del precipicio y trepar en seguida por el lado opuesto; pero el paso era impracticable para un caballo. La pendiente de tal escarpadura era desigual y llena de asperezas; veíase suspendidos en ella grandes peñascos salientes y en sus intersticios crecían cactus, arbustos espinosos y enebros enanos (*Juniperus procumbens*).

Miré el canal por donde había corrido el torrente la noche anterior, y descubrí entre las peñas el paso del agua, cuyo caudal había sido considerable. Sin embargo, no quedaba ni siquiera para llenar una taza, y la poca que se veía filtraba rápidamente al través de la arena, ó se remontaba al cielo convertida en vapores.

Tenía mi carabina; pero después de examinar largo tiempo el borde de la barranca, tuve que renunciar á descubrir el rastro de algún cuadrúpedo ó ave, por lo cual me volví al sitio donde había pasado la noche.

Arranqué la estaca á la cual había atado mi caballo, le ensillé, y en seguida me puse á reflexionar, pues trataba ya de volver á la rancharía y no sabía cómo encontrar el camino. Ya no podía seguir mis propias huellas, según pensé la noche anterior, porque la lluvia había borrado. Recordaba haber recorrido grandes trechos llenos de un polvo muy fino, en el que apenas quedaban impresos los cascos de un caballo. Acordábame también de que la lluvia había sido un copioso aguacero de anchas y pesadas gotas, que en aquel terreno debían haber hecho desaparecer completamente las señales de nuestros pasos. De consiguiente, no era posible el regreso siguiendo una pista.

Hasta entonces no había caído en aquella dificultad; pero, al presentarse á mi imaginación, experimenté cierto sentimiento de terror. ¿Estaba perdido en la pradera!

En circunstancias análogas han perecido los hombres mejor montados. Pueden necesitarse muchos días para salir de una pradera de cincuenta millas, y los días traen consigo la muerte. La sed y el hambre no tardan en domar el vigor; luego llega la desesperación... Y no es esto todo: el mismo aislamiento en que uno se ve produce un terror involuntario, del cual se eximen únicamente los indios, acostumbrados á recorrer las praderas; los sentidos se emborran, se pierde la energía y se extingue la resolución.

¿Qué cosa tan terrible es la soledad cuando uno se ha perdido en la pradera!

Esto es lo que yo experimentaba de un modo indecible; pues, aun cuando ya había tenido ocasión de andar por grandes llanuras, aquella era la primera vez que vagaba al azar, extraviado y atormentado por un hambre devoradora.

No dejaban, por otra parte, de ser muy singulares las circunstancias que á tal situación me habían conducido. Aun cuando quedó explicada naturalmente la desaparición del caballo blanco, me dejó en el alma una rara impresión.

Torné á hallarme en el límite de la superstición, con la mente alucinada ó poco menos. Sin embargo, conseguí recobrar sobre mí bastante imperio para pensar en mi estado.

Como brillaba el sol, podía caminar en línea recta hasta el mediodía. Entonces me detendría, porque en las latitudes meridionales y en aquella época del año el sol está tan cerca del cenit á dicha hora, que el astrónomo más experto no sabría decir hacia dónde cae el N. ó el S.

Calculé que podría llegar á los bosques antes del mediodía, aun cuando no por esto estuviese más seguro de salir bien del paso. La llanura no es más peligrosa que los claros de los bosques y chaparrales que la rodean, pues sin separarse apenas del punto de partida se puede andar días enteros por aquellas espesuras, que son á menudo tan estériles como el desierto mismo.

Preocupado por estos pensamientos, ensillé y embridé mi caballo, después de lo cual me puse á recorrer la pradera con la vista para determinar la dirección que debería seguir.

CAPITULO XX

LOS ANTILOPES

Mientras me dedicaba á este examen, llamáronme la atención ciertos objetos: eran animales cuya especie no pude reconocer. En la pradera hay momentos en que la forma y tamaño de los objetos presentan los aspectos más falaces: un lobo parece tan grande como un caballo, y á veces puede tomarse por un búfalo algún cuervo posado en una ligera protuberancia del terreno. La causa de esta ilusión óptica consiste en un estado particular de la atmósfera, y sólo el ojo experto del cazador de oficio puede reducir á sus verdaderas proporciones

esas formas agrandadas y alteradas por el espejismo.

Los seres indecisos de que he hablado estaban á dos largas millas de distancia. Hallábanse en dirección del lago, y, por consiguiente, al otro lado de la barranca. Conté hasta cinco bultos diferentes, que se movían como fantasmas en los límites del horizonte.

Cierta cosa, que no recuerdo cuál fué, desvió tres ó cuatro minutos mi atención de aquellos objetos lejanos. Cuando volví á mirar, habían desaparecido; pero á orillas de la laguna se veían cinco bonitos antílopes. Estaban tan cerca del agua, que ésta reflejaba sus graciosas formas, y levantaban la cabeza en una actitud que probaba que acababan de hacer alto después de una caminata. Su número era el mismo que el de los seres indecisos que pocos momentos antes divisé mucho más lejos.

Su presencia fué un nuevo aguijón para mi hambre; de suerte que ya no pensé sino en el modo de llegar hasta ellos. La curiosidad los había atraído á la laguna. Probablemente nos habrían espiado á mí y á mi caballo desde lejos, echando á correr para observarnos mejor. Sin embargo, aún se mostraban tímidos y ariscos y no parecían tener ganas de acercarse más. Entre ellos y nosotros se extendía la barranca, á pesar de lo cual comprendí que si lograba atraerlos hasta el borde se pondrían al alcance de mi carabina.

Até de nuevo mi caballo á la estaca improvisada y eché mano de cuantos medios se me ocurrieron para llamarles la atención; pero fué tiempo y trabajo perdidos: la caza no quiso apartarse del agua. Acordándome entonces de los vivos colores de mi manta, ideé otra estratagema que, si se prepara con destreza, rara vez deja de tener buen resultado. Cogí la manta y até una de sus puntas á la baqueta de mi carabina, que había pasado previamente por el dobladillo de su parte superior. Entonces, con el pulgar de la mano derecha, pude sujetar la baqueta á través del cañón, y en seguida, poniendo una rodilla en tierra, mantuve mi arma á la altura del hombro, en tanto que la manta, desplegada en casi toda su longitud, caía hasta el suelo y me tapaba enteramente.

Antes de tomar estas disposiciones, me había arrastrado hasta el borde mismo de la barranca, con objeto de reducir en lo posible la distancia en el caso de que los antílopes se acercaran por el lado opuesto. Es excusado decir que ejecuté cada una de estas maniobras con todo el silencio y toda la precaución de que fui capaz, pues no quería espantar mi presa, pues sabía que del feliz éxito de mi tentativa no tan sólo dependía mi desayuno, sino mi misma vida.

No pasó mucho tiempo sin que advirtiera con satisfacción que la caza iba á caer en el lazo. El antílope es muy curioso, y, aunque sea el más tímido de los seres animados ante un enemigo conocido, cuando ve un objeto nuevo parece que deja á un lado todo su miedo, ó, más bien, que su curiosidad puede más que su receloso temor. Obedeciendo al primero de es-

tos móviles, se acercará, de fijo, á dos pasos de toda forma irregular y se pondrá á contemplarla con ojos azorados.

El pedazo de tela de vivos colores produjo su efecto. Los cinco curiosos animales empezaron á dar vueltas por la orilla de la laguna, luego se pararon, miraron un momento mi singular cebo, y huyeron rápidamente á mayor distancia. Sin embargo, al poco tiempo volvieron sobre sus pasos, aspirando fuertemente el aire y moviendo sus agudos hocicos.

Por fortuna, el viento me era favorable, pues venía de su lado, directamente hacia mí. De lo contrario, me hubieran olfateado, y no habrían dejado de descubrir el lazo, porque conocen y temen el olor del hombre, y mucho más el del cazador.

La manada se componía de un macho joven y cuatro hembras, que formaban probablemente el núcleo de otra más numerosa. Conocí al macho por su mayor talla y sus astas ahorquilladas, de las que carecen las hembras; parecía guiar los movimientos de sus compañeras, pues ellas se mantenían en línea tras él, le seguían y le imitaban en todo lo que hacía.

La segunda vez que se acercaron llegaron hasta un centenar de pasos de mí: era justamente el alcance de mi carabina, y me preparé á disparar. El jefe de la manada era el más próximo, y, de consiguiente, le escogí por víctima.

Apunté é hice fuego.

Apenas se disipó el humo, tuve la satisfacción de ver al macho tendido en la pradera, agitándose con las convulsiones de la agonía; pero me causó gran sorpresa observar que ninguna de las hembras se había asustado al oír la detonación y que todas contemplaban con aspecto azorado á su jefe, sin poder darse cuenta de lo que había pasado.

Traté de cargar de nuevo la carabina; pero como me había puesto en pie aturdidamente, me quedé descubierto á los ojos de los antílopes, y mi aparición produjo en ellos un efecto que no les había causado ni la detonación, ni el aspecto de su compañero tendido. Asustados entonces, dieron media vuelta, y huyeron rápidos como el viento; de suerte que en menos de dos minutos los perdí de vista.

Entonces tropecé con otra dificultad: la de atravesar la barranca, porque aquella pieza tentadora yacía en la orilla opuesta. Así, pues, me puse á examinar el precipicio con objeto de dar con un paso practicable.

Tuve la fortuna de encontrar lo que buscaba. La escarpadura presentaba á uno y otro lado una especie de roturas que permitían escalarla, aun cuando esta operación presentaba grandes dificultades. Aseguré la cuerda con que estaba sujeto mi caballo á la estaca, dejé la carabina en el sitio que me había servido de cama, y procedí á atravesar la barranca, llevando únicamente encima mi cuchillo de monte. No creí necesitar la carabina, que más bien me serviría de estorbo para bajar y trepar por las rocas.

Logré llegar al fondo de la barranca, y em-

pecé mi ascensión por el otro lado, que era el más escarpado de los dos. Sin embargo, me pude ayudar de las ramas de los cedros enanos que nacían en la misma roca. Entonces advertí, no sin cierta sorpresa, que aquel camino había servido ya para hombres ó para animales, porque la poca tierra reunida en los bordes salientes estaba como apisonada, y de trecho en trecho las peñas parecían arañadas. No hice gran caso de estos indicios, pues tenía demasiada hambre para detenerme á pensar en otra cosa que en la comida que me esperaba.

gran tamaño, sino su ferocidad, de la que tenía noticia.

Como no era aquél el primer encuentro de este género, estaba yo perfectamente enterado de las costumbres del animal. Así, pues, sus formas y su aspecto me eran familiares, por lo cual no podía equivocarme acerca de la especie á que pertenecía; su largo pelaje, tan erizado como espeso; su estrecha frente, la anchura de la cara que distingue á ese animal; sus ojos amarillentos, sus dientes enormes, pero casi cubiertos por los labios, y, sobre todo, las lar-



Apunté é hice fuego

Llegué, por fin, al borde opuesto del precipicio, y, habiendo saltado á la pradera, en breve estuve junto al cadáver del antílope. Sin detenerme á más, desenvainé mi cuchillo, y un momento después me dedicaba al oficio poco poético de carnicero. En vez de ir en busca de alguna yerba seca para encender fuego y asar mi almuerzo, me lo comí crudo; pero después de haber satisfecho el primer ímpetu de mi devorador apetito con la lengua del antílope y algunos otros pedazos de carne, fui ya más melindroso, y calculé que la caza me sabría mucho mejor si la asaba un poco. Con este objeto iba á volver á la barraca para reunir algunas ramas de cedro, cuando mi vista se fijó en un objeto que no me dejó ya pensar en asados, llenándome el corazón de un terrible pavor.

CAPITULO XXI

EL OSO GRIZZLY

El objeto que me inspiró tanta alarma era un animal, el más peligroso de cuantos habitan las praderas: un oso grizzly. No me asustaba su

gas garras ganchudas, que constituyen el carácter específico del grizzly, siendo, además, sus medios más formidables de ataque: todos estos detalles, en fin, no me dejaban ninguna duda.

Cuando divisé á aquella fiera, salía de la barranca, precisamente por el mismo sitio por donde yo acababa de trepar, y sus huellas eran las que yo había observado entonces.

Al llegar al nivel de la pradera, dió uno ó dos pasos adelante, y, deteniéndose en seguida, se enderezó, quedándose de pie lo mismo que una persona, al propio tiempo que lanzaba un gruñido semejante al estrepitoso resoplido del jabalí, á quien se despierta bruscamente en su cubil. Permaneció un rato derecho, rascándose la cabeza con sus extremidades anteriores ó agitándolas á izquierda y derecha como los monos, y la verdad es que la postura que había tomado frente á mí, le asemejaba algún tanto á un mono gigantesco, contribuyendo su pelaje de un color rojo leonado á darle cierto parecido con el grande orangután.

Si yo hubiese estado á caballo, lo mismo se me hubiera dado de aquella fiera que de un in-

ofensivo caracol, porque el oso es demasiado lento en su carrera para alcanzar á un caballo; pero estaba á pie, y sabía que mi adversario correría más que yo, por mucha que fuese mi ligereza.

No cabía suponer que no me acometiera; pues harto sabía yo que casi siempre es el grizzly el que empieza el ataque; que ningún animal de América se atreve á luchar con él, y que el mismo león de África vería marchitos sus laureles en un encuentro con aquel feroz cuadrúpedo. El hombre huye de encontrarlo en su camino, á no ser que cuente con su auxiliar, con su amigo, el caballo, y aun en este caso, si el terreno no está libre y despejado, el prudente cazador de oficio se abstiene de molestar al viejo *Efralm* (1). El cazador blanco reconoce en el oso grizzly el valor de dos guerreros indios, mientras que el indio, por su parte, considera el exterminio de uno de estos animales como un hecho que debe formar época en la historia de su vida. Entre los indios bravos, un collar de uñas de oso es una insignia de honor, por cuanto nadie puede llevar este adorno sino el hombre que ha muerto por su propia mano los animales á quienes pertenecían.

Por otra parte, el grizzly no se intimida ante ningún adversario: arremete á cuantos animales ve, y si puede atraparlos los mata en el acto. Su poderosa garra tiene suficiente fuerza para desgarrarles los músculos como si *descargara en ellos un hachazo*, y puede arrastrar á cualquier distancia el cuerpo de un búfalo llegado á todo su desarrollo. Se precipita sobre el hombre, ya le encuentre montado ó á pie, habiéndose dado el caso de que una docena de cazadores tuviesen que huir ante sus furiosas acometidas, y de disparar doce balazos á un oso sin acabar con él, pues no se le puede matar en el acto sino de un tiro en el cerebro ó en el corazón.

Dotado de una vida tan tenaz y de una predisposición tan sanguinaria, no es extraño que el oso grizzly sea un animal temido. Si á dichas condiciones reuniera la velocidad del tigre ó del león, su ataque sería más terrible que el de estos dos animales, pudiendo decirse, sin exageración, que los sitios donde habita resultarían inaccesibles para el hombre. Pero su marcha es lenta comparada con la del caballo, teniendo otra particularidad que no deja de favorecer á los que cruzan por su dominio, y es que no trepa á los árboles. Por lo demás, no es muy aficionado á vivir en las selvas, aun cuando siempre hay algunos bosquecillos en las inmediaciones de sus guaridas, y más de una presunta víctima de estas fieras ha debido su salvación á la oportunidad de encontrar algún árbol en su huida.

No es difícil comprender lo que yo sentí al verme delante de uno de los más enormes, y, sin duda, uno de los más feroces individuos del género, en plena pradera, solo, á pie, casi desarmado y sin un matorral donde esconder-

me, sin ningún árbol á que trepar. No podía huir ni defenderme; todo cuanto llevaba encima era el cuchillo, puesto que había dejado la carabina al otro lado de la barranca y no me era dable ir á recogerla. Aun cuando me hubiese dirigido á la especie de senda que iba á parar al fondo, hubiera sido una locura intentar el paso, porque el oso, merced á sus largas garras, habría bajado antes que yo por las paredes de la hendidura, apoderándose de mí quizá sin dejarme llegar al fondo. Además, la fiera me interceptaba el paso, y el persistir en aquella idea hubiera equivalido á echarme en sus brazos.

Hice todas estas reflexiones con la rapidez del relámpago; bastóme una sola ojeada para comprender cuán desesperada era mi situación, ya que no me quedaba más alternativa que luchar á todo trance, sostener un combate haciendo uso de mi cuchillo. La desesperación, que me desalentó por un momento, me obligó luego á sacar fuerzas de flaqueza, y, haciendo frente á mi feroz enemigo, me apercibí á la defensa.

Había oído hablar de cazadores que vencieron al oso gris sin más armas que un cuchillo, pero no sin tener que sostener una lucha terrible y prolongada y después de haber recibido muchas heridas y perdido bastante sangre. Había leído también en las obras de un naturalista que «un hombre puede terminar en pocos instantes una *lucha con el oso grizzly*, si conserva una mano bastante libre para cogerle por el gáznate, *precisamente á raíz de la lengua*, en atención á que debía bastar una ligera compresión para producirle un espasmo en la glotis, sofocándolo así de modo que no pudiera ofrecer resistencia ó hacer daño á su adversario». Pero no tuve tiempo de reflexionar sobre la asombrosa teoría del sagaz naturalista, que probablemente no la habrá llevado á la práctica por sí mismo; pues, dejando de observarme mi antagonista, se puso á cuatro pies lanzando un terrible grito, y se precipitó sobre mí con la boca abierta.

Yo había resuelto esperar su primera acometida; pero cuando ví mejor sus descomunales formas, sus agudos dientes y sus cenicientos ojos que parecían despedir llamas, cambié de plan y emprendí la fuga. Lo que me hizo apelar tan bruscamente á este medio fué el recuerdo del antílope que había muerto: el oso podía dejarse atraer por el cadáver y cebarse en él el tiempo suficiente para adelantarme algo ó quizás para escaparme del todo. En caso contrario, mi situación no podía ser ya peor.

Esta esperanza fué de poca duración; el feroz animal no se detuvo junto al antílope; pues, al mirar atrás sin dejar de correr, advertí que me seguía tenazmente. Yo corro tan bien como el primero; pero ¿qué valía mi velocidad comparada con la de semejante adversario? Lo único que podría conseguir era quedarme sin aliento, y entonces estaría menos dispuesto que antes á sostener una lucha desesperada é irremediable: mejor era volverme y hacer frente en seguida á mi enemigo.

(1) Nombre dado al oso gris por los cazadores de las praderas.

Estaba ya casi resuelto á ello, cuando ví brillar algo que me deslumbró. Sin pensarlo había dirigido mis pasos hacia el estanque, y lo que ofuscaba mi vista era la reverberación del sol en sus aguas. Abrigué entonces un resto de esperanza: la fiera me seguía de cerca; un momento más, y nos habríamos agarrado á brazo partido.

—No, todavía no,—dije para mí;—lucharé con él en el agua, en el agua profunda, lo cual me dará alguna ventaja: tal vez sea entonces el combate más igual ó acaso consiga librarme de él zambulléndome.

Y me arrojé á la laguna sin vacilar un momento.

El agua sólo me llegaba hasta la rodilla: seguí metiéndome para ganar el centro; la laguna era cada vez más profunda, y en breve me llegó el agua hasta la cintura. Entonces miré en torno mío con anhelante afán: el oso se había quedado en la orilla, sin que, el parecer, tratara de seguirme, lo cual me sorprendió, porque yo sabía que al grizzly no le intimaba el agua, y tampoco ignoraba que es un buen nadador, pues más de una vez le había visto atravesar lagos profundos y ríos de impetuoso caudal. Menos aún adivinaba lo que podía detenerle, si bien es verdad que no me cu daba de ello, pues mi único pensamiento era alejarme lo posible de la orilla, como lo hice siguiendo hasta el centro de la laguna, donde me detuve con agua hasta el cuello. No podía ir ya más lejos sin nadar, por cuya razón me quedé quieto con el rostro vuelto hacia mi adversario.

Este se había enderezado de nuevo, y en tal postura me miraba con fijeza, pero sin ninguna intención aparente de echarse al agua. Volvió-e á poner en cuatro patas, y empezó á correr al rededor de la orilla como si buscara un sitio para penetrar en el lago.

Sólo mediaban unos doscientos pasos entre él y yo, porque la laguna apenas tenía un diámetro doble de esta longitud. El oso hubiera podido alcanzarme fácilmente si hubiese querido; pero por algún motivo que ignoro parecía poco dispuesto á echarse á nado, aun cuando estuvo corriendo más de media hora por las orillas. De vez en cuando hacía cortas excursiones por la pradera, pero no dejaba de volver para mirarme como si estuviese resuelto á no perderme de vista.

Esperaba yo que cometiera la falta de alejarse dando la vuelta á la laguna hasta el extremo opuesto y deparándome así la oportunidad de huir por la barranca, pero continuó en la misma posición siempre, como si hubiese adivinado mi designio.

Era imposible prever cuánto tiempo duraría aquello; mas comprendiendo perfectamente las implacables intenciones del oso, calculaba que la escena se prolongaría indefinidamente.

Y así sucedió. Yo estaba ya desesperado: la laguna debía proceder de un manantial interior, pues sus aguas eran tan frías, que me hacían tiritar; pero no cambié por eso de sitio, pues apenas me atrevía á dar un paso, y hasta

temía agitar el agua, por miedo de excitar con este movimiento á mi feroz enemigo.

Al fin, mi paciencia obtuvo su recompensa. En una de las cortas excursiones que el oso hizo por la pradera, vió al antílope: entonces observé que se fijaba en alguna cosa, pero sin poder comprender lo que era, porque mi rayo visual estaba más bajo que el nivel de la llanura. En aquel momento el oso levantó la cabeza, teniendo entre las mandíbulas el cadáver del pobre animal, y, con el júbilo que es de presumir, ví que lo arrastraba hacia la barranca, por la que desapareció en un minuto.

CAPITULO XXII

CUERPO Á CUERPO

Nadé unas cuantas brazas, y luego, haciendo pie, anduve sin meter ruido hasta salir á la orilla. Transido de frío, chorreando agua y no sabiendo á dónde dirigirme, me encontré en el lado opuesto de la laguna, hacia el cual me había encaminado á propósito por temor de que mi enemigo volviese de pronto, pues podía dejar la presa en su guarida y acudir en seguida á buscarme; de modo que yo no sabía qué hacer.

Suponiendo que me pusiese al abrigo del oso emprendiendo la fuga á través de la pradera, necesitaría regresar de todos modos para recoger mi caballo y mi carabina, pues aventurarse á pie por aquella interminable llanura era lo mismo que meterse en el mar sin barco. Además, aun cuando hubiese tenido la seguridad de llegar sano y salvo á cualquier sitio habita lo sin el auxilio de mi caballo, no estaba dispuesto en modo alguno á separarme de él: le quería demasiado para hacerlo así, y antes que abandonarlo habría arriesgado mi vida por él.

El único camino por donde me sería posible atravesar la barranca estaba ocupado por el enemigo: intentar el paso por aquel lado equivalía á caer entre sus dientes. Acaso el mejor plan consistía en seguir andando por la orilla del precipicio para buscar otro paso, ó encaminarme á él en derechura desde la nueva dirección en que me encontraba y bajar por allí. Estaba ya resuelto á ejecutarlo, cuando me quedé de nuevo aterrado al ver otra vez al oso; pero entonces no ya en el mismo lado de la barranca en que yo estaba, sino en el opuesto, donde había dejado á mi Moro.

Cuando mis ojos tropezaron con él, el grizzly acababa de salir del abismo, sacando lentamente su cuerpo macizo por encima del reborde escarpado de la barranca. Un momento después se ponía de pie en la llanura.

De nuevo me quedé lleno de consternación, y con motivo, pues veía que el oso iba á acometer á mi caballo. Este había observado ya que la fiera se acercaba, y parecía prepararse á hacer frente al peligro. Hábiale atado yo á la estaca á unos cuatrocientos pasos de la barranca con un lazo que tendría veinte pies de longitud. Al presentarse el oso, echó á correr cuanto

se lo permitió la cuerda, y le oí resollar estrepitosamente, tratando de huir, lleno de espanto.

Tan desagradable incidente me dejó como clavado en el suelo, y esperé el resultado, dominado por una ansiedad cruel, pues conocía

ro sin curtir, cuya resistencia me era conocida, y, aparte de esto, yo recordaba haber plantado la estaca con toda solidez. ¡Cuánto hubiera dado entonces por poder cortar aquella maldita correa con mi cuchillo!

Seguí observando la lucha con creciente an-

Al presentarse el oso, mi caballo se echó a correr cuanto se lo permitió la cuerda



la imposibilidad de poder acudir en auxilio de mi pobre corcel, ó, por lo menos, no se me ocurría ningún medio en aquel momento.

La fiera se encaminó en derechura hacia el caballo. Cuando la ví tan cerca de Moro, que casi podía alcanzarle con la garra, el corazón me latió con angustiosa violencia. Sin embargo, el caballo dió un salto de lado y se puso á galopar describiendo un círculo cuyo radio era el lazo. En vista de las fuertes sacudidas que dió desde luego, comprendí que el lazo no cedería, dejándole en libertad de huir: era de cue-

siedad. El caballo, galopando al rededor de círculo, continuaba esforzándose en huir de las garras del oso, mientras que éste dirigía sus ataques describiendo cuerdas de arco ó un círculo de menor diámetro. Aquella escena se parecía en el fondo á un ejercicio de hipódromo, en el que Moro representaba su papel de caballo y el oso el de picador.

Por dos ó tres veces, la cuerda, fuertemente distendida en su giro rápido, cogió al oso por las patas, y, después de arrastrarle muchos metros, le derribó panza arriba. Estas caídas au-

mentaban su rabia, porque, al ponerse en pie, empezaba á correr con redoblada furia.

Aquel espectáculo se prolongó algunos minutos sin ningún cambio importante en la posición relativa de los actores. Empecé á confiar que, al fin y al cabo, perdería el oso el tiempo, y que, pareciéndole el caballo más ágil que él, acabaría por abandonar la partida, tanto más

para llegar hasta su extremo, agarrándose á cada paso, y acercándose así lenta, pero seguramente, á su víctima. Esta se puso entonces á lanzar relinchos de terror.

Me fué imposible contemplar más tiempo aquel espectáculo. Recordando que había dejado mi carabina cerca del borde de la barranca y á poca distancia de mi montura, así como



Le descargué con mi cuchillo un golpe violento

cuanto que Moro le había descargado dos ó tres coces perfectamente aplicadas, con las que cualquier otro adversario habría tenido suficiente. Sin embargo, aquellas coces no habían servido sino para irritar al feroz animal y excitar su sed de venganza.

Un instante después, la lucha presentó una nueva fase que debía conducir al desenlace tan temido. La cuerda había dado otra vez contra el grizzly; pero éste, en lugar de esquivarla, la cogió con sus garras y dientes. Al pronto creí que iba á cortarla de un mordisco, que era lo que yo deseaba con todo mi corazón; pero mi espanto fué grande al ver que se cogía á ella

que, después de dispararla contra el antilope, la había vuelto á cargar, corrí al precipicio, bajé hasta el fondo como un loco, y, trepando luego por la pared opuesta, cogí mi arma y me lancé al teatro de la lucha.

Aún era tiempo: el oso no había alcanzado á su víctima, pero sólo estaba á cinco ó seis pies de ella. Acerquéme á diez pasos de distancia é hice fuego; el tiro cortó, al parecer, la correa, porque cedió al punto, y el caballo, libre ya, echó á correr á escape por la pradera.

Yo había herido al oso, como supe después, pero no en una parte vital, y mi bala no produjo más efecto en él que si le hubiese descar-

gado un latigazo. Un violento esfuerzo de desesperación del pobre caballo era lo que había roto el lazo.

Entonces me llegó la vez, porque el grizzly, tan luego como advirtió que el cuadrúpedo se le escapaba, se revolvió contra mí lanzando un aullido de cólera.

No me quedaba ya más remedio que combatir; y como no tenía tiempo para volver a cargar mi carabina, empecé a dar fuertes culatazos al monstruo; pero, viendo que éstos no producían efecto, arrojé aquella arma, desenvainé el cuchillo y le descargué con él un golpe violento; mas casi en el mismo instante sentí la terrible presión de sus brazos que me enlazaban. Sus agudas uñas me desgarraron la carne; con una de las patas delanteras me sujetaba por el costado, en tanto que la otra me laceraba un hombro, y que brillaban y rechinaban ante mis ojos los terribles dientes blancos de que he hablado.

Pero yo conservaba en la mano mi cuchillo de caza; no había perdido la serenidad al sentirme coger, y, con toda la energía de la desesperación, hundí la acerada hoja entre las costillas de mi adversario, la saqué y volví a introducirla varias veces, procurando herirle en el corazón, a cada golpe. Los dos fuimos rodando por el suelo, tan pronto encima como debajo uno de otro; una lluvia de sangre nos cubría a entrambos, y yo la veía brotar de las fauces de la fiera. Ya no sabía lo que me pasaba, estaba fuera de mí, abrasábame un ardiente deseo de venganza; en mi pecho hervía esa cólera que, por lo común, no se siente sino ante un enemigo de rostro humano.

Rodábamos... rodábamos por la yerba en aquella implacable lucha a vida ó muerte... De nuevo sentí la dolorosa impresión de las agudas garras, la penetrante fuerza de los dientes, y de nuevo hundí mi cuchillo hasta el puño en el cuerpo de la fiera.

¡Dios misericordioso! ¿No perecerá a mis desesperados golpes?... ¡La sangre enrojece la pradera!... ¡Nos revolcamos en ella!... ¡Ah! ¡Ya no puedo más!... ¡No puedo más!... ¡Me muero!...

CAPITULO XXIII

INESPERADO

Juzgábame ya en el otro mundo, luchando con algún espantoso demonio; pero no, todos los objetos que veo en torno son terrestres: ¡aún vivo!

Mis heridas son dolorosas; alguien me ha curado; tiene la mano ruda; pero la expresión compasiva de sus ojos me dice que su corazón es bueno.

Me encuentro todavía en la dilatada pradera; recuerdo el espantoso combate, todos los detalles de la lucha. Sin embargo, creía que mi adversario me había muerto.

Veó sobre mí el cielo azul, al rededor la verde llanura; á mis lados formas humanas, y más allá caballos.

¿En qué manos he caído? Cualesquiera que sean esos hombres, son amigos; ellos son los que deben haberme salvado de las garras del monstruo. Quisiera hablarles, pero no tengo fuerzas. Los veo inclinados sobre mí. Uno de ellos lleva una larga y espesa barba negra; el otro, anciano y enjuto de carnes, tiene el rostro bronceado como si se hubiese teñido con una capa de color de cobre. Miro á uno y otro alternativamente, y entonces acuden á mi imaginación lejanos recuerdos. Esas facciones...

Pero los veo muy confusamente... Ya no los veo... Vuelve á apoderarse de mí la debilidad... Pierdo otra vez el conocimiento...

Poco tardé en recobrar los sentidos, y al mismo tiempo me sentí más fuerte. Iba á ponerse el sol. Una piel de búfalo, tendida entre dos estacas plantadas verticalmente, guarecía de los rayos solares el sitio donde yo estaba. Tenía mi manta debajo, y la cabeza apoyada en mi silla, cubierta con otra piel de animal. Estaba tendido de lado, lo cual me permitía ver lo que pasaba. Junto á mí ardía un buen fuego, y ante él había dos hombres, uno sentado y el otro en pie. Mis miradas pasaban de uno á otro, examinándolos alternativamente.

El más joven estaba de pie, apoyado en el cañón de su carabina, con los ojos fijos en la hoguera. Su tipo era el del verdadero montañés, el del cazador de oficio: tendría unos seis pies de estatura, y su complexión vigorosa revelaba su origen sajón; sus brazos parecían dos robles, y la mano con que empuñaba el cañón de su arma parecía desarrollada, descarnada y nerviosa. Sus mejillas, anchas y firmes, así como sus labios, desaparecían en parte bajo su espesa barba; tenía los ojos de un color gris azulado, pequeños y de serena mirada; los cabellos me parecieron castaños, y la tez, que en otro tiempo fué blanca, se había ennegrecido hasta parecerse á la de un mulato: metamorfosis debida, sin duda, al ardor del sol. El conjunto de aquella fisonomía prevenía en su favor; su expresión osada respiraba franqueza y buen humor, y revelaba un carácter noble y generoso.

Vestía aquel individuo una blusa de caza de piel de gamo, que, tratada por el humo, había adquirido la suavidad de un guante; polainas que le llegaban hasta el muslo con franjas en las costuras, y zapatos de monte de verdadera fabricación india con suelas de piel de búfalo. La blusa de caza, sujeta con un cinturón, quedaba abierta por arriba dejando en descubierto la garganta y una parte del pecho; pero sobre éste se veía la camiseta interior, algo más fina, es decir, de piel de antilope ó de cervatillo leonado. El cuello de la blusa caía airosamente sobre los hombros del cazador, y terminaba por una larga franja de la misma piel. Por último, llevaba un gorro de raccoon, con la cabeza del animal hacia la frente, y la cola atigrada cayéndole como una pluma á la espalda.

Su equipo estaba compuesto de un saquillo de balas, hecho con la piel sin curtir de un

gato-tigre, y adornado con la cabeza de un bonito pato de verano. Dicho saco iba colgado de una bandolera, de la cual pendía también un gran cuerno en forma de media luna, en el cual estaba grabado más de un extraño recuerdo. Por último, sus armas consistían en un cuchillo, una pistola, ambos sujetos al cinturón y una carabina tan recta que la línea del cañón apenas se desviaba de la culata.

Su compañero difería de él bajo todos conceptos: más exacto sería decir que no se parecía a nadie, pues todo era raro y extraño en él.

Estaba sentado a la otra parte de la hoguera, con el rostro casi vuelto hacia mí, y la cabeza poco menos que metida entre dos piernas largas y flacas. Más que un ser humano, parecía el tronco de un árbol cubierto con una piel de gamo de color de tierra, y podría tomarse por tal, a no ser por el movimiento de sus brazos. En efecto: movía a la vez éstos y sus mandíbulas, muy ocupadas en roer una chuleta que había asado en las brasas.

Su traje era tan sencillo como salvaje: consistía en algo que parecía haber sido una blusa de caza, pero que entonces tenía el aspecto de un saco de cuero, con el fondo descosido y agujereado, y las mangas remendadas en los codos. Esta piel era de un color negro terroso, muy arrugada en cada articulación, reforzada en los sobacos, sumamente mugrienta y sin ningún adorno; había tenido un cuello, pero esta pieza superflua debió ser cercenada poco a poco por arreglos sucesivos u otros accidentes hasta no quedar vestigio de ella. Las altas polainas y los zapatos de monte corrían parejas con la blusa, y parecían haber sido contruídos con el mismo cuero. Nada de camisa, ni de camiseta interior, ni ninguna otra prenda, a excepción de un gorro muy estrecho, que en sus buenos tiempos había sido de piel de gato, pero tan raído que ya no le quedaba más que una superficie grasienta, ruda como el cuero y en completa armonía con el resto del traje. El gorro, la blusa, las polainas y los zapatos parecían no haberse quitado del cuerpo desde el día en que se pusieron por primera vez, y eso que ya haría un regular número de años. La blusa estaba abierta por delante, dejando ver el pecho y el cuello desnudos, los cuales, así como el rostro, las manos y la garganta del pie, a la que no llegaban las polainas, estaban tostados por el sol y ennegrecidos por el fuego, que les habían dado el aspecto del cobre oxidado. En una palabra: parecía que todo aquel hombre, con su traje y equipo, había sido ahumado a propósito.

El individuo en cuestión tendría unos sesenta años. Sus facciones eran algo duras; la nariz, aguileña; los ojos, negros, pequeños, vivos y de mirada penetrante; los cabellos, negros también y muy cortos; la tez, morena; y como no tenía nada de francés ni de español en la fisonomía, era probable que descendiera de la variedad morena de la raza anglosajona.

Al examinar a aquel hombre, observé que había en él cierta cosa singular, aparte de su

raro atavío: era un detalle particular, como si careciera de algo, y, con efecto, no tenía orejas.

Un hombre mutilado de este modo ofrece un aspecto repulsivo, que hace pensar en algún drama horrible, en una terrible escena de bárbara venganza, en un crimen realizado, en un castigo cruelmente infligido.

Casualmente sabía yo por qué no estaban aquellas orejas en su sitio: me acordaba, conocía al hombre sentado ante mí, a quien había visto muchos años atrás, y nuestro primer encuentro se efectuó en condiciones casi idénticas al encuentro actual.

En aquella época le ví, como ahora, sentado delante de una hoguera, asando su comida. Estaba en la misma actitud, no difería en nada de como a la sazón le contemplaba: no había habido ninguna variación en el mugriento gorro de piel de gato, en las estrechas polainas ni en la piel de gamo ennegrecida que cubría aquel enjuto cuerpo. Quizás no se hubiera quitado la túnica ni las polainas desde nuestra última entrevista. Sin embargo, no parecían más sucias que en aquella ocasión, por la sencilla razón de que esto no era posible. Tampoco lo era olvidar a aquel hombre habiéndole visto una vez: era Ruben Rawlings, llamado más comúnmente *el viejo Rube*, una celebridad entre los cazadores de profesión.

Su compañero era Bill Garey, otra notabilidad del mismo oficio y el amigo constante e inseparable del viejo Rube.

Al cerciorarme de ello, respiré, ya con más satisfacción: aquellos hombres eran amigos míos.

Iba a llamarlos, cuando, al mirar un poco más lejos, ví un grupo de caballos; pero lo que entre ellos observé hizo que me incorporara bruscamente.

Estaba allí en primer lugar la yegua de Rube, animal viejo, sin pelo en los costados, de huesos salientes y desmesuradas orejas. La conocí perfectamente por su color ceniciento, su cuerpo flaco, su cola sin crines y su apariencia de mula. Junto a ella ví el grande y vigoroso caballo de Garey y mi propio corcel Moro atado a su lado. La presencia de mi caballo me sorprendió agradablemente, pues le había visto huir a escape después de librarse del oso, y no sabía cómo podría encontrarle.

Mas lo que me causó un estremecimiento de asombro fué ver otro animal del que conservaba indeleble recuerdo: otro caballo. Aquellas airoas formas, aquellos contornos llenos de gracia y armonía, aquel terso pelaje de un blanco de plata, aquella cola ondulante y aquellas orejas de azabache, todo su conjunto, en fin, me decía que era él, ¡el caballo blanco de los llanos!

CAPITULO XXIV

ENTRE AMIGOS

La sorpresa, unida al esfuerzo que hice para levantarme, me causaron una especie de espasmo, y me volví a desmayar; pero fué un

de-mayo momentáneo, y al poco rato recobré el conocimiento.

Durante él, los dos hombres se acercaron á mí, y, después de aplicarme á las sienes una cosa fresca, se quedaron á mi lado hablando. Yo oí todo lo que dijeron.

—¡Llévese el diablo á todas las mujeres!— exclamó Rube, cuya voz conocí.—Siempre se han de ver los hombres en algún apuro por su causa. ¡Mira cómo está ese pobre joven! Y todo por una muchacha... ¡Se podían ir al infierno!

—¡Bah!—respondió Garey.—La quiere mucho, y dicen que es muy linda. El amor es un sentimiento muy poderoso, amigo Rube.

Aunque yo tenía los ojos abiertos, no podía ver á Rube, á quien tapaba el toldo de piel; pero llegó á mi oído una especie de *glu, glu*, muy parecido al ruido que hace una botella cuando se vacía, dándome á conocer el efecto producido por la observación de Garey en el ánimo de su compañero.

—¡Dios me condene, Bill,—repuso, al fin,—Dios me condene si no eres tan loco como ese joven! ¡El amor es un sentimiento poderoso! ¡Ja, ja, ja! Lo que veo es que logra hacer perder la cabeza á los hombres más razonables, y, si no, mira á ese joven: lo ha entontecido.

—Según eso, ¿tú no has conocido nunca lo que es amor?

—Cerca le andas, Bill. Una sola vez me ha sucedido: en cierta ocasión me enamoré hasta la punta de los pelos; pero, á decir verdad, la muchacha era endemoniadamente hermosa.

Esta confesión terminó con un suspiro que me recordó el resuello del búfalo.

—Y ¿quién era ella?—preguntó Garey.—¿Una blanca ó una piel-roja?

—¡Una piel-roja!—exclamó Rube con desdén.—No, amigo mío, ni por pienso. No quiero decir con esto que una piel-roja no valga lo que una blanca, y hasta es más conveniente... porque puede uno dejarla plantada cuando se canse de ella. En mi tiempo he tenido media docena de esas indias, y tal vez más; pero lo que puedo decir, sin que sea alabarme, es que nunca he cedido una por valor de un alfiler menos de lo que me había costado, y con la mayor parte he ganado algo en la venta. Pero, volviendo á mi asunto, la muchacha de que te hablo era mi querida.

—Entonces, sería una blanca, ¿eh?

—Lo mismo que el alabastro. Tenía la piel como el cráneo de un búfalo blanqueado en la pradera. ¿Y los cabellos? Rojos como la cola de un zorro pequeño. Pues ¿y los ojos? ¡Ah, Billy! Eran unos ojos capaces de hacer perder la chabeta al más pintado: grandes como los del gamo y suaves como la piel de un cervatillo ahumada. Nunca he visto ojos como aquellos.

—¿Cómo se llamaba?

—Caridad, y, si mal no recuerdo, su apellido era Holmes. Sí, eso es: Caridad Holmes. Aquella muchacha había comido sus primeras papillas en el puerto del Gran Pato, en el fondo del Tennessee, hace unos treinta años. La pri-

mera vez que la ví fué en casa de un confitero, y recuerdo que nos pusimos á comer caramelos de los largos, chupándolos á un tiempo cada uno por una punta. Fuimos chupando y chupando, hasta que nuestros labios se encontraron; y entonces... ¡qué beso, Bill, qué beso!... Los labios de Caridad eran más dulces que el mismo caramelo. Otra vez nos vimos en la tienda de comestibles de la esquina; luego, según creo, en el baile, donde divisé, como al vuelo, las pantorrillas de Caridad y una pierna blanca y tersa como un álamo descortezado: entonces perdió los estribos el pobre Ruben Rawlings. «—Caridad,—le dije,—me gustas». Y ella me contestó: «—Ruben, no me desagradas». En seguida me fuí derecho á ver al papá Holmes, y le pedí la mano de su hija. ¡Que el diablo confunda á aquel viejo cascanees! Pues ¿no tuvo valor para negármela? Precisamente por entonces llegó un buhonero del Connecticut, muy almibarado. Hizo la corte á Caridad, y... ¿lo creerías, Bill?... la muchacha se casó con él. ¡Váyanse al infierno las mujeres, pues todas son lo mismo! Al poco tiempo tropecé con el buhonero y le pegué una paliza tan soberbia que estuvo más de un mes en cama; pero á consecuencia de este ligero desahogo tuve que levantar el campo, y desde entonces vivo en las praderas. Nunca he vuelto á ver á Caridad; pero supe de ella por un muchacho que encontré en el Misuri. A lo que parece, estaba hecha una matrona, y, si no se ha muerto, debe tener á estas horas un batallón de hijos, porque, según me dijo aquel viajero, poco después de su casamiento dió á luz un par de gemelos. ¿Ves como no hay que contar con las mujeres? Mira lo que le sucede á su marido. Vaya, vaya: no me hables de ellas.

Yo no había tomado parte en la conversación hasta entonces, ni dado á conocer á los cazadores que había advertido su presencia. Todo seguía aún rodeado de misterio para mí: aquel caballo blanco me daba en qué pensar, así como me admiraba ver allí á mis antiguos conocidos, Rube y Garey: todo aquello me preocupaba lo que no es decible. También me devanaba los sesos pensando cómo habían podido conocer el motivo que allí me había conducido, porque ninguno de los dos estuvo en la ranchería ni pertenecía á nuestras filas. De lo contrario, habría oído hablar de ellos.

Sea lo que fuere, solamente los interesados podían explicarme lo ocurrido, y, sin perder más tiempo en conjeturas, me volví hacia ellos.

—¡Rube! ¡Garey!—exclamé, tendiéndoles la mano.

—¡Bravo! Ya ha vuelto en sí. Esto marcha; mas, por de pronto, estése V. quieto; no se mueva, y recobrará las fuerzas poco á poco.

—Tome V. un traguito de este cordial,—me dijo Bill con su ruda bondad, dándome una calabaza, que me llevé á los labios.

Era aguardiente del Paso, cuyo efecto inmediato fué reforzarme los nervios, y darme más ganas de hablar.

—Veo que va V. reponiéndose, capitán,—dijo

Garey, satisfecho, al parecer, de que le hubiera conocido.

—Sí, mis antiguos camaradas: ya veis que me acuerdo de vosotros.

—Tampoco nosotros le hemos olvidado. Rube y yo hemos hablado á menudo de V., y más de una vez nos preguntábamos qué se habría hecho. Habíamos oído decir que se había vuelto á los establecimientos para convertirse, como si dijéramos, en un gran propietario, y hasta que había cambiado V. de nombre...

vado de otro grizzly, y es preciso que se haya batido con alma y mucho tiempo para dar buena cuenta de esa fiera. ¡Carambola! ¡Y qué bien maneja V. el cuchillo! ¡No se puede desear más!

—Pero ¿había dos osos?

—Mire V.: allá hay un par de ellos.

El cazador señaló la hoguera. Tenía razón: yacían en el suelo los cadáveres de dos osos, desollados ya, y descuartizados en parte.

—Pero yo no he tenido que habérmelas más que con uno.



—¡Rube! ¡Garey!—exclamé, extendiéndoles la mano

—Y ¿qué importa el nombre?—interrumpió Ruben.—¡Maldito lo que me importaría cambiar el mío por un pedazo de tierra á orillas del río James!

—Capitán,—prosiguió el cazador más joven, sin hacer caso de la interrupción de su compañero;—ninguno de los dos le hemos olvidado á V.

—¿Qué es eso de olvidar?—exclamó Ruben.—¡Olvidar al joven que en cierta ocasión tomó al viejo Rube por un grizzly! ¡Cuánto se rió Bill cuando le conté el lance de la cueva! Ahí es nada: ¡confundir al viejo Rube con un oso gris!

Y el antiguo cazador tuvo un acceso de hilaridad que le duró, lo menos, un minuto. Después siguió diciendo:

—De todos modos, tuvo gracia. ¿No te parece, Bill? Lo cierto es que entonces me salvó V. la pelleja, y yo soy incapaz de olvidar un servicio.

—Creo que me lo ha pagado V. ya, pues le debo la vida.

—Es muy posible que le hayamos librado de las garras de un oso; pero V. mismo se ha sal-

—Lo cual era más que suficiente.

—Menester es que haya V. luchado con bríos para dar á ése su merecido.

—Es decir, que ¿le he muerto bien?

—No cabe duda. Cuando Bill y yo llegamos al campo de batalla, el oso estaba tan muerto como un cerdo salado. Nos pareció, sin embargo, que no se hallaba V. en mejor estado que él; le vimos tan abrazado á la fiera que no parecía sino que V. y ella se habían dormido juntos de la manera más amistosa; pero ya no le quedaba á V. sangre ni para el desayuno de una sanguijuela.

—¿Y el otro oso?

—Salió al poco rato de la barranca. Bill había ido en busca del caballo blanco; yo estaba sentado junto á V., precisamente en este mismo sitio, cuando vi asomar su hocico. En seguida se me ocurrió que debía ser la viuda, que iba á ver dónde se había metido su viejo Efraím. Entonces cogí mi carabina; le metí una peladilla en el ojo, y aquél fué su último paseo. Ahora escúcheme V.: yo no soy médico ni Bill tampoco; pero conozco lo que son heridas lo bastante para aconsejarle que se esté quieto,

y que por ahora no hablemos más. Tiene V. bastantes rasguños, por fortuna no muy peligrosos, sólo que no conserva dos onzas de sangre en el cuerpo, y es preciso que descansen hasta recobrarla. ¡Ea! Otro traguito, y vámonos de aquí, Bill: dejémosle solo. Mientras tanto, hincaremos el diente en la carne del oso.

Y, así diciendo, se dirigió á la hoguera, seguido de su compañero.

A pesar de mi impaciencia por tener explicaciones más detalladas sobre otros puntos que me preocupaban, sabía que sería inútil hacer más amplias preguntas al viejo Rube después de lo que acababa de decirme; y, por consiguiente, me fué forzoso atenerme á su consejo y permanecer quieto.

CAPÍTULO XXV

CONVENIO

Al poco rato me dormí y pasé mucho tiempo sumido en un profundo sueño. Cuando me desperté, se aproximaba la media noche. La temperatura era bastante fresca; pero advertí que me habían tapado cuidadosamente con mi manta, la cual me preservó del frío durante mi sueño.

Encontrábame mucho mejor. Busqué á mis compañeros con la vista; pero advertí que la hoguera estaba apagada, sin duda por temor de que su brillo atrajese algún merodeador indio.

La noche era clara, aunque sin luna; esmaltaban el ancho firmamento sus relucientes mundos, y el fulgor de las estrellas me permitía distinguir los contornos de los dos cazadores, así como los de los caballos, que pacían tranquilamente. Uno de los primeros dormía; el otro, sentado, velaba tan inmóvil como una estatua; pero el fuego que se veía en el hornillo de su pipa atestiguaba su vigilancia. Por débil que fuese el fulgor de los astros, bastóme para conocer que el vigilante era Rube.

Habría preferido que fuese el otro, pues anhelaba tener conferencia con el más joven de mis compañeros; pero mi impaciencia no me permitió esperar, y me volví hacia Rube. Como éste se hallaba sentado muy cerca de mí, le dirigí la palabra en voz baja para no despertar á Garey.

—¿Cómo os habéis arreglado para encontrarme?—le pregunté.

—Siguiéndole á V. la pista.

—Según eso, ¿me seguíais desde los establecimientos?

—No desde tan lejos. Bill y yo estábamos acampados en el chaparral y le vimos á V. persiguiendo al caballo blanco. A la primera ojeada le conocí á V., y Bill también. Entonces dije á mi compañero: «—Dime, Bill: ¿no es ése el joven que me tomó en cierta ocasión por un oso?» «—Sí: él es», me contestó Bill. Y en aquel momento tropezamos con un mejicano que le servía á V. de guía é iba buscándole. Nos contó una historia en que se trataba de una señora que le enviaba á V. en seguimien-

to del caballo blanco. «¡—Váyanse al diablo las mujeres!» dije entonces á Bill. ¿No es verdad, Bill?

Al oír esta pregunta, Garey, que sólo estaba medio dormido, respondió con un gruñido de asentimiento.

—Pues bien,—prosiguió Rube;—viendo que había una mujer de por medio, dije á Bill: «—Ese joven no parará hasta que atrape el caballo blanco ó pierda su rastro». Yo sabía que iba V. bien montado; pero sabía también que perseguía al mejor corredor de todas las praderas. Entonces se nos metió en la cabeza que estaba V. perdido, porque veíamos al caballo blanco dirigirse hacia la gran pradera. No es decir que ésta sea la mayor que hay en el mundo; pero, tal cual es, es un desierto donde cualquiera puede extraviarse. Los gazzápiros que le acompañaban á V. habían vuelto grupas; de suerte que Bill y yo montamos en nuestros jacos y corrimos detrás de V. Al salir á la pradera, no le vimos ya; pero sí su pista, que fuimos siguiendo; pero nos cogió la noche antes de llegar á la mitad del camino, y tuvimos que hacer alto hasta la salida del sol. Por la mañana, la pista estaba casi borrada, y hemos necesitado mucho tiempo para llegar á la barranca. «—¡Calla!—me dijo Bill.—El caballo ha saltado por aquí, y ahí tienes las huellas del joven, que llegan hasta el fondo del precipicio». Ibamos ya á bajar, cuando divisamos á lo lejos su caballo de V., que corría por la llanura sin silla ni brida. Echamos á correr hacia él, y cuando le andábamos cerca, vimos cierta cosa en el suelo, resultando que esta cosa era V. y su grizzly, tendidos uno encima de otro y tan tranquilos como un par de lirones. Moro relinchaba y gritaba como un gato salvaje metido en un armario. Al pronto, Bill y yo creímos que V. había perdido la vida; pero, fijándonos más, conocimos que sólo estaba desmayado, mientras que el oso estaba muerto, y bien muerto. Naturalmente, nos pusimos á cuidarle á V. hasta lograr volverle en sí...

—Pero ¿y el caballo? ¿Y el caballo blanco?

—Bill ha sido el que lo cogió en la barranca, un poco más lejos, por haberle interceptado el paso unas grandes peñas. Ya lo sabíamos nosotros, pues más de una vez hemos venido por aquí. Nos constaba que no podría escalar las peñas, y Bill fué tras él; le encontró en una roca saliente á la que había trepado para resguardarse del torrente, y entonces le cogió echándole el lazo y le hizo subir hasta aquí. Ahora, ya sabe V. la historia de cabo á rabo.

—Y el caballo es de V., capitán,—añadió Garey incorporándose,—si se digna V. aceptarlo.

—¡Gracias, amigos míos, gracias, no sólo por este obsequio, sino por haberme salvado la vida! A no ser por vosotros, jamás habría salido de aquí. De nuevo os doy millares de gracias, queridos amigos.

Ya estaba todo aclarado: ya no había ningún misterio, aunque, por una expresión que se le había escapado á Garey, tenía yo ganas de hablar á solas con él.

Merced á nuevas preguntas, supe que los dos cazadores estaban de marcha para tomar parte en la guerra de nuestros compatriotas contra el enemigo. A causa de haberles tratado muy mal ciertos soldados mejicanos de una avanzada de la frontera, uno y otro se habían vuelto encarnizados enemigos de Méjico, y Rube decía que no estaría satisfecho hasta matar una veintena de aquellos demonios de pellejo amarillo.

misma vehemencia,—yo también hago igual juramento.

—Sí, Billy, sí: estoy seguro de que completaremos la cuenta. Por lo pronto, ya tenemos dos. Mire V., capitán.

Y, al decir esto, me acercó su carabina á los ojos, señalándome un sitio particular de la culata, en el que había dos señales recién hechas en la madera. Demasiado sabía yo que aquello equivalía al registro de la muerte de



—¿Tenéis intención de alistaros en un cuerpo de guerrilleros?—pregunté á Garey y á Rube

La guerra que acababa de estallar les proporcionaba la ocasión deseada, y, saliendo de un punto remoto de la tierra de las praderas, estaban á la sazón en marcha para desempeñar la misión que se habían impuesto.

No dejó de admirarme un poco su odio hacia los mejicanos, porque sabía que en ellos era un sentimiento de fecha creciente, y me informé más particularmente de la clase de los malos tratos que habían sufrido. Me respondieron haciéndome una relación detallada del suceso, que les ocurrió en una de las ciudades fronterizas de Méjico, en la cual, por una causa, en realidad insignificante, los dos cazadores fueron arrestados y azotados por orden del comandante del puesto.

—¡Sí,—murmuró Rube entre dientes con ira reconcentrada,—sí: azotados! ¡Un montañés recibir latigazos de un mejicano! No hablemos de eso, no hablemos de eso; pero, ¡voto á bríos!... (y cuando digo esto puede tomarse por un juramento)... este negro no saldrá de Méjico sin haber despachado un soldado por cada correazo. ¡Y me aplicaron veinte!

—Y yo también,—exclamó Garey con la

dos mejicanos, caídos á los balazos del cazador. Pero éstos no habían sido sus únicas víctimas, porque observé también en otras partes de la misma madera largas hileras de recuerdos del mismo género, separados entre sí y difiriendo muy poco en la forma. Estos horribles jeroglíficos encerraban la historia de una vida pasada entre escenas espantosas. Volví la vista y guardé silencio.

—Advierta V.,—repuso Rube, conociendo que aquel examen no me había agradado mucho,—que no se nos debe tomar á Bill y á mí por fieras, pues no es así. Hay que confesar que nos han maltratado horriblemente; pero, á pesar de todo, no somos capaces de vengarnos en las mujeres ó en los niños, como los indios: con ellos no tenemos nada que ver, ni tampoco con los hombres, como no sean soldados. No tenemos ojeriza á los pobres esclavos de los tiranos mejicanos, pues nunca nos han hecho daño. Acabamos de hacer una expedición con los pieles-rojas Iutaws hacia los establecimientos del Norte. Allí he hecho estas primeras señales; pero ni Bill ni yo hemos tocado siquiera un dedo de ninguna mujer ó niño; y si nos hemos

separado de los indios, ha sido porque ellos no procedían así. De allí llegamos ahora; quere-mos batirnos como se debe entre blancos y cristianos, y por esta razón hemos venido. Y ahora ya lo sabe V. todo, amigo.

Agradóme oír á Rube expresarse de aquel modo, y así se lo dije. Por *indianizado* que estaviese el viejo cazador, á pesar de su carácter salvaje y de su indiferencia hacia toda emoción ordinaria, sabía yo que aún quedaba en su pecho una fibra de humanidad, y en más de una ocasión había observado en él singulares síntomas de sentimientos delicados. Por lo demás, hallándose colocado en circunstancias excepcionales, no debía juzgársele según las leyes de la vida civilizada.

—Según eso,—dije después de una corta pausa,—tenéis intención de alistaros en un cuerpo de guerrilleros: ¿no es así?

—Yo sí,—respondió Garey,—y en la compañía de V., capitán; pero Rube no querrá.

—No, no,—exclamó el otro cazador con vehemencia;—no quiero alistarme en una compañía. El cazador no se bate sino por su cuenta. Ya sabe V. que toda mi vida he sido un *montañés libre*, y no se me alcanza nada de la profesión de soldado. O mucho me equivoco, ó debe haber ordenanzas militares que no me petan. Por consiguiente, prefiero la guerra á mi modo. Bill y yo somos bastantes para guardarnos á nosotros mismos: á lo menos, tal creo. ¿Qué dices á eso, Bill?

—Soy de la misma opinión,—replicó Garey con tono meloso;—pero, mi buen Rube, creo que sería mejor proceder de un modo regular, sobre todo yendo con el señor capitán, que nos haría el servicio militar lo más llevadero posible. ¿No es así capitán?

—La disciplina de mi cuerpo no es de las más severas: somos guerrilleros; nuestro servicio es diferente de las tropas regulares; de suerte que...

—Eso no importa,—interrumpió Rube;—necesito batirme como siempre lo he hecho: estar en libertad de ir y venir cuando se me antoje. No quiero tener ninguna obligación incompatible con mi carácter, pues acabaría por desertar.

—Pero alistándoos,—repliqué,—tendríais derecho á una paga y á raciones regulares; mientras que...

—¡Váyanse al diablo las pagas y las raciones!—exclamó el viejo cazador, dando golpes en el suelo con la culata de su carabina.—Yo sólo me bato por vengarme.

Dijo esto con un acento tan enérgico y terminante que no admitía réplica; por lo cual no insistí en hacerle adoptar mi parecer.

—Escuche V., capitán,—añadió Rube con más suavidad.—Aunque no tengo gana de formar parte de sus soldados, sin embargo, quisiera pedirle un favor, y es que me permita continuar á su lado con Bill, y seguirle á donde conduzca V. á su gente. No necesitaré recurrir á sus raciones, porque en Méjico debe haber bastante caza, y en el caso de que no la hubiera, entonces... entonces nos comeríamos un mejicano. ¿Te agrada, Bill?

Garey sabía que aquello no pasaba de ser una broma de Rube, y respondió con una sonrisa afirmativa, no sin añadir al mismo tiempo que preferiría comer cualquier otra cosa.

—¡Bah! No hay que ocuparse de ello,—prosiguió Rube.—No nos moriremos de hambre. Conque, si consiente V. en que le acompañemos en estas condiciones, tendrá á su disposición dos famosas carabinas, que no retrocederán ante el fuego enemigo: puede V. tenerlo por seguro.

—Conformes: podréis ir y venir á medida de vuestro deseo, y os veré con gusto á mi lado, sin que hayáis de estar sujetos á ninguna clase de servicio.

—¡Bravo! Sea enhorabuena. ¡Ea, Bill! Demos otro beso á la calabaza á la salud de la bandera de las rayas y las estrellas. ¡Viva Tejas!

CAPITULO XXVI

EL INCENDIO

Me restablecí rápidamente. Mis heridas, aunque extensas, no eran peligrosas; y como consistían únicamente en lesiones externas, se cerraron pronto merced á la influencia cauterizadora de la planta llamada en el país *lechuquilla*. A pesar de la rudeza de mis médicos, lo cierto era que no podía haber caído en mejores manos para la curación de dolencias del género de la mía. El viejo Rube, en especial, sabía al dedillo, como suele decirse, la farmacopea de las praderas; y al aplicar á mis heridas la savia de una especie de pita, que crecía entre las peñas de la barranca, dió pruebas de sus conocimientos, devolviéndome en breve las perdidas fuerzas. Garey, por su lado, se encargó de proporcionarnos víveres con su carabina, y, gracias á él, no carecimos de buenos bocados, dignos de figurar en la mesa de un convaleciente.

En tres días me encontré bastante fuerte para montar á caballo; y entonces, despidiéndonos de nuestro campamento, nos pusimos en marcha, llevándonos nuestra presa, aquel arrogante corcel, siempre arisco, siempre salvaje. Tomamos las precauciones convenientes para impedir que se nos escapase, y los cazadores le conducían entre ellos, atado á sus sillas, á derecha é izquierda por medio de un lazo.

No regresamos por el mismo camino que habíamos traído, pues mis compañeros conocían otro más corto, por donde debíamos llegar más pronto á un río, cosa por demás importante cuando se viaja por la pradera. Nos dirigimos más al O., y de este modo, caminando siempre en línea recta, podríamos llegar al Río Grande, algo al norte de la ranchería.

El cielo tenía un color gris plomizo; el sol no era visible, y, faltándonos este guía en el cielo, temíamos desviarnos del camino recto; mas para obviar este inconveniente, mis compañeros recurrieron á una brújula de su invención, y hé aquí lo que hicieron al partir del campamento:

Clavaron una gran estaca en el suelo, y á su punta adaptaron un pedazo de piel de oso, que, merced al largo pelo que aún tenía, podía divisarse á más de una milla de distancia. Determinada ya en virtud de este primer jalón la dirección que debíamos seguir, plantaron, á algunos centenares de pasos de la primera, otra estaca, con su correspondiente trozo de piel de oso. Entonces, volviendo la espalda á aquellos postes indicadores, comenzamos á cabalgar con toda confianza, mirando atrás de vez en cuando para ver si nos manteníamos en la línea deseada. El expediente era, sin duda, muy ingenioso; pero no me llamó la atención, porque ya estaba acostumbrado á ver pruebas de la destreza é inteligencia de mis amigos los cazadores.

Cuando los pingajos negros que colgaban de las estacas estuvieron á punto de desaparecer en lontananza, elevamos otros dos siguiendo el mismo método, y estos nuevos jalones aseguraron nuestra dirección en otra etapa de una milla; al cabo de la cual plantamos nuevas estacas, y así sucesivamente hasta que recorrimos seis millas.

Entonces llegamos á la vista de un terreno poblado de árboles, situado frente á nosotros, pero que, al parecer, distaba aún cinco millas, y hacia él guiamos nuestros caballos. Al mediodía penetramos en él: no era un bosque espeso, sino una serie de grupos de arbustos, separados por claros, alamedas y cañadas herbosas. Había allí muchos sitios amenos; y como yo estaba cansado de ir á caballo, hubiera deseado descansar en alguno de ellos, pero no se encontraba agua, y sin agua no hay alto posible. Por fortuna, á poca distancia de allí debíamos encontrar un riachuelo, afluente del Río Grande, á lo menos así me lo aseguraron mis compañeros, y proseguimos nuestra etapa.

Luego de andar otra milla al través de los bosques, salimos de ellos por el lindero de una pradera de considerable extensión: tenía tres millas de diámetro, y difería enteramente de la que dejábamos muy atrás. Pertenecía á la clase designada en la fraseología de los cazadores con el nombre de *praderas de grandes yerbas*, es decir, que, en lugar de una alfombra de musgo, su superficie estaba cubierta de plantas floridas, como heliantos, malvas, alteas, hibiscos y otras anuas, sumamente apiñadas y á menudo entrelazadas unas con otras.

Estábamos á la vista de una de estas praderas; pero á la sazón no se divisaba en ella ni una flor: todas se habían abierto, marchitado y deshojado, al fin, sin que tal vez se fijase en ellas la mirada del hombre, y sus tallos, agostados, abrasados por un sol ardiente, tenían entonces un aspecto negruzco y macilento.

En vez de cruzar esta nueva pradera, fuimos cabalgando por sus orillas, y á poca distancia de allí nos encontramos en las márgenes del riachuelo. No habíamos andado mucho; pero mis compañeros, temerosos de que el cansancio me produjera fiebre, propusieron acampar en aquel sitio, y aplazar para el día siguiente el fin del viaje.

Aunque me sentía con fuerzas para ir más lejos, no opuse ninguna objeción, y en seguida desensillamos los caballos y los atamos cerca del arroyo.

Corría éste por el fondo de una cañada alfombrada de musgo, en la cual habíamos plantado una estaca, donde atamos nuestras cabalgaduras; pero en el punto más elevado del terreno vimos un paraje más cómodo para establecer nuestro campamento particular, y allí escogimos un sitio, á la sombra de una gran itaiba, cerca de la dilatada pradera de grandes matas de que he hablado antes. Trasladamos allí las sillas, bridas y mantas, después de lo cual recogimos un buen montón de ramas secas para encender una hoguera.

Pronto apagamos nuestra sed y la de los caballos; pero en punto á alimento, por más que nos sobrara el apetito, la carne ahumada del oso gris no nos ofrecía un buen almuerzo. Por fortuna, teníamos allí cerca el riachuelo, en el que quizás habría peces. Garey llevaba siempre encima anzuelos y sedales, y me propuso una partida de pesca. Poco después tenía cebados sus anzuelos, y, dirigiéndonos al riachuelo, nos sentamos á la orilla, esperando pacientemente que un pez tuviera á bien morder el cebo.

Rube no era muy aficionado á la pesca, y se quedó mirándonos un rato, pero sin tomar gran interés en nuestra empresa.

—¡Váyanse al diablo los peces!—exclamó. al fin.—Preferiría una tajada de gamo á todos los pescados de Tejas. Voy á ver si hay medio de levantar alguna caza.

Y, echándose la carabina al hombro, se alejó río arriba, desapareciendo de nuestra vista al poco rato.

Garey y yo continuamos cebando los anzuelos sin gran resultado; pero acabamos, al fin, por coger un par de peces, cuando resonó en nuestros oídos el disparo de la carabina de Rube. Al parecer, procedía de la pradera, y hacia allí nos encaminamos presurosos para averiguar el éxito del tiro. Sin duda, era Rube el que divisábamos á lo lejos, casi á media milla del campamento. Aunque á causa de la altura de las matas sólo se le veían los hombros y la cabeza, al observar que se bajaba de vez en cuando, presumimos que se inclinaba sobre su caza, que, probablemente, estaría desollando ó descuartizando; mas no podíamos saber qué clase de pieza había muerto por interceptarnos la vista los altos tallos de las plantas.

—Debe ser un gamo,—dijo Garey.—Hace ya muchos años que los búfalos no bajan tanto hacia el S., aun cuando he muerto algunos junto al Río Grande, pero más cerca de su origen.

Sin añadir una palabra más, regresamos al riachuelo y nos pusimos de nuevo á pescar. Estábamos seguros de que Rube no necesitaría el auxilio de nadie, y de que, en caso contrario, habría hecho alguna señal para avisarnos; por lo cual confiábamos en que volvería pronto al campamento con sus provisiones de caza.

Acabábamos de descubrir que el riachuelo abundaba en argentinas (una especie de *hyodon*), y este incidente absorbía toda nuestra atención, porque deseábamos con afán atrapar algunas para nuestra comida, sabiendo que son un bocado exquisito, muy superior á todos los demás peces. Reemplazamos ventajosamente los cebos con fragmentos de galón de oro, que me arranqué del uniforme, y logramos pescar un gran número de tan bonitos habitantes de los ríos; pero en el momento en que nos congratulábamos de ello, interrumpió de pronto nuestra conversación el ruido de un chasquido particular, que nos hizo volver rápidamente la vista hacia la pradera.

Lo que vimos nos estremeció, y de un salto nos pusimos de pie. Los caballos se encabritaban ya, tirando de sus lazos y lanzando relinchos de terror, especialmente la yegua de Rubé, que prorrumpía en destemplados gritos. No era un misterio la causa de este espanto: la conocimos al primer golpe de vista.

El viento debía haber llevado algunas chispas de nuestra hoguera en dirección á los tallos secos de la llanura, y la pradera de las altas yerbas estaba ardiendo.

Aunque asustados por aquella súbita conflagración, no era esto lo que más debíamos temer. La cañada donde nos hallábamos estaba alfombrada de un musgo corto, no siendo, por consiguiente, probable que el incendio llegase hasta ella, y, aun en este caso, nos habríamos librado fácilmente de las llamas. Una pradera incendiada no es muy peligrosa cuando su yerba es corta y ligera. Se puede cruzar por entre las llamas sin más riesgo que socarrarse los cabellos ó sufrir una sofocación causada por el humo; pero en una llanura cubierta de compacta y vigorosa vegetación, ya es otra cosa. Estábamos, pues, tranquilos por nosotros, pero muy alarmados por nuestro compañero de viaje.

Cuando le vimos poco antes, se hallaba á media milla de distancia, entre las malezas y á pie, como nosotros. Hubiera cometido una locura en tratar de huir hacia el extremo opuesto de la pradera, que distaba tres millas lo menos. Aun yendo á caballo le habrían alcanzado las llamas, porque no hubiera podido abrirse paso al través de aquellas grandes matas, enlazadas, como estaban, por lianas y otras plantas rastreras, cuyo enmarañamiento habría estorbado la marcha del caballo más vigoroso.

La única probabilidad de salvación del cazador consistía en volver por el lado más inmediato; pero para esto tenía que ir directamente contra la llama, y, á menos de haber huído antes que el incendio estallara con toda su fuerza, debió encontrarse con la retirada cortada en esta dirección. Ya he dicho que las hierbas estaban tan secas como la yesca, y las llamas, impelidas por el fuerte viento, parecían lanzar ante sí de vez en cuando lenguas de un vivísimo color encarnado, que lamían los agostados tallos, enroscándose en ellos como culebras y consumiéndolos casi con la rapidez de un relámpago.

Agitados por tristes presentimientos, echamos á correr hacia la pradera mi compañero y yo. Al llegar á lo alto de la cuesta, y á más de doscientas yardas de la itaiba, vimos con sorpresa que el fuego se había extendido ya mucho y que se acercaba al mismo sitio á donde acabábamos de llegar.

Apenas tuvimos tiempo de echar una ojeada á lo lejos, cuando el incendio, silbando y chisporroteando á su paso, precipitaba su manto abrasador frente á nosotros y nos ocultaba la vista de la pradera, interceptándola con su muralla de llamas. Pero aquella rápida ojeada nos lo reveló todo, y el terrible espectáculo que presenciábamos llenó nuestros corazones de tristeza y desaliento. Entonces comprendimos la situación del desdichado cazador, pues no tan sólo corría un gran peligro, sino que estaba expuesto á una muerte cierta.

Todavía estaba en el mismo sitio donde le vimos últimamente, y no había hecho, al parecer, ninguna tentativa para escapar, pues probablemente conocería que no le serviría de nada. Debí pensar que lo mismo le daba morir en el sitio en que se encontraba que ser devorado por aquellas lenguas de fuego al procurar huir de ellas, y tal vez esta reflexión le detendría, vacilante é indeciso.

¡Oh! Era un horrible espectáculo ver á aquel pobre viejo á punto de ir á pasar bruscamente á la eternidad. Aún tengo presente su feroz aspecto cuando la roja llama del incendio, rodando entre nosotros y él, le ocultó á nuestra vista. Un solo momento le divisamos: únicamente sobresalían su cabeza y sus hombros de las altas yerbas abrasadas. No hizo ninguna señal con la voz ni el ademán; pero se me figuró ver en sus ojos, á pesar de la distancia, una mirada de desesperación.

Ya no quedaba esperanza. ¡El viejo cazador estaba perdido!

CAPITULO XXVII

ESTRATEGEMA

Garey y yo permanecimos inmóviles, sumidos en una especie de estupor y sin decir una palabra. Una horrible angustia laceraba mi corazón, y no era menor la de mi compañero. Volví á él los ojos, y ví que tenía la mirada fija é invariablemente dirigida hacia el mismo punto, como si hubiera querido atravesar con ella la muralla de fuego que se alejaba más y más de nosotros para acercarse al sitio fatal. La expresión de aquella mirada era horrible. Una sola lágrima la enturbiaba; lágrima que iba deslizándose por la bronceada mejilla de Garey, poco acostumbrado á sentir semejante rocío. El ancho pecho del joven cazador se levantaba á cortos intervalos, pudiendo conocerse que estaba á punto de faltarle el aliento. Escuchaba, escuchaba, sin que nada le distrajera, esperando, sin duda, oír de un momento á otro el grito de muerte de su viejo camarada, de su amigo.

No permanecimos mucho tiempo en suspen-

so, aun cuando ningún grito, ningún lamento humano, llegó hasta nosotros indicándonos la crisis suprema. Si resonó, no lo oímos. Bien es verdad que esto era imposible, porque el sonido se hubiera perdido entre el rumor de las llamas y el chasquido de los tallos huecos, que estallaban con estrépito semejante al de un fuego graneado de fusilería. Ningún fúnebre

buscar sus huesos entre las calientes cenizas.

Hasta entonces había permanecido Garey inmóvil, silencioso y tieso como una estatua; pero no era la esperanza la que así le tenía, pues desde el primer instante comprendió que el peligro era inevitable, sino más bien una especie de parálisis producida por la desespe-



—¡Ea, capitán! De nada sirve llorar como indias viejas,—díjome Garey, muy conmovido

lamento llegó, pues, á nuestros oídos, y, sin embargo, experimentábamos una especie de estupefacción al ver llegado el desenlace del drama. ¡El infortunado cazador se había quedado vivo!

Las llamas habían pasado ya del sitio donde vimos á nuestro amigo por última vez, é iban mucho más allá, dejando en pos suyo el terreno carbonizado y ennegrecido. Aunque el humo nos interceptaba la vista de la llanura, sabíamos que el momento fatal había pasado; que la desgraciada víctima había sucumbido, y que ya no podíamos hacer otra cosa sino

ración. Cuando se persuadió de la muerte de su amigo, sus músculos, rígidos tanto tiempo, se aflojaron de pronto; dejó caer sus brazos inertes á lo largo del cuerpo; por sus atezadas mejillas rodaron copiosas lágrimas, inclinó tristemente la cabeza, y exclamó con voz ronca:

—¡Dios mío! ¡Todo acabó! ¡Hemos presenciado los últimos momentos del pobre Rube!

Mi pena, sin ser quizás tan aguda como la de mi compañero, era, sin embargo, muy violenta: hacía mucho tiempo que conocía al viejo cazador; había corrido con él esos peligros

que ligan los corazones con mayor fuerza que todas las frases y aduladores cumplidos del mundo; más de una vez tuve ocasión de admirar su levantado ánimo, y me constaba que, á pesar de su hosco humor y de su carácter particular, y aun añadiré que á pesar de sus crímenes, su corazón, extraviado al principio por una mala educación, y pervertido luego por malas compañías, era aún rico en ciertas virtudes, por lo cual sentía cierta amistosa inclinación hacia aquel hombre.

Entre Garey y él reinaba una intimidad más estrecha. Compañeros inseparables largos años hacía, habían participado de las mismas privaciones de iguales peligros, y hasta de idénticas costumbres é ideas, y, por más que fuesen algo diferentes en inclinaciones, edad y carácter, eran tan amigos como se puede ser. ¿Qué hay, pues, de extraño en que se transluciese un sentimiento de angustia inefable en la mirada que el joven cazador dirigía por la ennegrecida superficie de aquella fatal llanura?

No supe qué responder á su exclamación de pesadumbre, y tampoco podía consolarle, pues harto lo necesitaba yo: mi silencio le decía que comprendía la doliente significación de su triste queja.

Al poco rato, añadió con acento tembloroso y conmovido:

—¡Ea, capitán! De nada sirve que lloremos como indias viejas.

Y con su ancha mano se enjugaba las lágrimas, volviendo el rostro, como si se avergonzara de verterlas.

—Ahora todo ha concluido,—continuó.—Vamos á buscar sus huesos para enterrarle como un cristiano. Venga V. conmigo.

Montamos á caballo, y nos dirigimos al terreno asolado por el incendio. Los pobres animales, al sentir el calor de los humeantes restos, se encabritaban y sacudían con las patas las cenizas, bajo las cuales se mantenía aún el fuego oculto. A nosotros nos escocían los ojos al contacto del humo, que nos impedía ver á dos pasos de distancia. Sin embargo, nos encaminamos como pudimos al sitio donde había desaparecido el cazador, y donde esperábamos encontrar sus restos.

Cuando llegamos á él, tropezaron nuestras miradas con una masa negruzca tendida en el suelo, pero que nos pareció mucho más voluminosa que un cuerpo humano. Nos acercamos más y conocimos, aunque con trabajo, que aquel bulto informe era el cadáver de un búfalo, que, sin duda, constituía la caza muerta por Rube, y yacía allí tal como debió caer, de pecho contra el suelo, las patas separadas en toda su anchura y las espaldillas levantadas. Advertimos que el desdichado Rube casi había acabado de desollar al animal, pues la piel se paraba á lo largo de la espina dorsal, estaba desprendida ya de los costados.

Pero no se veían por allí cerca los restos mortales del cazador. El humo se había disipado lo bastante para permitirnos examinar el terreno en torno nuestro, y, sin embargo, nada encontramos, como no fuera, un poco más allá,

el estómago y los intestinos del búfalo, negros y medio consumidos.

Seguimos con la vista la línea de llamas que continuaba haciendo sus estragos en lontananza. No era probable que Rube hubiese salido de la pradera; pues, aparte de que, según observamos, no hizo ninguna tentativa para escapar, apenas le habría sido posible andar un centenar de pasos sin que el fuego le alcanzase y le envolviese.

Era muy probable que sus huesos estuviesen enteramente consumidos, calcinados, reducidos á cenizas, y ya empezábamos á admitir formalmente esta hipótesis, por ser la única que nos explicaba la desaparición de los restos de nuestro amigo.

Continuamos algún tiempo á caballo dominados por extrañas emociones, pero sin decir una palabra, y explorando la llanura en todas direcciones con la mirada, porque ya se había disipado el humo. En las praderas de altas yerbas no hay musgo, y los tallos secos y largos habían ardido con la rapidez con que se propaga el incendio en un campo de lino; de suerte que ya no quedaba nada que hiciese humo, y podíamos ver claramente toda la superficie de la llanura que nos rodeaba; pero ¡nada, nada que se asemejase á restos humanos!

—¡Nada! — exclamó Garey. — ¡Pobre viejo Rube! Esas malditas yerbas le habrán reducido á cenizas. Ya no queda de él ni siquiera para llenar una pipa.

—Eso no es verdad, — replicó una voz que nos hizo dar un salto en la silla, como si el espectro de Rube nos dirigiese la palabra. — ¡Eso no es verdad! — repitió la misma voz, que parecía salir de tierra á nuestros pies. — Aún queda lo bastante del viejo Rube para llenar la panza de ese búfalo, y ¡por el valle de Josafat, por el cual me creéis ya, que uno no está muy á sus anchas aquí dentro! ¡Uf! ¡Estoy casi sofocado! ¡Me ahogo! ¡Dame la mano, Bill, y sácame de esta trampa!

Atónitos nos quedamos al ver que una mano aún invisible levantaba bruscamente la piel colgante del búfalo, y que por una abertura practicada en el costado del animal asomaba una cara que era imposible confundir con otra. Había algo tan risible en aquella aparición, que, unido á la alegre revolución producida en nuestras ideas, nos hizo lanzar á Garey y á mí una sonora carcajada. El joven cazador se tendía en su silla, y las estrepitosas expansiones de su hilaridad, intercaladas de vociferaciones salvajes, espantaron á los caballos, que se pusieron á caracolear, como si esperaran el ataque de los pieles-rojas.

Al principio pude sorprender una sonrisa significativa en la comisura de los delgados labios de Rube; pero aquel alegre síntoma desapareció cuando las carcajadas de Bill duraron lo bastante para hacerle perder su poca paciencia.

—¡Vete al diablo con tu risa! — exclamó, al fin. — ¡Dame la mano, ayúdame un poco, ó me tendrás que sacar cocido, pues este condenado escondite no es tan holgado como cuando me

metí en él. ¡Vamos, hombre: despacha con mil demonios! ¡Creo que estoy medio asado!

Garey se apeó de un salto, y, tirando á su compañero de un brazo, le sacó de su singular refugio. Pero el aspecto del viejo cazador, encendido, humeante como un asado y chorreando grasa por todo su cuerpo, era tan ridículo que no pudimos menos de soltar nuevas y estrepitosas carcajadas.

Apenas Rube se vió ya libre de su incómoda situación, sin hacer ningún caso de nuestro buen humor, bajóse al suelo, sacó su larga carabina de debajo de la piel, donde la había puesto á buen recaudo, y después de examinarla para cerciorarse de que no se le había estropeado, la dejó cuidadosamente entre los cuernos del búfalo. En seguida sacó un cuchillo de su cinturón y se puso con toda calma á acabar de descuartizar al rumiante, como si nada hubiera interrumpido esta operación.

Cuando se calmó un poco nuestra hilaridad, quisimos saber los detalles de la extraña aventura de Rube; pero se hizo algún tiempo el sordo á las preguntas que nos dictaba la curiosidad, mostrándose picado por el modo poco respetuoso con que habíamos acogido su resurrección. Sin embargo, esto no era más que un pretexto, y demasiado lo sabía Garey. Así fué que, poniendo en manos de su amigo la calabaza, que contenía algunas gotas de aguardiente, le suavizó en breve; y, después de hacerse rogar otro poco, el viejo Rube condescendió á darnos detalles de su curiosa escapatoria.

—Mucho tiempo antes,—dijo,—de que os salieran bastantes dientes para pensar en perseguir á los osos grises ó á los indios, y de esto hará ya unos cuarenta años, me ví en cierta ocasión á dos dedos de morir asado en la pradera, como hace poco me he visto. Comprendo que era muy natural que V., capitán, me tomara por un bobo, puesto que en otro tiempo me tomó por un oso; pero tú, Bill Garey, debías conocerme mejor, ya que me trataste hace siglos. Pues bien,—prosiguió Rube, después de echar otro trago;—cuando ví que ardían las matas, comprendí que no había que fiar la salvación á mis piernas. Si hubiese visto el fuego desde su principio, tal vez habría podido echar á correr y salvarme á tiempo; pero ocupado, como estaba, en descuartizar ese animal, y con la cabeza baja, no advertí nada hasta que oí el chisporroteo, y, naturalmente, entonces ya no había medio de escapar. Así lo comprendí desde luego. No diré que no he tenido miedo; al contrario: ha sido de padre y muy señor mío, pues por un momento creí que ya no había salvación para mí; pero precisamente en aquel momento reparé en el búfalo, á quien tenía ya medio desnudo, como veis, y entonces se me ocurrió la idea de agazaparme debajo de él, echándome su piel encima. Lo intenté desde luego; pero ví que no podía taparme á mi gusto, y desistí de ello. Entonces ideé otra cosa mejor: vaciar el animal, sacarle todo lo que tenía dentro y meterme en el hueco. Puedo aseguraros que no gasté mucho tiempo en hacer una abertura en los costados de mi cuadrú-

pedo y en sacar los intestinos, después de lo cual introduje con presteza mi humanidad en aquel agujero. Hice bien en no andarme por las ramas; el incendio avanzaba rápidamente, y puedo decir que he visto la muerte á dos dedos de mis narices. Precisamente en el momento de ocultarme debajo de esta soberbia colcha, la llama llegó rugiendo á mi alrededor, tostándome casi las orejas; y, si no, mirad. ¡Ja, ja, ja!

Garey y yo hicimos coro á Rube, riéndonos de lo que ambos sabíamos que era una de sus bromas favoritas; pero el viejo cazador prolongó de tal manera el entrecortado gruñido que le servía de risa, que no pudimos moderar nuestra impaciencia por saber el fin de la aventura.

—Y, al fin, ¿cómo acabó?—le preguntó Bill.

—¡Oh!—repuso el cazador.—El camino que ha seguido el incendio está asegurado de serpientes. Aquello mugía, chillaba, chirriaba y silbaba, y las yerbas estallaban como millares de latigazos. Me he visto muy expuesto á que me ahogara el humo; pero conseguí bajar la piel del búfalo, y esto me ha resguardado, aunque he estado á punto de sofocarme antes de poder sujetarla. Luego me he quedado muy quieto en mi escondite hasta que os he oído, y he visto que estaba ya concluido todo.

Rube terminó su narración con su exclamación de costumbre, y en seguida se puso á descuartizar su búfalo, que estaba ya casi asado. Le ayudamos en su tarea, y luego volvimos juntos al campamento, llevándonos los mejores bocados del cuadrúpedo. Gracias á nuestra pesca y á las chuletas asadas, así como á la lengua y á los huesos con médula del pobre animal, no tuvimos aquella noche ningún motivo para quedar descontentos de la hospitalidad de las praderas.

CAPITULO XXVIII

LA MESETA

Después de un almuerzo compuesto de carne de búfalo, sazonado con un magnífico apetito y rociado con una taza de agua fresca sacada del arroyo, montamos á caballo y nos dirigimos hacia un alto cerro que se veía á lo último de la llanura: era como un faro perfectamente conocido de mis compañeros; hallábase á nuestro paso, y diez millas más allá de él debíamos llegar al término de nuestras fatigas.

En efecto: aquel cerro era visible desde la ranchería, la cual se hallaba en dirección NE.; pero aquél no podía verse desde ésta sino cuando el tiempo estaba muy despejado. Llamándome hacía tiempo la atención aquella eminencia que divisaba desde el terrado de la casa del alcalde, más de una vez me propuse llegar hasta ella y examinarla; pero las circunstancias me impidieron siempre poner en ejecución mi proyecto. Presentaba la apariencia de un inmenso cofre empotrado en la pradera; desde lejos, sus vertientes parecían enteramente verticales, y su cima tan horizontal como el llano que la rodeaba, no siendo éste el único ejemplar

de tan rara formación, como, por ejemplo, el *cofre* que corona la montaña llamada de *Pérote*.

A medida que nos fuimos acercando, pude distinguir una zona oscura á modo de parapeto á lo largo de su cresta, que estaba poblada de una espesa arboleda: aquella zona se divisaba claramente por su contraste con las laderas perpendiculares que tenían casi la blancura de la nieve. Era una de esas formaciones á las que los españoles dan el nombre de *mesetas*.

Cuanto más próximos estábamos á aquella singular eminencia, mayor era mi curiosidad. Había visto otras mesetas, en lo que llamamos *malas tierras*, junto al Misuri, en el país de Navajos al oeste de las montañas Pedregosas, y á lo largo del Llano Estacado, que no es otra cosa sino una inmensa meseta; pero la que veíamos á la sazón tenía un carácter original, á causa de su forma regular y de la superficie lisa y reluciente de sus escarpaduras. Además, su completo aislamiento contribuía á aumentar el efecto que producía, porque no se divisaba ninguna otra: apenas si se distinguían en lontananza las montañas por entre las cuales circula el Río Grande.

Al irnos alejando de aquel cerro, observamos ciertas modificaciones en él: su forma cuadrada como la de un arca nos pareció menos definida; divisamos ligeras prominencias que surcaban sus laderas, y acá y allá líneas rectangulares que se cruzaban. Verdad es que la naturaleza no siempre es exacta en su arquitectura.

Sin embargo de lo que perdía vista de cerca, no dejaba de ser una formación singular, tanto más cuanto que su cumbre parecía inaccesible al hombre. Teníamos frente á nosotros una escarpadura de cincuenta yardas que nadie había escalado jamás, al decir de mis compañeros, expertos conocedores de la localidad. Habíamos llegado á una milla de la base de la eminencia; y como aquel espectáculo cautivaba mi atención, dejé vagar mis ojos por los contornos del cerro, en cuya cumbre descollaba una vegetación tan variada como abundante, que si á mí me causaba grato asombro, á mis compañeros no les inspiraba ninguno absolutamente.

De pronto me sacó de mi contemplación la voz de Garey, que nos anunció un nuevo incidente.

—¡Los indios! ¡Por vida del demonio!

—¿Los indios? ¿Dónde?

Esta exclamación salió casi maquinalmente de mis labios; pero no necesitaba respuesta. La mirada de Garey había guiado la mía, y, siguiendo su dirección, ví una fila de jinetes que desembocaban por la parte posterior de la meseta y galopaban hacia la llanura.

Mis dos compañeros tiraron de la brida á sus monturas y se detuvieron; yo hice otro tanto, y permanecimos inmóviles en nuestras sillas, examinando aquella gente. Al poco rato, vimos que eran en número de doce, los cuales se encaminaban hacia nosotros. Hallábanse todavía á cosa de una milla, y á esta distancia es difi-

cil, por no decir imposible, distinguir un blanco de un piel-roja, pues los trajes de unos y otros son muy parecidos, y los rostros, empolvados y tostados por el sol, se confunden fácilmente.

Aunque Garey dijo á primera vista que aquellos hombres eran indios, suposición probable en aquellas circunstancias, no pasaba esto de ser una conjetura aventurada, y permanecimos en duda algún tiempo.

—Si son pieles-rojas,—repuso Garey,—han de ser comanches.

—Y si son comanches,—añadió Rube, con tono amenazador,—tendremos que habérmolas con ellos. Si son comanches, van sobre el rastro de la guerra, y probablemente se arrepentirán. ¡Ea! Empecemos por pasar revista á las armas.

El consejo de Rube fué seguido inmediatamente, porque cada uno de nosotros sabía muy bien que si los que teníamos á la vista eran comanches, no había más remedio que trabar una *lucha con ellos*.

Este belicoso pueblo ocupa toda la parte occidental de Tejas, y sus hordas errantes vagan desde el Río Grande, por el S., hasta el Arkansas, al N. Hoy forman con sus tribus aliadas la confederación de indios más poderosa que existe en el continente. Aspiran á la propiedad de la totalidad de las praderas, titulándose sus dueños y señores, aunque los *pawnees* los *siux*, los *pies-negros* y otras tribus no menos guerreras les disputen esta soberanía hacia el N. Desde las épocas más remotas, son los más furibundos enemigos de los colonos tejanos, y el relato detallado de sus incursiones y expediciones vandálicas daría sobrada materia para llenar veinte volúmenes; pero no siempre redundaban éstas en su ventaja, pues las represalias, eran á veces, mayores que las ofensas, y los cuerpos francos de la frontera proseguían su obra de venganza.

Estos salvajes habían encontrado en Méjico gente menos resuelta á defender su hogar, y de medio siglo á aquella parte tenían la costumbre de hacer todos los años una irrupción por las provincias del NE., entregándose á la destrucción y al saqueo, volviendo ordinariamente cargados de despojos, y llevando consigo numerosos rebaños de caballos, mulas, ganado vacuno, y hasta mujeres cautivas.

Por algún tiempo, los *atezados* merodeadores vivieron en paz con los *angloamericanos* que colonizaban y roturaban los terrenos de Tejas; pero esto no había pasado de ser un armisticio temporal, y en breve los colonos tuvieron que defenderse de los ataques de los indios. Desde entonces la guerra fué permanente: el hombre rojo y el hombre blanco se acometían al verse. Cuando dos viajeros se encontraban en la pradera, el color de su piel determinaba las relaciones que debían mediar entre ellos. Si era diferente, se convertían en enemigos, y lo primero que se les ocurría era matarse el uno al otro. Esta *lex talionis* se aplicaba á cada momento.

De haber sido posible que aumentara el odio

que se profesaban ambas razas, habría producido tal efecto un suceso ocurrido recientemente. Una partida de guerreros comanches había ofrecido sus servicios al general en jefe del ejército americano.

—Dejadnos combatir á vuestro lado, — le dijeron; — no estamos en desavenencia con vosotros: sois guerreros, lo sabemos, y os respetamos. Peleamos contra los cobardes mejicanos que nos han arrebatado nuestro territorio. ¡Nos batimos por Motezuma!

El general americano desechó prudentemente la alianza con los comanches, y el resultado de esto fué la triple guerra en que nos veíamos comprometidos. De consiguiente, si los jinetes que se aproximaban eran indios de aquella tribu, la previsión de Rube tenía fundamento; por lo cual no perdimos tiempo en aprestarnos á la defensa. Nos apeamos con ligereza, y, parapetándonos detrás de nuestros caballos, esperamos á pie firme la llegada del grupo sospechoso.

CAPITULO XXIX

MAL ENCUENTRO

Como habíamos invertido muy pocos segundos en esta maniobra, los jinetes estaban todavía lejos, formados á dos en fondo y continuando su avance. Este movimiento nos sorprendió, pues aquélla no era táctica india: ninguna partida de comanches ha marchado jamás en doble fila. Luego los jinetes no podían ser pieles-rojas.

Al principio, concebí una ligera esperanza, figurándome que tal vez sería una partida de mis compatriotas que iban en mi busca, pues aquél era nuestro acostumbrado orden de marcha; pero aquellas largas lanzas y ondeantes banderolas disiparon esta esperanza: en el ejército americano no había lanceros, y, por consiguiente, no podían ser voluntarios.

—¡Bah!—exclamó Rube, después de observarlos con toda su atención.—¡Que me ahorquen si son indios! Y si no lo son, deben haberse comprado barbas y sombreros. Vaya: no tienen absolutamente nada de pieles-rojas. No,—añadió levantando la voz;—es una banda de esos cetrinos mejicanos: ni más ni menos.

Y, efectivamente, los jinetes eran mejicanos.

No había motivo para alegrarnos mucho de este descubrimiento, que no produjo cambio alguno en nuestra actitud defensiva. Sabíamos que una partida de mejicanos, armados como aquéllos, era una tropa hostil, y hasta de una hostilidad encarnizada. Hacía unas cuantas semanas que en la guerra, aunque reducida á encuentros parciales, se peleaba con furor sin igual, y el terreno neutral había sido teatro de atroces venganzas y terribles represalias, talando, saqueando é incendiando campos, haciendas, rancherías y pueblos sin piedad alguna.

Ya resultaba indudable que se trataba de una guerrilla de mejicanos destacada como

exploradores, ó tal vez de una partida de ladrones.

El terreno neutral, en el cual operaban ordinariamente las guerrillas, se extendía entre los dos ejércitos. Nosotros estábamos bastante lejos de él, y completamente apartados de todo establecimiento. ¿Por qué motivo andaba por las llanuras del desierto una compañía de lanceros, guerrilleros ó ladrones?

En aquellos sitios no había caza para unos ni para otros; ni tropas americanas que atacar, ni viajeros que dejar en cueros. Mi propia compañía era la avanzada más distante del centro del ejército en esta dirección, y la ranchería donde acampaba estaba á diez millas de la solitaria pradera. La única tropa que tal vez pudiera encontrarse en los alrededores de la meseta era alguna partida de comanches, y demasiado conocíamos á los mejicanos para estar plenamente convencidos de que, ya fuesen soldados ó merodeadores, no irían por allí en busca de guerreros indios.

Aquella gente avanzaba en línea recta, hallándose ya entre nosotros y la meseta; pero, al llegar á cosa de una milla de la posición que ocupábamos, dieron media vuelta al O., y maniobraron, al parecer, para atacarnos por retaguardia. Este movimiento nos colocó sobre su flanco, y entonces, destacándose más claramente sus contornos, pudimos observar mejor su traje, armas y equipo. Casi todos llevaban sombreros de anchas alas, chaqueta, cinturón y calzones; iban provistos de lazos, lanzas, carabinas ó escopetas, sables y machetes, arma esta última inseparable del ranchero mejicano. Ciertamente, no formaban un cuerpo de tropas aguerridas, á juzgar por sus trajes y por la irregularidad de sus maniobras, pues llevaban las lanzas al capricho de cada cual, ya tendidas, ya apoyadas en el estribo ó ya echadas al hombro como un fusil. En resumen: ó eran guerrilleros, ó salteadores de caminos.

Después de trazar casi todo un semicírculo, conservando siempre la misma distancia, volviéronse con rapidez é hicieron alto. Su evolución circular nos tenía preocupados, pues no podíamos adivinar su objeto: no era con el de cortarnos la retirada, porque el bosque que habíamos dejado atrás estaba ya á muchas millas. Si lo hubiésemos tenido más cerca, ya haría mucho tiempo que nos habríamos refugiado en él. Por el otro lado estaba la meseta que la última evolución de nuestros adversarios había dejado al descubierto, y, aunque sólo distaba media milla, y tal vez aguijando á nuestros caballos podríamos llegar á ella á tiempo, no había un solo árbol en sus inmediaciones, excepto los que se veían en la cumbre, y su pared de rocas tampoco nos ofrecía más refugio que el campo raso.

El enemigo parecía tener en cuenta esta circunstancia, pues, de otra suerte, no habría marchado trazando un semicírculo, dejándonos libre el camino en aquella dirección.

Hasta el momento en que se detuvieron, no comprendimos la mira que llevaban de cogerlos por retaguardia; pero entonces adivina-

mos los tres su proyecto: ¡se habían parado precisamente entre nosotros y el sol!

La maniobra era diestra, digna de guerreros indios, y nos demostraba que no teníamos que habérmolas con un enemigo vulgar. Acometiéndonos por aquel lado tenían una ventaja decisiva sobre nosotros, porque el resplandor del sol nos impediría apuntar bien, ya que entonces estaba muy bajo, dándonos de lleno en los ojos.

Mis dos compañeros se pusieron furiosos al ver la pasada que nos habían jugado tan diestramente, por más que nos hubiera sido imposible evitarla aun cuando hubiésemos previsto las intenciones de aquellos astutos jinetes.

No nos dieron tiempo para reflexionar, pues por sus movimientos conocimos que se preparaban á cargar sobre nosotros. Uno de ellos, que parecía el jefe y montaba en un caballo mayor que los otros, les dirigió la palabra; corría á lo largo del frente de batalla, hablando en alta voz y gesticulando con violencia. Los demás le respondían con vivas que oíamos perfectamente.

Esperábamos de un momento á otro que el enemigo se lanzara á galope contra nosotros, y estábamos íntimamente convencidos de que no teníamos más remedio que luchar ó rendirnos. Por mi parte, habría preferido saltarme la tapa de los sesos á caer en sus manos, pues mi uniforme, á pesar de estar hecho jirones, les hubiera dado á conocer mi categoría, y en el momento en que me cogieran me ahorcarían, ó, á falta de árboles, me pegarían cuatro tiros. Mis compañeros sabían que no tendrían más tiempo que yo para entonar su *mea culpa*. Así fué que ni siquiera pensamos en rendirnos sin resistencia.

—No, — exclamó Rube con resolución, — no debemos rendirnos, sino morir matando. Verdad es que la partida resulta bastante desigual, — añadió mirando á los jinetes; — doce contra tres: no nos quedan muchas probabilidades, por cierto; pero, en fin, en otras peores me he visto y he salvado la pelleja; y tú también, Bill: ¿no es verdad, muchacho? Aunque seamos pocos, dejemos que se acerquen.

—Sí, — respondió Garey, sin revelar en su acento la menor emoción; — han hecho bien en no acercarse mucho para charlar; pero allí veo una silla á la que voy á desembarazar del que va en ella tan pronto como pasen de aquellas yerbas.

Y Garey señalaba unas matas de *artemisia* que había á unos doscientos pasos de nosotros, en dirección del enemigo.

Al escuchar la charla del viejo cazador, que contrastaba con el reposado acento de su compañero, recobré mi sangre fría; pero, viendo tan numerosos adversarios, no pude menos de sentir cierta zozobra. Y la verdad era que había motivo para ello, pues eran cuatro para uno. Al fin, no siendo aquélla la primera vez que luchaba contra enemigos superiores en número, concluí por tranquilizarme.

Bien considerado, á pesar de la superioridad numérica, la partida no era tan desigual. Co-

mo no nos mataran á la primera descarga de sus carabinas ó escopetas, cada uno de nosotros estaba seguro de dar cuenta de un jinete. Yo confiaba en la bondad de mi arma, y mucho más, si era posible, en la intrepidez de mis aliados, hombres que jamás erraban el tiro. Por consiguiente, no ponía en duda ni un momento que si los jinetes nos acometían, de los doce quedarían solamente nueve en estado de llegar á tiro de pistola, y nos hallábamos dispuestos á recibirlos bien á esta distancia. Yo llevaba al cinto un revólver de seis tiros; Garey otro, que le había regalado yo hacía muchos años, y Rube estaba provisto de un par de pistolas, que prometían llenar bien su cometido.

—¡Tenemos diez y siete tiros, y, además, nuestros cuchillos de caza!—exclamó Garey con triunfante ademán, cuando acabamos de pasar revista á nuestras armas.

El enemigo no había dado un paso todavía. A pesar de sus vivas y de sus vociferaciones, parecía indeciso en tocar á ataque. Su presunto capitán y su segundo seguían recorriendo la línea de guerrilleros, animándolos con sus palabras y dándoles, sin duda, órdenes para la acometida. Nosotros no estábamos ociosos mientras tanto, y habíamos formado el cuadro para resistirlos.

Habíamos formado el cuadro... con nuestros caballos, que eran cuatro, contando el caballo blanco de los llanos. Garey, que montaba como un comanche, le había domado en nuestro último campamento, y ya era más dócil: bastaba tirarle del lazo para hacerle obedecer cual un cordero. Colocamos á los cuatro cabeza con cabeza y grupa con grupa, formando cada uno de ellos un lado del cuadro, que no habría podido romper una carga de caballería, porque para ello hubiera sido preciso desatar ó cortar las bridas y deshacer los nudos de los lazos. Luego nos pusimos dentro, vueltos de frente al enemigo, hacia cuyo lado componía nuestra barricada la gran yegua de Garey. Así es que el enemigo no nos podía ver sino las cabezas y los pies. En esta disposición, aguardamos tranquilos la arremetida de los mejicanos.

CAPITULO XXX

PROPOSICIÓN

Resonaron nuevos vivas, por los que presuimos que el capitán había terminado su arenga y que el ataque era ya inminente.

En efecto: vimos al jefe, con otros dos ó tres, adelantarse á los demás, como si tuviese la intención de dar principio á la lucha.

—Ahora,—murmuró Rube con tono breve y resuelto,—preparamos las carabinas. Pero mucha puntería. No hay que desperdiciar un tiro, porque el plomo vale aquí tanto como el oro en otra ocasión. ¡Por el valle de Josafat! ¡Ya se preparan á caer sobre nosotros! Dejémosles llegar, y luego... luego habrá más de uno que no podrá seguir avanzando. ¡Por vida del sol!

Billy,—prosiguió dirigiéndose á Garey;—tira tú primero, si quieres, porque tu carabina tiene más alcance. Derriba á aquel mozo que monta un caballo color de tierra. Yo me encargaré del que va en el mustang gris. Y V., capitán, despache á ese que se gallardea en el caballo bayo. Sé que V. no se precipita, por lo cual creo que apuntará bien y con calma.

Rube.—¡A los tres primeros! O mucho me equivoco, ó darán pronto media vuelta. ¡Ea, amigos! ¡Mucho ojo, y atención á mi aviso!

Pero las recomendaciones que nos hacía Rube se cambiaron en una exclamación de sorpresa, cuya causa era muy clara. Los guerrilleros habían llegado á galope hasta unos trescientos pasos de distancia; pero conforme



—¡Amigos! ¡Somos amigos!—gritó el jefe de la partida

—Sí, sí,—respondí vivamente.

En aquel momento llegó á nuestros oídos la voz de ¡Adelante! acompañada de los agudos sonidos de clarín.

—¡Adelante! ¡Anda! ¡Dios y Guadalupe!—gritaron los mejicanos.

Y todos espolearon sus monturas precipitándose contra nosotros.

Apenas habían dado veinte pasos nuestros adversarios, cuando ya estaba rota su línea, porque muchos de los más valientes ó de los mejor montados se adelantaron á los demás.

—¡A los tres que van á la cabeza!—exclamó

se iban acercando disminuían la velocidad de su marcha hasta quedar reducida á un paso de andadura más bien que á una carga á rienda suelta. Es probable que al ver relucir los cañones de nuestras carabinas asestados contra ellos lo pensarán mejor.

Garey esperaba que el que iba al frente pasara de los matorrales, calculando que el tiro de su carabina no alcanzaría más lejos. Un segundo más, y habría disparado; pero el jinete, como si le hubiese avisado oportunamente su instinto, pareció adivinar el límite exacto donde empezaba el peligro, y antes de llegar al

matorral hizo alto. Los demás se apresuraron á imitar su ejemplo, y toda la partida se detuvo inmóvil á menos de trescientas yardas de la boca de nuestros cañones.

—¡Cobardes!—gritó Rube con sarcástico acento.—¡Seguid adelante! ¿Qué diablos os detiene?

Ignoro si los mejicanos oyeron ó no la pregunta de Rube; lo cierto fué que obtuvo una respuesta.

—¡Amigos! ¡Somos amigos!—gritó el jefe de la partida.

—¿Amigos, eh? ¡Mala peste os lleve!—gritó el cazador, que conocía bastante el español para entender lo que nos decían.—¡Valientes amigos! ¿Acaso queréis burlaros de nosotros?

Y mientras así hablaba tenía preparada su carabina, porque se notaba cierto movimiento entre los jinetes.

—¡Largo de ahí! No deis un paso más, ó ¡por todos los diablos del infierno, que ha de pesaros! ¡Al primero que se ponga á mi alcance le despacho para el otro barrio! ¡Llévese el demonio á los amigos de vuestra especie!

El jefe habló entonces en voz baja con su segundo, y, al parecer, se pusieron los dos á discutir un proyecto nuevo.

Al poco rato el jefe nos gritó en español:

—Somos amigos; no queremos haceros daño, y en prueba de ello voy á mandar á mi gente que se retire, mientras mi teniente irá á hablar con uno de vosotros en terreno neutral. Supongo que no tendréis ninguna objeción que oponer á esta proposición...

—Y ¿á qué viene eso?—contestó Garey, que hablaba bien el español.—Nosotros no os pedimos nada. ¿Qué se os ofrece á vosotros con todo ese aparato?

—Tengo una cosa que deciros, y en particular á ti,—contestó el mejicano.—Es una cosa que no quisiera que oyesen los demás.

Al decir estas palabras, se volvió haciendo una expresiva seña á su gente.

Tan inesperado diálogo nos sorprendió.

Garey no conocía á aquel individuo. Según decía, *jamás había visto á aquel avechicho*. Sin embargo, era muy posible que Garey se equivocase, porque le daba el sol en los ojos, y el mejicano tenía casi oculto el rostro por las anchas alas de su sombrero. Podía haberlo conocido antes, y no tenerlo entonces presente.

Por resultado de una corta deliberación, convinimos en que Garey aceptara la propuesta, de la cual no podía resultar nada malo, ó, al menos, nada que no pudiésemos prever. Garey podría reunirse con nosotros antes que le atacaran, y Rube y yo estaríamos dispuestos á protegerle con nuestras carabinas; de modo que si aquella gente meditaba una traición, no veíamos qué ventaja podría sacar de ella.

La conferencia fué, pues, aceptada, con las precauciones usadas en semejantes casos.

Los jinetes, excepto su jefe y su teniente, debían retirarse á media milla de distancia; el primero se quedaría donde estaba, y á la mitad del camino, entre él y nosotros, Bill y el teniente parlamentarían á pie y sin armas.

A una orden de su capitán, retrocedieron los guerrilleros; el teniente se apeó, dejó su lanza en el suelo, se desciñó el sable, se quitó las pistolas del cinto, y, poniéndolas al lado de la lanza, encaminóse al punto designado.

Bill nos entregó á su vez sus armas, y fué al encuentro del mejicano.

Un minuto después estaban frente á frente. La conferencia, que no fué larga, se sostuvo casi exclusivamente por parte del mejicano. Rube y yo vimos que aquel individuo nos designaba á cada momento con el dedo, como si la conversación versara sobre nosotros. Luego advertimos que Garey interrumpía bruscamente la arenga, y, volviéndose al mismo tiempo, nos gritó en inglés:

—Rube: ¿qué te parece que me está proponiendo este tunante?

—¿Qué sé yo!—contestó Rube.—¿Qué quiere?

—Quiere...—y Garey levantó la voz rebotando de indignación;—quiere que le entreguemos al capitán americano, ofreciéndonos no meterse con nosotros si accedemos á ello.

Y, al decir esto, el joven cazador lanzó una carcajada de desdén.

A la vez que Garey se reía en las barbas de su interlocutor, Rube murmuraba por lo bajo:

—¡Pardiez! No deja de tener gracia la pretensión.

Y, dirigiendo la palabra á su amigo, le gritó:

—Y tú ¿qué le has contestado, Bill?

—Nada todavía,—replicó aquél con viveza;—pero atiende á mi respuesta.

Y levantó el brazo con el puño cerrado, dejándolo caer como una maza sobre el rostro del mejicano, que fué rodando por el suelo.

CAPITULO XXXI

ESCARAMUZA

El imprevisto resultado de la conferencia hizo prorumpir en un grito de cólera á los mejicanos, que, sin esperar la orden, corrieron á reunirse con su jefe. Luego, deteniéndose á larga distancia, dispararon sus carabinas y escopetas; pero sus balas se enterraron entre el musgo muy lejos de nosotros.

El teniente, aturdido por el puñetazo, logró levantarse; pero tan fuera de sí que, en vez de montar á caballo y ponerse al lado de sus camaradas, se volvió hacia nosotros, extendió el brazo y nos amenazó con su puño crispado, acompañando este ademán con frases provocativas.

De todas cuantas echó por su boca, únicamente llegó á nuestros oídos un redondo voto, que expresaba enérgicamente su cólera y su deseo de venganza; pero aquel voto fué la última palabra que pronunció en su vida; salió de sus labios juntamente con su postrer aliento: tan rápida fué su muerte. Oí aquella expresión colérica, y casi al mismo tiempo un tiro disparado junto á mí. Ví salir una nebulilla de polvo del uniforme del mejicano, precisamente hacia el corazón; el herido llevóse

vivamente la mano al pecho, y un segundo después caía de bruces al suelo, sin hacer ningún movimiento más, ni exhalar un gemido.

—¡Ya no volverás á hacer otras proposiciones por el estilo, canalla! ¡Ya tienes bastante! —exclamó una voz á mis espaldas.

Inútil es decir que era Rube el que así se expresaba. Aún salía humo del cañón de su cara-

—Bueno, Rube, bueno,—respondió Garey, que, apresurándose á pasar por debajo del vientre de un caballo, se había metido en el cuadro y cogía su carabina.—No tengas cuidado, viejo mío, que te esperamos.

Con sorpresa por nuestra parte, los mejicanos dieron tiempo á Rube para que cargara descansadamente su arma, después de lo cual



El herido llevóse vivamente la mano al pecho...

bina, y ya se disponía á cargarla de nuevo.

—¡*Wa-hoo-woop!*—prosiguió, lanzando su salvaje grito de guerra.—¡Voto á bríos! Ya les llevamos ése de ventaja: una señal más en la culata de mi carabina. ¡Qué arma tan magnífica! La verdad es que no creí alcanzarle, aparte de que el sol me daba de lleno en los ojos; pero ese tunante me puso fuera de mí. A no ser por esto, no me hubiera arriesgado á perder un tiro. ¡Eh, amigos! ¡Cuidado con los caballos! No tiréis hasta que yo cargue. ¡Por vida vuestra, no tiréis!

nuestros tres cañones recobraron su amenazadora posición sobre el lomo del caballo de Garey.

Las cuatro cabalgaduras habían permanecido inmóviles. Tres de ellas estaban ya acostumbradas á escenas de este género y no se asustaban de los tiros, y la cuarta, fuertemente sujeta á las otras, no tenía más remedio que permanecer tranquila.

He dicho que nos llamó la atención ver que nos daban el tiempo necesario para recuperar la ventaja que nos proporcionaba nuestra posi-

ción primitiva, porque creíamos que la guerrilla nos atacaría inmediatamente. El deseo de vengar la muerte de su camarada debía infundirles el ánimo necesario para acometernos, y así lo suponíamos; pero nos engañamos, y todo su furor quedó reducido á aullidos feroces, mañotazos al aire y voces frenéticas.

Nuestros enemigos estaban entonces agrupados al rededor de su jefe, sin orden ni concierto. Algunos le instaban, al parecer, á que diese la orden de atacarnos; otros se acercaban un poco más á nosotros, haciendo fuego ó blandiendo sus lanzas con aire de amenaza; pero todos se abstendrían de traspasar el peligroso círculo, cuya circunferencia estaba trazada por el alcance probable de nuestras carabinas. En resumen: se manifestaban menos dispuestos que antes á lanzarse sobre nosotros: hasta tal punto les había intimidado la muerte de su camarada.

Casi á la mitad de la distancia que de ellos nos separaba, yacía el cadáver de aquel hombre, con su vistoso uniforme. Aquella muerte era para ellos una disminución de fuerza, porque no tan sólo habían perdido uno de sus jefes, sino también uno de sus mejores soldados. Estaban seguros de su muerte, aunque ninguno se atrevía á acercarse á él, pues conocían de antiguo las carabinas tejanas y sabían que estábamos, además, provistos de revólvers, arma cuya terrible nombradía había pasado ya la frontera del Río Grande.

Esto no quiere decir que todos aquellos hombres fuesen cobardes: los había valientes, como lo demostraban insistiendo en atacarnos sobre la marcha; pero, afortunadamente para nosotros, todo se les volvía gritar sin ponerse de acuerdo. Carecían de un verdadero jefe, pues el que hacía las veces de tal demostraba más prudencia que ardor bélico.

Nosotros los contemplamos con la mayor sangre fría. A lo menos, así lo puedo afirmar por lo que hace á mis compañeros. Aun cuando para éstos era cuestión de vida ó muerte, estaban tan tranquilos como si espíaran los movimientos de un rebaño de búfalos. No puedo asegurar que conservara por mi parte la misma tranquilidad de espíritu. Sin embargo, aunque me mostrase menos indiferente al aspecto del peligro, imitaba su ejemplo y sacaba del riesgo mismo la resolución necesaria para arrostrarlo. Yo podía tener, además, un motivo particular de confianza: en caso de salir derrotados, me quedaba un recurso con el que no contaban mis compañeros y en el que tal vez no habían pensado: la sin par velocidad de Moro me hacía vislumbrar la posibilidad de escapar. Habría podido huir desde luego; pero tan cobarde idea no se me ocurrió ni por un momento. Prefería morir á abandonar á los desinteresados hombres que tan resueltos se mostraban á defenderme. Les debía la vida, y á la sazón ellos exponían las suyas por mí. Así fué que, desde el primer momento, decidí firmemente quedarme con ellos hasta lo último y vender mi vida lo más cara posible. Pero en el caso de que sucumbieran ambos antes que

yo, me quedaría el recurso de apelar á la fuga.

La idea misma de esta contingencia redobló mi valor, y contemplé á nuestros vengativos enemigos con una calma y una sangre fría de que aún hoy mismo me admiro cada vez que recuerdo este incidente de mi vida.

En el intervalo de inacción que siguió, reflexioné en la proposición que había hecho el jefe de la guerrilla relativamente á mi persona. Los cazadores eran tan enemigos como yo de aquellos hombres. Los tres éramos americanos ó tejanos, los tres estábamos en el territorio de Méjico y armados para la lucha. ¿Por qué, pues, sólo querían apoderarse de mí? ¿Cómo sabían que yo era capitán de voluntarios? Debían tener previa noticia de ello; debían haber acudido precisamente en busca mía.

De pronto, se me ocurrió una idea, una sospecha casi tan vehemente como la certidumbre, y, á no impedírmelo el sol que me daba en los ojos, habría podido descubrir antes el enigma.

Bajé la visera de mi gorra de campaña, cuya sombra aumenté poniéndome las manos sobre los ojos á guisa de pantalla, y examiné con atención al jefe de la banda. Las pocas palabras que cruzó con Garey habían despertado ya en mí un vago recuerdo, pues me pareció que había oído en otra parte aquella voz, y, guiado por mis sospechas, observé más detenidamente el aspecto y la fisonomía de mi hombre. Por fortuna, tenía la cara vuelta hacia mí, y, á pesar de los rayos del sol que me deslumbraban, á pesar de su sombrero de anchas alas caídas, conocí que era Rafael Ijurra. Entonces comprendí lo que pasaba: era él quien quería apoderarse de mí.

Mis sospechas se convirtieron en una realidad; pero al primer latido de mi corazón, impulsado por esta certidumbre siguió otro mucho más penoso... un vago recelo de...

Hice un violento esfuerzo y dominé mi emoción, pues advertíase cierto movimiento entre los guerrilleros: había llegado el momento decisivo.

CAPITULO XXXII

NUEVA TÁCTICA

Aunque nuestros enemigos se habían puesto en movimiento, no debíamos temer un ataque directo por su parte. La suerte de su compañero disminuyó evidentemente su ardimiento, y tantos gritos y bravatas acabaron por mitigar su entusiasmo.

En vista de sus nuevas disposiciones, comprendimos que habían concertado otro plan de ataque, y que iban á ponerle en práctica.

—¡Cobardes! — refunfuñaba Rube. — No se atreven á volver á la carga. ¡El diablo confunda á esos malhechores! ¡Calla! Ahora preparan otra de sus tretas. ¿Qué opinas tú, Bill?

—¡Pardiez! Opino... —replicó Garey, que observaba sin pestañear los movimientos del enemigo. — Opino que van á ponerse á galopar al

rededor de nosotros para hacernos fuego á la usanza india.

—Y es verdad,—repuso Rube;—no es otro su intento. ¡Ea! Ya van á empezar.

En efecto: los jinetes, rompiendo su grupo, se habían diseminado por la pradera, quedando unos inmóviles y otros corriendo sin cesar. En el momento en que Rube acababa su frase, vimos que uno de ellos se destacaba del grupo principal y lanzaba su caballo á galope. Hubiera podido creerse que se proponía abandonar el terreno; pero no era tal su intención, pues á los pocos pasos hizo describir una curva á su caballo con el evidente objeto de trazar un círculo en torno nuestro. Tan luego como se separó unas veinte yardas de sus compañeros, salió tras él otro jinete, que repitió la misma operación; luego otro y otro, hasta que nos rodearon cinco de ellos como en el centro de un circo. Los seis restantes permanecieron en su puesto.

Observamos que los cinco primeros no llevaban las lanzas, y si tan sólo sus carabinas, lo cual no nos sorprendió, pues habíamos comprendido la intención de nuestros adversarios. Sin embargo, hubiéramos podido temerla más si la empleasen en realidad los pieles-rojas, porque en un ataque de este género, el arco, que despidе muchas flechas por minuto, es mucho más temible que la carabina. Pero la misma circunstancia de apelar á esta estratagema denotaba que los agresores eran hombres que habían presenciado combates á la india, sin duda alguna consumados merodeadores de frontera, y nos advertía al propio tiempo que nos veríamos en la precisión de defendernos con todo el arrojo y sagacidad de que el cielo nos había dotado.

La misión de los cinco hombres destacados consistía en correr al redor de nosotros, llegar á tiro de fusil para descargar su carabina y procurar matarnos un caballo, distraernos, en fin, y si era posible esquivar nuestros disparos. Conseguido esto, los otros seis, que estaban tan cerca como se lo permitía el peligro, debían cargarnos por el lado opuesto, disparar contra nosotros y servirse luego de su lazo con seguridad.

Mis compañeros tenían más esta última arma que cualquiera otra, y con razón, pues sabían que, una vez descargadas nuestras carabinas, podrían los enemigos valerse del lazo lejos del alcance de nuestras pistolas, y que unos hombres como aquéllos estaban más seguros del efecto de aquél que del de sus carabinas ó escopetas.

No nos dieron tiempo para analizar nuestras dudas, temores ó conjeturas, ni para comunicárnoslas mutuamente, pues los jinetes pasaron por delante de nosotros con la rapidez del relámpago, rapidez que demostraba su costumbre en estas lides: eran ejercicios en que los había familiarizado la experiencia.

Hubimos de reconocer que esta estratagema había empeorado nuestra situación; pero no por ello nos desalentamos. En un momento modificamos nuestra posición relativa, y, dejando

de hacer frente los tres al mismo lado, nos pusimos espalda con espalda, vigilando cada cual el tercio de circunferencia que tenía ante sí.

Los cinco jinetes no tardaron en realizar su maniobra: lanzando sus caballos á escape, trazaron dos ó tres veces en torno nuestro un anchuroso círculo, y luego se fueron aproximando poco á poco. Al llegar á tiro de carabina dispararon las suyas á la vez, y entonces, replegándose sobre el grupo principal, las cambiaron por otras, dirigiéndose de nuevo hacia nosotros siempre al galope.

Casi todas las balas de la primera descarga pasaron por encima de nuestras cabezas. Una, sin embargo, hirió á la yegua de Rube, y el pobre animal se puso á relinchar y á despedir violentas coces. El daño no era de consideración; pero constituía un preliminar de lo que podíamos esperar, por lo cual vimos con ansiedad creciente que los jinetes volvían á la carga.

Los cinco que trataban de envolvernos en sus amenazadores círculos eran los mejores jinetes del mundo. Ni en Arabia ni en los hipódromos de Londres ó de París habrían encontrado quien les aventajase ni aun quien les igualase, porque aquellos hombres pasan su vida á caballo. En el momento en que se acercaban á la peligrosa parte del círculo expuesta al fuego de nuestras carabinas, cada uno de ellos desaparecía detrás del cuerpo de su corcel, y todo cuanto podíamos ver del que lo montaba era una bota con su espolón en el hueco de una deprimida silla de madera, y tal vez una mano asida á la crin del animal. Luego asomaba de pronto una cabeza velada casi inmediatamente por una ligera humareda seguida de la explosión de la carabina, después de la cual el jinete se ocultaba de nuevo y volvía á huir precipitadamente. Apenas se distinguía entre la humareda el cañón del fusil, que brillaba contra la cruz del caballo, al paso que la dirección del fuego nos daba á conocer que el hombre había apuntado por encima del cuello de su montura, que no cesaba de correr.

Mientras duraron todas estas maniobras, por buenos tiradores que fueran mis compañeros y por muy buen ojo que yo tuviese, no pudimos aprovechar un momento siquiera para apuntar á alguno de los cinco jinetes: más fácil nos hubiera sido matar un ave al vuelo. Sin duda, habríamos podido herir ó matar un caballo; pero esto era poca cosa si se consideraba el riesgo que corríamos descargando nuestras armas, por lo cual no osábamos perder una sola bala empleándola en los animales. Y, sin embargo, era muy duro vernos fusilar de aquel modo, sin ninguna probabilidad de rechazar la agresión; de suerte que mis camaradas, á pesar de su ordinaria sangre fría, tascaban el freno con rabia.

Otra vez los mejicanos describieron su curva á rienda suelta y nos largaron una nueva andanada, pero entonces con más resultado, pues hirieron á Garey en el hombro y le hicieron á Rube un rasguño en la cara.

—¡Bravo! ¡Uf! — exclamó el bravo cazador, pasándose la mano por la mejilla herida. —Veo

que no son muy torpes. Por poco se me llevan una oreja.

Al decir esto, reparó en la sangre que brotaba del hombro de Bill, y, cambiando repentinamente de expresión, añadió:

—¡Por vida de Satanás! ¿Estás herido, Bill?

—No es nada,—respondió Garey.—Un arañazo. Ni siquiera lo siento.

—¿De veras?

—De veras.

—¡Por vida de Satanás!—exclamó Rube con más seriedad.—Ya no hay medio de permanecer aquí. ¿Qué haremos, Bill? Habla, muchacho.

—¿Qué haremos? Caer sobre ellos animosamente: es el único recurso que nos queda.

—No conviene,—replicó Rube, moviendo la cabeza con ademán de duda.—Nuestro joven amigo podría escapar; pero ni tú ni yo saldríamos bien librados.

—Y yo digo que sí,—repuso Garey con impaciencia.—Vas a montar en el caballo blanco, que es muy vivo, y a dejar tu yegua; ó bien coge el mío y yo te seguiré. No será fácil que escapemos juntos; pero podremos hacer que esos tunantes se diseminen persiguiéndonos aisladamente y atraparlos unos tras otros. Eso será mucho mejor que continuar aquí impasibles, dejándonos acribillar a balazos como un búfalo entre un rebaño de carneros.

En aquel instante se me ocurrió una idea.

—¿Por qué no nos lanzamos a escape hasta ese cerro escarpado?—les pregunté señalando la meseta.—No podrían circunvalarnos, y, teniendo la roca a nuestras espaldas y los caballos delante, desafiaríamos a toda esa canalla. Es fácil llegar hasta allí, precipitándonos...

—Sí, sí. Que me ahorquen si el capitán no dice bien,—exclamó Rube interrumpiéndome.—¡Magnífica idea!

—Es verdad,—añadió Garey.—No hay que perder un minuto, porque van a empezar otra vez su maldito círculo.

Nuestro diálogo sólo había durado unos cuantos segundos. Lo empezamos inmediatamente después que los cinco tiradores habían hecho su segunda descarga y mientras se retiraban a galope para cambiar de fusil. Aún no habían tenido tiempo de volver para enviarnos la tercera descarga, cuando ya nos disponíamos a partir, cosa que pudimos hacer tan tranquilamente que, sin duda alguna, le pasó inadvertida al enemigo, el cual no sospechaba nuestro proyecto; de suerte que el camino hacia la meseta estaba enteramente libre.

—¡Animo, Rube!—gritó Garey.—¡Animo, ve-jete, y adelante!

—¡Sangre fría, Bill!—replicó Rube, ocupado en arreglar la brida del caballo de Garey.—No te apresures. Tenemos tiempo: te lo aseguro. Aún no están listos. ¡Ea!—continuó dirigiéndose a la yegua.—Cuidado con quedarte atrás. Ya volverás al redil, y, en todo caso, no te comerán. Vamos, Bill: estoy dispuesto.

Ya era tiempo, porque los mejicanos espoleaban sus caballos para rodearnos de nuevo.

Sin pararnos a observarlos más, saltamos los

tres en nuestros corceles y nos lanzamos a escape y en derechura a la meseta.

Al volver rápidamente la cabeza, vimos a todos los guerrilleros persiguiéndonos y despidiendo gritos furiosos que llegaban a nuestros oídos; pero advertimos con gran satisfacción que les sacábamos ventaja, pues aquella fuga, tan repentina como inesperada, les cogió desprevenidos y les hizo vacilar un momento. Estábamos casi seguros de llegar a la meseta antes que pudieran alcanzarnos.

A mí me hubiera sido muy fácil ponerme pronto lejos del alcance de sus miradas, así como a Garey, que iba montado en el caballo blanco. Lo que nos hacía perder tiempo era el caballo propio de Garey, animal vigoroso, pero lento, en el que iba Rube. Afortunadamente para nosotros, la carrera no podía durar mucho, pues, de lo contrario, los mejicanos se habrían apoderado en breve del viejo cazador. Garey y yo íbamos a su lado.

—No tengas miedo, Rube,—le decía su compañero, animándole.—No nos separaremos de ti ni una pulgada.

—Sí,—añadí en la excitación del momento.—¡Viviremos ó moriremos juntos!

—¡Bravo, capitán!—exclamó Rube en un arranque de brusca gratitud.—¡Bravo! Sé que es V. capaz de eso y que no me abandonará, aunque le chasqué en otro tiempo, cuando me tomé por un oso. Pero me parece que se van acercando esos pillastres.

Galopábamos en derechura hacia la meseta, cuyo escarpado talud se elevaba como una descomunal muralla sobre el nivel de la llanura, y nos dirigimos hacia su parte central, como si esperásemos que se abriese una puerta en la peña, deparándonos un refugio. Mientras tanto, oíamos exclamaciones de asombro mezcladas con el ruido de los cascos de los caballos del enemigo, y hasta percibíamos distintamente algunas expresiones.

—Pero ¿a dónde van?

—Vaya. ¿Querrán trepar a caballo por las peñas?

—¡Bravo, bravo! ¡Van a caer en la trampa!

Y a esto seguían estrepitosos gritos de contento, al ver que nos metíamos voluntariamente en una posición de la que parecía imposible salir.

Cuando advirtieron que emprendíamos la marcha, creyeron que, estando provistos de excelentes caballos, nos proponíamos librarlos de ellos apelando a la fuga; mas, viendo que no era ésta nuestra intención, se pusieron a vociferar de un modo que demostraba su satisfacción, y a medida que nos acercábamos a la meseta, se desplegaban para envolvernos por todas partes. Precisamente era ésta la maniobra que habíamos previsto y la que deseábamos que hicieran.

Galopamos hasta la misma roca antes de detener a nuestros corceles; y entonces, apeándonos de un salto, nos adosamos a ella, pusimos los caballos delante de nosotros; cogimos las riendas con los dientes, y apuntamos nuestras carabinas al enemigo, dispuestos a dejar sin

vida al primero que osara ponerse á su alcance.

CAPITULO XXXIII

LA YEGÜA

La resuelta actitud defensiva que tan bruscamente habíamos tomado produjo un rápido

espaldas la meseta, que no era posible escalar. Tampoco teníamos que vigilar más que el gran arco que se extendía ante nosotros, el cual no llegaba siquiera á formar un semicírculo, porque observamos que nuestro nuevo refugio era una especie de ángulo entrante formado por dos paredes oblicuas del cerro, que flanqueaban nuestro campo de batalla. Estas pa-



Nos dirigimos hacia la parte central de la meseta

efecto en nuestros perseguidores, quienes se detuvieron simultáneamente en la pradera, y algunos, que se habían adelantado en demasía, juzgaron oportuno volver riendas y retroceder á galope.

—¡Oh!—exclamó Rube.—¡Mirad, mirad qué cuidado tiene en poner una distancia respetable entre ellos y nuestros fusiles!

Al instante comprendimos la ventaja de esta nueva posición: podíamos hacer frente los tres al lado por donde nos amenazaba el enemigo, y ya no debía darnos cuidado su táctica de circunvalación, puesto que nos guardaba las

redes avanzaban unos trescientos pasos por cada lado; de manera que no había nada que dominara nuestra posición. Hubiera sido imposible escoger un sitio mejor para mantenerse á la defensiva, y, por más que galoparan los guerrilleros en toda la extensión del arco dominado por nuestros fuegos, nos encontrarían siempre dispuestos á enseñarles los dientes.

Los gritos de triunfo de nuestros enemigos se convirtieron en exclamaciones que atestiguaban su desaliento.

Pero casi al punto cambiaron de tono, lanzando nuevos gritos de triunfo que resonaron

en toda la línea. Buscábamos con la vista la causa de aquel cambio repentino, cuando advertimos que acababa de llegarles un refuerzo.

Eran cinco jinetes de refresco, que formaban sin duda alguna, parte de la misma banda y que, al parecer, salían de detrás de la meseta, del lado de la ranhería.

Apenas los recién llegados estuvieron sobre el terreno, formó la tropa en dos filas, y se desplegó ante la abertura de la pequeña cortadura que nos había deparado un abrigo. Ejecutaron con rapidez este movimiento, quedando colocadas seis parejas de aquellos soldados delante de nosotros y á igual distancia unas de otras.

Los tres hombres restantes, Ijurra y otros dos, continuaron en la misma posición.

Por lo que pude ver, uno de los recién llegados era cierto tunante que me había llamado muchas veces la atención en la ranhería. Tenía elevada estatura, y, lo que es raro en Méjico, de cabellos rubios; pero creo que era vizcaíno, es decir, de un país en que no escasean los rubios: se le conocía comúnmente con el apodo de *el Zorro*, sin duda á causa del color de su pelo, y yo sabía por el mismo alcalde que aquel individuo era, ni más ni menos, un salteador de caminos. Hay que advertir que el *Zorro* no ocultaba á nadie su profesión, porque el bandolero de Méjico es, por lo general, bastante conocido de sus compatriotas, y durante sus ratos de ocio se presenta en las ciudades populosas, paseándose por las calles y trabando conversación con algunos de sus amigos: tal era el *Zorro*, el brazo derecho de Ijurra.

No nos pasó inadvertido el designio del enemigo: no se proponía atacarnos inmediatamente de cerca, sino que, comprendiendo que nuestra retirada era imposible, había resuelto sitiarnos, tal vez hasta que la sed y el hambre nos obligasen á rendirnos. Este cálculo tenía sus probabilidades de éxito; y si el arrojo que suponía no era mucho, en cambio revelaba una gran dosis de astucia y sutileza.

Desde aquel momento, Rube no estuvo ya en su centro. Cuando vió que los guerrilleros se plantaban en su puesto del modo que he descrito, pareció sentir que estuviésemos donde estábamos.

—¡Ay, ay, ay!—exclamó de mal humor.—¿Cómo saldremos de aquí? Que me corten la cabeza, Bill, si no hubiésemos hecho mejor en batirnos con ellos en la pradera, antes que nos extenuase el hambre. Y por cierto que ahora me comería un buen trozo de carne asada. ¡Eh! ¡Menos humo, tunantes!—añadió dirigiéndose á los mejicanos, algunos de los cuales habían encendido sus cigarros.—¡Menos humo! Me parece que antes de hacerse de noche humeará alguno de vosotros, ó perderé el nombre que tengo. Dame una cascada de tabaco, Bill, á ver si engaño el estómago con ella, pues tengo la barriga tan vacía como mi pobre yegua. Pero ¡mírala, mírala, Bill!

Pronunció estas palabras de un modo tan enérgico, que Garey y yo volvimos la vista en

la dirección que nos indicaba, y entonces presenciábamos un cuadro que, á pesar de lo descorazonados que estábamos, nos hizo soltar la carcajada.

La vieja yegua, que de lengua fecha llevaba á maese Rube por montes y valles, era un animal que no cedía á su amo en originalidad. Flaco, marcándosele todas las costillas, pobre armazón de huesos y pellejo, pertenecía, sin duda alguna, á la raza de Rocinante. Aunque por sus largas orejas parecía una mula, era un verdadero mustang, y, lo que es más, de pura raza andaluza. En sus buenos tiempos debió tener ese color amarillento conocido con el nombre de *tierra de Siena*, que es el peculiar de todos los caballos mejicanos; pero el tiempo y las mataduras la habían transformado, y predominaban las crines grises, sobre todo en la cabeza y el cuello. Su resuello era sumamente corto, y, á intervalos regulares, el juego convulsivo de los pulmones le hacía arquear el lomo como si tratara de despedir un par de coces y no tuviera fuerza para ello. Solía llevar la cabeza más baja que el lomo, á pesar de lo cual advertíase en los movimientos de su solitario ojo, porque la pobre yegua era tuerta, algo que significaba que se proponía vivir aún mucho tiempo, ó, como decía su amo, que no estaba de humor de servir de pasto á los lobos: tal era aquel cuadrúpedo hacia el cual nos llamaba entonces la atención.

Habiéndonos separado de él en medio de la pradera, lo habíamos olvidado á causa de nuestra precipitada carrera, y ni Garey ni yo volvimos á pensar en el pobre animal. Pero Rube estaba muy lejos de mostrar tanta indiferencia como nosotros hacia su antigua yegua, prefiriendo perder *una pata*, como él decía, á quedarse sin su leal compañera, y le oímos expresar la esperanza de que no le sucedería nada malo. Naturalmente, Bill y yo creíamos que la atravesarían de un balazo ó que los guerrilleros la cogerían con sus lazos. Sin embargo, pronto comprendimos que no debía ser ésta su triste suerte.

La yegua, que no estaba muy decidida á separarse de su dueño, había galopado hacia nosotros. Como su marcha era relativamente lenta, quedó rezagada y se confundió con los caballos del enemigo, el cual, aunque no pudo menos de reparar en ella, no se dignó cogerla, sin duda por su poco valor. Encontróse, pues, en el momento oportuno á retaguardia de los guerrilleros; pero cuando Rube lanzó su exclamación, atravesó rápidamente la línea de aquéllos para venir á reunirse con su amo. Uno de los mejicanos, al verla pasar, echó tras ella para atraparla, sin duda, porque llevaba una vieja silla de montar con las trampas y lazos de Rube sujetos al pomo; pero como ni la yegua, ni la silla, ni todo lo demás valía la pena de lanzarle el lazo, sin duda debió hacerse aquél esta reflexión, y aguijó su caballo para coger á la yegua por la brida.

Esto, por lo que se vió, no era cosa tan fácil: en el momento en que el guerrillero se inclinaba para coger las riendas, el animal lanzó

uno de sus gritos salvajes, encogió vivamente el cuarto trasero, y descargó un terrible par de coces en las costillas del guerrillero, que cayó al suelo, gravemente herido, al parecer, y probablemente con dos ó tres costillas rotas.

Al furioso relincho de la yegua contestó una estrepitosa carcajada de su amo, que hasta la llegada de su favorita no dejó de hacer las más vehementes demostraciones de júbilo.

—¡*Wa-hoo-woop!* ¡Ya estás aquí, vejanco-na!—exclamó cuando el animal se paró delante de él.—¡Valiente par de coces le has descargado! ¡Así, así! Has hecho bien en volver. ¡Hola! Y ¿también me traes la silla? ¡Bravo! ¿No te parece muy hermosa en este momento. Bill? Vale de oro lo que pesa. ¡Ven acá! ¡Ponte ahí! ¡Ajajá!

Y el satisfecho cazador consiguió, después de algunos apóstrofes suplementarios, colocarla junto á la roca, poniéndose detrás de ella; de modo que se sirvió del pobre animal como de una nueva barricada contra el enemigo.

Desgraciadamente, nuestra involuntaria alegría fué de corta duración, interrumpiéndola un objeto que llenó de receloso temor nuestros corazones.

CAPITULO XXXIV

OTRO REFUGIO

El objeto de nuestros temores era un largo fusil que llevaba uno de los recién llegados y que se asemejaba á uno de esos descomunales mosquetes ó fusiles elefantes, que usan los cazadores de la América Meridional: su dueño, según toda probabilidad, era el *Zorro*.

Comprendimos en breve, y no sin cierta zozobra, que aquel arma lanzaba una onza de plomo á doble ó triple distancia que nuestras carabinas, y esto con una precisión que nos hizo recelar que, antes de ponerse el sol, el *Zorro* podría dar cuenta de nuestros caballos, y quizás también de nosotros, uno por uno.

Aún pasaría media hora antes que la obscuridad nos cubriera con su manto protector, y el bandido había empezado ya su tarea. Resonó su primer tiro; la bala fué á dar en la roca junto á mi mano, haciendo saltar fragmentos de piedra al rededor de mis orejas, y luego cayó á mis pies aplastada como un peso duro español. La detonación fué mucho más fuerte que la de una carabina.

Rube lanzó una exclamación, acompañada de su habitual silbido de mal agüero, significando que no era cosa de despreciar aquella verdadera pieza de artillería. Garey opinaba como él; su mirada decía lo que pensábamos los tres; esto es, que aquel nuevo medio de ataque nos pondría, seguramente, en mucho mayor aprieto del que habíamos estado hasta entonces. El *Zorro* nos fusilaría á sus anchas, y con nuestras carabinas ni podríamos responder á sus fuegos ni apagarlos: el peligro era palpable.

El saltador había disparado su primer tiro sin tomarse la molestia de apuntar, y fortuna-

tuvimos en ello; pero no debía suceder siempre lo mismo, porque vimos que Ijurra plantaba oblicuamente dos lanzas en el suelo, de modo que se cruzara á una altura conveniente, formando de este modo un punto de apoyo tan perfecto como hubiera podido desear un tirador al blanco.

En cuanto cargó de nuevo su arma, colocóse el *Zorro* delante de las lanzas con la rodilla en tierra, puso el cañón del fusil en la horquilla improvisada y apuntó. Sentí una especie de satisfacción al observar que nos apuntaba á mí ó á mi caballo: la dirección de su fusil habría bastado para dármele á conocer así; pero me convencí de ello cuando ví que Ijurra le ayudaba en aquella operación.

Temí poco por mí, porque estaba bastante resguardado; mas temblaba por el pobre corcel, que me escudaba con su cuerpo. El corazón se me oprimía. De pronto, ví el fogonazo del pistón, luego la roja llamarada lanzada por la boca del cañón, y casi al mismo tiempo oí el ruido de una bala enorme que chocaba contra mi caballo. Saltáronme á la cara unas cuantas astillas de madera: eran fragmentos de la silla: la bala había atravesado el pomo, pero sin herir al noble animal. A pesar de esto, era un magnífico tiro, demasiado bien dirigido para que pudiéramos alegrarnos, pues á aquél seguirían, seguramente, otros varios.

Ya empezaba yo á no tenerlas todas conmigo, como le sucedía también á Rube, cuando, de pronto, oí un grito que me hizo apartar mi atención del *Zorro* y de su fusil.

Rube, que estaba á mi derecha, me señalaba hacia la parte inferior de la ladera del cerro un objeto que no podía discernir, por interceptarme la vista sus caballos; pero, casi en seguida, el cazador les obligó á ponerse en marcha muy pegados á la roca y me hizo seña de que le siguiera, lo mismo que á Garey. Sin perder un instante, puse mi caballo en movimiento, y Garey trotó detrás de mí con igual premura.

Apenas anduvimos diez pasos, cuando comprendimos el móvil de la extraña conducta de Rube. A unos veinte metros del sitio donde acampábamos antes, había un enorme pedrusco, sin duda un fragmento de roca desprendido de la escarpadura, que yacía á muchos pies de la base de la meseta. Su altura y posición eran tales, que quedaba detrás de él un espacio suficiente para que se resguardasen hombres y animales.

No perdimos el tiempo en hacer demostraciones de sorpresa, sino que dirigimos allá nuestros caballos, y nos cobijamos todos juntos detrás de la peña, lanzando una exclamación de júbilo. En toda la línea de la guerrilla resonó no ya un eco de nuestra natural alegría, sino un grito de rabia y de decepción. Los tunantes conocieron al punto que de poco podría servirles ya su largo fusil, y vimos á Ijurra y su artillero gesticulando en la llanura como endemoniados. Había terminado la tarea del *Zorro*.

Era imposible encontrar mejor refugio que

el nuestro en toda la extensión de las praderas. Constituía positivamente una pequeña fortaleza, que nos permitía desafiar doble número de acometedores, á no ser que nuestros enemigos, revistiéndose de verdadero valor, se arriesgasen á acercarse y á luchar con nosotros cuerpo á cuerpo.

Nuestra rápida desaparición había producido en sus filas una profunda sensación. A juzgar por sus gritos y denuestos, la nueva treta que les acabábamos de jugar los elevó al colmo de la estupefacción, creyendo, sin duda, dada la posición que ocupaban en aquel momento, que nos habíamos metido en la peñascosa pared, porque desde la llanura no se podía ver el espacio que separaba el pedrusco de la base del cerro. De no ser así, nosotros mismos habríamos echado de ver aquel refugio desde nuestra llegada.

Si nuestros enemigos sabían que estaba allí aquel fragmento de roca, podría parecer extraño que nos hubiesen dejado el camino libre hasta un asilo tan seguro, porque esta negligencia no guardaba relación con la astucia de que habían dado pruebas; pero también era muy chocante que ignorasen su existencia, pues siendo los más de ellos naturales de aquella frontera, debían haber recorrido con frecuencia aquellos parajes, y, sobre todo, la meseta, que pasaba por una de las cosas dignas de verse en la provincia.

Sin embargo, existía una razón para que ninguno de nuestros adversarios conociese á fondo la localidad. Según me dijeron mis compañeros, aquel sitio era el punto de reunión preferido de los comanches, que se apasionan de lo pintoresco; pero tal vez la circunstancia de haber allí cerca un manantial fuese de más peso para que lo prefirieran en sus descansos los señores de las praderas.

De todos modos, hacía mucho tiempo que la meseta pasaba por ser un sitio peligroso, y los curiosos no solían ir por allí á matar sus ocios. Era, pues, muy posible que ninguno de los mejicanos apostados delante de nosotros se hubiera internado tanto como entonces en aquellas llanuras desiertas.

CAPITULO XXXV

PROYECTOS

Aunque los enemigos se quedaron casi amedrentados al advertir nuestra repentina desaparición, debo añadir que en breve perdió ésta su carácter misterioso. Nuestros rostros y la boca de los cañones de nuestras carabinas, asomados á los bordes de aquella roca blanca, debieron disipar su creencia en un hecho sobrenatural. Después de haber colocado rápidamente los caballos donde los consideramos más seguros, tomamos la posición indicada por si se decidían á acometernos, aunque esto nos daba muy poco cuidado desde que podíamos espiar todos los movimientos del enemigo.

El Zorro continuó algún tiempo haciendo

fuego con su desmesurado fasil, cuyos tiros podíamos ya esquivar fácilmente, y cuyas balas caían inofensivas á nuestros pies, hasta que, advirtiéndolo así el salteador, cesó en sus disparos. y, acompañado de otro individuo, echó á correr en dirección de los establecimientos. á donde, sin duda, le enviaba Ijurra con algún encargo.

Bastaban unos ojos perspicaces para vigilar los movimientos de los sitiadores. Garey se encargó de este cuidado y nos dejó á Rube y á mí más libres para combinar algún plan de evasión. Podíamos tener por seguro que no nos atacarían. De consiguiente, debíamos escoger una de dos alternativas: ó continuar en nuestra posición hasta que la sed nos obligase á rendirnos, ó atacar á nuestra vez, procurando abrirnos paso merced á un arriesgado golpe de mano.

En cuanto á lo primero, demasiado sabíamos que la sed nos pondría en breve en el caso de someternos. Por lo que hace al hambre, no era de temer, pues teníamos nuestros cuchillos, y junto á nosotros una abundante provisión, con la cual el viajero de las praderas suele sustentarse: habíamos probado ya el asado de caballo, y podíamos apelar de nuevo á él; pero no teníamos nada para mitigar la sed, esa hermana gemela del hambre. Hacía ya muchas horas que nuestras calabazas estaban vacías, y precisamente corríamos hacia el manantial de la meseta en el momento en que divisamos al enemigo. Ya entonces teníamos sed; pero luego la excitación producida por nuestra escaramuza había aumentado esta necesidad, hasta el punto de hacernos sufrir extraordinariamente y de tener más miedo á las angustias penosas de la sed que á los contrarios.

La segunda medida era un arranque de desesperación, y la verdad era que estábamos más desesperados que nunca á causa del aumento en el número de nuestros adversarios. Abrirse paso entre ellos equivalía á batirse cuerpo á cuerpo con toda la partida, y ya nos pesaba no haberlo hecho así cuando sólo hubiéramos tenido que luchar con once hombres.

Sin embargo, después de reflexionar un momento nos convencimos de que nuestra posición era mejor, porque las sombras de la noche no debían tardar en favorecernos hasta cierto punto.

Si, merced á un vigoroso empuje, lográbamos romper la línea desplegada de los guerrilleros, tal vez escaparíamos amparados de las tinieblas nocturnas, y gracias á la confusión que resultaría de la lucha. En este proyecto había algunas probabilidades en favor nuestro. El partido más temerario era, sin duda, el más cuerdo: alguno de nosotros se exponía á sucumbir; pero no teníamos ninguna otra esperanza para salir del apurado trance, sabiendo, como sabíamos, que, de rendirnos, nos fusilarían irremisiblemente, torturándonos antes acaso.

Por otra parte, teníamos tan poca esperanza de que nos socorrieran, que ni siquiera pensábamos en ello. Yo sabía, sin embargo, que mis amigos y los voluntarios americanos debían

estar buscándome: ni Osborne ni Perkins se decidirían á abandonarme sin hacer un esfuerzo para averiguar mi paradero; pero había transcurrido ya demasiado tiempo para confiar en semejante probabilidad.

Rube y yo discutimos un rato los detalles de esta combinación, y luego nos separamos, en-

con más despacio, aquella duda cruel se reprodujo con toda su fuerza, y me puse á examinar detenidamente sus amargas consecuencias.

¿Tendré necesidad de pronunciar el nombre que predominaba en mis reflexiones? ¿Hortensia de Castro! ¿Sabía ella lo que pasaba? ¿Sabía que Ijorra era el jefe de una guerrilla?



El Zorro continuó haciendo fuego, aunque en balde

tregándose cada cual á sus propias reflexiones.

Confieso que en aquella hora crítica se me ocurrieron ideas mucho más penosas que las que podía inspirarme el peligro mismo de nuestra posición.

He dicho ya que en el momento en que advertí que Ijorra era el jefe de la guerrilla, me asaltó una terrible sospecha. Desde entonces no había tenido tiempo para meditar detenidamente en ella, ocupado, como estaba, en defenderme. Pero á la sazón, que podía hacerlo

¿Quién le había puesto sobre mi pista? ¿Sería la caza del caballo salvaje una estratagema para hacerme caer en manos de los guerrilleros mejicanos? ¿Qué motivo podía tener Hortensia para desear mi pérdida? Seguramente que no podía proceder éste de un cariño exagerado á su patria ó de odio á sus enemigos, pues, según lo que yo había sabido, en su mente no hallaban cabida semejantes ideas, sino sentimientos totalmente contrarios, esto es, los de un verdadero patriotismo. Era una mujer de suficiente ánimo é inteligencia para

declararse en un sentido ó en otro. Y, por ventura, ¿no tenía yo buenas razones para considerarla como amiga de nuestra causa? De otra manera, yo resultaría víctima de una inconcebible doblez y de una hipocresía nunca vista.

Podía suceder también que sus sentimientos fuesen personales y no nacionales. De todos modos, no me fué posible dar sino con un motivo bastante poderoso para que deseara mi pérdida: no me lo explicaba sino presumiendo que amaba á su primo, que Rafael Ijurra era el dueño de su corazón.

Este, por su parte, tenía bastantes razones para desear mi muerte. El insulto que había recibido cuando nos encontramos por vez primera, la persuasión de que amaba á su prima, pues yo estaba seguro de que él lo sabía; mi carácter de enemigo, de invasor de su país, eran motivos más que suficientes de venganza, aunque los dos primeros fuesen de mayor peso que los otros, pues para un hombre como Rafael Ijurra la venganza y los celos eran pasiones más fuertes que el amor patrio.

Consoléme, sin embargo, refundiendo todos mis pensamientos en uno solo: en el, para mí importante suceso, de haber encontrado y cogido al corcel blanco. Tenía ante mi vista aquel soberbio animal: en esto, al menos, no podía haber decepción alguna; no era una añagaza que pudiera haber dado lugar á un acontecimiento tan notable como la persecución de los mejicanos. Ijurra podía haber tenido noticia de mi expedición sin que ella se la hubiese participado, pues muy bien pudo saberla al regresar los vaqueros. Entonces tuvo sobrado tiempo para reunir su banda y lanzarse tras mí. Hortensia ignoraría probablemente que era un jefe de guerrilleros. Además, yo había oído hablar de la misteriosa conducta de este miserable aventurero. ¿Acaso la misma inocencia de la joven no sería causa de que ignorara las acciones de su primo?

Volví á leer el billete de Hortensia, meditando cada una de sus palabras; pero no pude descubrir en ellas el menor indicio de traición... ¡No! ¡Hortensia era leal! ¡Hortensia era sincera!

CAPITULO XXXVI

MÁS PROYECTOS

Hacia yo todas las anteriores reflexiones, apoyado contra el enorme fragmento de roca y con la cara vuelta hacia la empinada vertiente de la meseta. Precisamente delante de mí presentaba su superficie un hueco ó ligera cortadura, más profunda cuanto más se iba acercando á la cumbre: era una pequeña garganta ó surco, formado indudablemente por el trabajo de las aguas llovedizas, y servía de desagüe á las que caían del cielo en la parte alta del cerro.

A pesar de que las vertientes de éste fuesen perfectamente verticales, dicha canal presentaba cierta inclinación relativamente conside-

rable; y tan luego como fijé los ojos en ella, se me ocurrió la idea de que no sería imposible escalar la meseta por aquel punto. La observé entonces con más atención desde la base á la cima; y cuanto más la examinaba, más me convencía de que, merced á un desesperado esfuerzo, podríamos llegar á la cumbre sin mucha dificultad. La peña tenía protuberancias que servirían de escalones, y á trechos había pequeños matorrales de cedros, que crecían en las junturas de los fragmentos de roca, y de los que era fácil ayudarse para intentar la ascensión.

Pero no fué esto todo, sino que me llamaron más particularmente la atención ciertas hue-llas que parecían recientes, y que, sin duda, no procedían de la acción de los elementos. Después de un corto examen, me cercioré de que eran señales de una planta humana, erosiones causadas por un zapato de suela gruesa. Así, pues, no cabía duda de que alguien había escalado aquella pared de rocas.

Mi primer impulso fué participar tal descubrimiento á mis compañeros; pero aguardé un momento hasta quedar convencido de que el que había acometido tan arriesgada empresa logró poner el pie en la cumbre. Había llegado ya la hora del crepúsculo; pero ví lo bastante para cerciorarme de que la tentativa tuvo un éxito feliz. Entonces acudieron á mi imaginación vagos recuerdos, que poco á poco fueron adquiriendo consistencia, hasta que pude responder satisfactoriamente á las preguntas que yo mismo me hacía. Conocía al hombre que había efectuado tan penosa ascensión y lo único que me admiraba era no haber pensado antes en él.

Entre los extraños individuos que figuraban en la compañía de que tenía el honor de ser jefe, había uno que respondía al eufónico nombre de Elijah Quackenboss, y que era el más excéntrico de todos; mestizo de *yankee* y de alemán, procedía de no sé qué parte de las montañas de Pensilvania. Había sido maestro de escuela en su país natal y adquirido, por consiguiente, una ligera instrucción; pero lo que más excitaba mi interés hacia él era que se dedicaba á la botánica, sin ser, á la verdad, muy fuerte en ella; pero también es cierto que, de dondequiera que hubiese sacado su ciencia, poseía regulares conocimientos sobre la *flora campestre* y la *silvicultura*, dando pruebas de una aptitud que no cedía á la del mismo Linneo. Lo más sorprendente de todo es que nuestros americanos no tienen inclinación á herborizar; pero Quackenboss debía, sin duda, este instinto á su ascendencia teutónica.

Si sus cualidades intelectuales eran raras, no lo eran menos sus dotes físicas. Era de elevada estatura, pero de cuerpo enjuto y encorvado, y ninguno de sus miembros era exactamente igual al del lado opuesto. Así, por ejemplo, tenía un brazo más largo que otro; cada una de las piernas cortadas por diferente patrón, pareciendo que unos y otras se habían adherido al cuerpo accidentalmente; de suerte que siempre estaban en perpetuo desacuerdo.

Los ojos, tan poco en armonía como todo lo demás, se negaban obstinadamente á mirar en la misma dirección. En cambio, dirigiendo la visual con el derecho, Elijah Quackenboss era capaz de hacer una magnífica puntería y de hundir un clavo de un balazo á cien pasos de distancia.

Por consecuencia de sus extravagantes costumbres, sus compañeros le consideraban algún tanto falto de juicio; pero esto consistía, en parte, en que le veían entregado por completo á sus investigaciones botánicas; ocupación que para ellos era lisa y llanamente absurda. Sabían, sin embargo, que Elijah Quackenboss ponía siempre la bala donde ponía el ojo, y que, á pesar de su pacífico carácter, era todo un valiente cuando llegaba el caso; consideración que le ponía á cubierto del ridículo que, de otra suerte, hubiera caído sobre él.

Jamás vi un hombre tan apasionado como él de la botánica. Poco le importaba el cansancio del servicio militar; pues, apenas tenía un momento disponible, iba en busca de plantas raras, alejándose mucho unas veces, y otras arrostrando verdaderos peligros. Recordaba yo que pocos días antes me habló de una nueva y singular especie de *mamillaria* que había descubierto en un cerro de la pradera al cual había trepado con objeto de hacer una exploración botánica. Aquel cerro era la meseta. ¡y Elijah Quackenboss lo había escalado! Si él, siendo un hombre tan zafio y desmañado, logró llegar á la cumbre. ¿por qué no habíamos de poder alcanzarla nosotros?

Pensando en la ventaja que podría resultarnos de esta maniobra, comuniqué mi descubrimiento á los dos cazadores. Ambos lo oyeron con júbilo, y después de un corto examen declararon que el paso era practicable. Garey aseguró que podría llegar arriba fácilmente, y Rube dijo, con su metafórico estilo, *que todavía no tenía enmohecidas las coyunturas, y que aún no hacía un mes que había trepado á una joroba mucho más alta que aquella.*

Pero en seguida se me ocurrió otra idea: ¿qué nos resultaría de aquella ascensión? Por allí no podíamos escapar del todo, puesto que no contábamos con la posibilidad de bajar por el lado opuesto, donde la pared de rocas era enteramente impracticable. Muy cierto que en la cumbre estaríamos á cubierto de todo ataque; pero seguiríamos sufriendo los tormentos de la sed, nuestro enemigo más temible, porque no encontraríamos agua en lo alto de la meseta. Nuestra situación no mejoraría. Al contrario: sería peor que nunca.

Del mismo parecer que yo fué Garey. Estando abajo, contábamos con nuestros caballos, es decir, uno de ellos como provisión de boca para cuando la necesidad apretara, y los otros para ayudarnos en nuestras tentativas de evasión. Si trepábamos á la eminencia, sería menester abandonarlos. Es verdad que desde arriba la distancia apenas excedía de cincuenta pasos, y nuestras carabinas defenderían á los pobres animales de los ataques del enemigo; pero sin utilidad alguna. Así como nosotros,

nuestros caballos sucumbirían, al fin, de hambre y de sed.

Nuestra esperanza, pues, se disipó tan luego como empezó á brillar.

Sólo Rube no había emitido aún su opinión. El buen viejo estaba en pie, empuñando con ambas manos su larga carabina, cuya culata descansaba en el suelo, y pareciendo mirar con fijeza el interior del cañón: era una de sus posturas siempre que procuraba resolver una cuestión intrincada; y como Bill y yo conocíamos esta particularidad del viejo cazador, guardábamos silencio para dejarle desarrollar libremente sus *instintos*.

CAPITULO XXXVII

EL PLAN SALVADOR

Rube permaneció largo rato en su actitud meditabunda, sin pronunciar una palabra ni hacer el menor movimiento, hasta que, al fin, dejó escapar de sus labios un silbido tenue, pero alegre, enderezando el cuerpo al propio tiempo.

—¡Hola! ¿Qué hay de nuevo, vejete?—le preguntó Garey, que comprendía esta señal y sabía que el silbido denotaba algún descubrimiento.

La respuesta de Rube fué una pregunta.

—¿Qué largo tiene tu lazo, Bill?

—Veinte yardas, más bien más que menos,—respondió Garey.

—¿Y el de V., joven?

—Vendrá á tener lo mismo, tal vez una ó dos yardas más.

—Bueno,—contestó nuestro curioso amigo con aire satisfecho.—Entonces, dejaremos chasqueados á los vecinos de enfrente. Os lo aseguro.

—¡Bravo, vejete! Has ideado algún buen plan, ¿eh?—preguntó Garey.

—Sí.

—Pues di pronto cuál es,—añadió Garey al ver que Rube volvía á su anterior silencio.—No disponemos de mucho tiempo para pensar en cosas que...

—¡Sí, sí, Bill! No seas tan impaciente. ¡Qué demonio! Nada nos apremia... Ataré mi vieja yegua junto al caballo del capitán, de modo que no puedan hacerles nada cuando amanezca. ¡Por el valle de Josafat! ¡Cómo rabiarán y se tirarán de los pelos cuando vean que los pájaros han volado! ¡Ja, ja, ja!

Y el viejo cazador siguió riendo algún tiempo, con tanta alegría é indiferencia como si el enemigo estuviese á cien leguas de nosotros.

Garey y yo nos consumíamos de impaciencia; pero veíamos que nuestro camarada se hallaba en uno de sus raros momentos de buen humor, y nos hallábamos convencidos de que no conseguiríamos apresurarle más de lo que se proponía. Cuando se hubo calmado su hilaridad, tomó un aire más grave y pareció nuevamente absorto en los cálculos de un pro-

fundo problema, murmurando las siguientes palabras:

—Veinte yardas de Bill y veinte del capitán son cuarenta, y con el mío, sesenta. Pongamos en junto cincuenta y seis. Sí, sí: cincuenta y seis, ni más ni menos; porque hay que deducir algunos nudos, aunque añadamos las bridas de los caballos. ¡Bah! Tenemos más cuerda de la que necesitamos, y aun sobra.

Mientras hacía este cálculo aritmético, Rube, en vez de seguir mirando el interior del cañón de su carabina, recorría de arriba abajo con la vista la pared de rocas. Esto bastó para que adivináramos su plan; pero cuidamos de no decírselo, porque anticiparnos al viejo cazador en la revelación de su proyecto, era inferirle una ofensa mortal.

—¡Ea, amigos!—dijo, al fin.—Vais á ver cómo saldremos de aquí. En primer lugar, treparemos hasta allá arriba en cuanto sea bastante de noche para que la obscuridad nos oculte; en segundo lugar, nos llevaremos los lazos; en tercero, ataremos los tres uno á otro; y si no son bastante largos añadiremos un par de bridas; en cuarto, ataremos la punta de la cuerda á un tronco ó á una estaca plantada en lo alto del cerro, y luego nos descolgaremos bonitamente por el otro lado; en quinto lugar, cuando estemos en la pradera, echaremos á correr hacia los establecimientos, y en sexto y último, tan luego como lleguemos, reuniremos una docena de voluntarios de los del capitán, veremos más de prisa que el viento al cerro y procuraremos coger desprevenidos y de través á nuestros contrarios. ¿Y ahora?

El interrogante quería decir: *¿Qué os parece mi plan?* Garey y yo le habíamos aprobado ya mentalmente, y así se lo dijimos.

La verdad era que esta idea prometía mucho. Si llegábamos á ejecutarla en todos sus detalles, sin llamar la atención del enemigo, era más que probable que al cabo de algunas horas estuviésemos en seguridad en la rancheña, apagando nuestra sed en el fresco pozo de la plaza. La expectativa de este agradable momento nos comunicó nueva energía, y empezamos á hacer nuestros preparativos sobre la marcha, vigilando uno de nosotros, mientras los dos restantes ponían manos á la obra.

Los lazos fueron atados uno á otro, y sujetamos los caballos cabeza con cabeza, valiéndonos de sus ronzales y asegurándolos de modo que se mantuviesen detrás del peñasco derrumbado. Hecho esto, esperamos que cerrase del todo la noche, la cual ya había empezado á tender sus sombras, prometiendo favorecer nuestro proyecto. Un manto de nubes de plomizo color cubría el firmamento, y sabíamos que la luna no saldría antes de las doce.

Rube, que se jactaba de conocer las señales del tiempo como un buen marino, se puso á examinar la bóveda celeste.

—¿Qué tal, vejete?—le preguntó Garey.—¿Qué te parece? ¿Será muy oscura?

—Como boca de lobo,—murmuró Rube. Y, como si no le dejara muy satisfecho esta comparación, añadió: —Como el interior de la

barriga de un búfalo en una pradera incendiada.

Y se echó á reír desaforadamente de esta ocurrencia, secundándole Bill y yo. Los guerrilleros debieron oírnos y creer que habíamos perdido el juicio.

El pronóstico de Rube se realizó; la noche cerró obscurísima y tenebrosa. La capa de plomo se fraccionó en una porción de negros nubarrones que recorrían lentamente la superficie del cielo. Amenazaba una tormenta y ya percibíamos el ruido de las gruesas gotas que caían pesada y verticalmente sobre nuestras cabezas, formando un charco en nuestras sillas. Esto nos causaba gran satisfacción; mas de pronto el rápido fulgor de un relámpago cruzó el espacio, iluminando la pradera como con un millar de antorchas: no era uno de esos pálidos y casi lividos destellos que se ven en los climas del Norte, sino un fúlgido resplandor que pareció penetrar en todos los ámbitos del espacio y competir casi con la claridad del día.

La aparición de aquel fulgor tan brillante como inesperado nos llenó de zozobra, pues comprendimos que era un obstáculo á nuestros deseos.

—¡Que el diablo confunda los relámpagos!—exclamó Rube malhumorado.—Eso es diez veces peor que si brillara la luna.

Aún no había dicho esto, cuando rasgó las nubes un segundo relámpago, y la pradera quedó iluminada como un teatro. Distinguimos los guerrilleros á caballo, formando el cordón al través de la llanura; podían divisarse perfectamente sus armas y equipo, y hasta los botones de sus chaquetas. Con el aspecto de fantasmas que la pálida luz eléctrica daba á sus rostros; con su estatura, desmesuradamente aumentada por aquel efecto de óptica, parecían vistos á lo lejos otros tantos espectros.

Pero á los relámpagos no seguían truenos; no se oía de cerca su estampido, ni se advertía que rebramaran á lo lejos. Por doquiera reinaba un profundo silencio que comunicaba á aquella escena un carácter espantoso.

—¡Muy bien!—exclamaba el amigo Rube al ver á los agresores inmóviles en su puesto.—Pronto nos encaramaremos allá arriba entre relámpago y relámpago; pero hagámosles ver ahora que continuamos quietos aquí.

Entonces sacamos las cabezas y las carabinas fuera de la roca, en cuya posición esperamos que brillase otro relámpago: lo hubo, en efecto, tan resplandeciente como los anteriores; de suerte que el enemigo no pudo dejar de vernos.

El programa estaba trazado de antemano: Garey debía subir el primero llevando la cuerda. No esperaba sino otro relámpago y tenía una punta del lazo atada á la cintura, mientras el resto pendía tras él. Cuando fulguró el tercer relámpago estaba listo, y en el momento en que todo volvió á quedar sumido en las tinieblas, se dirigió á la escarpadura y comenzó su ascensión.

CAPITULO XXXVIII

UNA EVASIÓN

Nuestros corazones latían con angustia, á lo menos el mío. Rube acechaba á los guerri-

que creímos que transcurrió doble tiempo antes de que brillara un nuevo relámpago. Apenas lo hubo, dirigí la vista á la pared de rocas, y advertí que Bill estaba aún á la mitad del camino; hallábase sobre una ligera prominencia, agazapándose cuanto podía contra la peña y con los brazos extendidos horizontal-



Entonces preparéme á trepar...

lleros, permitiéndoles ver su cabeza. Yo tenía la vista fija en aquel murallón de rocas; mas en vano trataba de distinguir á nuestro camarada entre las espesas tinieblas de la noche; escuchaba con atención para oír, al menos, el progreso de su marcha ascendente, y percibía una especie de ligero frote que parecía á cada momento producirse á mayor distancia y altura; pero Garey llevaba zapatos con suela de cáñamo, y el ruido que hacía era demasiado débil para que pudiera advertirlo el enemigo.

El intervalo de obscuridad nos pareció interminable; acaso no duró cinco minutos, aun-

mente. Al verle, cualquiera hubiese creído que estaba crucificado en la piedra.

Hasta que se extinguió el relámpago permaneció en esta actitud, tan inmóvil como la roca misma. Volvíme lleno de ansiedad hacia donde estaban los guerrilleros, y no oí ninguna voz ni observé el menor movimiento entre ellos. ¡Gracias al cielo, no le veían!

Próximos al sitio donde Garey se había detenido crecían en las hendiduras de las peñas algunos cedros rastreros; su obscuro follaje salpicaba, por decirlo así, la cara de la meseta, y hacía menos fácil de distinguir la persona

del audaz explorador. Siguió luego otro período de tinieblas, y tras éste una nueva fase de luz, y volví á recorrer el surco con la mirada; pero ya no se veía la forma humana, sino tan sólo una línea negra, semejante á una larga y delgada hendidura que descendía desde la cumbre hasta la base de la pared de roca: era la cuerda que llevaba Garey, lo cual nos demostraba que éste había llegado sano y salvo á la cima.

Entonces debía yo trepar, porque Rube se había empeñado en quedarse en el puesto del peligro, y me preparé á ello, después de echarme la carabina á la espalda y de despedirme tristemente de mi animoso y fiel caballo. Con la última oscilación de la luz eléctrica, cogí el lazo que pendía del cerro y empecé mi penosa ascensión.

Yo tenía confianza en aquella cuerda, pues sabía que estaba atada ó fuertemente sujeta por el resistente puño de Garey. Merced á ella, fué menos penosa para mí la operación, y antes de que brillara otro relámpago, puse el pie en la cresta de la roca. Allí ya, nos tendimos boca abajo entre las malezas que había al borde mismo del precipicio, cuidando de presentarnos de frente lo menos posible. Garey había atado la cuerda auxiliar al tronco de un arbolillo.

Un instante después advertimos una sacudida que nos indicaba que Rube subía á su vez, y al cabo de un minuto apareció su enjuta figura en el borde de la pared de rocas, dejándose caer junto á nosotros, silencioso, sin fuerzas y jadeante. A pesar de la obscuridad, observé algo de particular en su fisonomía: me pareció que tenía la cabeza más pequeña; pero no me entretuve en preguntarle acerca de esto.

Esperamos el momento de echar una ojeada sobre los guerrilleros: todos estaban en su puesto, ignorantes, sin duda alguna, de nuestros movimientos. Rube había tenido la sagaz ocurrencia de dejar su gorro sobre el fragmento de roca, haciéndoles continuar en la grata ilusión de que seguíamos allí; circunstancia que me explicó la variación que había advertido en la cabeza de nuestro buen cazador.

Por último, subimos la cuerda, y echamos á andar cautelosamente por la planicie superior de la meseta para escoger un sitio á propósito por donde pudiéramos practicar el descenso. Al llegar al lado opuesto, encontramos en seguida lo que necesitábamos: al borde del precipicio descollaba un crecido número de pequeños pinos, y los utilizamos para sujetar sólidamente la cuerda al rededor de su tronco.

Pero aún quedaba bastante que hacer antes que uno de nosotros pudiera acometer la empresa, pues sabíamos que la peña, cortada á pico, tenía por allí más de cien pies de altura, y que descollarse por una cuerda de tal longitud era una tentativa digna del marino más experto. Ninguno de nosotros era capaz de ejecutar semejante proeza: podíamos hacer que bajase el primero ayudándole, y tal era nuestra intención. Haríamos otro tanto con el segundo; pero el tercero tendría que descol-

garse sin auxilio alguno. Por fortuna, mis compañeros eran hombres de gran presencia de ánimo, y se les ocurrió una oportuna idea para obviar la dificultad.

En pocos instantes sacaron sus cuchillos, cogieron una larga rama, de la que cortaron una porción de estacas, y, haciendo muescas en éstas, las ataron de trecho en trecho en toda la longitud de la cuerda. Quedaba, pues, lista nuestra escala de Jacob.

Todavía teníamos que cerciorarnos de que aquélla era bastante larga, porque los nudos podían haberla encogido. Para ello atamos una piedrecita á la punta de la cuerda y la dejamos caer desde lo alto del cerro. Aplicamos el oído, y percibimos el ruido seco de la piedra al dar en el suelo de la pradera: la cuerda llegaba, pues, hasta abajo. La volvimos á subir, quitamos la piedra y atamos á Rube, pasándole la cuerda al rededor del cuerpo por los sobacos. Como era el más ligero de los tres, le elegimos para hacer la primera prueba, pues teníamos que convencernos de la solidez de la escala, y no era prudente que bajara antes el más grueso. Al subir no había tenido aquélla que soportar sino la mitad de nuestro peso, porque entonces nos afirmábamos con los pies contra la roca ó contra los rebordes salientes. Cuando llegase al suelo, Rube debía probar convenientemente la resistencia de la cuerda, y hasta entonces no bajaríamos Bill ó yo. Con este objeto debía agregar á su propio peso el de una piedra grande, de modo que una y otra equilibraran el de Garey, que era el más grueso de los tres.

Combinado todo de esta suerte, el viejo cazador empezó á descollarse tranquilamente, mientras que Garey y yo dejábamos ir poco á poco la cuerda con las mayores precauciones.

Pie por pie, yarda por yarda, fué deslizándose ésta de nuestras manos por efecto del peso y á medida que descendía Rube, á quien no podíamos ver ya por impedirlo el reborde saliente de la roca.

Estábamos sentados uno junto á otro con la cara vuelta hacia la llanura; ya habíamos dejado ir más de las tres cuartas partes de la cuerda, y nos congratulábamos de ver terminada en breve la prueba, cuando con gran espanto nuestro cesamos de sentir el peso de un modo tan brusco que ambos caímos de espaldas. En el mismo momento oímos el ruido particular de la cuerda al romperse, seguido de un grito agudo que partía de la base de las rocas.

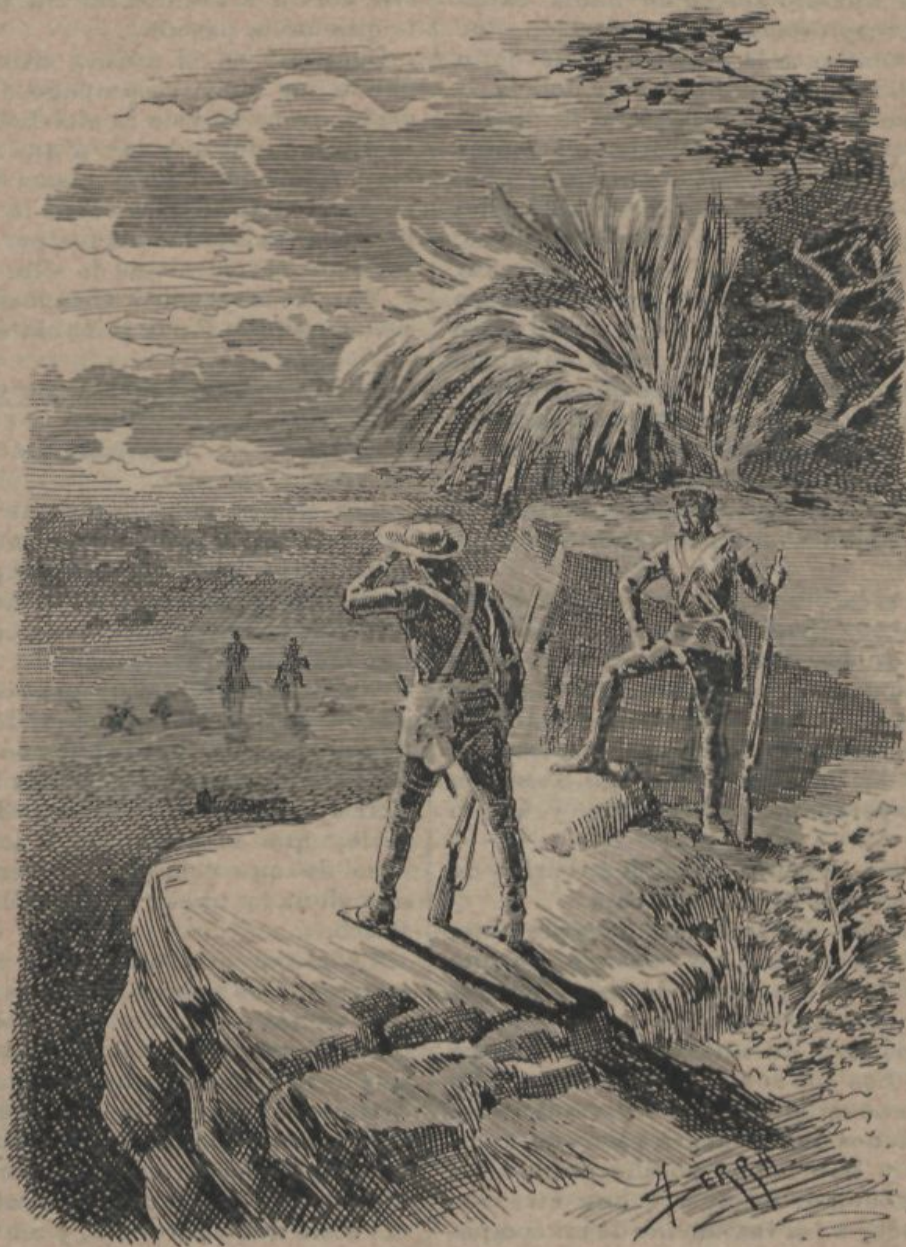
Al instante nos incorporamos, empezando maquinalmente á tirar de la cuerda, que ya no pesaba nada y subía sin que tuviéramos que hacer ningún esfuerzo. Entonces la soltamos, y nos quedamos mirándonos uno á otro, sin dirigirnos una pregunta, sin proferir una palabra. Verdad es que la cosa era sobrado clara: la cuerda se había roto, y nuestro compañero había caído desplomado al suelo.

Ambos, movidos por un impulso simultáneo, nos pusimos de rodillas y nos acercamos, arrastrando, al borde del precipicio para pro-

curar ver su fondo; pero la obscuridad nos lo impidió, y hubimos de esperar que brillase otro relámpago. Mientras tanto, escuchábamos conteniendo el aliento; pero no oímos ni un gemido, ni un grito de agonía: sólo percibimos el lejano aullido del lobo de las praderas: ninguna voz humana llegaba hasta nosotros.

relámpago había durado bastante, nos dió tiempo para explorar con la mirada el terreno: era indudable que Rube no estaba allí, ni muerto ni vivo.

Los dos jinetes iban armados de lanzas, pero no llevaban ningún prisionero: no era probable que hubiesen capturado al pobre cazador;



Aquel objeto era el cuerpo de Rube; estaba aplanado contra el suelo...

Largo rato transcurrió antes que brillase algún relámpago, y nuestra zozobra iba en aumento, cuando de pronto percibimos cierto rumor de voces que salía del pie de la roca donde estábamos. Dichas voces eran dos, al parecer, y ninguna la del cazador, por lo cual presumimos que serían de nuestros enemigos.

Al fin, hubo un relámpago que nos permitió ver á aquellos hombres: eran dos, ambos á caballo y se agitaban en la llanura, muy cerca de la pared de rocas. Los vimos perfectamente; pero no pudimos distinguir lo que deseábamos, esto es, el cuerpo de nuestro amigo. Como el

aparte de que sabíamos que Rube no se hubiera dejado coger sin resistencia, como no se hubiese inutilizado de resultados de la caída, y hasta nosotros no llegó el ruido de un tiro ni tampoco un grito.

Pero en breve tuvo término nuestra zozobra. Los bandidos seguían hablando, y sus palabras subieron hasta nuestros oídos llevadas por una ligera brisa.

—¡Caramba!—decía uno de ellos con impaciencia.—Debe V. haberse equivocado.

—Capitán, estoy seguro de haber oído la voz de un hombre.

—Entonces, debía ser la de alguno de esos pícaros que están refugiados detrás de la roca. Por aquí no hay nadie. ¡Ea! Volvámonos por el otro lado de la meseta. . . ¡Vamos!

El ruido de los cascos de los caballos nos anunció que daban la vuelta indicada por el último interlocutor, que no era otro sino Ijurra en persona.

Al saber que nuestro amigo no había caído en sus garras, respiramos con satisfacción. Por lo demás, no teníamos la mayor idea del daño que había podido hacerse; habíamos dejado ir casi toda la cuerda, y Rube se llevó la mayor parte tras sí; pero en los primeros momentos de confusión no examinamos cuánta nos quedaba todavía en el momento de la caída del desgraciado, y sólo podíamos hacer conjeturas.

Su completa desaparición nos hizo confiar en que no se habría herido de gravedad; pero si no había hecho más que alejarse un poco arrastrándose, y si estaba aún cerca de la meseta, el enemigo podía caer sobre él, porque no encontraría un sitio donde ocultarse. Esperaba, pues, con Garey, presa de una ansiedad tanto mayor cuanto que los guerrilleros habían oído su grito y le estaban buscando, debiéndole encontrar fácilmente en un terreno tan despejado.

Atravesamos la planicie de la meseta hasta el borde opuesto, para espiar desde allí los movimientos de los dos jinetes. Guiados por sus voces, nos pusimos de rodillas en el ángulo más apartado del cerro. Habíanse detenido ambos para examinar el terreno, esperando, sin duda, que brillara un relámpago. También nosotros lo esperábamos sobre ellos, y á tiro de fusil.

—¡Qué buena ocasión para derribarlos de sus sillas!—me dijo Bill en voz baja.

Tentado estuve de darle mi asentimiento; pero tal vez la prudencia me contuvo, porque había concebido la esperanza de recobrar más seguramente nuestra libertad.

En aquel instante un nuevo fulgor iluminó el horizonte. Los dos sombríos jinetes se destacaron de lleno en el cárdeno resplandor; los teníamos á menos de cincuenta pasos de nuestros fusiles, y habríamos podido apuntarles con toda comodidad; de suerte que otra vez estuve por ceder á las instancias de mi compañero. Pero precisamente entonces tropezaron nuestros ojos con un objeto cuya vista nos hizo soltar las carabinas: aquel objeto era el cuerpo de nuestro camarada Rube; estaba aplanado contra el suelo, con los brazos y las piernas extendidos en toda su longitud y la cara sepultada entre la yerba. Desde la altura en que le observábamos, parecía la piel de un búfalo sujeta al musgo con estacas; pero sabíamos que no era esto, sino el cuerpo del cazador. No era tampoco un cadáver, porque un cuerpo muerto no habría quedado en semejante postura.

Claramente comprendimos la razón que había tenido para colocarse de aquel modo, y por eso nos latió con violencia el corazón mientras la luz meteórica ondulaba sobre todo el paisa-

je. Rube estaba apenas á quinientos pies de distancia, y, aunque perfectamente visible desde donde nosotros le observamos, debió escapar á las miradas de los dos jinetes que se encontraban en la llanura; porque, tan luego como volvió á reinar la obscuridad, oímos con gran satisfacción que se dirigían al otro lado de la eminencia; y mientras caminaban, Ijurra volvía á manifestar su incredulidad por lo que había pasado.

Continué en el mismo sitio con Bill aguardando un nuevo relámpago. Cuando resplandeció, ya no se veía la piel de búfalo: solamente allá á lo lejos, y casi á una milla de distancia, creímos divisar la misma forma aplanada contra el suelo; pero como la superficie de la pradera recibía menos luz por aquel lado, no pudimos cerciorarnos de ello.

Una cosa resultó entonces evidente para nosotros: que Rube se había escapado.

CAPÍTULO XXXIX

EN ACECHO

Por vez primera desde que tropezamos con la guerrilla, respiré á mis anchas y creí segura nuestra libertad. Mi compañero abrigaba la misma confianza, siendo innecesario añadir que volvimos á atravesar la cima de la meseta con más ánimo y seguridad.

Naturalmente, ya no pensábamos en descolgarnos del cerro, porque era imposible hacerlo con el trozo de cuerda que nos quedaba. Volvimos simplemente al borde de la roca para espiar á los guerrilleros é impedirles, si era posible, que se acercasen á los caballos en el caso de que echaran de ver que habíamos abandonado nuestra posición detrás del peñasco.

Cada vez estábamos más inquietos por la suerte de los pobres animales desde que teníamos menos que temer por nosotros mismos, lo cual se comprende fácilmente. Mientras creí que caía el momento que transcurría podía ser el último de mi vida, la suerte de Moro y del caballo blanco me inspiró un interés secundario; pero á la sazón en que estaba cierto de salir bien de aquel trance, recobraba sus derechos el recelo de lo porvenir, y me tenía preocupado no tan sólo el deseo de salvar á mi caballo, sino también el hermoso corcel, causa inocente de los peligros á que me había expuesto, y cuya captura me prometía una dulce recompensa.

Todo peligro había pasado, y en breve recobraríamos nuestra libertad: tal era la íntima convicción de mi compañero y la mía propia, porque sabíamos que Rube llegaría á la ranchería, volviendo con socorro. Es verdad que aún estábamos algo intranquilos bajo otros conceptos. Tal vez no estarían ya mis voluntarios... El ejército habría podido emprender la marcha... La avanzada tener orden de replegarse... El mismo Rube haber sufrido algún tropiezo en el camino... Acaso lo habrían muerto...

Esta última suposición era la que nos preocupaba menos, pues contábamos con la astucia del cazador, que era capaz de penetrar hasta en el campamento americano, y aun en el del enemigo, en caso necesario, pues acabábamos de admirar un nuevo ejemplo de su habilidad; y si el ejército hubiese hecho algún movimiento, Rube le alcanzaría antes del amanecer, como lograrse encontrar un caballo por el camino. Poco después se reuniría con mis voluntarios, y Perkins le prestaría algunos, aun sin previa orden (con media docena habría bastantes), y, en último resultado, sobraban en el campamento merodeadores, con los cuales se podía contar fácilmente para una expedición de este género. Así, pues, no nos cabía duda de que nuestro amigo volviera con un refuerzo.

Rube podría efectuar su regreso antes de rayar el día, ó retrasarlo hasta el siguiente; pero ésta era una consideración de secundaria importancia por el momento, pues teníamos medios para mantenernos en nuestra fortaleza aérea una semana, un mes, ó todo el tiempo que quisiéramos, contra centenares de sitiadores. Defendiendo la roca con nuestras carabinas, no había enemigo que se nos acercara, ni hombre alguno, por intrépido que fuese, capaz de escalar nuestros atrincheramientos. Tampoco podíamos temer la sed ni el hambre. Los dones de la fortuna habían caído sobre nosotros cual benéfico rocío: hasta en la solitaria cumbre de aquel cerro hallamos medios de aplacar la primera y satisfacer la segunda.

Al atravesar la planicie tropezamos con enormes cactus que crecían allí en gran cantidad: eran las *mamillaria* de Quackenboss, de ancha copa, algunas de las cuales tenían hasta diez pies de diámetro. En un abrir y cerrar de ojos sacó Garey su cuchillo, quitó á uno de los más gruesos troncos una parte de su corteza erizada de púas, le cortó el ápice, y formó una especie de taza en su masa jugosa. Un minuto después habíamos mitigado nuestra sed en aquella fuente vegetal del desierto.

No nos ofreció mayores dificultades satisfacer el apetito. Según me había figurado al mirarlos desde la llanura, los árboles de verde ramaje eran pinos (*Pinus edulis*), de los que hay muchas especies en el norte de Méjico, y cuyas piñas contienen semillas comestibles y nutritivas: cogimos unas cuantas y aplacamos nuestra hambre.

Nada más natural, pues, que con tales provisiones por el momento y con tan grandes esperanzas para lo porvenir hubiéramos cesado de temer la impotente saña de nuestros enemigos. Permanecíamos tendidos á fin de vigilar sus movimientos y defender nuestros caballos: los vimos á la claridad de un relámpago, siempre en su puesto, exactamente lo mismo que los habíamos dejado. Un hombre de cada grupo estaba á caballo, mientras que su compañero, á pie, se paseaba entre los espacios vacíos del cordón que formaban; habían tomado hábilmente sus medidas, y harto se conocía que estaban resueltos á no permitir

que nos escapásemos á favor de la obscuridad.

La tormenta empezaba á calmarse y no menudeaban tanto los relámpagos. Durante uno de estos intervalos, nos llamó la atención el rumor de las pisadas de caballos que se oían á lo lejos: era el paso de una partida de caballería que iba por la pradera.

Hay cierta diferencia en el ruido que producen los cascos de un caballo, según que éste lleve ó no jinete, cosa que conoce con facilidad el habitante de las praderas. Así fué que mi compañero me aseguró en seguida que aquellos caballos iban montados.

Los guerrilleros, siempre alerta, los oyeron al mismo tiempo que nosotros, y dos de ellos se adelantaron á galope para reconocer quiénes eran. Estos detalles los escuchamos, pero no los vimos, porque era imposible distinguir un objeto á seis pasos de distancia en medio de las tinieblas que nos rodeaban.

El rumor partía de muy lejos; pero como iba siendo cada vez más perceptible, pudimos deducir que los jinetes se acercaban á la meseta. Esta circunstancia imprevista no hizo nacer ninguna esperanza en nuestros corazones, porque Rube no tenía siquiera tiempo de haber llegado á la ranchería. Los recién llegados debían ser el *Zorro* y sus compañeros.

Estuvimos largo tiempo en duda, hasta que, al fin, llegaron los jinetes, y entre ellos y los sitiadores hubo un mutuo cambio de saludos y gritos, en tanto que los caballos de ambas partes relinchaban como si fuesen antiguos conocidos. En aquel momento brillaron algunos relámpagos, que nos proporcionaron la desagradable sorpresa de ver que no sólo había llegado el *Zorro*, sino que con él venían, además, treinta hombres de refuerzo. Ya era casi seguro que el enemigo no vacilaría ya en atacar nuestra primitiva fortaleza detrás del peñasco, y, en este caso, se apoderaría de nuestros caballos. Además, el socorro que nos trajese Rube podría ser demasiado débil contra fuerzas tan imponentes como las de los guerrilleros, que reunían unos cincuenta hombres.

Nos tranquilizamos, sin embargo, sobre los dos primeros puntos al advertir, no sin asombro, que no se intentaría aún el ataque: el enemigo se limitaba á reforzar su cordón de centinelas y á tomar otras disposiciones para continuar el bloqueo.

Parecía indudable que nos consideraban como fieras, á las cuales no se debe atacar en su guarida. Temían el destrozo que podíamos hacer en sus filas con nuestras carabinas y revólvers, y habían resuelto rendirnos por el hambre.

CAPITULO XL

COMPLICACIÓN

Llegó la media noche. Los relámpagos, que hacía algún tiempo brillaban á largos intervalos, habían cesado por completo, siendo sustituidos sus fulgores por una luz más suave y

constante, pues la luna, que acababa de salir, se remontaba por el este. Aún había algunos nubarrones grises en la azulada bóveda, por la cual flotaban lentamente; pero no eran ya tan compactos, y entre los espacios que dejaban libres se veía el transparente cielo. El disco de la luna se presentaba claro y perfectamente trazado, destacándose más su blancura al lado de las sombrías nubes y matizando de plateados reflejos toda la extensión de la pradera, cuyas yerbas parecían enteramente blancas. Ya no había niebla, ni efectos de espejismo: el fluido eléctrico, al purificar la atmósfera, había devuelto al aire su frescura y limpidez. Aunque la luna estaba ya en su menguante, era tan viva su luz, que se podía distinguir un objeto á larga distancia en la llanura, cuya plateada superficie se dilataba por todas partes hasta los límites del horizonte. Sin embargo, las nubes, que proseguían su carrera silenciosa, producían de vez en cuando largas intermitencias de sombra, durante las cuales la pradera volvía á quedar tan sumida en la obscuridad como antes.

Bill y yo habíamos permanecido hasta entonces en lo alto del surco ó hendidura por donde efectuamos nuestra ascensión, y teníamos la luna á la espalda, pues la guerrilla estaba acampada al oeste de la meseta. La sombra del cerro se proyectaba á lo lejos en la llanura y precisamente al lado de la línea de sombra, perfectamente marcada, se extendía la de los centinelas, situados muy cerca unos de otros. No podían vernos; pero nosotros dominábamos perfectamente su posición y les oíamos cantar y hablar.

Tras de vigilarlos despacio un largo rato, Garey me dejó solo un momento para dar una vuelta por la cumbre del cerro y reconocer la pradera por el lado opuesto, en cuya dirección estaba situada la ranchería. Si mi escuadrón de caballería continuaba alojado allí, podíamos esperar pronto socorro.

Apenas hacía un minuto que Garey se había separado de mí, cuando me llamó la atención un objeto oscuro que se destacaba en la llanura. Parecióme una forma humana, por más que aquel objeto estuviera tendido y aplanado contra el suelo, precisamente como habíamos visto al viejo Rube cuando se escapó. Yo veía confusamente aquel bulto, porque estaba, lo menos, á seiscientas yardas de la meseta y más allá de la línea de los guerrilleros. En aquel momento pasó una nube por delante de la luna y perdí de vista el objeto en cuestión.

Esto no obstante, seguí mirando en la misma dirección, esperando que brillara la luna. Cuando acabó de pasar la nube, ya no estaba el bulto en el mismo sitio que antes, sino más cerca de los jinetes y en la misma postura que la primera vez. Sólo distaba unas doscientas yardas de los mejicanos, los cuales no podían verlo, por haberse guarecido tras una gran mata de yerba; pero desde la elevada posición que yo ocupaba, no me pasaba nada desapercibido. Distinguía claramente aquella especie de fantasma, y podía asegurar que era el cuer-

po de un hombre; más aún: el de un hombre desnudo, porque brillaba al resplandor de la luna como sólo los cuerpos desnudos pueden brillar.

Ha-ta entonces supuse que sería Rube, ó, mejor dicho, lo temía, porque estaba yo muy lejos de desear que el cazador regresara de un modo tan poco tranquilizador.

La misteriosa aparición me preocupó en alto grado, y fluctué largo tiempo entre penosas dudas. Pero en breve se encargó de tranquilizarme aquel mismo cuerpo desnudo: no podía ser Rube. Su piel era de un tinte sombrío. Verdad es que lo mismo podía decirse de la del cazador, el cual, aunque blanco de nacimiento, había adquirido un color cobrizo bajo la influencia del sol, del polvo, de la grasa y, fuerza es decirlo, de su suciedad, todo ello corregido y aumentado por el humo de las hogueras que solía encender en las praderas; de suerte que, por este concepto, nada tenía que envidiarle un indio de pura raza. Pero el buen cazador no se habría paseado en cueros: jamás se quitaba sus pieles de gamo. Además, el brillo aceitoso de aquel cuerpo no podía ser el de Rube: su piel no habría relucido de aquel modo á la luz de la luna. En fin, aquel cuerpo tendido no podía ser el suyo.

Pasó otra nube que lo dejó todo rodeado de sombra, y ya no ví al misterioso personaje. Luego, cuando brilló de nuevo la luna, observé que no continuaba junto á las matas de yerba, sino que se alejaba con presteza y casi á rastras. Seguile con la vista hasta que desapareció en lontananza.

Entonces, mientras tenía la mirada fija en aquella dirección, me estremecí al divisar, no una, sino muchas formas humanas que se perfilaban confusamente en el límite de la pradera.

—Debe ser Rube, acompañado de los voluntarios,—dije para mí.

Fijando cuanto pude mis miradas hacia aquel lado, me cercioré de que eran jinetes; mas, en lugar de cabalgar unidos en pelotón, iban unos tras otros en una sola fila, acabando por trazar una prolongada línea, que se destacaba bajo la bóveda celeste como los eslabones de una cadena gigantesca. Esta circunstancia me hizo sospechar que aquellos hombres serían mis soldados, porque éstos jamás iban de aquel modo, á no ser por un angosto desfiladero ó por las sendas de la selva.

Más de una vez había tenido ocasión de presenciar durante mi agitada vida un espectáculo análogo al que tenía á la vista; más de una vez también le había contemplado con sobresalto, pues conocía ya de larga fecha lo que podía ser aquella línea prolongada: era una partida de indios que seguían el rastro de la guerra.

Entonces me expliqué la conducta del espía: era un explorador indio. La gente de que formaba parte tenía intención de acercarse á la meseta, con el propósito, tal vez, de acampar al pie del cerro, y le había enviado delante para reconocer el terreno.

No me era posible prever el resultado que produciría este reconocimiento: tan sólo observé que los jinetes hicieron alto, sin duda para esperar el regreso del mensajero. Hallábanse á demasiada distancia para ver á los mejicanos, y un minuto después desaparecieron también de mi vista á causa de la obscuridad que volvió á reinar en la pradera.

Antes de avisar á Garey, quise aguardar que brillara la luna, con objeto de darle más exactos detalles sobre mis observaciones.

¿Una yeguada de caballos salvajes? Es muy extraño que los guerrilleros no la hayan visto. ¡Voto á bríos!..

No sé lo que Garey iba á añadir, porque le interrumpió un alarido salvaje que salió de la línea de los mejicanos, y un momento después vimos que todos ellos saltaban sobre sus corceles y se ponían en movimiento.

Supusimos naturalmente que acababan de ver á los caballos salvajes, y que esto era lo que les hizo ponerse sobre sí tan de repente. Pero



Cuando volvió á brillar la luna, ví que la forma humana estaba más cerca de los jinetes

CAPITULO XLI

EL SOCORRO

Pasó cerca de un cuarto de hora antes que asomara otra vez la luna, y entonces ví con sorpresa un grupo de caballos, no de jinetes, á cosa de media milla del cerro. Ni uno solo de dichos animales estaba montado por su dueño: al parecer, era una yeguada de caballos salvajes que se habían acercado á galope durante el intervalo de la obscuridad y que permanecían inmóviles y silenciosos.

Fijé con insistencia la mirada en lontananza, sin conseguir divisar á los confusos jinetes de la pradera. Iba ya á llamar á mi compañero para darle cuenta de lo que había pasado, cuando, al ponerme en pie, le ví junto á mí. Había dado la vuelta á toda la meseta sin observar nada, y volvía para decirme que la guerrilla seguía fija en su puesto.

—Pero ¡calla!—exclamó al ver la caballada.—¿Qué demonio es eso que hay allá abajo?

¿cuál no sería nuestro asombro al advertir que la causa de aquella alarma éramos nosotros mismos, pues los guerrilleros, en vez de dar frente á la llanura, se acercaron á la pared de roca, y dispararon sus carabinas lanzando furiosos gritos! Distinguímos perfectamente el desmesurado fusil del Zorro, así como el silbido de su bala que nos pasó muy cerca de la cabeza.

De momento no acertamos cómo nos habían descubierto; pero, al echar una ojeada en derredor, vimos que, estando ya muy alta la luna, la sombra de la eminencia se había reducido. Al mirar hacia el lado de la caballada habíamos cometido la imprudencia de ponernos en pie, y nuestras propias sombras, aumentadas en proporciones gigantescas, se prolongaban en la llanura directamente bajo la vista de nuestros enemigos, que no tuvieron más que levantarla para vernos en el sitio donde estábamos.

Al punto nos agazapamos entre las malezas, preparando las carabinas.

La sorpresa que causó á los guerrilleros nuestra aparición pareció hacerles olvidar su prudencia acostumbrada, pues muchos se acercaron resueltamente hasta ponerse á tiro de fusil: éstos debían ser del número de los recién llegados. Desde la densa sombra de la meseta no podíamos distinguir bien sus formas; pero uno de ellos montaba, por desgracia suya, un caballo blanco, que le sirvió á Garey para hacer una buena puntería y descargar su carabina. Al punto me pareció oír un gemido ahogado, y casi al mismo tiempo ví al caballo blanco alejarse á escape, pero ya sin jinete.

Pasó por delante de la luna otra nueva nube, interceptándonos la vista de la llanura. Disponíase Bill á cargar su arma, cuando resonó un grito que le hizo suspender esta operación para aplicar el oído. Aquel grito se reprodujo, y luego se oyó de un modo continuo con esa feroz entonación que no puede salir sino de la garganta de un salvaje. No era la guerrilla la que lo lanzaba, puesto que en él reconocimos el aullido del guerrero indio.

—¡El grito de guerra de los comanches!— exclamó Garey, después de escuchar un momento.—¡El grito de guerra de los comanches! ¡Bravo, bravo! ¡Tienen á los indios encima!

En medio de aquellos clamores, percibimos las rápidas pisadas de los caballos, que hacían retemblar el suelo bajo ellas. De segundo en segundo se hacían más distintos aquellos sonidos, y pronto los salvajes atacaron á la guerrilla.

La luna salió de entre las nubes, y entonces ya no nos quedó la menor duda. Cada uno de los caballos salvajes llevaba un jinete, un indio desnudo hasta la cintura, cuyo cuerpo, teñido de encarnado, brillaba á los rayos de la luna: su aspecto era espantoso.

Todos los mejicanos habían montado á caballo para hacer frente á los nuevos é inesperados enemigos, pero con evidentes muestras de irresolución.

—No aguantarán esa carga imprevista,— dijo Garey.

Y tuvo razón.

Los salvajes se habían acercado á menos de cien pasos de la línea de los mejicanos, cuando vimos que se paraban de pronto; pero no fué más que un alto transitorio, el suficiente para reconocer el orden de batalla del enemigo, y dispararle una nube de flechas. En seguida los pieles-rojas se precipitaron adelante, lanzando sus feroces alaridos y blandiendo sus desmesuradas lanzas.

Los guerrilleros hicieron fuego con sus carabinas ó escopetas, pero no esperaron á cargarlas de nuevo. Los más de ellos tiraron al suelo sus armas después de haberlas descargado, y empezó la retirada. Todos los mejicanos volvieron las espaldas al enemigo, y, clavando á más y mejor la espuela en sus caballos, huyeron á todo escape. Los indios se lanzaron tan velozmente como ellos en su persecución, despidiendo sin cesar sus infernales alaridos: estaban, sin duda, tanto más enfurecidos cuanto que aquellos odiados enemigos

tenían probabilidades de escapárseles. Estos últimos nos debían la voz de alerta que les permitió estar prevenidos, pues, á no ser por tal circunstancia fortuita, los indios habrían caído sobre ellos mientras aún estaban de pie, y en semejante caso otra hubiera sido su suerte; mas, habiendo montado oportunamente, y ya en disposición de emprender la fuga, era muy verosímil que en su mayor parte pudieran ponerse en salvo.

Cuando apreciamos la dirección que unos y otros debían seguir, Garey y yo atravesamos, corriendo, la meseta para mirar por el otro lado. Al llegar al borde del precipicio, nos encontramos perfectamente situados para contemplar aquel espectáculo, y vimos á los dos partidos pasar á lo largo de la base de la colina precisamente por debajo de nosotros. Corrían por grupos divididos, separando apenas doscientos pasos á los últimos perseguidos de sus más adelantados perseguidores. Estos continuaban lanzando su grito de guerra, en tanto que los mejicanos huían en silencio, conteniendo el aliento y con la voz sofocada por el temor de la muerte, ante la cual todo se calla.

De pronto, la guerrilla lanzó un rugido de desesperación, breve y rápido, un verdadero grito de consternación, y al propio tiempo los fugitivos se detuvieron bruscamente.

Tratamos de averiguar la causa de aquella conducta extraordinaria, y en breve dimos con ella. En la dirección opuesta, y á unas trescientas yardas de distancia, apareció una partida de jinete que venían á escape hacia nosotros. Como corrían iluminados por la luz de la luna, podíamos divisar el brillo de sus armas y oír los gritos que á su vez lanzaban, así como el sonido de los cascos de sus caballos; sonido en el que, tanto mi compañero como yo, adivinamos el paso del caballo americano. Tampoco podíamos equivocarnos con respecto á aquellas voces de extraordinaria vehemencia.

—¡Viva! ¡Los voluntarios!—exclamó Garey, repitiendo su grito con toda la fuerza de sus pulmones.

Anonadados, fuera de sí al tropezar con aquel nuevo enemigo, los guerrilleros se habían detenido un momento, creyendo, sin duda, que tenían delante otra partida de indios. Su detención no duró mucho; la indecisa luz de la luna los favorecía; y como ya empezaban á jugar las carabinas, torcieron de pronto á la izquierda y se precipitaron al través de la llanura.

Los indios, al ver esta media vuelta á la izquierda, trazaron una diagonal para cortar el camino á los guerrilleros; pero los voluntarios, que ya estaban muy cerca, acababan justamente de operar igual movimiento por su derecha; de suerte que los hijos del desierto y ambos bandos corrían así en línea oblicua al encuentro unos de otros.

La luna, que hacía algunos minutos se mostraba avara de sus rayos, quedó de pronto enteramente eclipsada por una nube, volviendo á reinar una obscuridad más profunda que an-

tes. Ya no vimos nada de la lucha; pero oímos el choque de las dos bandas que llegaban en sentido opuesto; luego el horrible aullido de guerra de los salvajes mezclado con los gritos de venganza de los voluntarios, y, por último, los disparos de carabina, las rápidas detonaciones de los revólvers, el martilleo de los sable contra las astas de las lanzas, el crujido del acero que se rompe, el relincho de los caballos, el grito de triunfo de los vencedores y el angustioso gemido de las víctimas.

CAPITULO XLII

DE REGRESO

La refriega no había durado más que diez minutos: pareció un drama fantástico desempeñado á la claridad de la luna é interrumpido por entre actos de obscuridad. Los movimientos de los combatientes habían sido tan rápidos, que después del primer disparo no se volvió á cargar ni un fusil. En cuanto á los guerrille-



La refriega

Con el corazón oprimido y los nervios excitados por la zozobra, estábamos en pie sobre la roca, escuchando atentamente aquellos ruidos confusos y terribles. No fueron éstos de larga duración: la furiosa lucha tuvo un pronto término. Cuando la luna volvió á brillar, la batalla había acabado, y en la llanura yacían tendidos cadáveres de hombres y caballos.

A lo lejos, por el sur, vimos un grupo que desaparecía por el límite de la pradera: era la guerrilla. Por el oeste, otros jinetes corrían también á escape, aislados ó por grupos; pero éstos no eran los vencedores. Las aclamaciones de triunfo que hasta nosotros llegaban desde el teatro de la lucha nos daban á entender que quedábamos dueños del terreno. Los voluntarios habían vencido.

—¿Dónde estás, Bill?—gritó desde abajo una voz que ambos conocimos fácilmente.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!—contestó Garey.

—¡Bien, bien! ¡Qué magnífica paliza hemos dado á esos pieles-rojas! Me ha dejado satisfecho. Lo que siento es que los mejicanos nos hayan burlado.

ros, no parecía sino que el grito de guerra indio les había hecho caer las armas de las manos, porque el sitio donde se les sorprendió estaba literalmente sembrado de carabinas, escopetas y lanzas. El gran fusil del Zorro estaba entre los despojos.

A pesar del poco tiempo que duró el combate, su resultado fué bastante trágico, tanto para los mejicanos como para los indios; cinco guerrilleros habían mordido el polvo, y estaba tendido sin vida en la llanura doble número de guerreros salvajes, cuyos cuerpos relucían á causa de la capa de pintura encarnada que llevaban, pareciendo cubiertos de sangre. Los mejicanos yacían cerca de la meseta, donde cayeron al emprender la fuga. Los indios estaban más lejos, en el sitio en que sucumbieron á los rápidos disparos de los revólvers, de que nuestros amigos hicieron uso con un efecto terrible mientras los comanches les resistieron.

No ha de creerse, por eso, que los voluntarios salieran ilesos de la refriega, pues dos de ellos habían sido precipitados de sus sillas, traspas-

sados por las lanzas comanches, y, además, otros diez ó doce salieron más ó menos gravemente heridos á flechazos.

Mientras Quackenboss escalaba la roca escarpada, Bill y yo tuvimos tiempo de hablar de los extraños incidentes de que habíamos sido testigos. Las explicaciones que nos daban desde abajo nos ayudaron á comprender lo demás; pero aun sin ellas lo hubiéramos comprendido todo fácilmente.

Aquellos indios eran una banda de comanches, como su grito de guerra lo indicaba. Su llegada en tan crítico momento había sido puramente accidental, á lo menos en lo que á nosotros y á los mejicanos concernía: era una partida armada que seguía el rastro de la guerra, con intención de saquear una rica ciudad mejicana, en la orilla opuesta del Río Grande, á veinte leguas de la ranchería. Su espía había descubierto á los jinetes en observación, viendo que eran mejicanos, enemigos á quienes el arrogante comanche profesa un gran desprecio. Pero lo que no es tan despreciable á sus ojos son los mejicanos, sus caparazones plateados, sus vistosas mantas, los calzones con botonadura de plata, y, en fin, todos sus atavíos, armas y equipo, y les habían atacado con el objeto de apoderarse de todo ello. Añadamos, sin embargo, que su odio secular hacia la raza española, tan antiguo como la conquista, y el deseo de vengar recientes injurias, eran bastantes motivos para justificar aquella agresión.

Supimos todos estos detalles de boca de un indio que había quedado herido en el campo, y que después de un detenido examen se averiguó que era un mejicano cautivo de los comanches y enteramente indianizado. Por fortuna para la ciudad mejicana, los salvajes, después de su derrota, desistieron de atacarla, y regresaron tristes y humillados á sus guaridas de la montaña.

El resto quedaba explicado mucho más fácilmente, tanto para Garey como para mí.

Según presumimos, Rube había llegado sano y salvo á la ranchería, y á los diez minutos de dar cuenta de lo que pasaba, cincuenta voluntarios, con Perkins á la cabeza, montaban á caballo y se encaminaban al cerro, guiándolos Rube con su sagacidad acostumbrada. Lo mismo que los indios, habían andado únicamente durante los intervalos de obscuridad; pero como venían en dirección contraria, habían tenido siempre la meseta entre ellos y el enemigo, y, fijándose en esta ventaja, llegaron con la esperanza de coger de improviso á los guerrilleros.

Estaban ya casi á tiro de fusil, cuando resonó en sus oídos el grito de guerra de los salvajes, y la guerrilla fugitiva fué á tropezar con ellos por casualidad. Sabiendo que todos los que se acercaban por aquel lado no podían ser más que enemigos, hicieron fuego sobre los jinetes que corrían á su encuentro, y luego, avanzando ellos á su vez, se encontraron frente á frente con los guerreros de las praderas. La recíproca sorpresa causada á los volunta-

rios y á los indios por aquel encuentro inesperado fué una gran suerte para los guerrilleros, que, aprovechándose de la momentánea detención del doble enemigo que los perseguía y del confuso choque que se siguió, pudieron huir fácilmente hasta ponerse fuera de su alcance.

Habría sido muy curioso saber el resultado si los voluntarios no hubiesen llegado al campo de batalla. Los indios nos habrían librado, sin duda alguna y sin quererlo, de aquellos otros enemigos, y no nos habrían descubierto tal vez á Bill y á mí; pero nos habríamos quedado sin los caballos. Lo sucedido fué mejor para nosotros, que al poco rato estábamos montados en nuestros corceles, libres de todo peligro y caminando hacia la ranchería, seguidos del escuadrón.

Osborne iba á mi lado, mientras que Perkins se quedó en la pradera con un corto destacamento para recoger el botín y enterrar á nuestros desgraciados compañeros.

Ví á Perkins á pie en la llanura. Iba y venía entre los cadáveres de los cinco guerrilleros, y los volvía unos tras otros hasta que la luna daba de lleno en sus lívidas facciones. Eran tan extraños sus movimientos y tan grave su aspecto, que se le habría creído muy ocupado en buscar el cadáver de un amigo muerto en la pelea, ó tomándosele por un ladrón merodeando para robar á los muertos. Pero no se cuidaba de una cosa ni de otra: lo que buscaba era un enemigo, al que no encontró. Cuando hubo examinado á su gusto los rostros de los cinco cadáveres, se separó de ellos, y por el modo indiferente con que se alejó del sitio en que yacían conocí que no había encontrado entre ellos al que buscaba.

—¿Qué hay de nuevo, Osborne?

—¿Qué hay de nuevo? Mucho. Parece que hemos errado el golpe: dicese que no podemos llegar á Méjico por este camino, y que, en su consecuencia, van á sacarnos de aquí y á llevarnos por mar á un puerto del golfo: á Veracruz, según creo.

—Es una gran noticia, efectivamente.

—Pero que me hace poca gracia, —añadió Osborne.

Yo comprendía en parte la poca gracia que le hacía á mi teniente la idea de cambiar de línea de operación. El alegre Osborne no conocía el aburrimiento: había logrado pasar agradablemente sus horas de ocio con Conchita, la hija, de negros ojos, del alcalde; y más de una vez le sorprendí, sin querer, en sus amorosos coloquios. A los ojos del buen tejano, la ranchería, con sus casas de barro y sus callejuelas llenas de polvo, era una ciudad de dorados palacios con sus calles empedradas de oro; era el paraíso para Osborne, y Conchita el ángel que habitaba esta mansión de delicias.

Aunque al principio de nuestra residencia nos hubiera parecido este puesto poco agradable, ni él ni yo deseábamos ya cambiar de cuarteles. Aún no había recibido el escuadrón orden de retirarse; pero mi compañero sostenía que el rumor del campamento tenía cierta consis-

tencia, y pensaba que podíamos recibirla de un momento á otro.

—Y ¿qué dicen por ahí de mí?— pregunté á Osborne.

—¿De V., capitán? Nada. ¿Qué quiere V. que digan?

—Alguien habrá hablado de mi ausencia.

—¡Ah! ¡Eso no! Nadie ha dicho una palabra, á lo menos en el cuartel general, por la sencilla razón de que no le han echado á V. de menos.

—¡Me alegro! Pero ¿cómo ha sido?

—Perkins y yo hemos creído favorecer á V. ocultando esta circunstancia á todo trance hasta estar seguros de que había V. muerto, si tal hubiera sucedido. Y la verdad es que ya habíamos perdido toda esperanza. El vaquero que le sirvió á V. de guía volvió para decirnos que habían ido dos cazadores á buscarle. Por la descripción que nos hizo, conocí que uno de éstos era el viejo Rube, y me consolé pensando que si algo quedaba de V., él se encargaría de encontrarlo.

—¡Gracias, amigo! Ha obrado V. cuerdamente. Su discreta conducta me ha ahorrado una porción de molestias... Y ¿no ocurre nada más?

—añadí después de una pausa.

—No,—respondió Perkins;— nada que valga la pena de contarle. Pero, ahora que caigo,—prosiguió, como recordando algo de pronto,—tengo otra noticia. ¿Se acuerda V. de los vaqueros que solían venir á husmear al rededor del pueblo en los primeros días de nuestra llegada? Pues bien: se han marchado; todos ellos han levantado el campo, y ya no queda ni rastro de ninguno. Ahora puede V. pasear por todo el establecimiento sin encontrar un mejicano, excepto los viejos y las mujeres. He preguntado al alcalde hacia dónde se habían dirigido; pero ese viejo estafermo se ha limitado á menear la cabeza y á repetirme su sempiterno: *¡Quién sabe!* Creo excusado decir que se marcharon para unirse á alguna partida de guerrilleros. ¡Voto á bríos! Y, ahora que caigo, apostaría á que formaban parte de la cuadrilla que acabamos de dispersar: tan seguro como me llamo Osborne. He visto á Perkins pasando revista á los cinco muertos cuando salimos de la pradera: él los habrá examinado y podrá decirnos si había entre ellos alguno de nuestros antiguos conocidos.

Como yo estaba más en antecedentes que Osborne, le manifesté quiénes eran los guerrilleros y su jefe.

—¡Ira de Dios! Me lo figuraba. ¡Rafael Ijerra! No me extraña que Perkins haya montado á caballo con tanta presteza. Tenía tal prisa por llegar al cerro, que se olvidó de decirme á quién íbamos á perseguir. ¡Qué majaderos hemos sido en dejarlos escapar! Debimos ahorcarlos desde el primero al último la primera vez que llegamos aquí. Si: eso debíamos hacer, ¡voto al demonio!

Seguimos andando algún tiempo con mucho silencio.

Veinte veces tuve una pregunta en los labios, y otras tantas me contuve, creyendo que

Osborne tendría algo que decirme más interesante que lo que me había dicho hasta entonces; pero permanecía callado.

Entonces afecté un aire indiferente para hacerle la siguiente pregunta:

—¿No hemos tenido visitas? ¿No ha venido nadie del campamento?

—Ni un alma,—respondió Osborne, volviendo á su meditabundo silencio.

—¿Nadie ha preguntado por mí?— volví á preguntar, resuelto ya á cortar por lo sano.

—Nadie,—replicó el teniente.— Pero... sí, aguarde V. Sí,—añadió sonriendo y con cierto tonillo que no me pasó inadvertido;—han preguntado por V.

—¿Quién?— pregunté con fingida indiferencia.

—Eso es lo que no puedo decir,— respondió el teniente con alguna sorna;—pero parece que hay alguien que se interesa por V. Hay también cierto rapazuelo mejicano que no ha hecho más que ir y venir. Naturalmente, ese muchacho habrá venido de parte de alguna persona; pero es un tunantuelo muy listo, y no ha querido decirnos ni quién le envía ni cuál es su oficio: únicamente ha preguntado si había V. vuelto, y ha puesto una cara muy fea cuando le han dicho que no. He observado que ha venido y se ha marchado *por el camino que va á la hacienda*.

Osborne recalcó de un modo bastante marcado estas últimas palabras.

—Hubiéramos podido detener á ese galopín como espía,—continuó con calma y acento burlón;— pero nos pareció que lo enviaría algún amigo de V.

Más de una vez había yo dirigido pullas á mi teniente acerca de su Conchita, y él aprovechaba ahora la ocasión para desquitarse. Pero yo no podía llevarlo á mal: mi compañero habría podido tomarse todas las libertades posibles en semejante momento, pues sus detalles llegaban á mi oído como la melodía más grata, y proseguí mi camino, con la orgullosa persuasión de que no me olvidaban. Hortensia era sincera.

Poco después, detúvose mi mirada en un objeto brillante: era la veleta dorada de la capillita, bajo la cual parecían resplandecer á mis ojos las blancas paredes de la hacienda, bañadas por la pálida y suave luz de la luna. Palpitó mi corazón á impulso de extrañas emociones, mientras contemplaba aquella vivienda tan conocida, pensando en la rica joya contenida en tan brillante estuche.

CAPITULO XLIII

DIVERSION

Despuntaba la aurora cuando llegamos á la ranchería. Había ya satisfecho mi hambre, pues algunos voluntarios que, más previsores que sus compañeros, llevaban sus morrales bien provistos, pusieron á mi disposición su contenido. Satisface también mi sed con el de sus calabazas, y Osborne, siguiendo su costum-

bre, puso su frasco de aguardiente á disposición de todos.

Aunque ya no tenía necesidad de vigilar, ni me acosaba temor alguno, estaba, sin embargo, sumamente cansado; de suerte que me eché en la cama casi vestido, y me dormí al punto. Algunas horas de reposo bastaron para reparar á la vez mis fuerzas físicas y mi vigor moral, y me desperté lleno de salud y de esperanza.

Me vestí con cierto esmero, tomé un ligero desayuno, encendí un cigarro y subí á la azotea. Mi arrogante cautivo estaba en medio de un grupo, encorvando con orgullo su airoso cuello, como si comprendiera la admiración que causaba á los voluntarios y vendedores que le rodeaban.

—¡Magnífico regalo, digno de una princesa! —dije para mí.

Había tenido la intención de llevar mi presente en persona, y por esto me vestí con más cuidado; pero, pensándolo con detención, renuncié á este proyecto. Varias consideraciones me lo aconsejaron así y principalmente el temor, dictado por la delicadeza de comprometer con una visita personal á la familia de la hacienda. El sentimiento patriótico aumentaba de día en día; la simple admisión de un regalo podía hacerse peligrosa; pero el famoso caballo no debía entregarse como un obsequio, sino como una restitución en cambio de la yegua favorita muerta por mí, y yo no debía aparecer con el carácter de un donador.

Mi criado negro llevaría el magnífico prisionero á la hacienda. Puse al rededor de la cabeza del arrogante animal el lazo blanco de Hortensia, y el criado esperaba únicamente mi orden para partir con el caballo.

Confieso que en aquel momento me desagradaba la publicidad que iba á tener el asunto. Mis soldados eran hombres de despejada inteligencia. Por ciertos cuchicheos que hasta mí llegaron comprendí que lo sabían todo, y temí las burlas y cuchufletas de mis alegres compañeros. ¡Cuánto hubiera dado por hacer invisible aquel caballo y poder enviarlo así á su destino! Tuve intención de esperar que se hiciera de noche; pero precisamente en aquel momento ocurrió un incidente que me proporcionó la ocasión que deseaba.

El héroe de aquella escena fué Elijah Quackenboss.

De todos los hombres de mi compañía, era éste el peor vestido. Apenas le duraba una semana su traje de paño burdo, no sólo á causa de su mala facha y habitual desaseo, sino también de los desgarrones que se hacía en sus excursiones botánicas. Así es que siempre iba cubierto de harapos. La escaramuza de la noche anterior le fué bastante provechosa: había muerto de un tiro á uno de los cinco guerrilleros; sus compañeros se le rieron en las barbas cuando así se lo dijo; pero él les demostró la exactitud de su aserto extrayendo la bala del cuerpo del mejicano y enseñándosela: el calibre particular de su carabina probó hasta la evidencia la identidad del proyectil, y todos

hubieron de convenir en que Quackenboss había matado en regla á su enemigo.

En virtud de las leyes de la guerra de los voluntarios, el vestuario y efectos de aquel mejicano pasaron á ser propiedad de Elijah, resultando de aquí que éste se quitara su andrajosa ropa y se presentara en la plaza vistiendo un traje completo de mejicano. Jamás se habían visto dos piernas como las suyas metidas en la gruesa pana de Méjico, ni dos brazos tan desiguales embutidos en las mangas de una chaqueta bordada. Toda su persona presentaba un conjunto tan grotesco que, al aparecer en la plaza, sus camaradas y los indígenas que allí había le recibieron con estrepitosas carcajadas: hasta los taciturnos descendientes de los indios enseñaron sus blancas dentaduras, uniéndose á la hilaridad general.

Pero no acabó todo aquí.

Entre los varios efectos del botín, Quackenboss se había apoderado de un mustang comanche; y como su caballo de batalla hacía tiempo que iba de baja en razón de su edad, el cautivo le vino á las mil maravillas para renovar su montura. Cuando se presentó en la plaza llevaba de la brida á su mustang, al cual había traspasado la silla y riendas de su antiguo corcel.

Apenas habían calmado las risas, cuando se dió orden de montar á caballo, y Quackenboss saltó al suyo; pero no bien estuvo en la silla, cuando el pícaro comanche empezó á tirar coces, á encabritarse, á pegar botes de carnero, á tratar de morder, y, en fin, á hacer todo lo posible por dar en tierra con su jinete. Cayósele á éste el sombrero, se le escapó de las manos la carabina; los ondulantes pliegues de la manta mejicana le entorpecieron los movimientos; la vaina de acero de su sable le azotaba el cuerpo; movía los brazos á diestro y siniestro, le caían sobre el rostro sus largas y despeinadas guedejas, todo lo cual, unido á sus azoradas miradas, formaba el conjunto más ridículo del mundo.

Ninguno de los circunstantes podía contener la risa, y en toda la plaza resonaban los gritos y las carcajadas producidas por aquel espectáculo.

Pero una cosa llamaba la atención á los camaradas de Quackenboss, y era que éste se mantenía firme en la silla, sabiendo que era el peor jinete de la compañía. La verdad sea dicha, á pesar de todos los saltos, corvetas y furiosas coces del animal, que duraban ya mucho tiempo, ¡Jorra permanecía inmóvil. Los voluntarios no acertaban á salir de su asombro.

Mas de pronto quedó aclarado el misterio. Habiendo mirado por casualidad uno de los circunstantes, más astuto que los otros, la parte inferior del mustang, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Mirad: se le han enganchado las espuelas!

Todas las miradas se fijaron en un mismo punto, escapándose del seno de la multitud una verdadera tempestad de carcajadas al ver en qué consistía la habilidad de Quackenboss.

Al montar éste á caballo, receloso ya de las intenciones del mustang, le había oprimido fuertemente con sus piernas, las cuales, á causa de su desmesurada longitud, rodearon completamente el cuerpo del animal; de modo que sus talones se tocaban por debajo del vientre de éste. Pero no había pensado en sus espuelas, cuyas rodajas de tres pulgadas de diámetro hostigaban al mustang, haciéndolo cocear tan violentamente.

A fuerza de dar vueltas, las rodajas se encajaron una en otra, y retenían á Quackenboss con tanta solidez como si hubiese estado atado á la silla con correas; mas como se iban metiendo cada vez más en el vientre del mustang, el arisco animal, loco ya de dolor, se ponía más furioso á cada salto, siendo muy natural que procurara librarse de un jinete en apariencia tan cruel.

Al fin, Quackenboss encontró un alma caritativa que le sacara de aquel trance: uno de los testigos de la comedia proporcionó el desenlace echando su lazo al cuello del desdichado mustang.

CAPITULO XLIV

EL REGALO

Aprovechándome de la distracción causada por Quackenboss y sus apuros, despaché al negro con mi interesante encargo, y esperé el resultado con verdadera ansiedad.

Apostado en la azotea de mi casa, ví á mi mensajero subir por la colina, conduciendo el hermoso caballo, hasta que penetró en el gran zaguán de la hacienda. Casi inmediatamente regresó, pero sin el caballo, prueba de que habían aceptado el presente. Conté los minutos hasta que resonaron en la escalera unos pesados pasos, y apareció en la puerta de la azotea una cara negra y reluciente; pero no había carta, ni más contestación que *mil gracias*, lo cual me disgustó sobremanera, porque yo esperaba algo más que esa mera frase de gratitud.

Mi criado venía muy contento, y con motivo, pues en la rojiza palma de su mano brillaba una onza de oro.

—¿Quién te ha dado eso?—le pregunté.

—Una señorita, mi capitán: la cuarterona más linda que he visto en mi vida.

Indudablemente, era Hortensia la que se había mostrado tan generosa.

De buena gana le hubiera aplastado el cráneo á aquel tunante, á no ser porque aquella regia munificencia demostraba la satisfacción con que se había aceptado mi regalo; porque yo abrigaba la esperanza de recibir á mi vez más dulce recompensa. Absorto en tan halagüeño pensamiento, seguí paseándome por la azotea.

Era día de fiesta en la ranchería.

Los ecos de las campanas y otros no menos alegres llegaban á nuestros oídos; iban acudiendo las mujeres, unas con sus vistosos trajes, y otras, las indias, con sus zagalejos de ví-

vos colores y su artístico peinado lleno de cintas encarnadas. Los habitantes de los ranchitos inmediatos venían por grupos á la plaza, formando largas filas de paseantes junto á la iglesia; salieron á relucir las guitarras, y en las esquinas de las calles se pusieron piezas de fuegos de artificio.

Fatigado de aquella baraúnda, mandé que me ensillaran el caballo, con intención de dar un paseo y buscar en el tranquilo fondo del chaparral el reposo de que tenía necesidad mi agitado espíritu. Mientras esperaba que Moro estuviera listo, ví una cosa que precipitó las pulsaciones de mis arterias. Hacía ya tiempo que tenía la vista clavada en la hacienda de D. Pedro de Castro, cuando de pronto ví salir un caballo por su portal. El pelaje de aquel cuadrúpedo, de nivea blancura, y la manga (1) escarlata de la persona que lo montaba, no podían pasarme inadvertidos: era el caballo blanco de los llanos y su jinete Hortensia.

Bajaba la cuesta que iba desde su hacienda hasta el río, y al cabo de un minuto, el espeso follaje de los plátanos ocultó á mi vista aquel brillante meteoro. La joven se detuvo un momento en el lindero del bosque, y me pareció que echaba una mirada llena de interés hacia el pueblo; pero el camino que tomó iba en dirección opuesta. Pedí mi caballo con impaciencia y casi con enojo, pues mi primer impulso fué seguir al caballo blanco y á su bella jinete. Apenas estuve en la silla, salí á escape del pueblo, pasé rápidamente por los plantíos de yucas, y llegué á campo raso sin detener mi carrera.

Caminaba yo junto al río por una cañada llena de espesos arbustos, mezclados con curiosas *tillandsias*, cuyos plateados festones, extendiéndose de rama en rama, velaban el sol y producían en la cañada una agradable sombra. Al pasar por allí encontré, ó, más bien, tropecé con un muchacho mejicano; pero como, según he dicho, reinaba en el vallecito cierta obscuridad, y además era tan rápida mi carrera, no pude observar nada más. El chicuelo me llamó y pronunció algunas palabras; pero éstas se perdieron entre el ruido de las pisadas de mi caballo, y, creyendo que el llamamiento del muchacho sería alguna niñada, seguí adelante sin hacer caso.

Pero cuando ya estaba demasiado lejos de él para verle y oírle, parecióme que conocía aquella voz, y me acordé de cierto criadito que tenían en la hacienda y al cual más de una vez había visto en la ranchería. Vínoseme luego á la memoria lo que me dijo Osborne la noche anterior, y entonces pensé en retroceder para hacer algunas preguntas al chicuelo; mas ya estaba muy lejos, y después de una breve reflexión proseguí mi rápida marcha.

No tardé en llegar al pie de la colina, en cuya cumbre se hallaba situada la hacienda; y desde allí me metí por una senda que daba la vuelta á la eminencia. A los doscientos ó tres-

(1) Manta de lujo que usan en Méjico los habitantes del campo.

cientos pasos me encontré en el mismo sitio donde había perdido de vista desde la azotea el objeto de mi persecución; pero como se veían impresas en el suelo las huellas de los cascos de su caballo, penetré en el bosque, siguiendo aquella pista. Anduve así algún tiempo hasta que observé que ésta se desviaba de pronto en dirección á un frondoso y ancho barranco donde no ví nada que se pareciese á un camino ó sendero frecuentado.

A medida que Moro avanzaba, la arboleda era más espesa y el paso más difícil. Durante media milla, lo menos, tuve que dar mil rodeos por aquel bosque, ya dando la vuelta á un tronco enorme, ya torciendo á derecha ó izquierda, á fin de pasar entre la inextricable red que formaban las cañas, los bambúes, las zarzaparrillas, las lianas y otras gigantescas plantas trepadoras.

Por fin, noté que el terreno formaba una suave pendiente, y por el modo de andar de Moro conocí que estábamos en una colina. El bosque se fué aclarando conforme avanzábamos; de trecho en trecho alternaba la espesura con algunos claros; los árboles eran menos corpulentos, y su follaje menos recio y compacto. Hallábame ya cerca de la cumbre de la colina; las huellas eran muy recientes, y aún no habían cesado de agitarse las ramas que el caballo blanco empujaba á su paso. Mi amazona no podía, pues, llevarme mucha ventaja, y hasta me pareció oír el ruido de los pasos de su cabalgadura.

Proseguí silenciosamente mi camino, esperando ver de un momento á otro la manga escarlata ó las blancas crines del animal, y no me engañé: á los pocos pasos se ofrecieron á mi vista Hortensia y su corcel, resplandeciendo, por decirlo así, entre el follaje de las mimosas. La joven había llegado á la cumbre de la colina, á un sitio donde cesaba la arboleda, á un claro rodeado de bosque por todas partes. La cima despejada dominaba todo el paisaje circunvecino, mientras aquel ameno espacio parecía consagrado á la triste soledad y al reposo.

Hortensia estaba parada é inmóvil como para gozar mejor del gorjeo de las avecillas, del zumbido de las abejas y del perfume de las flores. Quedéme algún tiempo vacilante, sin saber si debía avanzar ó retroceder. Sentíame como avergonzado, y creo que hubiera acabado por volver riendas y marcharme silencioso, si en aquel momento no hubiese visto á la joven sacar un reloj para mirar la hora, dirigiendo en seguida miradas inquietas en dirección de la llanura que se extendía al pie de la colina. Por sencilla que fuese aquella acción, me produjo cierto disgusto: parecióme que me traspasaban el corazón con un puñal. ¿Habría corrido hacia mi ruina? ¿Me habría apresurado á escuchar mi sentencia?

Entonces creí comprender la razón de aquella carrera solitaria, y hasta cierto punto misteriosa, por senderos difíciles y extraviados; entonces pude darme cuenta de aquellas miradas afanosas de aquel ansioso modo de escu-

char. No cabía duda: tratábase de una cita amorosa.

Las riendas se me cayeron de las manos; no sabía qué hacer; oprimíame más y más el corazón; los pájaros se burlaban de mí; los papagayos chillaban su nombre, y los aras gritaban con infernal algarabía: ¡Ijorra! ¡Ijorra!

Esta idea me devolvió mi vigor, bien así como el olor de la sangre excita los nervios del tigre. Cogí de nuevo las bridas con crispados dedos, afirmé los pies en los estribos, y mi corazón y mis brazos recobraron su perdido vigor. Tres pasiones, el odio, los celos y la venganza, triplicaban mis fuerzas, y bajo su enérgica influencia me sentí lleno de audacia, contando con vencer en mi empresa. ¡Sí! En aquel momento me creía positivamente capaz de matar aquel rival aborrecido, sin otras armas que mis inermes manos.

Los feroces pensamientos que me agitaban debieron comunicarse á mi caballo, porque, de pronto, levantó la cabeza y lanzó un relincho furioso. Cual si fuera un eco, respondióle otro relincho desde el claro del bosque, y casi al propio tiempo gritó una voz:

—¡Quién va!

No era ya posible continuar oculto. Comprendí que me habían visto, y, espoleando á Moro hacia el espacio despejado, me encontré á poco delante de Hortensia.

CAPITULO XLV

FINAL

Me encontré frente á mi hermosa morena, cuyos ojos me lanzaron una mirada en que se veía retratada la sorpresa, y que me hizo bajar los míos, comprendiendo que mi conducta no era irreprochable. Buscaba en mi imaginación una disculpa cualquiera; pero ¿cómo disculpar mi audacia al presentarme de tal modo? ¿Pretextaría un accidente? No lo creería, porque la hora y el sitio se oponían á esta suposición. Con una inteligencia como la de Hortensia, sería excusado emplear tan pobre artificio... No, no me disculparía: confesaría resueltamente la verdad; los celos harían que me importara poco el resultado.

—¡Adiós, caballero! — me dijo, interrumpiendo mis reflexiones. — ¡Caramba! ¿Quién le ha guiado á V.? ¿Cómo ha podido encontrar solo este sitio?

—Muy fácilmente, señorita: he seguido las huellas de su caballo...

—Pero ¿tan pronto? No le esperaba á V.

—Ya; porque esperaba á otro...

—Justamente. Creí que Cipriano llegaría antes que V.

—¡Cipriano!

—Sí: Cipriano.

—Señorita: si ése es otro de los nombres de su primo de V., le confieso que valdría más que no llegara.

—¿De mi primo?... ¿Que valdría más que no llegara? Pero, ¡por la Santísima Trinidad!,

¿qué está V. diciendo, capitán? No le comprendo á V.

En sus grandes ojos negros se veía pintado el asombro, y yo estaba tan embarazado como ella; pero, una vez empezada la explicación, me hallaba resuelto á llevarla hasta el fin.

—En ese caso, señorita de Castro, seré más explícito. Si Rafael Ijurra se presenta aquí, dejaremos de existir uno ú otro. Ha tentado contra mi vida, y he jurado arrancarle la suya donde y cuando lo encuentre.

—¡Dios haga que pueda realizar V. su deseo!

—Pues ¿qué! Su primo...

—Mi primo, Rafael Ijurra, es mi mayor enemigo, el enemigo más encarnizado de mi casa.

—Pero ¿no le estaba V. esperando?

—¡Esperarle yo! ¡Ja, ja, ja! No. Por poco miedo que me inspire, no desearía hallarme aquí sola con Rafael Ijurra.

—Me deja V. pasmado. Hágame el favor de explicar...

—¡Por Dios, capitán, V. es el que debe explicarse! Le he procurado esta entrevista para darle las gracias por el magnífico caballo que me ha regalado, y, sin embargo, se acerca V. con los ojos echando chispas y dirigiéndome frases amargas...

—¿Que me ha procurado V. esta entrevista?

—Sí, señor. Por razones que conoce V. demasiado, no me he atrevido á ir á su alojamiento; y, por lo mismo, he elegido este sitio como sala de conversación. ¿Qué le parece á V., caballero? ¿Verdad que es muy á propósito?

—Al lado de V., señorita, el sitio más agreste y triste me parecería un paraíso.

—¿Vuelve V. á poetizar? ¡Ah, capitán! Acuérdesse del dominó amarillo. Nada de adulación: se lo ruego. No estamos en el baile de máscaras. Hablemos, pues, con franqueza.

—Acepto esas condiciones con todo mi corazón. Prefiero la más completa ingenuidad, porque he venido dispuesto á hacer una confesión.

—¡Una confesión!

—Sí; pero antes permítame V. que empiece por una pregunta.

—¡Oh! ¿Desea V. confesarme también?

—Así es, señorita.

—¡Bravo, capitán! Prosiga V.: le contestaré con toda sinceridad.

—Pues bien: ¿quién es ese Cipriano á quien está V. esperando?

—¿Quién quiere V. que sea sino mi criado, el que le ha llevado á V. mi encargo? Pero ¿por qué me hace esa pregunta?

—¿El que me ha traído su encargo de V.?

—Naturalmente. Y, si no, véale V. Allí abajo está el muchacho en persona. ¡Eh! ¡Cipriano! Ya puedes volver á casa... Capitán, muy de prisa debe V. haber andado. No le esperaba hasta de aquí á media hora; pero ¡los soldados montan á caballo tan pronto!... En fin: tanto mejor, porque es tarde y tengo que decirle á V. muchas cosas.

Al fin, iluminó mi mente un rayo de luz: Ci-

priano era el muchacho que encontré en el bosque; llevaba el recado de Hortensia, y por esta causa me llamó. Pasado el primer momento de angustia, mi corazón se llenó de orgullo y de placer. Ella no sabía aún que yo había ido allí cediendo á mi propio impulso. Cipriano, obedeciendo la orden que acababa de darle, se había marchado sin decir una palabra, y mi pronta aparición allí quedaba aún sin explicar. Iba ya á dar cuenta de ella á mi hermosa mejicana y á disculparme por mi brusco modo de obrar, cuando me intimó que le hiciese la confesión que le había prometido.

Esta declaración era muy sencilla: se reducía á tres palabras dichas en cualquiera de las dos lenguas en que podíamos entendernos. La que yo escogí es la que se adapta mejor que cualquiera otra del mundo para expresar los sentimientos de un corazón amante, y, acercando mi rostro á aquel lindo rostro, y sumergiéndome en la profundidad de aquellos grandes ojos investigadores, murmuré en español esta frase tan corta, tan dulce y tan repetida:

—Amo á V.

Estas palabras salieron temblando de mis labios; pero su acento demostraba la sinceridad de mi alma; sinceridad que debió retratarse más en la formal actitud con que esperé la respuesta.

De los labios de Hortensia había desaparecido su sonrisa habitual; invadió sus mejillas un ruboroso carmín; frunció sus negras cejas, de modo que velaban casi la mirada que brillaba en sus ojos: el rostro de aquella doncella tan alegre había adquirido de repente la expresión grave de una mujer. Al pronto, me asustó aquel aspecto, costándome trabajo dominar este temor; pero concebí cierta esperanza al ver el color encendido de sus mejillas, su cuello sonrosado y su anhelante respiración.

Hubo una larga pausa que á mí me pareció un siglo.

—Señor,—me dijo, al fin, con tembloroso acento (y fué la primera vez que yo la oía expresarse así),—me ha prometido V. ser franco y lo ha sido, en efecto; pero ¿es V. también sincero?

—Lo que he dicho ha salido de lo más íntimo de mi alma.

Desarrugóse su entrecejo y brilló el fuego del amor en su límpida mirada, que por un instante lanzó sus fúlgidos destellos, derramando un bálsamo divino en mi corazón. El mismo cielo no habría podido hacer llegar á mi pecho un rayo de luz más claro y más vivificante. Pero casi al propio tiempo dibujóse en sus labios una sonrisa que me pareció indiferente y burlona, y, por consiguiente, volví á mi anterior angustiosa perplejidad.

—Y dígame V., capitán,—prosiguió diciendo,—¿qué quiere V. que yo haga?

No supe qué contestar á semejante pregunta.

—Querría V., por ventura, que le dijese que también le amo: ¿no es así?

—¡Ah! No puede V. hacerlo; no sabría V...

—Pero no me ha hecho esa pregunta.

—No, señora: temo demasiado la contestación.

—¡Oh! ¡Qué cobarde se ha vuelto V. de pronto! ¡Lástima grande que yo no lleve una careta! Tendré que echarme el velo á la cara. ¡Ja, ja, ja!

Se me oprimía el corazón. No repliqué una

que, donde el terreno era más elevado. Allí se detuvo de nuevo.

—Venga V., caballero,—me gritó, acompañando estas palabras con un ademán.

Me dirigí maquinalmente al mismo sitio.

—Es decir, galante capitán, que siendo V. tan valiente, que arrostra impávido la acom-



Sellaron con suavísimo ósculo el amor que acababan de confesarse

palabra y permanecí inmóvil en la silla, con los ojos clavados en el suelo. La risa de Hortensia resonó algún tiempo en mis oídos, y, á lo que me parecía, en tono de zumba. Sin embargo, la suavidad de aquel timbre argentino era grata á mi corazón.

De pronto, oí las pisadas de su caballo, y al levantar la vista observé que se marchaba, dirigiéndose hacia el centro del claro del bos-

tida de veinte enemigos, ¿no tiene suficiente ánimo para preguntar á una mujer si le ama?

Una triste sonrisa fué la única contestación que dí á tan amarga broma.

—¡Ah, capitán!—prosiguió.—Nunca lo hubiera creído. Y, sin embargo, alguna vez habrá hecho V. la misma pregunta que hoy le da tanto miedo, y aún recelo que no una, sino demasiadas veces.

La miré con sorpresa al advertir el acento de ligera amargura con que dijo esas palabras. Había desaparecido su sonrisa y tenía la vista fija en el suelo. ¿Era esto verdadero ó fingido? ¿Sería el preludio de otra brusca antítesis? ¿Algún nuevo motivo de burla?

—Señorita,—le contesté,—esa suposición, sea real ó fingida, no debe importarle á V. mucho.

Respondíome con una sonrisa de extraña expresión, en la que creí observar cierta tristeza.

—Corramos un velo sobre lo pasado,—repliqué interrumpiendo mis pensamientos.—Ocupémonos del presente, y dígame, dígame V. otra vez que me ama.

—¡Que si la amo á V.! ¡Con toda mi alma!

—Y que su corazón es enteramente mío.

—¿Acaso puedo amar á otra?

—¡Gracias! ¡Gracias!

—¿Nada más que gracias, Hortensia?

Permaneció un rato silenciosa y apartó de mí la vista, luchando, al parecer, con cierta emoción.

—Sí, algo más,—dijo, al fin;—inmensa gratitud, y luego tres cosas más, si bastan para probar á V. mi agradecimiento.

—¿Cuáles son?

—He prometido ser franca. También yo he venido aquí para hacer una confesión. Escúcheme V. He dicho que tres cosas. Mire V. al rededor. La tierra que ve es mía. Desde ahora será suya, si la quiere.

—¡Hortensia!

—También puedo concederle á V. esto...

Y me alargó su pequeña mano, que estreché con fervida emoción.

—¿Y la tercera? ¿Y la tercera?

—La tercera, bien mirado, no puedo dársela á V., porque ya le pertenece.

—¿Y es?

—¡Mi corazón!

Nuestros soberbios corceles, cual si estuviesen dotados de inteligencia, parecían comprender lo que hablábamos, y fueron acercándose poco á poco, hasta que, al fin, juntaron sus hocicos é hicieron resonar sus barbas de acero al chocar una con otra. Cuando Hortensia pronunció su última frase, estaban tan juntos como si los hubiesen uncido á la lanza del mismo coche. Restregábanse mutuamente cual si encontraran placer en ello, en tanto que la encantadora joven y el dichoso capitán que los montaban, enlazando con puro y ardiente afán sus brazos, sellaban con un suavísimo ósculo el amor que acababan de confesarse.





INDICE

CAPÍTULOS	PÁG.	CAPÍTULOS	PÁG.
I.—En la frontera.	1	XXIII.—Inesperado.	44
II.—Los voluntarios.	2	XXIV.—Entre amigos.	45
III.—Persecución.	5	XXV.—Convenio.	48
IV.—Ella.	7	XXVI.—El incendio.	50
V.—Hortensia de Castro.	9	XXVII.—Estratagema.	52
VI.—Diplomacia.	12	XXVIII.—La meseta	55
VII.—D. Pedro de Castro.	14	XXIX.—Mal encuentro.	57
VIII.—La carta.	16	XXX.—Proposición.	58
IX.—Odio antiguo.	18	XXXI.—Escaramuza.	60
X.—Rafael Ijurra.	20	XXXII.—Nueva táctica.	62
XI.—En el baile.	22	XXXIII.—La yegua.	65
XII.—De sorpresa en sorpresa.	23	XXXIV.—Otro refugio.	67
XIII.—Preocupaciones.	27	XXXV.—Proyectos.	68
XIV.—Otra carta.	28	XXXVI.—Más proyectos.	70
XV.—La yeguada.	30	XXXVII.—El plan salvador.	71
XVI.—En pos del caballo blan- co.	32	XXXVIII.—Una evasión.	73
XVII.—Explicación.	33	XXXIX.—En acecho.	76
XVIII.—En la pradera.	36	XL.—Complicación.	77
XIX.—¡Perdido!.	36	XLI.—El socorro.	79
XX.—Los antílopes.	37	XLII.—De regreso.	81
XXI.—El oso Grizzly.	39	XLIII.—Diversión.	83
XXII.—Cuerpo á cuerpo.	41	XLIV.—El regalo.	83
		XLV.—Final.	85

